


hbl, stx
HM111P7
Problemas de la raza en Colombia.
3 9153 00605331 0
CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

# LOS PROBLEMAS DE LA RAZA

# EN COLOMBIA

*

# LOS PROBLEMAS DE LA RAZA EN COLOMBIA

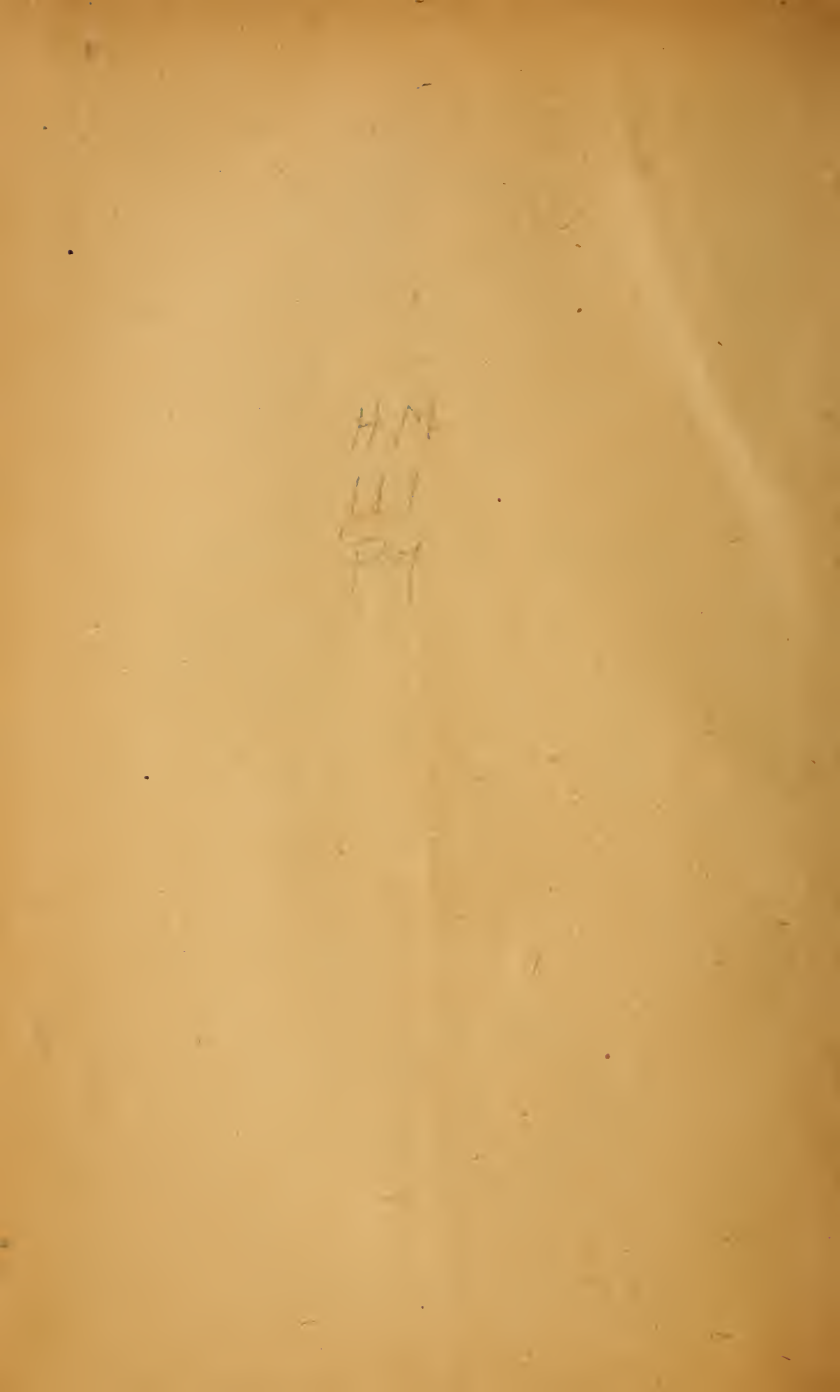
---

SEGUNDO VOLUMEN
DE LA BIBLIOTECA DE "CULTURA"

★




Bogotá, 12 de octubre de 1920.



CONTIENE LAS CONFERENCIAS DE

Miguel Jiménez López.
Luis López de Mesa.
Calixto Torres Umaña.
Jorge Bejarano.
Simón Araújo.
Lucas Caballero.
Rafael Escallón.

APARECE ahora la observación de que el crecimiento de los organismos se verifica, al menos en la zona templada, por ritmo de definida periodicidad; que no es el lento y progresivo desarrollo aparente—y hasta hoy tenido por verdadero—el que sigue la vida en su ciclo oscuro y amable. Por mi parte, y sin querer hallar similitudes entre la vida de los seres y el funcionamiento social, he creído entrever en el progreso humano un ritmo de avance periódico, que tiende a la aproximación, cual si buscase seguir las normas de un movimiento acelerado. Mediante este ritmo la humanidad progresa en diversas direcciones, dejándose una como vacación para las facultades que ha empleado muy activamente.

De ello tuve noticia inicial en mis estudios de la historia de la biología, pues me pareció que sus progresos se efectuaban como por sacudidas de tiempo en tiempo, más y más aproximadas entre sí con el avance de la historia, y aun en coincidencia con las grandes revoluciones espirituales del mundo: civilización griega, cristianismo, escolasticismo, renacimiento, revolución inglesa, revolución francesa, agitación liberal del 48, guerra franco-prusiana, etc.

Y me pareció asimismo que las ideas no nacían de gestación genial espontánea en los individuos, sino de una como vibración general del alma humana, porque las vi aparecer en varias partes a un mismo tiempo y vivir una vida en algún modo

diferenciada del hombre, propia, cual de una energía especial que arraigase en el espiritu, es verdad, pero que dentro de él alcanzase cierta individualidad viviente; y determinar una vocación a su observancia y análisis para crear, como de industria, ese cúmulo de aproximados tanteos que preceden a los descubrimientos, y aun la coincidencia de un mismo descubrimiento en diversos lugares.

Tal se me ocurre que viene acaeciendo ahora con esto del porvenir de las razas, si de tal modo podemos mentar a los aglomerados étnicos que con este o aquel nombre nacional existen en varios lugares, ya de Europa, ya de nuestra América. Porque en todas partes va apareciendo uno como examen de conciencia nacional, que busca hacer el balance del pasado por ver de hallar las posibilidades del futuro. De ahí la agitación de ideas que dio lugar a los estudios que hoy presentamos en este volumen para que el lector colombiano y el extranjero tengan algunos datos cuando piensen en la suerte de Colombia, y discriminen a la vez el pro y el contra de nuestra situación como pueblo libre y soberano que somos, y a que aspiramos continuar siendo con vigorosa voluntad.

Pero, ¿y aquella agitación de qué nos viene? Estábamos, y aún lo estamos, inciertos de seguir las normas heredadas de religión, de moral, de sociedad, de gobierno y de familia, que todo ello fue viciado de muerte por el mismísimo afán investigador del alma humana; y esa emoción de incertidumbre nos traía y nos tiene cavilosos e irritables. Además, como fruto de ello, y como expresión de una revolución económica-social, que es la guerra europea, o mundial, si hemos de ser más precisos, desató encadenados sentimientos que están ahora combatiéndose dentro del alma de los pueblos y dentro del alma de cada uno de nosotros. Esta guerra fue y continuará siendo la lucha ciega y rara que por la igualdad há siglos, si no milenarios, emprendió el espíritu del hombre, obe-

deciendo quizá a calladas leyes naturales: como el socialismo, su expresión más cumplida, ella es un hecho histórico, a saber: lo que se verifica ineluctablemente por determinación de la vida propia de la humanidad. Conmociones así las hubo para alcanzar la igualdad moral, y así por la igualdad religiosa, por la igualdad política. . . . Esta nos viene a su turno buscando la igualdad económica.

Es, pues, un momento de crisis de ideas y de sentimientos universales lo que nos trae por estos caminos al parecer tan propios y espontáneamente transitados. Es la gran incertidumbre humana de este siglo, precursora sin duda de nuevos horizontes ideales, pero destructora y amarga por el momento, la que nos contagió y en nosotros se agita a su vez.

Y. . . . no quisiera pensarlo! Acaso acaso, todas esas conquistas de la igualdad, como la nivelación cultural por que abogamos tan ahincadamente todos; como la nivelación de los individuos, llamada fraternidad; la nivelación de los mitos, llamada libertad de cultos; la nivelación de las banderías, llamada constitucionalidad de los partidos políticos; la nivelación de la actividad y de la adquisibilidad, llamada con este o ese otro apelativo socialista, ¿no precisan en pocas palabras una tendencia hacia el estancamiento definitivo y letal del alma humana, ya que nivelación perfecta en un mismo plano da por resultado indefectible la quietud?

¡Y qué mucho que nos importa, siquiera la consciencia humana sea mero testigo de la ley! Que se cumpla ésta y esotra prosiga su arcano devenir, es natural; pero, felices nosotros, generación incierta, si de tales cataclismos como vemos y veremos nos llegaren oportunamente nuevo alimento espiritual e ideales nuevos!

Y, volviendo a nosotros y a los problemas particulares de que trata el presente volumen, digamos de una vez que el primo honor corresponde, en esta campaña por el mejoramiento de las condi-

ciones y cualidades del orden biológico y cultural en Colombia, al doctor Miguel Jiménez López, iniciador de ella, calificado y oportuno como pocos; y grande mérito a la Asamblea de Estudiantes de Bogotá que supo darle calor y forma tomándola por suya, con un sentimiento claro de su misión educativa, y citándonos, como a noble justa, en el Teatro Municipal, para que ante un público, tan numeroso como nunca ahí se viera y perito en achaques de pensamiento, dijéramos lo que nos pareciese oportuno y conducente acerca de este arduo cometido.

CULTURA, cuyos redactores han seguido paso a paso la difícil gestación de muchas ideas aquí expresadas, reúne hoy en este volumen todo ese esfuerzo nacional, y lo entrega al gran público como una consecuencia de su espíritu.

LUIS LOPEZ DE MESA

# Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares

MEMORIA PRESENTADA AL TERCER CONGRESO MEDICO COLOMBIANO REUNIDO EN CARTAGENA EN ENERO DE 1918 POR MIGUEL JIMENEZ LOPEZ, EX-PROFESOR DE PSIQUIATRIA EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE BOGOTA

# PRELIMINAR

De tiempo en tiempo se ha escrito en Hispanoamérica sobre una posible decadencia de la especie humana en nues tra zona. Hechos de orden moral y económico, observados con ánimo desprevenido, han servido a algunos sociólogos americanos para abrigar ese temor, y en verdad, que ciertas reacciones de carácter colectivo propias a nuestro medio han justificado ampliamente la manera de ver de aquellos que admiten una depresión del producto humano en la América equinoccial.

Muy bien situados en su campo de estudio los estadistas y los sociólogos para apreciar los fenómenos de conjunto, pueden, en estas materias, ser eficazmente ayudados por nosotros, los que estudiamos al individuo. Una vez más, el análisis del caso concreto presta elementos de valor para el gran trabajo de generalización.

Colocado en un medio tan propicio para apreciar el factor individual como es una clínica hospitalaria, donde se estudian las enfermedades nerviosas y mentales, he traído al estudio de la discusión científica,para explicar ciertos hechos morbosos, una noción de etiología: la degeneración de nuestras razas.Esta noción—aceptada por unos, combatida por otros—ha servido, al menos, para iniciar un trabajo de crítica que puede llevarnos a resultados útiles.

Una de las muy respetables revistas que han comentado el anterior concepto, el "Bulletin de l'Amerique Latine," órgano de la Sorbona, hace las siguientes consideraciones:

«'Cultura' nos trae, con la firma del doctor Miguel Jiménez López, un estudio sobre 'La locura en Colombia y

sus causas' (1). Prescindiendo de la parte científica de este trabajo, para no tener en cuenta sino su aspecto históHrico, citaremos las líneas siguientes, relativas a la herencia:

« 'Sabido, como es, que en los países latinoamericanos la mayor parte de la población, al menos en las regiones centrales, es un producto del cruce entre los colonizadores españoles y las razas aborígenes, cabe preguntar: ¿Ha sido esto lo que se llama en biología un cruzamiento feliz desde el punto de vista de los atributos psíquicos? Todo induce a contestar por la negativa, dados los caracteres originarios de las razas progenitoras.'

«El desarrollo de esta tesis conduce al doctor Jiménez a conclusiones bastante pesimistas respecto a su país. Los colombianos harán muy bien en reflexionar sobre este asunto, a fin de conjurar el mál, si es que existe, o de inquirir las causas de una aparente decadencia de la raza, hecho siempre posible y lleno de peligros.

«El autor se pregunta: '¿Habrá quien ponga en duda que el vigor y la fibra nacionales se vienen relajando lustro tras lustro, desde que nacimos a la vida civilizada? Comparemos por un momento, y para no tomar sino los términos extremos, la estructura moral de los Conquistadores y de los hombres de la Independencia con la de los hombres de hoy, y, al hacer este parangón, despojémonos así del optimismo que halaga como del escepticismo que abate. La diferencia de unos siglos a hoy desconcierta y aterra y es un signo augural de los más sombríos destinos que un pueblo pueda confrontar. Pero, por evidente que el mál sea, no es irremediable. Allí donde la ruina hace su obra, la Ciencia encuentra el objeto de su esfuerzo. Pueblos ha habido, como los del Remoto Oriente, más amenazados que el nuéstro por las mismas dolencias sociales que nos abaten y degeneran y que, con todo, han resurgido, gracias a una suprema iniciativa que no está fuera de nuestro alcance. La clarovidencia de nuestros males, lejos de embotar nuestra actividad, sea para nosotros una de aquellas ideas-fuerzas de que habla el filósofo moderno,

(1) Lección inaugural del curso de Psiquiatria, dictada en la Facultad de Bogotá, en agosto de 1916.

que nos inciten a la acción, a la acción pronta y fecunda de renovación de nuestra raza.'

«Nosotros—concluyen los directores de la revista parisiense—nosotros, que tenemos siempre ante el espíritu el porvenir de la Latinidad,que está destinada a engrandecerse sin cesar en la América Meridional, no podemos pasar en silencio estudios como el del Dr. Jiménez López. Esas páginas traen a nuestra mente los libros sinceros de Zumeta, de Arguedas, de Ortiz y Mendieta, cuya lectura es tan conmovedora. Tales gritos de alarma son tanto más impresionantes cuanto emanan de intelectuales conscientes de su tarea, que consiste en ilustrar y en guiar a su patria» (1).

Las anteriores líneas y algunos otros comentarios que se hicieron sobre este mismo asunto, en nuestro país y fuéra de él, me movieron, en el año de 1917, a iniciar, o mejor, a reanudar el estudio de cuestión tan trascendental.

La presente memoria resume los principales datos allegados en vista de corresponder a tan honrosas y perentorias solicitaciones. Ella fue presentada al Congreso Médico Nacional reunido en Cartagena en enero de 1918. Allí fue objeto de una interesante y acalorada discusión. Por bondadosa decisión del actual Presidente de la Sociedad de Cirugía de Bogotá, doctor Ricardo Fajardo Vega, ha sido leída nuevamente en reciente sesión de dicha Sociedad, la que, después de muy ilustrados comentarios por parte de varios de sus miembros, dispuso fuera publicada en su órgano oficial, el "Repertorio de Medicina y Cirugía."

Me anticipo a declarar que no he pretendido sino plantear un problema sociológico digno del mayor estudio. Los más de los puntos en él contenidos están apenas esbozados y requieren ser explorados a fondo por los hombres de ciencia de Colombia y de los demás países de la América tropical.

Bogotá, marzo: 1920.

M. J. L.

---

(1) Bulletin de l'Amerique Latine. Fevrier 1917. Sorbonne, Secretariat de la Faculté des Sciences.

## CONTENIDO

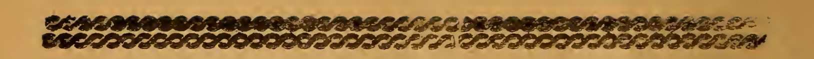
ce constituciones. La marcha aguda del mál en la última época: opiniones de sabios maestros. Otros fenómenos colectivos: la criminalidad en Colombia; incremento inquietante de las locuras; formas más frecuentes entre nosotros; la neurosis como estado casi habitual; el suicidio; un record mundial. Varios síntomas de decadencia moral: fanáticos, reivindicadores, sectarios; nuevas formas de estafa, toxicomanías, etc. etc. Carencia de personalidad colectiva. Empleomanía, funcionarismo. Suerte de las grandes familias.

## ETIOLOGIA

Factores atmosféricos; alimentación insuficiente; intoxicaciones alimenticias. Carencia de higiene en sus diversas partes; alcoholismo, chichismo; endemias tropicales: sífilis, tuberculosis, etc.; la miseria.

## TERAPEUTICA

La alimentación. La higiene general; los ejercicios físicos; la preservación de la fatiga corporal. Revisión educacional. Estudio de ciertos alimentos y de algunas aguas. Luchas antialcohólica, antipalúdica, antianémica, etc. El problema de la miseria. Medios paliativos y medios radicales para contener la degeneración. El "refrescamiento" de la sangre. El problema de la inmigración. Aspecto económico y aspecto etnológico. Condiciones que deben llenarse. ¿Cuál sería la inmigración más conveniente para nuestros países? Peligros quiméricos. Conclusión.



# INTRODUCCION

La presente memoria, que tengo el honor de presentar al tercer Congreso Médico colombiano, tiene por objeto ampliar un punto de etiología de nuestra patología mental y contribuír al esclarecimiento de esta cuestión trascendental, más que otra alguna, de cuantas interesen a la ciencia nacional. ¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marchado hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden?

Como se ve, este es un punto primordial. No temo exagerar al considerarlo como la clave de nuestros estudios biológicos. Todas las cuestiones que en nuestras corporaciones científicas se consideren no son, en rigor, sino elementos que—en un proceso de síntesis—deben integrarse en torno del interrogante capital.

Si de los datos recogidos en un estudio de conjunto resulta que el vigor inicial de nuestra raza decae y se aminora; si, al contrario de todos los organismos en desarrollo, vamos cediendo terreno en la lucha contra todas las causas de destrucción y de desintegración que amenazan al individuo y a la sociedad; si en vez de dominar al medio estamos siendo dominados y vencidos por él. . . es un imperativo inaplazable devolver a nuestra constitución las

fuerzas perdidas, brindarle los elementos de lucha de que ha menester y prevenir para el futuro el desgaste y la decadencia que ha determinado nuestra inferioridad presente.

Lejos de modificar la opinión que sobre esta materia he expuesto en otras ocasiones, un estudio más detenido de la cuestión me permite hoy ratificarme en esta aserción: nuestro país presenta signos indudables de una degeneración colectiva; degeneración física, intelectual y moral.

Voy a estudiar estos fenómenos degenerativos en el orden que acaban de ser enunciados.

## I.—DEGENERACION FISICA

Para proceder con orden, estudiaré, en algunos de sus principales aspectos, los caracteres "anatómicos, fisiológicos y patológicos" de nuestra raza.

A). SIGNOS ANATOMICOS.—Bien conocidas son las dificultades de orden práctico que hay para calificar cualquier rasgo anatómico, o, mejor dicho, morfológico, de un individuo como estigma degenerativo. Hay, entre otras causas de error, los distintivos étnicos que obligan a considerar, en ocasiones, ciertas particularidades orgánicas como rasgos normales en algunas razas: el prognatismo, por ejemplo,es un signo degenerativo de los más apreciables en las razas arias, en tanto que en la raza etiópica es una conformación normal; la prominencia de los huesos malares, carácter étnico de las agrupaciones mongólicas, es una anormalidad en la raza caucásica.

Así, me he guardado bien de considerar como un signo de inferioridad anatómica la talla y el peso de los individuos, que, entre nosotros, se muestran un tanto por debajo de las cifras medias señaladas en los países europeos y en Norte América. Fácil me ha sido hacer esta comprobación en los registros que se llevan en los cuarteles de la capital: allí acuden individuos, generalmente de veintiún años en adelante, sanos—o al menos considerados como tales después de un serio examen de los médicos militares—y provenientes de todos los puntos de la República, de los diferentes gremios sociales y también de las diversas extracciones raciales de nuestro país. Sin embargo, por más que este rasgo sea enteramente relativo, merece

tenerse en cuenta, pues, asociado con todos los demás, puede tener algún valor.

Ahora bien: el promedio de la talla en los individuos seleccionados para el servicio militar apenas alcanzó a un metro cincuenta y seis centímetros.

Otro tanto puede decirse respecto a la conformación craneana. Sabido es que la "braquicefalia" es carácter morfológico normal en las razas aborígenes de la América. Nada implicaría, pues, el hallar esta variedad de índice cefálico en la inmensa mayoría de los colombianos, siendo así que en casi todas las regiones que lo integran, especialmente en los departamentos centrales, el fondo social está en gran parte constituído por el producto mestizo, o sea el cruce del indígena americano con los colonizadores de las diversas épocas. Cabe aquí, sin embargo, anotar una particularidad que es ya de mayor valor desde el punto de vista anatómico, y es que en las diversas mensuraciones practicadas en individuos de las más diversas profesiones: estudiantes, militares, enfermeros, pacientes de hospital, policías, artesanos, etc., he encontrado un promedio del índice cefálico que oscila de 82 a 85 y que, por consiguiente, se acerca mucho a la cifra considerada por la craneometría como carácter degenerativo ("suprabraquicefalia," en la clasificación de Topinard (1).

Es bien manifiesta para todo observador superficial la frecuencia entre nosotros de la asimetría del cráneo. Cualquier fabricante de sombreros puede dar razón de esta particularidad nuéstra, que contrasta singularmente con lo que sucede en otros países, especialmente en la Gran Bretaña, cuyos moradores se distinguen por la gran regularidad del ovoide cefálico. En nuestro país, por el contrario, las abolladuras, en particular de la región temporoparietal y las depresiones que destruyen la simetría del contorno craneano son un carácter casi general.

A la simple observación de todos los días, (no comprobada en verdad por la craneometría) me ha parecido siem

---

(1) Conservo, para comprobar este hecho, una estadística de ciento veinte casos, mitad hombres, mitad mujeres, levantado en la Oficina antropométrica de la Policía Nacional en 1917.

pre que hay en nuestros hombres una cierta tendencia a la "oxcicefalia", o sea esa conformación de cráneo alargado hacia arriba y un tanto agudo en el vertex, rasgo predominante en las clases cultivadas; en tanto que en la clase del pueblo, y especialmente en la mujer, es bien de notarse la gran estrechez frontoparietal ("estenocrotafia").

Por todas partes, en nuestro país, y así en la población urbana como en la rural, abundan los casos de "nanismo" y de "acromegalia", cuya etiología estudiaremos adelante.

Es, asímismo, un rasgo bien frecuente en la mujer de las ciudades la "esteatopigia" o desarrollo adiposo excesivo de la región glútea, como también la polisarcia infantil, en ambos sexos.

Todos los especialistas en afecciones oculares señalan la frecuencia creciente entre nosotros de los vicios de refracción, desde la primera infancia, por conformación anatómica viciosa del globo ocular y de sus diferentes medios.

Bastará una ojeada a un grupo cualquiera de personas para anotar cómo abundan entre nosotros los defectos de conformación de la oreja y las anomalías morfológicas que se consideran como estigmas característicos de degeneración.

Tema muy interesante para un estudio estadístico sería señalar la rareza en nuestro medio social de una conformación regular de la cavidad bucal y de sus diversos componentes: labios, bóveda palatina, mándíbulas, lengua y sistema dentario. Todo allí, desde el labio leporino en sus diversos grados, hasta las anomalías de implantación, número, estructura, dirección y forma de las piezas dentarias, ofrecería material a porfía para constituír distintivos de inferioridad de nuestro personal con respecto a otras razas. Esto, sin contar con los defectos de diverso orden en la articulación y en la fonación, que abundan de manera tan visible.

Creo, en cambio, que las anomalías viscerales, como detenciones de desarrollo, ectopías congenitales o transposición de órganos, son raras entre nosotros, y lo mismo puede decirse respecto a las malas conformaciones del esqueleto, lo que se explica por la rareza, en nuestro medio, del raquitismo y de la acondroplastia. Débese hacer una

excepción, sin embargo, para ciertos vicios de conformación de los miembros: la polidactilia y el pie escaro, que sí son bastante frecuentes en nuestro país.

Considero también de gran frecuencia entre nosotros algunas particularidades anatómicas del aparato sexual: la fimosis, la monorquidia, la criptorquidia, el hipospadias, las estrecheces vaginales, las formas tapiroide e infantil del cuello uterino y la micromastia (falta de desarrollo de las glándulas mamarias), peculiar a ciertas regiones del país y sobre la cual hablaré en otro lugar.

---

¿Las diferentes particularidades anatómicas que hasta aquí he señalado, y que reunidas en cierto número sobre un mismo individuo constituyen un signo cierto de degeneración, son en realidad muy frecuentes en nuestro medio social o son aquí casos esporádicos, como sucede en cualquier otra parte? Claro está que a esta pregunta no se podría contestar sino con cuadros estadísticos que comprobasen que en nuestro país hay una proporción de tales rasgos más fuerte que en el promedio de la especie. Semejante estadística, que señalase para cada país o región el porcientaje de individuos afectados de rasgos degenerativos, sería la obra más útil para el biologista y para el sociólogo; pero hasta hoy—que yo sepa—no ha sido elaborada en país alguno. A falta de ella, debe intervenir la apreciación objetiva del buen observador, especialmente del médico que haya ejercido por muchos años, y, ante ella, apelo para la confirmación de la mayor parte de los hechos aquí apuntados. Hay, además, como testimonios de alto valor, las correlaciones biológicas que pueden suplir en gran parte la falta de estadísticas. Podríamos admitir que en realidad los rasgos anatómicos anotados hasta aquí son signos de degeneración, si al mismo tiempo, en el funcionalismo normal o patológico, aparecen hechos de carácter colectivo que hablen en igual sentido. Es lo que vamos a ver en las líneas que siguen.

---

B). SIGNOS FISIOLOGICOS.—Hay numerosos hechos de carácter funcional que ponen en evidencia la inferioridad biológica de nuestra raza con respecto al promedio de la especie humana.

Es este uno de los puntos que mejor pudieran ser esclarecidos por una estadística comparada, donde se pudiese ver la relación que guarden la natalidad, la mortalidad, la longevidad y la nupcialidad de nuestro país con respecto a los otros países. Por desgracia, en Colombia los estudios estadísticos son de creación reciente en lo que a tales materias atañe, y no pueden enseñarnos mayor cosa sobre el particular. Sin embargo, no dejaré de anotar que lo hecho hasta hoy, aunque escaso y fragmentario, es ya de alguna significación, da luz sobre el particular y confirma en parte la opinión arriba enunciada.

Se ha formado en la Oficina General de Estadística un cuadro relativo al año de 1915, comparativo de varios países de Europa y América, de donde resultan los siguientes hechos:

1º La "nupcialidad" (o sea el número de matrimonios) en Colombia ofrece una de las cifras más reducidas del mundo: fue en el año expresado de 4,9 por 1,000 habitantes, en tanto que en Alemania fue de 7,9; en la Argentina de 6,9; en Chile de 5,2. No hay una proporción comparable sino en Servia y el Uruguay. Es, pues, el nuéstro uno de los tres países del mundo donde se cuenta menor número de matrimonios. Esto, como lo veremos, al tratar de los caracteres psicológicos y morales, es un signo de decadencia de los pueblos.

2º Aparece en el mismo cuadro que el promedio de nuestra "natalidad," o sea el número de nacimientos por año, fue en 1915 de 31 por cada 1,000 habitantes. Es esta una cifra que, en verdad, está bien por encima de la de aquellos países que ofrecen menor número de nacimientos, como Francia, cuyo promedio anual es de 18 por 1,000; Bélgica y Suecia, que oscilan al rededor de 22 por 1,000 y que no se muestra muy por debajo de la de los países que han alcanzado un máximum, como son Rumania, con 42, y Chile y la Argentina, con 37 y 36 por 1,000, respectivamente. Empero, antes de llegar a una conclusión muy optimista, por lo que la natalidad pueda implicar en favor de nuestra virtualidad biológica, debemos tener en cuenta que este es un elemento de valor enteramente relativo. Es verdad que un grado extremo de degeneración, así en los individuos como en las especies, determina la infecundidad

absoluta; pero hay estados intermedios de viciación orgánica que, según todos los observadores, se distinguen por una desgraciada potencialidad reproductiva: el hecho ha sido siempre comprobado en los alcohólicos y en los enajenados por lesión cerebral circunscrita. (Morel, Régis).

3º La "mortalidad" en Colombia ha alcanzado el promedio anual de 20,9 por 1,000: esto es,—y refiriéndonos al cuadro arriba mencionado—ofrecemos, juntamente con Austria (20,5) Hungría (23,3), España (22,1), Rumania (23,8), Servia (21,1) y Chile (26,5) la mayor mortalidad en la estadística universal. Compárese este coeficiente con el de países de mortalidad media, como Alemania (15,6), Inglaterra (14,4), Uruguay (11,6).

No se tienen datos estadísticos sobre la "longevidad" en nuestro país; pero puede asegurarse, por la observación diaria y en razón de los resultados precedentes, que la duración de la vida en nuestra zona es manifiestamente inferior al promedio universal. Todo el que haya observado con alguna atención nuestra vida colectiva podrá anotar cuán raros se hacen de día en día los casos de vidas que lleguen más allá de los setenta y cinco años. Y, aunque así no fuera, hay un fenómeno que a nadie habrá escapado: la prontitud con que en nuestros hombres se agotan todas las energías y capacidades útiles. Un individuo de nuestra zona, a los treinta años de edad, presenta ya los distintivos de declinación que en las zonas templadas presenta uno de cuarenta y cinco a cincuenta años: el mismo principio de decadencia orgánica, idénticos signos denunciadores de una reducción de las diferentes capacidades. En nuestros países es una feliz excepción la de un trabajador—intelectual o manual—que conserve todo su poder más allá de los cuarenta años. Hay en nuestra raza una decrepitud prematura que disminuye el período activo y útil de la existencia por lo menos en un 30 por 100 de lo que es en otros medios. Es casi un imposible hallar entre nosotros esas vigorosas mentalidades, esas energías inquebrantables que resisten íntegras hasta más allá de los setenta años. Casos como los de Gladstone, Bismarck, León XIII, Joffre, Mackensen o Clemenceau, serían un hecho inconcebible en los hombres de nuestra raza. No solamente la vida en su conjunto es más corta entre nosotros, sino que

el tiempo útil de ella se muestra lamentablemente reducido.

Los signos colectivos estudiados hasta aquí: natalidad, nupcialidad, longevidad, y mortalidad llamados con razón por Ball y Régis "caracteres biológicos" de una sociedad, señalan, por consiguiente, una disminución evidente del coeficiente vital en nuestro país y en toda la zona de América colocada en análogas condiciones geográficas y climatéricas.

---

La obra de nuestros investigadores ha ido, con todo, más allá; ha descendido al fondo mismo de los fenómenos fisiológicos en busca del mecanismo de esta degradación indudable.

Estos estudios han versado sobre la constitución de nuestros humores, sobre el ritmo de los diferentes actos vitales y sobre la actividad que entre nosotros presentan los diversos cambios nutritivos.

Ya desde 1898 el doctor Anastasio del Río señalaba el hecho de que la cantidad media de úrea eliminada por un individuo en Bogotá es de 21 solamente, en las veinticuatro horas, en vez de 28, que se tiene como la cifra normal en Europa. (1).

En el año siguiente el doctor Jorge Vargas Suárez, en su tesis de grado, establecía las siguientes particularidades bien importantes, relativas a los habitantes de la altiplanicie de Bogotá: 1.° Hay en ellos un menor número de glóbulos rojos; 2.° Presentan una disminución en la cantidad de úrea eliminada con relación al promedio fisiológico; 3° Tienen una temperatura media inferior en medio grado a la de los habitantes de las zonas templadas; y 4° Existe en ellos una apatía muscular, consiguiente a la menor actividad nutritiva. (2).

En el año de 1910 el doctor Juan N. Corpas anotó estas nuevas observaciones, siempre relativas a los habitan-

---

(1) Anastasio del Río. "Eliminación de la úrea en Bogotá". Tesis de Bogotá, 1898.

(2) Jorge Vargas Suárez. "La sangre normal y la sangre en las anemias." Tesis de Bogotá, 1899.

tes de Bogotá: temperatura media, 36,3; número normal de pulsaciones, ochenta y dos por minuto; tensión arterial media (en cien casos observados), 99. (1). Todas estas cifras, si se comparan con los promedios en otras regiones, muestran una diferencia bien sensible y que en general implica menor rendimiento y mayor desgaste orgánico.

El punto tan importante de la elaboración y eliminación de las materias azoadas, que es, en gran parte, el exponente claro de los procesos nutritivos en el organismo humano, ha sido recientemente estudiado a fondo por el doctor Calixto Torres Umaña en su bello trabajo "La nutrición en la altiplanicie de Bogotá", presentado al segundo Congreso Científico Panamericano. De tan importante memoria deduce el autor las conclusiones siguientes:

"En la altiplanicie de Bogotá la nutrición sufre un retardo que se revela:

1º Por un descenso de la cifra media de la temperatura humana;

2º Por una insuficiente transformación de los materiales azoados en el organismo."

El doctor Torres ha hallado en sus investigaciones no solamente un promedio de eliminación azoada más reducido en los habitantes de Bogotá (11.29) de ázoe total) con relación a los de la zona templada (15.87 de ázoe total), sino también un aumento de aquellos materiales que implican un metabolismo inacabado de las sustancias azoadas. Hay, pues, según estas comprobaciones, no sólo una "reducción cuantitativa", sino una "imperfección" de las elaboraciones nutritivas en los habitantes de esta región.

Todos los estudios anteriormente citados denuncian, en definitiva, un hecho capital: el coeficiente vital se halla aminorado en los hombres que pueblan el altiplano andino.

Al contrario de los eminentes investigadores citados, que habiendo llevado a cabo sus observaciones en Bogotá, atribuyen en su mayor parte el fenómeno a las particularidades de atmósfera, presión, etc., propias a las alturas, yo creo que estas son condiciones biológicas generales a toda la zona: datos que poseo de localidades situadas en

(1) Juan N. Corpas. "La atmósfera de la altiplanicie de Bogotá". Tesis de Bogotá, 1910.

altitudes y bajo presiones muy diferentes de Bogotá (Medellín, Barranquilla, Cartagena) revelan las mismas particularidades

No desconozco que un aire enrarecido impone a los sistemas respiratorio y circulatorio un exceso de trabajo, que a la larga se traduce por fatiga y agotamiento de los organismos; pero el hecho, siendo innegable, no es sino una parte de la explicación del fenómeno, ya que en lugares de nuestro país donde la atmósfera encierra su cantidad ordinaria de oxígeno, como son las localidades situadas al nivel del mar, el funcionalismo de los habitantes se muestra también con un ritmo más retardado que en las otras zonas del planeta. Al tratar de las causas de nuestra degeneración colectiva, procuraré anotar todos los factores que se integran para producir el fenómeno.

Por ahora continuaré en la enumeración de los signos que traducen esta decadencia.

C). SIGNOS PATOLOGICOS—Es tarea del futuro el establecer, por medio del estudio de nuestro agregado social, con base estadística rigurosa, cuáles son las enfermedades dominantes en nuestro medio: de allí podrán resultar comprobaciones muy importantes que se prestarán a corolarios de gran utilidad para la higiene y la profilaxis colectivas. Por el momento, quiero solamente apuntar algunas de las predisposiciones morbosas más frecuentes en nuestro país, las que no escapan a ningún observador y que traducen el estado de deficiencia biológica característico de nuestra población.

Son precisamente los estados constitucionales dependientes de oxidaciones lentas y de elaboración nutritiva insuficiente, los que predominan de manera insólita entre nosotros.

En primer lugar, el artritismo. No hay exageración al afirmar que el 60 por 100 de los enfermos que se presentan a cualquier médico en nuestras poblaciones son de cepa artrítica. Todas las afecciones relacionadas con ese estado particular abundan de manera bien sensible: en los climas altos y fríos los estados reumáticos y gotosos, el asma, los eczemas y jaquecas; en las regiones cálidas, las litiasis urinaria y biliar y las dispepsias; en todas partes

las colitis, la diabetes, las neuralgias, y la arterioesclerosis; en fin, toda la gama de afecciones que se consideran engendradas por el artritismo o estrechamente relacionadas con él, forman—junto con las enfermedades tropicales y con las diversas infecciones no peculiares a nuestra zona—la base de nuestra patología nacional. Cualquiera que sea el concepto que se adopte sobre este punto tan oscuro aún de la diatesis artrítica, para nosotros, hay un hecho indudable: el artritismo es un estado característico de nuestra población; tiende a ser el estado habitual de la raza; no hay casi familia que esté indemne de sus signos y propensiones.

Estrechamente vinculados con el estado precedente, deben señalarse como disposiciones morbosas dominantes entre nosotros diversas perturbaciones de las funciones endócrinas, que empiezan a ser caracterizadas y descritas por nuestros clínicos. Al segundo Congreso Médico Nacional de 1913 presentó el doctor Luis Felipe Calderón, con el título de "Sindromas poliglandulares de la altiplanicie", un importante trabajo en que señaló la frecuencia en las localidades altas de Colombia de los casos de infantilismo con puerilismo mental, atribuíbles, según el autor, a insuficiencias hipofisarias o tiroidohipofisarias. Anótase allí mismo la profusión de casos de infantilismo hepático en los habitantes de las regiones frías y de bocio en los de climas cálidos, engendrados uno y otro, en concepto del profesor Calderón, por perturbación de las secreciones internas.

Es quizá este el capítulo de nuestra patología nacional que más preciosas comprobaciones reserva a los futuros investigadores. La alteración o insuficiencia de los diferentes productos que en el organismo vierten los órganos endócrinos darán quizá la clave de muchas particularidades de nuestra raza. Vimos arriba que la cifra media de la tensión arterial es superior entre nosotros a la cifra media de las otras latitudes; esta modalidad—generadora en parte de las numerosas cardropatías de nuestra zona y quizá también del nervosismo de la raza—no podrá provenir de una perturbación del funcionalismo suprarrenal? La astenia muscular, señalada de tiempo atrás por los observadores, ¿no podrá tener idéntico origen y ser, en

consecuencia, y dentro de límites fisiológicos, análoga a la observada en los sindromas adisonianos? ¿La excesiva emotividad característica de estos países y que se echa de ver en todas sus reacciones, en lo individual como en lo colectivo, no sería imputable a un hipofuncionamiento tiroideano? ¿Esa sexualidad precoz y vehemente que distingue al latinoamericano del trópico; ese despertar tan prematuro del instinto genital, con aparición de signos puberales —orgánicos y psíquicos—desde los once, diez y nueve años ¿no vendrán a ser simplemente el resultado de algu-
18
na hiperplasia congenital de la hipófisis, con exaltación de las funciones correspondientes? Hé aquí otros tantos puntos de vista fecundos para la labor del mañana.

Por ahora, anotaremos simplemente como condiciones morbosas propias a nuestra zona—y que implican, a no dudarlo, un estado de decadencia orgánica—los casos cada día más numerosos de "insuficiencias glandulares." A más de los estados ya mencionados, citaremos la insuficiencias ováricas, que son un estado casi universal en este país y que se traducen por todas las turbaciones posibles del ciclo sexual, desde los cólicos menstruales,—de que sufren un 95 por 100 de nuestras mujeres jóvenes—hasta las más completas detenciones de desarrollo genital. La obesidad de la segunda juventud y de la edad madura, la hipertricosis facial, o sea el desarrollo anormal del pelo en la piel de la cara hacia las mismas épocas y en la menopausia, que con tánta frecuencia se observan en las mujeres de nuestras ciudades especialmente, son simples signos de un ovario deficiente en su secreción interna. (1).

---

(1) He tenido el honor de presentar al cuarto Congreso Médico Nacional reunido en Tunja (1919), una Memoria sobre "El ovario escleroquístico en Colombia", en que he ampliado y completado las nociones precedentes. Allí se demuestra con estadísticas de cirujanos y de médicos de todo el país que el ovario microquístico existe en nuestro medio, en una proporción aproximada del 45 por 100 de la población, y se registra la observación de que aparece en la totalidad de los casos como resultado de una herencia morbosa.

En cuanto al hombre, los casos tan numerosos de neurastenias, de psicosis depresivas, de obesidad, que se presentan a partir de los treinta y treinta y cinco años, traducen, según toda probabilidad, una insuficiencia testitular indócrina,una especie de menopausia masculina anticipada; cualquier médico podrá dar fe de la excesiva frecuencia de tales estados en nuestro país.

---

De tiempo atrás han venido observando los médicos del Departamento de Antioquia que en esa región, que es, sin duda, la que hasta hoy se ha defendido mejor contra la decadencia, el desarrollo de las glándulas mamarias es deficiente con una frecuencia cada vez más sensible. ¿Obedece esto a una modificación étnica del tipo femenino, que va perdiendo lentamente los caracteres peculiares del sexo, como sucede en Inglaterra, o hay allí una influencia nociva sobre el organismo de la mujer, proveniente de intoxicaciones alimenticias, de factores climatéricos u otros? Hé aquí un punto importante de estudio para nuestros colegas de la Cordillera.

Demasiado conocida es la influencia de ciertas regiones de nuestro país, especialmente las que demoran al pie de las altas serranías, en la producción de numerosos casos de bocio, de cretinismo, de tipos atrasados mental y físicamente y que denuncian una perturbación profunda de carácter tiroideano o tirohipofisario que, sin duda tiene su origen en intoxicaciones regionales. (1).

Y basta con los anteriores, a guisa de ejemplos solamente, para demostrar cuánto abundan en nuestra patología los estados de insuficiencias endócrinas; unas como modalidad cuasi-fisiológica de la raza; otras generadoras de estados patológicos que los médicos reconocen y tratan diariamente.

---

(1) Mi muy distinguida discípulo el doctor Enrique Enciso ha estudiado este punto, en su importante tesis de grado titulada "Influencia de la anemia tropical sobre las glándulas de secreción interna", y considera la mayor parte de las degeneraciones observadas en nuestros climas cálidos como casos de herencia morbosa de origen uncinariásico, localizada sobr el tiroides y la hipófisis.

En el resto de los signos patológicos reveladores de una vitalidad aminorada en nuestro medio social, me limitaré a una simple enumeración.

Motivo de justa alarma para el gran público, y con mayor razón para el público profesional, es el aumento del "cáncer", y especialmente en aquellas regiones de población más vigorosa, como son los Departamentos de Antioquia, Cauca y el Litoral Atlántico. Cualesquiera que sean las comprobaciones ulteriores sobre la naturaleza de este flagelo, lo único que por hoy se puede asegurar es que él requiere un estado transitorio o permanente de depresión de los organismos para hacer en ellos su aparición; de consiguiente, un agregado social donde esta enfermedad aumenta de día en día revela un estado de decadencia vital indudable.

La "tuberculosis" es otra de las grandes causas de mortalidad en este país; en lo relativo a Bogotá, esta enfermedad arroja el 7 por 100 de la mortalidad general. Apenas hay para qué subrayar el hecho de que este es un mál propio de los organismos agotados.

Sería bien curioso investigar si respecto a la propagación de la "lepra" se debe asignar el principal papel a la inobservancia de las reglas de profilaxia e higiene, esto es, a la no preservación del contagio, o bien a las condiciones climatéricas de ciertas regiones, o bien si alguna parte corresponde al debilitamiento y a la viciación constitucional en nuestra zona. Creo que para ésta, como para las otras enfermedades, la receptividad, o, en otros términos, el debilitamiento de los individuos es un factor de importancia suma.

Es otro de los signos patológicos que implican decadencia en nuestra raza—y no el menos importante—la cantidad creciente de afecciones mentales que se van observando en las diferentes secciones del país. En la conferencia inaugural de que he hecho mención al principio de este estudio procuré demostrar cómo el número de locos en la capital de la República ha aumentado en los últimos veinte años en la proporción de un 150 por 100. De la mencionada conferencia tomo los hechos siguientes:

"Hé aquí los datos que arrojan las estadísticas cuida-

dosamente llevadas por el médico del Asilo de Locas, doctor Antonino Gómez Calvo.

En los siete primeros años de este siglo registra el doctor Gómez Calvo un promedio anual de locas de. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 67

Tres años después, en 1910, el número de locas asiladas fue de. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 136

(Más del doble del número correspondiente al lustro anterior).

En el año siguiente (1911) el número de locas fue de. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 165

(Esto es, un 25 por 100 más que el año precedente).

En 1912: locas asiladas. . . . . . . . . . . . . . . . 237

(Un exceso de casi el 50 por 100).

En 1913. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 192

Sufre aquí la curva de las locuras un ligero descenso, pero se conserva mucho más alta que en los años anteriores a 1912.

Las estadísticas llevadas con esmero de verdadero observador por el doctor Maximiliano Rueda, actual médico del Asilo de Locos, hablan en el mismo sentido. En el primer lustro del siglo actual el promedio de locos varones fue de 82 por año; en el segundo lustro nunca ha sido menor de 150, y en el tercero pasa de 200 anuales. Cada año que llega, según el Dr. Rueda, se marca por un incremento de asilados de un 25 por 100 sobre el año anterior.

Otra fuente muy importante de información es el registro de la Oficina Médico-legal de esta ciudad, en que consta el número de exámenes para afecciones mentales que se hacen anualmente y que arroja las siguientes cifras, según consta en la muy interesante monografía del doctor Ricardo Fajardo Vega, sobre reformas a nuestro Código Penal.

EXAMENES PARA ESTADO MENTAL

| | |
|---|---|
| Año de 1912. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 415 |
| Año de 1913. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 389 |
| Año de 1914. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 561 |
| Año de 1915. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 588 |

Con excepción de 1913, en que para todas estas estadísticas hay una ligera depresión numérica, se ve la progresión creciente, año tras año, de afecciones mentales en los establecimientos de enajenados y en las oficinas que de ellos se ocupan. ¿De cuándo arranca este incremento de la locura en nuestro país? ¿Ha sido éste un fenómeno constante y de data inmemorial, o es propio de la época que atravesamos? Hé aquí cuestiones inquietantes e imposibles de contestar."

De esa época a hoy, según mis posteriores comprobaciones, la curva de la locura ha seguido su marcha ascensional; así me permite asegurarlo la simple numeración de los individuos que ingresan a los asilos de ambos sexos y de los exámenes por estado mental practicados en la Oficina Médico-legal Central en los dos últimos años.

Aunque en la producción de este resultado se deben tener en cuenta muchos factores, como son el incremento de la sífilis y el alcoholismo, la miseria y las dificultades de la vida en los últimos años, los acontecimientos políticos mundiales, las catástrofes regionales, como han sido los temblores, las epidemias, las inundaciones, la pérdida de cosechas, la agitación política interna, etc., etc., no debe olvidarse que la gran causa de la psicosis es la herencia, en otros términos, la degeneración mental. Por consiguiente, nada que ponga tan de manifiesto la decadencia colectiva en nuestro país como el número mayor cada año de afecciones mentales que en él se registran.

---

Hasta aquí, los signos indudables de degeneración física y que, como hemos visto, se recogen sin gran trabajo en los caracteres morfológicos, en las reacciones funcionales y en las disposiciones morbosas propias a la mayor parte de los individuos de nuestras razas. Vamos ahora a ver que en lo psicológico no es menos evidente esta decadencia colectiva de Colombia y de los países situados en la misma zona.

***

## II.—DEGENERACION PSIQUICA

Sería un empeño infantil el de desconocer cuán escaso es nuestro aporte intelectual a la gran labor humana. Se-

ría también ir contra la evidencia de los hechos el negar que los latinoamericanos del trópico nos hemos mostrado ante el mundo como agrupaciones instables y en un estado permanente de desintegración social. Pero, ¿es todo esto una simple modalidad étnica, inherente a la sangre de nuestro pueblo, o bien, traduce una disminución de las fuerzas vitales originarias? ¿Trátase, en suma, de una simple inferioridad fisiológica o de una degeneración? ¿Hemos sido siempre lo que hoy, o, en alguna época, hemos sido mejores? Razones hay de todo género para admitir el segundo término de esta disyuntiva.

Todas las razas componentes de nuestra población actual fueron en algún tiempo superiores a lo que hoy son. Compárese el estado relativamente floreciente—aunque ya con signos de evidente decadencia a tiempo de la época colombina—de los imperios indígenas de la América con la condición abatida y miserable de los indígenas de hoy. Hágase el parangón del español conquistador y aventurero del siglo XVI con los residuos de sangre ibera incontaminada de toda mezcla que puedan quedar hoy en nuestro continente, y véase cómo han menguado todas las energías y capacidades. Sígase la evolución del producto criollo a través de un siglo de nuestra historia y estúdiese con imparcialidad y, sin entusiasmos impropios de la labor científica, la psicología de la generación que realizó la Independencia de las colonias españolas comparativamente con las generaciones actuales. No dejará de ser evidente para cualquier mediano observador la rápida decadencia de todos estos agregados étnicos. Los hombres de hoy en estos países somos, pues, en nuestras diversas características, los continuadores, a través de algunos siglos, de un proceso de decadencia que se inició en nuestros antepasados desde tiempo inmemorial; pero, a más de esta degradación crónica, que ha empleado largas edades para llegar al estado actual, creo que en nuestra época—en la última media centuria aproximadamente—las taras raciales han adquirido una marcha aguda que se traduce por varios fenómenos de psicología social.

Estaría fuera de lugar el entrar aquí en detalladas consideraciones históricas para comprobar el hecho. Todos los espíritus que han contemplado nuestra evolución inte-

lectual de un siglo a esta parte se muestran penetrados de la misma lamentable verdad: la capacidad creadora de nuestro pueblo—así en ciencias como en letras—se mostró en los albores de la República prometedora de mayores frutos de los que ha dado con el correr del tiempo. Hubo en nuestro país de 1800 a 1840 estadistas, guerreros, investigadores científicos, poetas dramáticos y novelistas, que fueron una iniciación gloriosa de algo que los años no han traído.Como en todas las civilizaciones que declinan, como la Grecia del tiempo de los Retóricos, como en el ciclo de Roma que siguió a Tácito y a Suetonio, la creación original cedió entre nosotros bien pronto el campo a disciplinas enteramente accesorias de la obra genial, a las actividades verbalistas y de menor vuelo, como la Gramática, la Crítica, la Dialéctica, o los diversos ramos que versan sobre la palabra y su alcance, y, en cambio, poco, muy poco, se produjo sobre la realidad misma, así sea la realidad interior como la que se encierra en la naturaleza ambiente.

Y, ciertamente, no hubiera debido ser así: la natural evolución del país, el cultivo creciente de las inteligencias, el aumento gradual de la población, la comunicación más fácil y directa con los grandes centros de civilización.... todos eran factores favorables a una intensificación de nuestro valor intelectual.

Empero, estos son fenómenos que arrancan de orígenes más hondos; su razón de ser es más biológica que histórica; hemos quizá "quemado algunas etapas" y saltado de una infancia exuberante a una decrepitud prematura. Hay, en verdad, en nuestra conformación mental algo que nos permite apropiarnos fácilmente toda corriente intelectual o moral que nos venga de los pueblos que han sido hasta hoy nuestros conductores espirituales y, al calor de estos influjos, vemos florecer espíritus superiores que, a su vez, forman corrientes y escuelas de pensamiento y de expresión. Pero esto, más que una asimilación, es una imitación, y ya lo dijo un moralista y educador insigne: "La imitación es la enfermedad de los pueblos vencidos." (1).

(1) Liard. Vicerrector de la Universidad de París. Conferencia en la Sorbona.—1912.

***

Hay en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva infinidad de caracteres psíquicos que denotan un estado social patológico: la "impaciencia" infantil de nuestras actividades; la "emotividad" que se transmite prontamente de lo alto a lo bajo de las esferas sociales y que implica una "sugestibilidad" extrema de las masas; la tendencia de la mayor parte de las agrupaciones a buscar sin reflexión la solución extrema y violenta de toda clase de situaciones, lo que denuncia un fondo común de "impulsividad; los cambios bruscos de opiniones y de actitudes con respecto a hechos y a hombres que en el fondo han quedado los mismos, signo este de "instabilidad" mental; esta es, en último término, nuestra nota psicológica dominante; ella se echa de ver en la mayor parte de nuestras iniciativas, que tan pronto acometemos como abandonamos, y en la índole paradójica de nuestra vida, donde alternan los más exuberantes entusiasmos con el desaliento resignado de los seres débiles.

Tales caracteres francamente morbosos de la raza se han traducido en nuestra historia por una serie de agitaciones y de mudanzas que nos han acreditado como uno de los pueblos más instables del universo.¿Cuál otro ha registrado en el curso de un siglo sesenta y cuatro guerras intestinas, sin contar las sediciones, los golpes de cuartel y los motines militares que no han tenido resonancia nacionas? ¿Cuál otro se ha dado en el mismo espacio de tiempo once constituciones distintas? Aunque no fuera sino por estos rasgos, ya nuestro país merecería el estudio de los psiquiatras.

En cuanto al momento actual de nuestra historia, espíritus clarovidentes han proclamado ya cuán escasa es nuestra producción intelectual de verdadero valor. Seguimos en nuestro movimiento ideológico corrientes venidas de fuera, que de tal manera penetran y determinan las modalidades del pensamiento nacional, que casi han borrado su personalidad. En las diversas disciplinas científicas —salvo uno que otro caso esporádico—somos aptos para seguir y un poco para asimilar la gran labor universal, pero no colaboramos en ella de manera sensible y eficiente.

El balance de nuestro esfuerzo científico industrial y

artístico en el último siglo transcurrido da resultados prácticamente negativos para la civilización universal y de muy restringida significación para nosotros mismos.

Y, para más adelante, qué nos espera? He dicho arriba que en nuestros días el proceso de regresión colectiva asume una marcha más rápida aún que en épocas anteriores. Se puede pulsar el fenómeno en varias manifestaciones de nuestra vida colectiva. Recuérdese lo dicho en otra parte sobre el incremento—agudo en los últimos lustros—de la criminalidad, del suicidio y de la locura. Hé aquí, además, un signo no menos importante: la psicología de la juventud universitaria explorada de hace treinta años a hoy. Aduzco en esta materia algunas pruebas testimoniales del más alto valor. Hablan varios maestros que han educado y observado cuidadosamente a las últimas generaciones.

El doctor Antonio J. Cadavid, Rector de la Facultad de Derecho y profesor en ella desde hace veinticinco años, opina que en ese lapso ha habido una innegable decadencia intelectual de la juventud; que ha visto el interés y la sana afición por los estudios serios disminuídos de manera alarmante; que el debilitamiento físico de los estudiantes es manifiesto y se traduce por neurastenias, fatigas cerebrales y dolencias de diferente índole, en términos que para los últimos años el número de exenciones de examen por enfermedad, real o simulada, ha alcanzado la cifra inquietante de 100, sobre 350 estudiantes de la Facultad.

El doctor Julio Garavito A., Director desde hace veintisiete años de nuestra alta enseñanza matemática, encuentra también que las capacidades y energías para el aprendizaje han declinado en sus discípulos. Esto se reconoce fácilmente, dice el doctor Garavito, en la disminución del entusiasmo por el estudio y en cierta reducción del poder de asimilación. Para este eminente maestro hay una especie de deformación en los jóvenes cerebros, operada por el estudio esencialmente teórico y verbalista de los primeros años. El individuo a quien se enseña tan sólo por el dictado y por el libro va perdiendo gradualmente su poder intuitivo; acostumbrado a recibir todo conocimiento científico en lo que otros han descubierto y escrito, llega a ser incapaz de observar la naturaleza y de anotar nada por sí mismo; le pasa algo de lo que hoy está acaeciendo a ciertas

viejas civilizaciones, donde las inteligencias van adoptando maneras de juzgar fenómenos y de deducir leyes, diversamente de lo normal y tradicional: esto es la decadencia de las razas; lo que se observó en la Roma del Bajo Imperio. Son también para el doctor Garavito causas de retroceso en las energías de la juventud la profusión y facilidad en las diversiones de todo género y la falta de un aliciente seguro en la época ulterior al fin de los estudios.

El doctor D. Cifuentes Porras, antiguo profesor en la Facultad de Ingeniería, ha tenido opiniones análogas.

El doctor Pompilio Martínez, actual Rector y profesor desde hace veinte años de la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina, ha tenido las siguientes apreciaciones sobre el mismo asunto.

"En más de veinticinco años que llevo de observar las sucesivas generaciones estudiantiles, ya como alumno de nuestra Universidad, ya como profesor de ella, he notado una gradual disminución en los dos factores que integran la capacidad del trabajador intelectual: el entusiasmo por el estudio y la aptitud para aprovecharlo. Dada la mayor facilidad que hoy se tiene para perfeccionarse en los diversos ramos, ya por el mejoramiento en los métodos de enseñanza, ya por los elementos más numerosos con que se cuenta, debiera haber entre los estudiantes una mayor proporción de individuos altamente capaces; no sucede así, sin embargo, como lo demuestra el resultado de los exámenes anuales, que arroja un fuerte porcientaje de calificaciones bajas que cada año va en aumento. Baste hacer notar que en la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales hubo en el año de 1917 cuarenta y ocho estudiantes a quienes se aplicó lo que se llama la "Ley de vagancia".

Como hecho demostrativo de la manera como decrece entre nosotros la sana afición a los estudios serios, bastará recordar que el profesorado de las ciencias naturales, que antes era desempeñado en su totalidad por personalidades eminentes de nuestro país, ha tenido que ir siendo reemplazado en sus vacantes por profesores extranjeros, por carencia de nacionales que abracen ese género de estudios. Creo no exagerar, dice el doctor Martínez, que en lo relativo a las ciencias de la naturaleza estábamos mejor dotados en los últimos tiempos de la Colonia. En suma, ha-

llo hoy menor entusiasmo por el estudio y menos proporción de capacidades excepcionales."

---

A más de estas anotaciones generales, que para el sociólogo tienen un gran alcance, hay varios otros fenómenos que no se prestan a la menor duda respecto a su significación semeiológica. Ante todo deseo mencionar dos muy importantes: el incremento de la criminalidad y el de la locura en nuestro país. Cuanto al primero, tropezamos, como en todo lo demás, con la falta de estadísticas que nos ilustren de manera precisa. No obstante el hecho ha sido anotado por infinidad de juristas, de magistrados y de moralistas como tema de muy serio estudio para nuestros legisladores y dirigentes. La única comprobación concreta que he hallado en el particular es el dato que me ha suministrado la Dirección General de prisiones y que registra en 1917: 1,724 hombres y 117 mujeres en las penitenciarías y 4,500 penados en las cárceles; total, 6,331 delincuentes, fuera de los que benefician de la excarcelación en virtud de una ley bastante amplia sobre la materia. Los anteriores datos arrojan la proporción aproximada de 1.20 de delincuencia por cada 1,000 habitantes en Colombia. Comparen los especialistas en ciencia penal esta cifra con la de otros países y digan si es una proporción que tranquilice.

Ya he mencionado, al hablar de los signos patológicos, el hecho de la frecuencia cada día mayor de las locuras en nuestro pueblo y he hecho mérito de las cifras que permiten calcular un aumento de 150 por 100 en el personal de los asilos de la capital durante los dos últimos lustros. Réstame añadir que la mayor parte de estas psicosis son formas que evolucionan rápidamente hacia la demencia, estado que predomina en fuerte proporción en los manicomios y que indica disolución precoz y definitiva de los altos centros cerebrales. Son también hechos muy dignos de anotarse en este capítulo la frecuencia cada día mayor de las psicosis juveniles—formas confusas y estados demenciales,—el incremento de las diversas neurosis y psiconeurosis, los estados ansiosos e impulsivos, las psicastenias precoces, ya en la población de las ciudades, ya —caso más curioso—en el personal de los campos y que

produce entre nosotros casos bastante numerosos de esa entidad que apenas empieza a estudiarse en calidad de rareza en Europa con el nombre de "neurastenia rural".

Y, puesto que estoy tratando de la degeneración moral que nos invade, cabe aquí enumerar todos aquellos síntomas sociales que tocan en los lindes de lo patológico. Todo el mundo ha visto con horror la pasmosa fiebre de suicidio que, como un contagio, se ha extendido de la capital a los diversos puntos de la República. El número de sus víctimas ha sido enorme en los últimos años; tuvo su culminación en 1916 y siempre se ha observado, al menos en Bogotá, que predomina en los meses de octubre y noviembre. Día, hubo, del año ya citado, en que cinco cadáveres de suicidas esperaban la autopsia en el anfiteatro médico-legal de Bogotá. Este es, creo, un "record" mundial. Durante los últimos tiempos ha crecido la cifra de mujeres suicidas en la capital y en ciudades de provincia, y se ha registrado, en el año de 1917, un caso de suicidio en un niño menor de diez años y tentativas frustradas en otros párvulos de igual edad.

En el mismo orden de hechos reveladores de una moralidad decreciente, citaré la pululación alarmante en nuestro país de "todas las formas de decadencia social propia de los grandes centros: el sectario, el fanático, el agitador profesional, las formas elegantes de la estafa: como el caballero de industria, el parásito; el político amoral; la prostitución secreta y refinada, la criminalidad precoz, la prostitución infantil, las toxicomanías, las perversiones sexuales." (1)

Todos los casos anteriores pueden considerarse, en rigor, como estigmas de un estado francamente degenerativo y, en gran parte, determinado por tachas hereditarias. Hay, además, en nuestro medio, algunos signos que, sin ser patológicos aún, sí indican un principio de decadencia social. La mutabilidad, la movilidad de impresiones y de miras, la gran emotividad colectiva que busca siempre los estados extremos en cuanto a los hombres y a los hechos,

---

(1) Conferencia inaugural del curso de Psiquiatría, por Miguel Jiménez López. Agosto 8 de 1916.

la falta de acción metódica, la impresionabilidad de las masas, la gran sugestibilidad de nuestras agrupaciones, así se llamen ellas partidos,clubes,congregaciones o sectas, en fin, lo que en algún otro estudio he llamado la "carencia de la personalidad colectiva". (1).

Añádase a esto el retraimiento de todos nuestros gremios de las actividades útiles: el cáncer de la empleomanía y del funcionarismo; ese éxodo lamentable de letrados, de artesanos y de jornaleros de los campos hacia las ciudades de provincia y de éstas a la capital de la República, para que el Gobierno los alimente o para dejarse morir de hambre.

¿Quién no ha observado, por otra parte, esa suerte fatal de muchas de las grandes familias entre nosotros; esa prontitud con que casi todas decaen en su posición de fortuna, en su nivel social, en su vigor físico y moral? Bien conocido es en la Sabana de Bogotá un aforismo que resume este fenómeno: "Padre millonario, hijo perdulario, nieto proletario". Es muy reducido nuestro medio y demasiado conocido su personal para que yo pudiese, sin reato, hacer con las viejas y proceras estirpes de Colombia lo que Saint Simón hizo respecto a los Condé y Voltaire con la casta de los Guisas: seguir su decadencia a través de varias generaciones, para llegar en poco tiempo de los más altos exponentes a los más tristes residuos de una misma sangre. Empero, todos conocemos y vemos a diario esta desgraciada descendencia de muchos de nuestros grandes hombres, digna del mayor respeto, pero también del más hondo estudio. Aún en esta burguesía que cada día llega rebosante de energías y de dotes para la acción, que en una vida fecunda logra fundar un sólido peculio, se observa que rara vez produce más de dos generaciones útiles; casi siempre los primeros renuevos se encargan de arruinar lo que creó el esfuerzo de los progenitores.

---

Todos los signos psicológicos sumariamente apuntados hasta aquí, y tantos más que dejo al estudio de otros investigadores, son tan constantes en nuestra población,

(1) "La formación de la personalidad". Conferencia en el Salón Samper. Agosto 23 de 1917.

existen en ella de manera tan profusa, que pueden considerarse como caracteres generales. Son ellos, a no dudar, la expresión de un coeficiente intelectual y moral aminorado, no sólo con respecto a otros medios sociales sino también en relación a nuestro propio medio en épocas anteriores. Estos rasgos de carácter psicológico, sumados a los signos orgánicos y funcionales examinados en la primera parte de este estudio, son, a mi ver, base suficiente para admitir que—colectivamente—los habitantes de esta zona somos el eslabón de un proceso degenerativo que viene elaborándose de tiempo atrás.

## ETIOLOGIA

Expuesto en las páginas que preceden nuestro estado de decadencia biológica, vamos a enumerar sus principales causas. Ellas han sido ya señaladas por diferentes observadores, en particular por los autores de los importantes trabajos citados más arriba. Allí se ha hablado de las condiciones de la atmósfera enrarecida de los climas de altura, de su escasa presión, de su menor riqueza en oxígeno, de la cantidad mayor de ácido carbónico que encierra. Todas estas condiciones, en efecto, son propias para disminuír de manera permanente la actividad nutritiva de los organismos sujetos a su influencia e intervienen, al menos en gran parte, en la producción del fenómeno de nuestra regresión vital.

Obran en el mismo sentido la alimentación ordinaria de nuestro pueblo, escasa en elementos proteicos; la falta permanente de higiene en la mayor parte de la población, lo que debilita los órganos y vicia su funcionamiento desde la primera edad; la inobservancia de los preceptos primordiales de aseo, de baños, de lucha contra los parásitos ordinarios; el sedentarismo de las clases acomodadas; la fatiga corporal de las clases populares; la educación, que en sus procedimientos tradicionales debilita el cuerpo, fatiga el cerebro y aniquila la voluntad; las intoxicaciones alimenticias con sus productos averiados: frutos fuera de sazón, aguas diversamente mineralizadas o cargadas de productos de descomposición vegetal y de acción no estudiada, pero nociva en todo caso; el alcoholismo tan generalizado, especialmente en las localidades cálidas; el mor-

tífero brebaje de la chicha, que hace sus víctimas en los departamentos centrales; todas las endemias tropicales que nos diezman y debilitan, como el paludismo, la uncinariasis, el beriberi, las innumerables afecciones parasitarias y micósicas de la zona tórrida, conocidas unas, las más por estudiar aún; las diversas infecciones que, sin ser peculiares a nuestra latitud, han hallado en ella un campo abierto a su acción devastadora: sífilis, tuberculosis, afecciones tíficas y paratíficas, etc.; la miseria, en fin, con todas sus consecuencias físicas y morales.... son otros tantos factores que se integran para engendrar el lamentable e e innegable fenómeno de la degeneración de nuestra raza.

---

Por sobre todas estas influencias extrínsecas hay, a mi modo de ver, un elemento inherente a nuestro organismo social, una causa interna de degradación vital, que está en el seno mismo de nuestras razas. Ellas han llegado a un momento de declinación que es propio de los organismos colectivos cuando corrientes de sangre nueva y vigorosa no vienen a refrescar los troncos agotados, ya por influencias ambientes, ya por una viciación ancestral. Y al sufrir este fenómeno de decrepitud, no somos sino uno de tántos casos que la historia de las sociedades nos presenta. Todas las razas que han poblado la zona que nos cupo en suerte, han ido teniendo, ya en éste, ya en el otro hemisferio, análoga evolución. Recuérdese, como ejemplo, cuántos contingentes de vida, flor de la especie humana, se han agotado y extinguido bajo la acción del clima devorador del Africa septentrional: el Viejo Egipto, el reino de los Ptolomeos, Cartago y Utica, y, en la edad moderna, los árabes,los bereberes,los marroquíes,los cabilas y todos los colonizadores europeos, son otras tantas agrupaciones que han hecho vida efímera, que se han extinguido rápidamente sobre esas latitudes hostiles al producto humano.

Parece demostrado que las razas superiores, aquellas que están llamadas a una cultura intensa no pueden hallar aclimatación ni son capaces de florecimiento sino en las zonas templadas; bajo el trópico, decaen y desaparecen en breve, y quizá este hecho confirme, una vez más, la vieja creencia de que la humanidad tuvo su origen en luga.

res situados por encima de la línea equinoccial. Bien puede admitirse, en fuerza de la observación secular que la sucesión de las estaciones, de que está privada nuestra zona, es una condición requerida por el organismo humano para su perfecto funcionalismo. Esos cambios graduales que van llevando al cuerpo de las más bajas a las más altas temperaturas y que hacen variar paralelamente otros factores atmosféricos, son quizá una manera de establecer cierta alternancia entre los órganos y que permite el reposo relativo de algunos emonctorios durante una parte del año y los precave así de un desgaste demasiado rápido.

Por lo que a nosotros se refiere, han pasado también en pocos siglos las diferentes civilizaciones que han querido fundarse en nuestro suelo: los Mayas, los Naskas, los Caribes, los Chibchas fueron etapas cortas en la prehistoria americana; apenas cada una de estas razas empezaba a producir obras de alguna cultura, cuando rudas conmociones sociales, reveladoras de una rápida decadencia, las hicieron desaparecer del escenario de las naciones. En vista de lo que hoy empieza a palparse en las razas que pueblan nuestra zona, cabe preguntarse si ha sonado ya para ellas el momento de la declinación que tan inaplazable y definitiva fue para las civilizaciones que nos precedieron. Las leyes sociales se cumplen inexorables, cuando la acción fecunda de la ciencia no las detiene o las retarda. Es preciso contemplar de frente el problema y aplicarle sin retardo las soluciones que comporta.

***

## TERAPEUTICA

Bastará el enunciado que acaba de hacerse de làs numerosas influencias de orden físico y moral que están hiriendo de ruina y de muerte a nuestro organismo colectivo, para deducir de allí mismo las diferentes vías en que tiene que obrarse para detener el mál.

Hay, ante todo, un punto de higiene tropical y de higiene de las alturas que debe estudiarse. ¿Conviene sustraer, de tiempo en tiempo y periódicamente, a los individuos que habitan dichas regiones a las condiciones atmosféricas un tanto anormales en que su organismo está gas-

tando un esfuerzo constante de compensación? No es dudoso que este cambio sería altamente favorable para la mayor parte de la población, a condición de poder ofrecerle localidades bajas y sanas, a nivel del mar, y sin temperaturas excesivas.

Por lo demás, me limitaré a enumerar los principales puntos a donde debe dirigirse el estudio y la acción de los hombres de ciencia:

Señalar a la población, especialmente a las clases pobres cuál es la alimentación que, cuantitativa y cualitativamente, le conviene más en las diferentes regiones, según el clima y las necesidades particulares. En esto se debe tener en cuenta, como lo anota el doctor Torres Umaña, en el trabajo ya citado, que la ración alimenticia de nuestro pueblo es manifiestamente insuficiente.

Hacer implantar, de acuerdo con legisladores y educadores, medidas de higiene pública y privada que obliguen a todo el mundo a aquellos cuidados de aseo corporal y de preservación que son más necesarios.

Hacer adoptar a las clases acomodadas, especialmente la mujer, hábitos de ejercicio corporal, que rompan las viejas costumbres de sedentarismo y de clausura excesivos que siempre nos han caracterizado. Reglamentar, por otra parte, el trabajo de las clases jornaleras, de manera de introducir los necesarios descansos y de evitar el agotamiento que desconsideradamente se impone a ciertos gremios, como los peones de agricultura, los arrieros, los maleteros y jornaleros del bajo pueblo en general.

Revisión completa del plan educacional de nuestro país, de modo de dar a la cultura física toda su importancia desde la primera edad; de evitar la fatiga escolar y de formar al educando—en uno y otro sexo—una voluntad firme y personal. Punto es este de importancia incalculable para nuestro porvenir moral y, sobre él, el autor se permite remitir al lector a algunos de sus estudios sobre este punto especial (1).

Emprender estudios minuciosos sobre la composición

(1) La formación de la personalidad; La enseñanza teórica y La enseñanza práctica; Lo inconsciente en la educación, etc., etc., publicados en la revista **Cultura**.

de los productos alimenticios y sobre las aguas de ciertas regiones donde se observan síntomas colectivos de viciaciones constitucionales: coto, cretenismo, acromegalias, discromias, infantilismo, polisarcias, atrofias mamarias, insuficiencias sexuales, que se traducen por reducción rápida de la población, imbecilidad, locuras numerosas, criminalidad profusa, etc. etc.

Desarrollar, por todos los medios que la ciencia y la experiencia hayan consagrado como los mejores, las luchas antialcóholica (ya se trate de las bebidas destiladas, y de la chicha), antipalúdica, antianémica, antisifilítica, antituberculosa, anticancerosa, antileprosa, antiberibérica.

Luchar contra la miseria, contra la legión de los inocupados, empleómanos y parásitos sociales, ya con la creación de colonias agrícolas en nuestros extensos y ubérrimos territorios, ya con la introducción de industrias nuevas que den oficio y sustento a la innumerable caterva de aspirantes a las funciones públicas, desde el politicastro de provincia, eterno candidato para los Congresos, hasta el agricultor desidioso, que deja la azada por venir a pedir puesto en los cuerpos de policía y en las más bajas funciones administrativas.

---

Todos los anteriores son medios que conspiran a retardar, cuando más, nuestra decadencia y a levantar temporalmente el nivel biológico y moral de nuestro pueblo. Son, pues, recursos puramente paliativos para el mál que nos aqueja. A más de ellos, y por encima de todos, está lo que con verdad puede llamarse el remedio causal, el que ataca la enfermedad en su origen, en la fuente misma que le da nacimiento.

Si, por la ley del tiempo y por las influencias diversas que han obrado sobre ella, nuestra raza va en la vía de una declinación manifiesta, es preciso levantar su vigor. Si hasta hoy se ha mostrado vencida por el medio e inepta para una vida regular y altamente civilizada, debemos aportar a su formación elementos que neutralicen sus taras, que compensen sus desequilibrios funcionales, que colmen las deficiencias biológicas y morales. Esto no puede obtenerse sino con una corriente copiosa de inmigración de razas sanas, fuertes y disciplinadas por hábitos seculares de traba-

jo y exentas, en cuanto sea posible, de las enfermedades sociales que están determinando nuestra regresión.

Esta es una verdad reconocida por cuantos en la América latina se han ocupado en estudios sociológicos. No pensemos que con sólo higienizar nuestra vida, con expedir leyes que protejan al proletariado, con abrir caminos y tender rieles por dondequiera y con establecer sabios sistemas educativos podamos desandar la pendiente pavorosa que nuestros países siguen desde tiempo inmemorial. El mál es más hondo: no es solamente económico, psicológico y educacional; es biológico. Se trata simplemente de razas agotadas, que es preciso rejuvenecer con sangre fresca. "Sin el contingente de una población nueva," ha escrito un pensador moderno, "habrá en América, no sólo un agotamiento lamentable, sino también un pronto retroceso de la raza" (1).

Punto es este que debemos contemplar de frente y estudiar muy a fondo. A él dedicaré la parte final de este estudio, pues lo considero el corolario más importante de todas las consideraciones que preceden.

El problema de la inmigración debe ser estudiado desde el punto de vista económico, a fin de que ella llegue a ser posible, y en su aspecto etnológico, para que resulte eficaz en las necesidades que la reclaman.

Queda lo primero a la iniciativa de nuestros hombres de estado. Que no pierdan ellos de vista que, entre todas las cuestiones que hoy asedian a los neolatinos de la América, ésta es la de mayor trascendencia para nuestro porvenir y la que reclama un esfuerzo más decisivo de parte de los Gobiernos y de la sociedad en general.

Considerada etnológicamente, la inmigración a nuestros países debe sujetarse, desde luego, a las tres condiciones en que ha resumido Le Bon la probabilidad de un buen cruzamiento: 1º, que las razas sometidas al cruce no sean muy desiguales numéricamente; 2º, que no difieran demasiado en sus caracteres, y 3º, que estén sometidas por largo tiempo a idénticas condiciones ambientes. Se debe, a mi modo de ver, agregar, en nuestro caso, una cuarta

---

(1) F. García Calderón. "Las Democracias Latinas de la América". París. 1912.

condición: que una de las razas presente caracteres orgánicos y psicológicos capaces de compensar las deficiencias de aquella que se quiere mejorar.

Siguiendo estos principios, se debe establecer que la importación de población nueva debe ser suficientemente numerosa. La traída de unas cuantas familias extranjeras, en desproporción enorme con la cifra de nuestra población, sería sencillamente una reproducción de lo que pasó con la sangre ibérica conquistadora, que, absorbida en breve por la sangre aborigen, fue arrastrada por ésta en el proceso de su decadencia, no tanto morfológica, cuanto fisiológica y moral.

Es preciso, de consiguiente, que el número de inmigrantes sea muy considerable y que consista en un movimiento no interrumpido durante muchos años de varias centenas de miles por año.

De acuerdo con la segunda de las condiciones arriba transcritas, no se deberá esperar el máximum de ventaja de esta inmigración inmediatamente o a la primera o segunda generación. Los hechos observados en países de gran movimiento inmigratorio, como la Argentina y el Uruguay, muestran que de la tercera generación en adelante van resultando los productos de mayor adaptabilidad y vigor.

¿Y cuál sería el país donde debiéramos tomar este contingente étnico que pudiese neutralizar nuestras viejas taras para llenar, así, la segunda y la cuarta de las condiciones apuntadas?

El punto es complejo y debe considerarse a la luz de la morfología, de la fisiología y de la psicología. Deben tenerse en cuenta, uno a uno, si es posible, los diferentes caracteres que hemos señalado en la primera parte de este estudio como defectuosos y degenerativos en nuestra raza, para que los nuevos pobladores de esta zona los vayan ahogando en virtud de sus cualidades contrapuestas y en un lento proceso de mestización y de adaptación. Queda indicado con esto que el más deseable para regenerar nuestra población es un producto que reúna, en lo posible, estas condiciones: raza blanca, talla y peso un poco superiores al término medio entre nosotros; dolicocéfalo; de proporciones corporales armónicas; que en él domine un ángulo

facial de ochenta y dos grados aproximadamente; de facciones proporcionadas para neutralizar nuestras tendencias al prognatismo y al excesivo desarrollo de los huesos malares; temperamento sanguíneo-nervioso, que es especialmente apto para habitar las alturas y las localidades tórridas; de reconocidas dotes prácticas; metódico para las diferentes actividades; apto en trabajos manuales; de un gran desarrollo en su poder voluntario; poco emotivo; poco refinado; de viejos hábitos de trabajo; templado en sus arranques, por una larga disciplina de gobierno y de moral; raza en que el hogar y la institución de la familia conserven una organización sólida y respetada; apta y fuerte para la agricultura; sobria, económica y sufrida y constante en sus empresas. Estas serían las condiciones más apetecibles, aunque, como es obvio verlo, no es tan fácil encontrarlas reunidas en ningún pueblo. Creo, sin embargo, que las razas que más se aproximan a este desideratum son algunas de las que pueblan las regiones centrales de Europa, en las cuales se han mezclado y atemperado felizmente los caracteres de los pueblos meridionales y septentrionales del Viejo Continente. En Suiza, en Bélgica, en Holanda, en Baviera, en Wurtemberg, en el Tirol sería acertado buscar el personal de nuestra inmigración. Serían también elementos muy apropiados para nuestro suelo, por sus condiciones fisiológicas y morales, los vascos, los irlandeses y los bretones, y quizá también los habitantes de los países escandinavos.

Este es, pues, el remedio radical para nuestra decadencia; una buena y copiosa inmigración. ¿Que esto implica peligros para la unidad política de nuestras nacionalidades? La historia actual de la Argentina, de los Estados Unidos, del Uruguay nos está enseñando lo contrario: los inmigrantes europeos son bien pronto tan americanos como nosotros mismos. Ello es, sí, un sacrificio, una especie de abdicación del derecho secular de nuestra sangre en América; pero es uno de aquellos sacrificios que redimen, que salvan a un continente de las negras perspectivas que entraña una decadencia completa de sus pobladores.

En la América, como lo dijo Alberdi, "gobernar es poblar"; pero poblar regenerando.

# Primera conferencia


**MIGUEL JIMENEZ LOPEZ**

**Psiquiatra**


DICTADA EN EL TEATRO MUNICIPAL, EL DIA 21 DE MAYO DE 1920



Señores miembros de la Asamblea de Estudiantes, señores:

No he vacilado un solo instante en aceptar la invitación que me ha hecho la Asamblea de Estudiantes para inaugurar una serie de conferencias sobre el gran problema del estado actual de nuestras razas, que con justicia preocupa hoy la atención nacional.

Ha sido ese para mí un llamamiento solemne e indeclinable, por venir de la juventud estudiosa que con noble afán busca una orientación segura para sus actividades; por haber sido yo quien se ha atrevido a proponer estas cuestiones trascendentales al estudio de nuestros hombres de ciencia y, sobre todo, porque creo que no habremos de mantenernos, como ha sido nuestra flaca ventura, en vagas disertaciones, sino que habremos de llegar a soluciones efectivas y prácticas para los graves interrogantes que por todas partes nos asedian.

---

Quizá todos o la mayor parte de vosotros habéis tomado conocimiento del estudio sobre degeneración colectiva que tuve el honor de presentar al Congreso Médico de Cartagena, hace dos años, y que, en el mes de abril último, vio la luz pública con el título de "Nuestras razas decaen."

Es una exposición sencilla de hechos recogidos por otros observadores y por mí, que reunidos en un solo haz, permiten llegar a ciertas conclusiones generales en relación con el promedio de la población de nuestro país y de los países de la misma zona.

Tales estudios de conjunto son importantes, son indispensables, para que los pueblos puedan conocerse y analizarse a sí mismos en un momento dado de su historia. Es un balance que el organismo social hace, en un día cual-

quiera de su marcha, para saber cuáles son sus reservas de energías y para sacar el saldo final de virtualidades de todo orden con que pueda contar para el futuro.

La vida de los seres es una reproducción infinita de la marcha cíclica del sol; a todo instante camina hacia un cenit que es la plenitud, o hacia un ocaso que es la muerte. No hay el menor reposo en la historia del sér organizado como no hay el reposo absoluto en el sistema de los astros: es ella un devenir incesante que nos ha de llevar por fuerza o hacia una culminación victoriosa o hacia una desolución irremediable.

Y las agrupaciones humanas por qué han de escapar a esta ley, la más universal e irrevocable? Ellas también o ascienden la dura pendiente de su desarrollo progresivo o declinan hacia el abismo de la ruina.

Ese es el ritmo universal que cobija todos los hechos conocidos y que la historia de todas las civilizaciones habidas confirma por modo irrevocable.

O ascendemos o declinamos; no hay término medio. El estancamiento de que a veces se habla en la historia de los pueblos es una simple noción teórica que en la realidad corresponde a un retroceso, pues que la posición histórica de una colectividad es siempre relativa a la evolución de las demás, y, en esta concurrencia universal, guardar quietud cuando los émulos avanzan es abrir una distancia que crece con el crecer indetenible de los tiempos.

Es justo, pues, es natural, es imperioso saber si nosotros, pueblo que aspira a la grandeza, estamos hoy subiendo con paso firme la colina de nuestro desarrollo vital, o si estamos errando el camino y tomando al azar por atajos que pueden llevarnos, hacia un declive preñado de peligros.

Esto es lo que ha querido hacer un oscuro trabajador que anhela cual ninguno, la bienandanza de esta patria bien amada; ese ha sido el fin de aquel estudio que todos vosotros habréis conocido y en que, con la convicción de no ser grato a muchos espíritus sensibles, he creído llenar un alto deber de investigación y de patriotismo.

Vamos, pues, a recapitular esa memoria en sus líneas generales; a introducir algunos datos nuevos que respaldan las opiniones allí emitidas, y a considerar de paso las objeciones más importantes que se han suscitado hasta

hoy. En seguida trataremos dos cuestiones de interés especial para este auditorio: la educación como correctivo de ciertas deficiencias nacionales y el problema de la inmigración.

---

He formulado, ante todo, la opinión de que, observando en su conjunto nuestro país, como las otras nacionalidades situadas en la misma zona, presenta signos de una degeneración colectiva. Y, como antes de discutir sobre una noción cualquiera, importa precisarla, estará bien que aclaremos qué es lo que en el presente caso se debe entender por degeneración. Quizá algunas de las personas que han intervenido hasta hoy en la discusión de este asunto tienen sobre el particular ideas poco conformes con las nociones admitidas.

Desde que el sabio francés Morel estableció, allá por los años de 1857, la doctrina de la degeneración, que es hoy la piedra angular de Psiquiatria, se entiende por tal "una desviación enfermiza de un tipo primitivo."

Este concepto supone, desde luego, que la desviación sufrida por un organismo en vía de degeneración es siempre originada por causas nocivas a la vida, y diremos de paso que tales causas pueden ser influencias exteriores y ajenas al sér viviente o condiciones inherentes a su propia constitución.

Una planta cualquiera de la familia de las gramíneas, por ejemplo, que nace en un terreno privado de sales de alúmina y de cal, crece desmedrada y endeble, con un tallo raquítico, y con hojas y frutos, que apenas son un remedo de la especie. Un ser humano que en su primera juventud contrae la tuberculosis, sufre, por modo análogo, una sustracción de materiales indispensables para el pleno cumplimiento de la vida.

Hay en uno y otro caso una desviación individual y adquirida del tipo primitivo bajo la acción de causas adversas. Uno y otro de estos dos seres no son lo que debieran; no llenarán ya más la totalidad de las funciones de un individuo perfecto, y, lo que es más, no podrán reproducir, por generación, un sér normal. El renuevo que de ellos resulte llegará a la vida en condiciones de inferioridad, con estigmas que denuncian la viciación heredada y en la triste capacidad de engendrar otros seres más imper-

fectos aún y más alejados del tipo ideal de las especies.

Una influencia nociva que obre permanentemente sobre un sér organizado hiere, de consiguiente, a un tiempo mismo, al individuo y a la especie; compromete la integridad y la perfección de la vida en quien la sufre y en toda su descendencia. Y, si esas condiciones adversas ejercen su acción sin cambio ni reposo sobre muchas generaciones sucesivas y por muchos años y siglos sin cesar, se tendrá una intensificación creciente, una especie de progresión geométrica en sentido negativo, que irá acabando con el vigor y con la existencia de los más robustos organismos.

Esto es el caso de la especie humana cuando se halla colocada en condiciones ambientes que no son las que ella necesita para vivir y para medrar.

Los climas adversos; los ardores del Trópico y las inclemencias del Polo; los mil enemigos que el hombre tiene en la Naturaleza; la carencia de los elementos indispensables para nutrirse normalmente; el abandono de las prácticas exigidas por el buen desarrollo corporal; los venenos con que involuntaria e inmemorialmente los hombres han impregnado su organismo; las fatigas del cuerpo y del espíritu; la relajación de todos los órganos que dejan el refinamiento y la molicie en los centros super-civilizados; hé aquí algunas de las principales condiciones adversas que, obrando sobre los pueblos en edades sucesivas, los debilitan, los degeneran y los extinguen.

Los extinguen, sí, porque los pueblos también mueren en conjunto, a la manera como se han extinguido en la prehistoria y también en la historia de la Tierra muchas especies vegetales y animales. Los escritores que me han argüído que los signos de decadencia innegables en nuestro país son un simple fenómeno de adaptación en la lucha con el medio y que triunfo final será siempre del hombre, ¿por qué no recelan, por un momento siquiera, que el triunfo pueda ser del medio hostil sobre la especie, si no se ponen en juego todos los recursos de defensa en este conflicto sin tregua?

Muchos pueblos han pasado para siempre, vencidos por los elementos de desintegración que hoy amagan sobre el nuéstro. La historia entera es un vasto osario de nacio-

nalidades que después de haber llegado a un florecimiento más o menos durable, se han abandonado sin resistencia, confiados quizá en el triunfo final del hombre. Y los mismos vestigios de tántas civilizaciones superpuestas y desaparecidas, una tras otra, que han existido en nuestro suelo ¿no son un testimonio elocuente de que todas esas agrupaciones han ido cediendo finalmente a la acción devastadora del medio que habitamos?

Sucede, en ocasiones, que un esfuerzo supremo de la naturaleza humana permite a ésta resistir a las adversas condiciones ambientes; la especie sobrevive a la lucha con el medio, pero queda para siempre violentada, deformada y convertida en una variedad muy distinta del tipo primitivo. Todas las razas nativas del continente africano, con sus extraños distintivos morfológicos y psíquicos, son un resultado de la reacción entre el producto humano y una zona profundamente hostil; los esquimales y los samoyedos representan otro tipo extremo,determinado por condiciones opuestas,y los aborígenes del altiplano andino,desde el Anahuac hasta el Cuzco, con sus toscos rasgos fisonómicos y con su voluntad embrionaria, representan la acción de nuestro continente sobre la especie que lo ha poblado de siglos atrás. Todos estos productos son aptos, sin duda, para habitar sus respectivos climas y para sufrir las inclemencias naturales, pero se han mostrado, hasta hoy, incapaces de producir, ni de asimilar tan sólo, las altas formas de la cultura humana.

***

Estas son, pues, para volver a nuestro punto de partida, desviaciones del tipo primitivo de la especie.

La zona de nuestro planeta situada entre los Trópicos es, de consiguiente, impropicia al producto humano: lo deforma y lo aminora en todas sus manifestaciones vitales, así sean las de orden orgánico o las mentales.Hemos de ser nosotros una afortunada excepción? No se hallará, para asegurarle así, fundamento alguno en la Biología ni en la Historia; y el estudio que me he atrevido a proponer a la meditación de mis compatriotas intenta demostrar que la observación común y corriente confirma ampliamente el hecho de que nosotros no hemos escapado a tan implacable ley de regresión.

Para respaldar la opinión—abrigada por casi todos los hombres de ciencia de Colombia—de que el personal de nuestros países ofrece signos degenerativos en insólita profusión, he acudido ante todo a la observación de los caracteres físicos generales, la que constituye el primer capítulo de mi estudio: "la degeneración física". Allí he analizado la conformación corporal, el modo como se efectúan entre nosotros las funciones nutritivas y las propensiones y enfermedades dominantes en nuestras razas. He catalogado esos tres grupos de desviaciones bajo el nombre de signos "anatómicos", "fisiológicos" y "patológicos".

En relación con la conformación y proporción del cuerpo, he anotado que el peso y la talla de nuestra población son manifiestamente inferiores al peso y a la talla en otros países y respaldado esa aserción con las mensuraciones que se practican en los cuarteles sobre individuos de selección: hay pues, un respetable fundamento numérico que prueba este hecho. He mencionado, además, la conformación poco menos que anómala del cráneo en nuestra población y señalado, en apoyo, una estadística de 120 casos, tomados no entre delincuentes o mendigos o en el personal de asilos u hospitales, sino en el promedio social de esta ciudad. Esta estadística aunque limitada, sin duda, tiene la recomendación de incluír individuos de las diferentes localidades del país. No sé que hasta hoy se haya levantado otra cualquiera para comprobar lo contrario. He hablado de la facilidad y frecuencia con que las gentes se ven entre nosotros atacadas de esa desgraciada obesidad, de ese recargo prematuro de grasa, tan importuno sobre todo para nuestro personal femenino; en esto, sí no he traído datos estadísticos, pues no sé de país alguno donde se lleve el registro de los "jamones y jamonas"; pero la exactitud del hecho queda a la simple observación, no ya de los hombres de ciencia, sino de cualquiera hombre o mujer.

En fin he traído a colación los defectos tan frecuentes y habituales en la forma de la oreja; en las diversas partes de la boca, especialmente en la dentadura; (1) los vicios congénitos del ojo; las defectuosidades de las manos y los

---

(1) Sobre lo cual nos pueden aportar un testimonio de gran valía nuestros odontólogos.

pies, como son los dedos soldados o supernumerarios y el pie plano y el pie escaro, de que vemos tántos ejemplos por nuestras calles a cualquier momento; y, en último término, he mencionado ciertas anomalías del aparato genital, en ambos sexos, que son particularmente importantes desde el punto de vista morfológico, porque son particularidades que no existen, en general, sino en organismos tarados.

Estas desviaciones, muchas de ellas al parecer insignificantes y compatibles con el cumplimiento regular de la mayor parte de los actos vitales, tienen su grande importancia en biología humana; reunidas en bloque en un solo individuo, son un signo evidente de degeneración total, y, cuando existen aisladas, revelan siempre una desviación del tipo primitivo, originada por alguna deficiencia temporal o permanente en alguno de los progenitores. Todo el mundo sabe con cuánta frecuencia una mala conformación dentaría o una sordera congénita denuncian la infección sifilítica de los padres; un defecto cualquiera de pronunciación se presenta con frecuencia en niños engendrados en estado de embriaguez; y una oreja rudimentaria o un tic desgraciado de la cara pueden provenir de padres tuberculosos o diabéticos.

Si estas variaciones existen con profusión en un medio social cualquiera, hay o no razón para creer que hay allí un promedio de degeneración?

Pero desde el principio se me ha dicho: en ese estudio no hay estadísticas y, mientras ellas no existan, nada queda probado. Ello es cierto y yo mismo he sido el primero en anotar la falta de esta base numérica precisa en varias de mis observaciones, ya que no en todas, como lo hemos visto ya y como seguirémos viéndolo en el curso de esta disertación.

Hay algo, sin embargo que, en tratándose de hechos fisiológicos suple a las estadísticas de detalle y son las estadísticas de conjunto o sean los datos demográficos que arroja el movimiento de nuestro país en relación con los demás países.En ese campo, sí, ya han pódido los números, con su poderosa elocuencia, hablar en mi lugar.Ese cuadro del movimiento de población universal que he incluído en mi memoria demuestra sencillamente que en nuestro país

se muere más y se contrae matrimonio en proporción más reducida que en la mayor parte de los pueblos del Mundo.

Desde el momento en que se inició la discusión sobre estas materias, ha resultado un dato no menos importante: entre nosotros la vida es más corta; son las Compañías de Seguros, con esa fina observación del comerciante que a veces es más aguda que en el investigador científico, las que lo han reconocido primero, y, a esta noción ajustan todas las empresas de ese género la forma de sus operaciones en Colombia; así lo ha anotado el doctor Arturo Arboleda en la Sociedad de Cirugía de Bogotá (1).

Qué quiere esto decir en el lenguaje de la fisiología? Que la disminución global del vigor vital en nuestro país no es una ilusión de los observadores, sino un hecho real que está perentoriamente demostrado por los exponentes sociales de mortalidad y nupcialidad y longevidad que son los que, en definitiva, arrojan el coeficiente vital de una agrupación. No importa, pues, el que ignoremos cuántos estevados o tartamudos hay en Colombia por cada cien habitantes, si, a la postre, hallamos que la resistencia y la vitalidad global de nuestra población es menor que en los otros países.

Pero al punto se ha dicho: en cambio, y, según el mismo cuadro estadístico, nuestra natalidad no está mal representada y ocupamos un lugar por lo menos presentable en la escala universal; y en el mismo orden de ideas, se ha traído, para probar nuestra gran potencialidad biológica, el hecho de que la población de este país ha subido en el curso de un siglo de millón y medio a cinco millones de habitantes. No quiero arrebatar del todo este toque único de luz al conjunto asaz sombrío que forman los datos anteriores; pero, en tratándose de hechos fisiológicos, es preciso tomar en cuenta todos los elementos de apreciación y de interpretación.

La fecundidad de una especie o de una raza es una

---

(1) Datos suministrados por la Manufacturers Company y Sun of the Canada: desde Guatemala hasta el Sur del Brasil una rata de 0.15 o 20 por 100 superior a la de los otros países. Todas estas compañías están alarmadas en sus operaciones de nuestro alto porcientaje de mortalidad; el Sol del Canadá no asegura mujeres colombianas.

condición que no siempre satisface a los biologistas como exponente de vitalidad sana y poderosa. Varias especies vegetales, manifiestamente desviadas del tipo normal, se diseminan con notable profusión y constituyen un serio problema para los agricultores; algunas razas animales en estado de enfermedad o de inferioridad orgánica, como los perros extenuados y tísicos o como las vacas mal desarrolladas y contrahechas demuestran una fecundidad desesperante. Por lo que hace a la especie humana, ¿podrá admitirse que la proliferación sin par de la población china, del Reino de Siam y de las comarcas Malayas, en general, sea un signo de superioridad biológica? Ocasiones hay en que una constitución endeble y mal nutrida se ostenta apta cual ninguna para la multiplicación, y, así se ha dicho siempre que "nada tan fecundo como el hogar de la miseria". Y finalmente, este signo se ha clasificado ya como síntoma francamente morboso en muchos estados orgánicos y mentales, como son la tuberculosis principiante, el alcoholismo, la parálisis general, las locuras por lesión cerebral, algunas localizaciones del cáncer y varios otros estados de indudable inferioridad orgánica. No quiero decir que este sea precisamente nuestro caso, en lo relativo a la natalidad floreciente de nuestra raza; creo solamente que debemos cuidarnos de asignar a este hecho aislado un valor decisivo en tan complejos problemas.

Continúo analizando mi estudio y las objeciones a que ha dado lugar.

Las anteriores observaciones de conjunto, aunque confirmadas por los datos de la estadística demográfica, pueden aparecer como resultado más bien de una impresión que de una evaluación precisa por parte de los observadores. Descendamos pues al detalle y dejemos que hablen los fisiologistas, los pocos que en nuestro país han cultivado esta esquiva disciplina.

Resumo los resultados comparativos.

I. Urea eliminada en nuestro país, por un individuo sano: 21 gramos; urea eliminado por un individuo sano en el promedio de la especie: 28 gramos. (Dr. Anastasio del Río. 1898).

(La urea es, como se sabe, el último resultado de la acción del organismo sobre sus principales alimentos. La cantidad de este producto significa, cual si dijéramos, el

poder de asimilación de un individuo; así, pues, el podér de asimilación de nuestra raza es inferior en un 25 por 100 al de las otras razas).

II. Los habitantes de nuestra zona tienen un menor número de glóbulos rojos en su sangre; siendo la cifra normal de cinco millones por milímetro cúbico, entre nosotros apenas se tiene al rededor de cuatro y medio millones (Vargas Suárez, Torres Umaña, Martínez S.)

III. La temperatura del cuerpo, entre nosotros, es inferior en más de medio grado a la temperatura normal del hombre. (Vargas Suárez y Corpas).

IV. El número medio de pulsaciones del corazón es en esta zona de 82 por minuto, en vez de 72 que es la cifra fisiológica, y la tensión de la sangre entre las arterias es superior en cuatro unidades a lo que es en las zonas templadas (Corpas).

V. En los habitantes de esta región todos los actos nutritivos revisten una gran lentitud, como lo prueban el análisis químico de los productos de desintegración y las propensiones enfermizas habituales (Torres Umaña).

Qué quieren decir, en lenguaje común y corriente, todas las comprobaciones anteriores?

Que el organismo en nuestras razas no tiene poder suficiente para nutrirse bien; que su sangre es menos rica; que el calor animal, la manifestación más sensible de la vida, marca en ellas casi un grado menos que en el resto de la especie; que, entre nosotros, el corazón tiene necesidad de trabajar un 10 por 100 más en la unidad de tiempo; en una palabra, que el modo como bulle la vida en nuestros órganos denuncia una fatiga, un principio de extenuación; un primer toque de vencimiento por condiciones ambientes impropicias.

Y no se diga que estas variaciones son un simple resultado de la altura con su consecutivo enrarecimiento atmosférico; son caracteres comunes a la zona y a sus pobladores pues que esa disminución de la urea y esa represión numérica de los glóbulos rojos han sido comprobadas también en los pobladores de los climas medios y del Litoral. (Dres. Trincheiro, de Cartagena y del Río, Barranilla).

Se arguye, sin embargo, que esta es una variación fisiológica y que teniendo cada zona su fisiología no debe-

mos pretender que nuestras funciones se efectúen como en la zona templada. Convenido que es una simple variación fisiológica, pero es una variación en más o en menos? Implica ella un aumento o una disminución de vigor? Si es, como lo supongo, una variante en el sentido de la disminución, transmitida por herencia, cómo llamar esta desviación hereditaria del tipo primitivo?

***

Pasemos a los "signos patológicos", esto es, a las enfermedades dominantes en nuestra raza y al modo como ella ha reaccionado.

Sería fatigaros demasiado el hablaros aquí nuevamente de todos aquellos estados enfermizos que están apoderándose de nuestra raza en proporción incalculable, como son el artritismo, la tuberculosis, el cáncer, las neurosis y la locura. Deseo solamente consignar algunas observaciones más sobre algunas de estas afecciones.

He dirigido una encuesta a la mayor parte de los médicos de la Capital sobre estos diferentes puntos y, en lo que hace al llamado artritismo, del que he asegurado que tiende a ser el estado habitual de la raza, las pocas respuestas recibidas hasta hoy, con excepción de dos, confirman el dato de que él representa por lo menos un 60 por 100 de los enfermos que se ven a diario.

En lo relativo al cáncer, tampoco he querido atenerme a mis propias impresiones; he inquirido la opinión de los otros profesionales, la que está uniforme para señalar un gran incremento de este aterrador flagelo en nuestro país. El eminente cirujano Dr. Pompilio Martínez, cuya experiencia en estas materias es tan vasta, me ha manifestado que, en cualquier caso de la práctica, es inútil averiguar, en vista del diagnóstico, si hay antecedentes hereditarios de cáncer, pues se tiene casi la seguridad de que no hay entre nosotros familia indemne de esa tara.

Es bien sabido que estudios recientes han revelado un aumento universal del cáncer en los últimos diez o doce años. Nosotros, lejos de ser una excepción, somos uno de los casos que demuestran la triste verdad, y es digno de meditarse que, siendo este un mál propio de la edad avanzada, los casos de tumores malignos en personas de menos de treinta años abundan cada día en las observaciones de nuestros cirujanos, especialmente los tumores malignos

del estómago, de la matriz y del seno. Y para no atenernos a solas impresiones, va en esta vez, la estadística, extractada con gran cuidado por el doctor Juan N. Corpas, de la Revista Médica y del Boletín Municipal de Higiene de Bogotá.

ESTADISTICA DEL CANCER EN SUS DISTINTAS FORMAS EN LA CIUDAD DE BOGOTA

| | Mortalidad general | Mortalidad por cáncer | Porcientaje |
|---|---|---|---|
| Sptbre. y Octbre. 1904 (2 meses) | 417 | 12 | 2.9% |
| Fbro. a Dbre.de 1905 (11 meses) | 2,304 | 68 | 2.7 |
| 1906 | 2,686 | 78 | 2.9 |
| Enro.a Octbre de 1907 (10 meses) | 2,410 | 75 | 3.1 |
| 1910 | 2,489 | 105 | 4.2 |
| 1911 | 3,142 | 107 | 3.4 |
| 1912 | 3,209 | 111 | 3.5 |
| 1913 | 3,002 | 107 | 3.6 |
| 1914 | 4,074 | 128 | 3.1 |
| 1915 | 4,422 | 132 | 3 |
| 1916 | 3,550 | 149 | 4.2 |
| 1917 | 3,412 | 138 | 4 |
| 1918 (ep. gripe) | 5,223 | 126 | 2.4 |

(Población de Bogotá según el último censo: 121,251 habitantes).

Se ve, por este cuadro, que en el curso de 14 años, y sin un incremento correspondiente en la población, la mortalidad general y la mortalidad por cáncer se han duplicado en Bogotá.

¿Queréis saber cuántas personas mueren cada mes de tuberculosis en solo Bogotá? Término medio 30.Perdemos, pues, por esta enfermedad 360 de nuestros vecinos y compañeros cada año que pasa; y esta proporción es mayor en los climas medios y cálidos; las estadísticas de Barranquilla, de Cartagena, y en especial de Santa Marta, arrojan una mortalidad por tuberculosis relativamente superior.

El doctor Miguel Arango M., en un trabajo presentado al Congreso Médico de Cartagena sobre "la tuberculosis en el Litoral Atlántico", ha hecho ver, con base estadística, rigurosa, como él acostumbra, que la tuberculosis es más frecuente en Colombia que en la mayor parte de los países.

Los registros municipales de Bogotá revelan cada mes un promedio de 42 por 100 de mortalidad infantil sobre la mortalidad total. Pierde, pues, solamente la capital 125 niños cada mes; doce mil en diez años,esto es,cual si de un momento a otro, desapareciera una población como Chapinero. En Barranquilla, según el doctor Miguel Arango M., se pierden cada mes 55 niños. He mencionado dos de las poblaciones de Colombia que tienen mayores condiciones de higiene.

Voy a hacer un paréntesis sobre la región de Antioquia, ese Departamento modelo entre los nuéstros y cuna de una raza llamada a desempeñar una misión preponderante en el futuro de nuestra patria. Bien saben los hijos de la Montaña que yo he sido uno de los más fervientes admiradores de ese pueblo,y que en repetidas y solemnes ocasiones he proclamado y propuesto como ejemplo sus grandes condiciones morales. Esa raza se ha defendido hasta hoy bravamente contra las diversas causas de decadencia que obran sobre la especie humana en nuestra zona; han sido gran parte en ello, la sólida y austera organización de la familia antioqueña, las virtudes públicas y privadas de la población y el hecho de haber hallado en esa región la raza colonizadora,—formada en general de personal vasco—condiciones climatéricas y topográficas muy semejantes a las de sus montañas nativas. Permítame, sin embargo, esa raza bravía que le recuerde al oído que hoy se está defendiendo menos bien: son sus propios hombres de ciencia quienes lo han revelado, y, para que hablen sus propias frases y sus propias comprobaciones, voy a citároslas:

El doctor Alejandro López, en ese trabajo tan meritorio titulado "Antioquia. Monografía estadística de este Departamento colombiano", dice hacia la página 6, con respecto a la mortalidad infantil: "No estará por demás anotar la abundante mortalidad de los niños. De las defunciones registradas en el Departamento en 1914, el 51 por 100 fueron de niños menores de 7 años."

Esta cifra relativa resulta, pues, en Antioquia, más elevada que en Bogotá, cuya mortalidad infantil es, como ya lo he dicho, de 42 por 100 de la mortalidad total.

Otro investigador científico de Antioquia, el muy la-

borioso doctor Juan B. Londoño, quien por varios años ha sido Director Departamental de Higiene, dice al respecto, en su Informe anual de 1916, página 13: "Total de niños muertos en el año: 7271." Como se ve, la mortalidad de niños en Antioquia fue considerable." Señala el doctor Londoño como causas principales de esta mortalidad infantil: las bronquitis, las afecciones digestivas, la atrepsia, los parásitos intestinales y "la predisposición, esto es, la debilidad congenital o adquirida, dependiente de los frecuentes matrimonios consanguíneos, de los embarazos no interrumpidos, de la falta del alimento materno, etc."

Otro de los hechos anotados por el doctor Alejandro López es el incremento de la delincuencia en Antioquia. "Resulta este Departamento—dice la Monografía página 11—con una delincuencia excesiva"; y agrega el doctor López, como comentarios muy dignos de tenerse en cuenta: "De los 110 sindicados (por homicidio en 1913), el 35 por 100 lo constituyen individuos que habían tomado licor." "De las víctimas, estaban ebrios el 21.3 por 100 y simplemente 'bebidos' el 10 por 100. En el 11 por 100 de los casos, hallábanse ebrios víctimas y victimarios." "Esto deja comprender la funesta intervención del alcohol en los homicidios, etc."

Para ilustrar mejor el punto de la criminalidad agrega el doctor López: "Que en materia de homicidios la comparación de Antioquia con otros países resulta desfavorable para aquélla, lo demuestran los datos siguientes que se refieren a cada millón de habitantes:

| | | | |
|---|---|---|---|
| En Antioquia se cometen | | | 133 |
| En Italia | " | " | 95 a 98 |
| En España | " | " | 74 a 77 |
| En Suiza y Francia | " | " | 14 a 17 |
| En Alemania | " | " | 8 a 11 |
| En Inglaterra | " | " | 5 a 8 |

Esto sucede, pues, en Antioquia, es decir en lo que podemos llamar con verdad el árbol verde de la República. ¿Qué pasará en los otros Departamentos y cuál habrá de resultar en ellos el porcientaje de delitos de sangre? No podemos hoy contestar a esto, sencillamente porque en el resto del país no se ha emprendido el menor trabajo estadístico de esta clase si se exceptúa el laudable esfuerzo realizado en Cundinamarca por el doctor Ricardo Fajardo

Vega. Pero estoy casi cierto de que la proporción de criminalidad de forma violenta resultaría en ciertos Departamentos muy superior a la registrada en Antioquia, y que en otros lugares, especialmente en esta capital, la delincuencia de forma fraudulenta marca una curva incomparablemente más alta que en los Departamentos de la Montaña.

Señala, también, el doctor Alejandro López, en su importante Monografía, el fuerte consumo de tabaco en esa región, el que alcanza una cifra (2,113 kilos, por cabeza y por año) que apenas es comparable al de Estados Unidos y al de Bélgica; "los demás países europeos marcan un consumo mucho menor." (pág. 19) Este hecho es de mayor importancia de lo que a primera vista pudiera suponerse. El tabaco es un veneno individual y social de los más funestos; es una sustancia que ataca e impregna especialmente el sistema nervioso y que hace sentir sus efectos sobre las altas funciones cerebrales; su acción sobre la descendencia se traduce con bastante frecuencia por neurastenias precoces, de forma psicasténica y por estados anormales de la voluntad que confinan con las neurosis ansiosas y con la abulia.

Se han denunciado, además, por varios hombres de ciencia antioqueños otros fenómenos colectivos que me limito a mencionar: el incremento inquietante del cáncer en sus diversas formas y localizaciones y la profusión de las locuras. El número de asilados por afección mental en las casas de Medellín, que oscila al rededor de 500, según los informes del doctor Juan B. Londoño y las memorias del ex-Secretario de Gobierno doctor Francisco de P. Pérez, no guarda proporción con el número de asilados en Bogotá (600 por término medio), si se tiene en cuenta que a esta ciudad se traen los locos de todos los Departamentos del Centro y del Litoral Atlántico. (1)

---

(1) Posteriormente a esta conferencia—el 6 de junio de este año—ha venido a El Tiempo de esta ciudad un despacho telegráfico, basado sobre datos del Jefe de la Comisión Sanitaria de Medellín, en que se declara que en ese Distrito hay 2,500 tuberculosos y que la mortalidad por esa afección es allí el 10 por 100 de la mortalidad total. Tales cifras, si son exactas, como parece, revelan otro sig-

Estos diferentes hechos demuestran a cualquier observador atento que esa admirable agrupación étnica que es el Departamento de Antioquia empieza a ceder un tanto en su tradicional vigor. Pero estemos seguros de que ella reaccionará, porque ha tenido el buen sentido y el valor de reconocer el mál y, sobre todo, porque posee el sentido de las realizaciones. Mientras, aquí, nosotros discutimos si es buena o no la escala de Topinard para clasificar los índices cefálicos, allá obran: decretan sin tardanza la inmigración de familias europeas en la mayor escala posible; organizan y hácen práctica y efectiva la educación pública; fundan casas de anormales y adoptan vastas medidas sanitarias para proteger a las clases trabajadoras. Felicitémonos de que así suceda, pues, si Antioquia se salva, en pos de ella y a ejemplo de ella, siguiendo sus pasos y secundando su vigoroso ejemplo, podrá salvarse el resto de Colombia!

Sería aquí el caso de mencionar el 80 por 100 de los pobladores de nuestros climas cálidos invadidos por la anemia tropical que han señalado el doctor Schapiro y sus compañeros. Pero sobre esto, así como sobre el pavoroso problema de la lepra, habéis oído ya en este mismo lugar una voz muy autorizada. (Conferencias del doctor Luis Zea Uribe en el Teatro Colón y en el Municipal).

Agregaré solamente que en los Departamento de Caldas y El Valle, hay 95 por 100 de los habitantes con parásitos intestinales (Domínguez Párraga).

Hay, pues, razones de sobra para explicar un hecho hallado recientemente por la Misión Rockefeller en nuestra población: la gran disminución del "índice hemoglobínico" en nuestras razas. El índice hemoglobínico es, como se sabe, el exponente del poder oxidante de la sangre, o, cual si dijéramos, la cifra reveladora de la capacidad vital de este líquido orgánico. El índice hemoglobínico en los individuos y en las razas normales está representado en la proporción 100 por 100. Una fracción del 70 por 100 se tiene ya como un carácter de debilidad manifiesta, como prueba de que las agrupaciones en que ella domina empiezan a perder su eficiencia para el trabajo físico y para

---

no de debilitamiento social que merece estudiarse y combatirse sin tregua.

el trabajo mental. Ahora bien: la cifra hallada por los investigadores del Instituto Rockefeller (Dr. Schapiro) para nuestros climas tropicales y para-tropicales fue apenas del 50 por 100. No es de extrañar, de consiguiente, que veamos deprimirse y aminorarse nuestras actividades de todo orden; que nuestro aporte intelectual a la obra creadora de la civilización sea tan escaso y que el vigor físico de nuestros jornaleros sea en algunas regiones tan exiguo, que, según informes de muchos hacendados, un peón de agricultura apenas puede rendir una tarea diaria de tres o cuatro horas.

Por lo que hace a la suerte de nuestros hermanos de las llanuras orientales, he tenido no há mucho a la vista un laborioso y documentado informe rendido a la Dirección Nacional de Higiene por el doctor Julio Sandoval, de Sogamoso, comisionado que fue para visitar esas regiones. Recojo estas palabras textuales: "Para poder dominar en parte las epidemias que desde hace años están destruyendo la población de Casanare, hasta el punto de que muchos pueblos y caseríos están ya PROXIMOS A DESAPARECER si no se toman medidas prontas y eficaces, será necesario formar una Junta de sanidad con residencia en Moreno, etc." Creyendo un tanto exageradas tales apreciaciones, hube de interrogar personalmente al doctor Sandoval, quien me manifestó que, de algunos años a hoy, ha habido poblaciones en la Cordillera Oriental que han quedado reducidas, por el paludismo, por la disentería, por la anemia y por la miseria, a una cuarta o quinta parte de lo que fueron antes. No es raro el caso de llegar al sitio dondé hubo hace pocos años un caserío y hallar en su lugar un cementerio entre la maleza hosca e invasora, y, como sólo indicio de la extinguida raza, algún sér humano contrahecho y mendicante que, apenas es capaz de balbucear su nombre. Y estos son, recuérdese bien, los descendientes de aquellos montañeses que formaron la vanguardia de Bolívar en el paso de los Andes Orientales, en el Pantano de Vargas y en Boyacá. ¿Verdad que el viajero ha de sentir, al visitar esos escombros de nuestra raza la misma desolada impresión que ante las ruinas informes de lo que fue la patria de Aníbal y de Asdrubal?

Pasemos a otro punto no menos importante de patolo-

gía social: la sífilis. El aventajado universitario señor Gabriel Uribe, que prepara un trabajo de tesis titulado "Valor clínico de la reacción de Wassermann en Bogotá; datos estadísticos sobre la sífilis", me ha facilitado muy bondadosamente algunos de los resultados obtenidos, merced a una labor muy paciente y digna de encomio.

Divide el señor Uribe la población de Bogotá en tres grupos para metodizar sus investigaciones: 1.º la clientela civil o sea la clase social más acomodada; 2º el personal hospitalario, y 3º las prostitutas. Con ayuda del método de Wassermann, que es hoy el criterio más seguro para determinar la existencia de la sífilis, ha obtenido este joven observador las siguientes cifras:

En las clases acomodadas de Bogotá hay un 30 por 100 con sífilis en actividad, o sean aproximadamente 5,086 individuos afectados. En el personal que acude a los hospitales, está afectado por el mál un 52 por 100, o sean 8,817 individuos, y en el personal de las prostitutas hay infectadas de sífilis un 62 por 100, o sean sobre 5,000 profesionales de la prostitución, 3,100 invadidas por el terrible germen. (1)

No me extiendo más sobre signos patológicos, aunque debiera hablaros aquí del paludismo, del beriberi y de la disentería que destruye y debilita a nuestras razas en los climas cálidos, y de las enfermedades tíficas, de las neumonías infecciosas, propias a nuestro medio, y de tántas otras endemias que nos azotan en los climas de altura.

Pero qué quiere decir todo esto? me preguntaréis. Todas las afecciones hasta aquí apuntadas atacan a las diversas razas, pueden en rigor ser combatidas por la Profilaxia y por la Higiene y no implican que nuestra raza esté degenerada.

Todo esto, significa, señores, que una raza que ha

(1) Y no es este un mál propio solamente de Bogotá En la ciudad de Cali, centro de otro de nuestros más vigorosos núcleos de población, han pasado en el último trimestre por la oficina antivenérea ocho mil trescientas quince (8,315) consultas para mujeres infectadas. (Correo del Cauca, Nº 3305. Junio 12—1920).

estado sujeta sin defensa por años y por siglos a estas causas debilitantes y destructoras es, por fuerza, una raza decaída. No solamente se transmite de padres a hijos lo que es inmanente y connatural a una especie, sino que se transmiten también los caracteres adquiridos, sobre todo si ellos provienen de influencias que han ejercido su acción sobre muchas generaciones sucesivas.

Un entrenamiento de tres generaciones puede, en los perros de raza, crear capacidades de olfato y de astucia que en seguida pasan a la descendencia. El solo cultivo de algunos años permitió a los hermanos Collins crear las grandes razas bovinas inglesas que hoy existen,y una selección cuidadosa en unos pocos ejemplares de cerdos bastó a Backewell para formar la raza ideal que se conserva desde un siglo. ¿Cómo no han de obrar, os pregunto, varios siglos de anemia tropical, de aire enrarecido en las alturas, de intoxicación por el alcohol y por la chicha, de sífilis y de tuberculosis, de malaria y de beriberi para crear en nuestra población caracteres de inferioridad colectiva que hoy se transmiten por herencia?

El asunto ha empezado ya a ser acometido a fondo por algunos de nuestros jóvenes observadores. Un estudio reciente que presentó como tesis de grado el doctor Enrique Enciso y que llamó mucho la atención del sabio americano doctor Schapiro, por su importancia y originalidad ("Influencia de la Anemia Tropical sobre las glándulas de secreción interna"), ha puesto de relieve el hecho de que, en nuestros climas cálidos de Cundinamarca, los individuos profundamente afectados por la anemia tropical producen, bien a menudo,hijos en un estado lamentable de degeneración orgánica y mental: sordo-mudos, cretinos, enanos, idiotas, etc. Si esto se comprueba en el curso de dos generaciones, ¿cómo no admitir que la acción de la anemia tropical y de las afecciones congéneres, al ejercerse, como entre nosotros ha sucedido durante años y siglos, sobre muchas generaciones, vicie de manera fundamental las aptitudes generadoras?

Por eso, hoy en nuestra zona, aunque no se adquiera durante la vida ninguno de los males arriba apuntados, se nace débil e incapaz de resistir las diversas influencias malsanas. Heredamos de nuestros ascendien-

tes no las enfermedades mismas sino la gran aptitud para contraerlas. Esto explica que todas las enfermedades se difundan entre nosotros con pasmosa profusión y que adquieran, como ya lo anotó un sabio extranjero, con respecto a la bronco-neumonía, una malignidad desconocida en otras razas. Esto explica, igualmente, el número considerable de malas conformaciones corporales congénitas de que os he hablado al principio, y la gran mortalidad, y la escasa longevidad de la raza, y la menor temperatura de nuestro cuerpo, y la pobreza de nuestra sangre en elementos nobles, y el artritismo y el cáncer y las neurosis y las locuras; esto explica, finalmente, los distintivos morales de nuestra raza, que, para resumirlos en una sola expresión, se caracterizan por "una voluntad enferma."

Pero, antes de llegar a este punto, quiero mencionar muy de ligero algunos otros hechos patológicos, que prueban que, estudiada en bloque nuestra población, nace enferma en una enorme proporción.

Tres de los especialistas en afecciones oculares que ejercen en esta ciudad, los doctores Lobo, Arboleda y C. Jiménez López, a cuyo estudio acuden enfermos de todo el país, me han indicado que más del 50 por 100 de los pacientes que les llegan, sufren de aquellos vicios de refracción, como miopía, hipermetropía o astigmatismo, que constituyen siempre una tara hereditaria. En el 50 por 100 restantes hay, aproximadamente, un 15 por 100 de afecciones de los medios y de los anexos del ojo que denuncian una herencia morbosa, como la sífilis, la carcinosis, el alcoholismo o la consanguinidad. El doctor M. A. Cuéllar Durán indica un 40 por 100 de afecciones oculares congénitas.

Varios de los médicos que han desempeñado el cargo de Oficiales de Reclutamiento en los últimos años, dicen en sus informes que han tenido que rechazar por manifiesta inferioridad orgánica al rededor de un 70 por 100 de los individuos que les presentan los Alcaldes. El doctor Miguel Canales, que desempeñó durante cuatro años el puesto de Médico Jefe del Ejército, observó que, del personal de conscriptos, eran desechados, por deficien-

cia, un 60 por 100 en los Departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Santander del Sur y el Tolima, y 15 a 20 por 100 de Antioquia y Caldas. El General Alcides Arzayús, actual Inspector del Ejército, informa que en los Departamentos de la Costa Atlántica son ordinariamente eliminados del servicio militar, por inservibles, un 90 por 100 de los individuos ofrecidos por los Municipios. Téngase en cuenta que esta eliminación se hace en un personal de 21 años, en la plenitud del vigor y de la fuerza.

Ahora bien; seleccionado este resto de individuos, el 40 por 100 restante, el que se admite a la vida de las armas y del que hemos de suponer que es la flor de la juventud de nuestros campos y ciudades, es quizá un producto de selección irreprochable? En manera alguna: el profesor Julio Manrique, con la autoridad que se merece, ha declarado en la Sociedad de Cirugía que la Misión Chilena, encargada por algún tiempo de instruír nuestro Ejército, no encontró en el personal que llega a los cuarteles sino el 10 por 100 que llenara los requisitos exigidos para el servicio militar, por los reglamentos de otros países. Y, como demostraciones experimentales de que no hay exageración en estos cálculos y como un ensayo de la resistencia de nuestros jóvenes soldados, a la enfermedad y a la fatiga, están los casos siguientes: La reciente expedición del Regimiento de Caballería "Tolima" a la región oriental del país, expedición que tuvo lugar no precisamente por la Llanura de Casanare, donde reinan las grandes inclemencias, sino por los pueblos de la serranía, que ofrecen un clima más benigno y una menor escasez de recursos. El Regimiento en cuestión hubo de ser retirado de esa comisión sin el menor retardo, porque, en tres meses, quedó prácticamente fuéra de servicio: el personal de Oficiales y soldados enfermó en la proporción de 90 por 100; murieron cinco individuos sobre ciento y, al regreso fueron licenciados y hospitalizados casi todos nuestros expedicionarios. Hé aquí la flor y la nata de este pueblo joven y vigoroso de que hablan ciertos observadores.

Otro caso: en mayo de 1919 fueron enviados 100 hombres del Regimiento "Nariño" de Barranquilla a la región de Ocaña, con el fin de hacer entrar en orden a algu-

no de nuestros gamonales lugareños que se mostraba demasiado levantisco. De Barranquilla a Gamarra el viaje se hizo, naturalmente, en un buque del Magdalena. El trayecto de la expedición fue, propiamente, de Gamarra a Ocaña, región que, a la verdad, no es ni muy dilatada, ni muy desierta, ni excesivamente malsana. La expedición duró, por todo, mes y medio; el personal se enfermó en la proporción del 100 por 100; al regresar a Barranquilla, hubieron de ser hospitalizados 20 por 100 y, por algún tiempo quedaron fuera de servicio todos los individuos de esa comisión. Ella estaba comandada por un Oficial superior apto y considerado y el personal de tropa que la formaba era todo originario de la Costa; por consiguiente, hecho para resistir la influencia de los climas cálidos. El encargo del alto Gobierno tuvo que ser desempeñado por la Policía de Ocaña.

En 1914 fue enviado el Regimiento "Ricaurte" de Bucaramanga a Puerto Santos, a la orden de Comandantes veteranos y conocedores de la región. En el punto denominado El Tambor, a unas dos jornadas de Bucaramanga, estaba enfermo e inútil para la marcha el 50 por 100 de la tropa. La expedición duró ocho días y el personal quedó enfermo en su totalidad. El mismo regimiento fue enviado posteriormente de Bucaramanga al Socorro, por una región que, como se sabe, es de clima benigno y rica de recursos de todo orden. En esta vez, se enfermaron también la mayor parte de los oficiales y soldados; tuvieron que regresar todos a caballo y el Ministerio de Guerra hubo de disponer que se quedaran en totalidad temperando por tres meses en un sitio agradable y tranquilo, cerca de Piedecuesta.

Estos diversos hechos y otros que no apunto, para no extenderme demasiado, dan una medida de lo que es y de lo que puede ser, para las grandes empresas, el vigor físico de nuestros hombres jóvenes.

Voy ahora a haceros otra revelación no menos grave, respecto al organismo de la mujer en nuestras razas.

He hablado en mi estudio, en el capítulo de los signos patológicos y entre las insuficiencias glandulares, de la crecida proporción de insuficiencias del ovario que se presentan a la observación en nuestra zona. Emprendí pa-

ra el Congreso Médico celebrado en Tunja en 1919, un estudio de este solo punto, que, con la generosa colabo. ración de muchos de mis colegas que ejercen en los diferentes puntos de la República, me ha permitido llegar a conclusiones dignas de conocerse.

La investigación se ha circunscrito a la afección llamada "ovario esclero-quístico", sobre cuya naturaleza y significación voy a permitirme una rápida explicación, destinada a las personas extrañas a los estudios médicos.

La llamada "ovaritis esclero.quística" es una alteración del órgano esencial de la reproducción en la mujer, que consiste en dos lesiones profundas: en la invasión del cuerpo del ovario por un tejido fibroso que va comprimiendo y ahogando los elementos nobles, es decir los óvulos, y en la trasformación de éstos en unas cavidades o vejigas llenas de líquido, que representan una destrucción del elemento primordial femenino. El ovario esclero quístico es pues, un estado en que están comprometidas la integridad funcional de la mujer y su aptitud para la propagación normal de la especie.

Hé aquí la opinión de varias de nuestras eminencias médicas sobre la frecuencia de este mál entre nosotros: doctor Miguel Arango, de Barranquilla, calcula que el ovario esclero-quístico existe en un 50 por 100 de la población femenina total; doctor Jorge Calvo, de Barranquilla, 65 por 100; doctor Pompilio Martínez, de Bogotá, 60 por 100; doctor Miguel Canales, de Bogotá, 60 por 100; doctor Zoilo Cuéllar Durán, de Bogotá, 60 por 100; doctor Rafael Ucrós, de Bogotá, sumamente frecuente; doctor Juan N. Corpas, de Bogotá, 10 por 100; doctor Juan B. Montoya y Flórez, de Medellín, 10 por 100; doctor Pablo García Aguilera, de Cali, excesivamente frecuente; doctor José Antonio Castro, de Tumaco, alrededor del 60 por 100. El doctor Emilio Robledo, de Manizales, opina que en esa región el ovario micro quístico no es tan frecuente; en cambio, ha hallado el quiste común del ovario en 35 casos sobre 118 intervenciones. El doctor Manuel F. Obregón, de Cartagena, opina que en esa ciudad tampoco es muy común dicha afección; pero dice que en Puerto Limón (República de Costa Rica) existe en un 70 por 100

de la población femenina total. Balanceando todos los datos anteriores, se tiene que el ovario está atacado de esta degeneración en un 40 por 100 de nuestras mujeres. Observaré de paso que la afección domina en las clases acomodadas de la sociedad; esto explica el dato del 10 por 100 señalado por los doctores Montoya y Flórez en Medellín, y Corpas en Bogotá, que han tomado como base de su apreciación las estadísticas hospitalarias, donde el mál se registra en proporción mucho menor.

¿Qué decir de una raza en que—prácticamente—la mitad de las mujeres están afectadas de una lesión regresiva tan profunda en el órgano que representa la especie? Esto es como si en una especie vegetal, el café, pongamos por caso, la mitad de los granos resultasen averiados al momento preciso de la cosecha; como si los renuevos que se destinan a las nuevas plantaciones presentasen al tiempo de la resiembra un daño esencial que no les permitiese convertirse en planta productora.

Hay otro órgano amenazado en su integridad en la mujer de nuestra raza: la glándula mamaria, la que almacena y produce el alimento indispensable para el sér recién nacido.Ya de tiempo atrás, un eminente hombre de ciencia, el doctor Eduardo Zuleta, señaló el hecho de la gran disminución del volumen de los senos en ciertas provincias de Antioquia, ese centro étnico que se ha defendido de la decadencia en mayor grado que las otras regiones del país, y atribuyó el fenómeno a intoxicaciones alimenticias regionales. De entonces a hoy, el mál se acentúa, y, por lo que hace a las mujeres de la altiplanicie, según el testimonio de los viejos maestros en Ginecología y Obstetricia, son, ciertamente, aptas para producir varios hijos pero, en lo general, del tercero en adelante,son incapaces de amamantarlos. Esto deja ver con claridad que el vigor materno está herido de decadencia en nuestra raza, pues que los dos órganos indispensables de la procreación, el ovario y el seno, están tocados de regresión. Nuestras mujeres, en lo general, pueden producir varios hijos, pero los dan al mundo débiles por razón de un ovario enfermo y los crían mal por causa de su deficiencia mamaria.

En estas zonas y en estos climas, el sér humano nace, pues, físicamente débil, porque lo engendran seres débiles;

y su debilidad se acentúa en el curso de la vida, porque lo rodean las mismas condiciones adversas que han originado la debilidad física ancestral.

Siendo esto así, qué se puede esperar de las condiciones morales de la raza? Ya me lo habéis oído y vuestra propia observación lo está clamando: una voluntad enferma. Es tal la unidad y dependencia de los actos del sér viviente, que mal puede esperarse que el poder voluntario del individuo o de la agrupación se muestre normal allí donde hay una nutrición defectuosa y una sangre empobrecida y órganos primordiales tocados de decadencia y de fatiga. El cuerpo y el espíritu son como aquellos dos corceles del mito platónico, que llevan hacia adelante el carro de la vida, y cuyo andar debe ser concertado y armónico en todos los instantes; si el ritmo de uno de ellos se retrasa, al punto perturba y desconcierta esa maravillosa unidad del sér humano. Por eso aunque descendamos de castellanos hazañosos y de indios recios y sufridos, nuestra existencia individual y nuestra marcha en la historia traducen la vacilación, el tantear de diversos derroteros, la falta de una acción constante y sostenida. Rasgos heroicos, impulsos de un momento, los tenemos sin duda en lo personal y en lo colectivo; pero esto es episódico y excepcional: lo habitual en el latinoamericano del Trópico es el desaliento fácil, la mutabilidad de miras y designios: hay un resorte de la voluntad, el que la mantiene en tensión constante dirigida hacia un fin primordial, que está dañado en nuestra raza. Esto es muy fácil de reconocer en la vida individual y en la vida de los pueblos. Veamos algunos ejemplos de este fenómeno de psicología colectiva en nuestro país, y entiéndase que no intento hacer cargo a entidad ni a agrupación ninguna, sino simplemente reunir hechos en apoyo de una tesis biológica.

Ya me habéis visto mencionar en mi primer estudio el número inverosímil de Constituciones que se ha dado Colombia y que ha llamado, de mucho antes, la atención de los observadores del Mundo entero. ¿No implica este hecho un estado de inconsistencia en la voluntad colectiva, una versatilidad de sentimientos y de ideas que solamente es dado ver en los espíritus infantiles o caducos? Hay quienes nos creen curados de este mál, en razón de nuestros úl-

timos veinte años de relativa calma. Pero, bajo esta dulce apariencia, el mál subsiste y se manifiesta con los mismos caracteres en nuestra acción legislativa: allí ha persistido el mismo flujo y reflujo de opiniones, el mismo trabajo de Sísifo que hoy desanda lo que ayer recorrió con grande esfuerzo. En casi todas nuestras grandes cuestiones, se echa de ver ese cambio total de ideas de uń año a otro y, en varias ocasiones—caso asaz curioso—dentro de una misma legislatura, que al final de sus días ha deshecho lo que con gran trabajo aprobara al principio de sus sesiones. Acostumbrados, como estamos los colombianos,a esta oscilación de instituciones, no nos preocupamos de ella, pero el observador de fuéra, el que se haya formado en aquellos países de instituciones serias y seculares, encuentra nuestro caso lleno de una desconcertante anomalía.

Casi un siglo llevamos de trabajar en el arduo problema de la fijación de nuestras fronteras. Cada Gobierno que llega, cada sistema político que se implanta, acomete la empresa de llevar a término con nuestros vecinos alguna solución. Empero, si leéis la historia diplomática de Colombia, veréis que casi nunca un Gobierno ha tomado la labor en el punto preciso en que el otro la dejó; no se puede encontrar en la sucesión de nuestros mandatarios la unidad y la continuidad de un plan, el "esprit de suite" que llaman los profesionales de esos ramos, porque en esto, como en todas nuestras actividades, somos instables; carecemos de esa uniformidad, de esa acción solidaria que hace eficaces y fecundos los esfuerzos de otros pueblos. Nuestra voluntad en lo internacional como en lo doméstico, ha estado aberrante y dispersa y, hasta el día de hoy, no nos ha deparado nada que con justicia pueda llamarse un triunfo en el campo de los resultados.

Entre las naciones de América, Colombia será la que ha conservado por mayor tiempo su condición mediterránea, a pesar del hecho paradójico de ser la que tiene mayor extensión de costas sobre ambos mares. Yo sé que son muy agrias nuestras cordilleras y que es enorme la distancia que separa la Capital del Océano; pero mayor es la distancia para Bolivia y más elevados son los Andes en su territorio; y, sin embargo, ese "pueblo enfermo", como lo

ha llamado uno de sus grandes pensadores, se ha abierto hace años un camino de acero hasta el Pacífico. Nosotros hemos vacilado y discutido durante un siglo y aún no sabemos si ahondar un río que cada día dispersa más su caudal o si hemos de abrirnos una ruta terrestre, que todos los años se decreta y que nunca se comienza.

Cosas son éstas, entre muchas, que muestran con claridad lo deficiente de nuestra voluntad colectiva; y bien lo sabéis que no son la excepción sino la regla. Os queda alguna duda? Recorred uno a uno todos los ramos de nuestra actividad como nación; las finanzas de todos los tiempos, las diversas secciones administrativas, los transportes, los correos, los telégrafos, las aduanas; las instituciones militar y docente, el régimen eleccionario; las diversas campañas sanitarias.... y decidme honradamente, os lo suplico, si en alguna de esas manifestaciones de nuestro vivir colectivo encontráis el triunfo de una inteligencia previsiva y de una voluntad dominadora!

Todo esto es, para volver a nuestro punto de partida, el efecto de una nutrición retardada,que es preciso estimular, de una sangre empobrecida que es posible robustecer y de un sistema nervioso frágil y fatigado que es fácil volver a su estado normal.

Es cierto que en los cien años de nuestra vida independiente, al cuadruplicarse nuestro censo de población, la balanza comercial ha seguido automáticamente ese aumento, aunque no en medida comparable al aumento de otras naciones de América; es verdad, igualmente, que algunas industrias se han ido aclimatando en nuestro suelo y que ciertos ramos científicos y culturales siguen entre nosotros bastante de cerca el movimiento universal. Estos son casos aislados que—alentadores en sí mismos—no dan la medida de nuestra verdadera situación. Hace más de un siglo ya, nuestro gran Caldas, a quien todos admiramos pero cuyos escritos admirables casi nadie lee, nos enseñaba que anda errado el que intente medir la marcha de los pueblos por estos rasgos particulares, así como se engaña el hombre que, a la orilla de un gran río, quisiese juzgar el ritmo del caudal por esas corrientes parciales que se desvían y se aceleran por cauces secundarios; es preciso mi-

rar al centro de la corriente para conocer el verdadero curso de las aguas.

Ese es nuestro caso: un pueblo debilitado en su conjunto, que acaso guarde secretas energías, pero que necesita ser tratado por métodos poderosos y científicos.

Cuáles deben ser éstos? Los que combatan las causas del mál; y,en cuanto a las causas,ya las conocéis igualmente; en este punto parecen estar casi de acuerdo todos los que le han dedicado alguna meditación. Hé aquí las principales: la viciación ancestral de nuestro agregado étnico, la carencia de higiene, la educación viciosa; la miseria.

No es mi ánimo, ni cabría en unas pocas páginas, estudiar una a una las diferentes partes de esta gran lucha renovadora en que deben ser movilizadas todas las fuerzas vivas del país: los gobernantes, los legisladores, los moralistas, la Prensa, las corporaciones médicas, jurídicas y religiosas, la Ingeniería civil y sanitaria, las instituciones docentes policiales y militares; la industria, la agricultura y el comercio, y en una palabra, ese gran elemento de acción que es el pueblo, la base y la fuerza de las democracias.

Deseo solamente insistir en esta ocasión sobre dos de las iniciativas que se imponen a nuestro país con carácter trascendental e inaplazable: la reforma educacional y el fomento de la inmigración.

Que nuestra educación es deficiente en todas sus etapas y en todos sus ramos; que las más de las instituciones educativas y docentes de nuestra Patria no llenan la misión de formar hombres completos para la lucha por la vida, es una vieja verdad que todos los días se denuncia y que nunca se remedia. Vuestros grandes maestros así lo han declarado y vosotros mismos lo sentís. No sabéis, los más de vosotros, jóvenes estudiantes, a dónde vais con vuestros veinte años, porque en este albor de la existencia dejastéis de aprender dos cosas esenciales: pensar y obrar. Todo sé os ha dicho, muchos libros han pasado por vuestra cabeza, pero han quedado sin cultivo los dos grandes poderes del hombre: la inteligencia y la voluntad.

Si esto vacío enorme de nuestra vida nacional es, como algunos lo piensan, la causa generadora de los males que me habéis oído enumerar, o si es uno de los efectos naturales de la disminución general de nuestro vigor, es por el momento una cuestión secundaria. Me inclino, sin embargo, a admitir que los métodos educacionales viciosos que entre nosotros reinan por doquiera son uno de tántos síntomas de decadencia que se puede sumar a los ya apuntados, pero que, obrando a su vez sobre las generaciones sucesivas, contribuye a acentuar el mál de día en día. En su doble carácter de efecto y causa, merece este factor de regresión ser estudiado y combatido.

No queráis sorprenderos si os declaro que el mál no está precisamente, como los más de vosotros lo pensáis, en la manera como hoy se dan las altas enseñanzas. Lejos de mí el pensar que no haya en los estudios profesionales mucho qué fundar y mucho qué reformar, pero bien podríamos poner esos institutos a la altura de los más ilustres del Viejo Mundo, y el provecho que de ellos derivara la juventud no sería mayor que hoy, si a ellos no se llegase con una preparación previa que es la base imprescindible de toda cultura superior.

Nuestros adolescentes ingresan a cualquier aprendizaje especial "mal comenzados" desde los primeros pasos de su educación, donde se les ha formado por los medios absurdos de la imitación inconsciente, de la memoria, de la rutina y de la recitación libresca; esto ejerce sobre ellos una influencia negativa que perdura en los estudios superiores y en las disciplinas profesionales, y en el grado, y más allá del grado y en la vida entera. Así es como se fabrica entre nosotros desde temprano esa modalidad incompleta y moralmente mutilada de nuestras colectividades. Hay, como lo hemos visto,un punto flaco en nuestra estructura moral: el poder voluntario, y es éste el que precisamente se debilita y se anula más con la mal entendida formación de los primeros años.

La base fundamental de nuestra regeneración educacional es la formación del maestro.

Esta es hoy la labor de todos los pueblos, en especial de los que estuvieron empeñados en ese gran conflicto de la edad moderna. Al final de tan ingente cataclismo, las na-

ciones se han hallado ante el problema de formar generaciones nuevas que vengan a crear lo que la insania y la rivalidad de los pueblos destruyó. Nuestro problema es hoy el mismo. La destrucción de la vieja cultura europea niveló en mucho las grandes naciones con las naciones incipientes. Utilicemos pues en nuestro provecho este despertar de actividades en los grandes centros del pensar y del vivir, y, hasta donde nos sea posible, hagamos lo que ellos hacen y fundemos sobre nuestro suelo desierto y virgen lo que ellos fundan sobre las cenizas de la inmensa hoguera, apenas extinguida.

Ellos hacen al Maestro, como piedra fundamental del edificio del mañana; hagamos nosotros otro tanto. Un intercambio de inteligencias con los países avanzados en prácticas educacionales; una misión docente bien elegida para nuestro medio, para nuestro idioma y para nuestra mentalidad, que forme entre nosotros al maestro; otra misión nuéstra, seleccionada por sus relevantes capacidades, que vaya a asimilar los mismos métodos en su propio lugar de origen, y, así, habremos dado un gran paso hacia la salvación de las futuras generaciones. Así desarraigaremos el viejo error educacional de lo alto a lo bajo del sistema universitario y tendremos métodos formadores basados sobre la acción y sobre el estímulo de la voluntad que dará por resultado verdaderos hombres.

---

Paso ahora a tratar el último de los puntos enunciados: la inmigración:

Recordaréis que este es, en mi sentir y en el de muchos de los que han estudiado el actual estado social de la América, el remedio radical para los males hasta aquí señalados.Es también la conclusión que menos bien ha sentado a ciertos espíritus impresionables de nuestro país.

Vamos a ver qué pueden enseñarnos a este respecto los hechos de la biología y la experiencia de los pueblos.

No se quiere oír hablar entre nosotros de regresión o de degeneración: está bien: cambiemos la palabra. Somos una agrupación transitoriamente debilitada por causas diversas. No llamemos, si así lo deseáis, el conjunto de los fenómenos hasta aquí denunciados una decadencia colectiva; llamémosla, entonces, una ligera depresión de nuestras

energías y capacidades, que hasta hoy nos ha impedido marchar a la par con los pueblos de cultura intensa. Poco me importan los vocablos si llegamos a estar de acuerdo en los remedios necesarios.

A una agrupación de seres organizados que se debilita, que empieza a ser vencida por las condiciones en que vive, qué tratamiento se da, así sea una especie vegetal o una raza animal? En el primer caso, se le asocia una semilla nueva; en el segundo se mezclan hembras y sementales vigorosos y traídos de otro medio. Para admitir y saber esto, no es preciso saber la biología; basta la observación común.

¿Podrán ser remedio suficiente para nuestra situación fisiológica y moral lo que se ha llamado "los recursos propios"; en dos palabras: educación e higiene? No lo creo. El mál es más profundo.

Ya habéis oído cuánta importancia doy a nuestra educación nacional; y, sin embargo, no temo declarar que la sola educación, combinada con la higiene general, no bastaría hoy a levantar nuestro nivel biológico. Tenemos un Código de educación pública que, en rigor satisfaría a cualquiera de nuestros países; y que en sus disposiciones es un lógico desarrollo de ese magnífico programa pedagógico. Sin embargo, tan acertadas leyes y tan prolijos reglamentos como las complementan se han quedado escritos, como tantas otras sabias leyes que, en nuestra calidad dan excelentes teorizantes, nos hemos dado y que no hemos sido capaces de llevar a la práctica. Por qué? Porque para infundirnos el sentido práctico y el valor de las realizaciones prontas, es preciso una transformación completa de nuestra mentalidad y, casi estoy por decir, de nuestro organismo. Esto exige, como corolario, la infusión de sangre fresca y vigorosa en nuestro organismo social.

Quienes lo esperan todo de la educación y rechazan la inmigración, oigan estas palabras de un ilustre sabio: "La evolución mental de los pueblos es muy lenta, y la educación, siendo, como es, un poderoso medio de la vida social, no es el factor primero en la evolución de las sociedades humanas; ella no puede sino crear un hábito; no hace sino organizar lo que la herencia ha transmitido en bloque".

Hasta aquí, los conceptos de Carlos Debierre, Profesor de la Universidad de Lila. (1)

Tenemos, pues, según esta doctrina, admitida hoy universalmente, que la educación debe venir a organizar aptitudes legadas por la herencia; entre nosotros, ¿qué puede hoy, qué ha podido en el pasado organizar la formación educativa en materia de capacidades congénitas? El espíritu teórico, la vacilante voluntad, las profundas taras sociales que nos han retardado y aminorado.

Fundemos, pues, por medio de la herencia y de la procreación, algo distinto y digno de ser fijado por la educación. Formemos en nuestro fondo racial condiciones de vigor físico y moral, que no nos pueden venir sino de aquellos puntos del planeta donde la especie humana da sus mejores productos desde hace dos mil años. Sin abandonar un momento los dos factores importantísimos de la Educación y de la Higiene, ataquemos el mál en el origen; renovemos nuestra sangre, y habremos procedido con cordura y con acierto.

La historia y la experiencia vienen, por su parte, en apoyo de esta conclusión. ¿Qué es lo que ha hecho la prosperidad de las naciones de América que se hallan hoy en situación floreciente? La inmigración. Ahí están los Estados Unidos, con sus millones de inmigrantes irlandeses, magiares, alemanes, italianos, rusos y escandinavos; ahí están la Argentina, con los contingentes de población vasca, italiana, francesa y anglo-sajona; y el Uruguay, con los colonizadores suizos y belgas, el Sur del Brasil con la inmigración alemana y tántos otros núcleos de menor importancia que han llegado a nuestro continente. La inmigración de sangre blanca, bien escogida y reglamentada como debe hacerse, es para los países en desarrollo, un elemento incomparable de población, de progreso, de producción y de estabilidad política y social. Una corriente de inmigración europea suficientemente numerosa iría ahogando poco a poco la sangre aborigen y la sangre negra, que son, en opinión de los sociólogos que nos han estudia-

(1) Ch. Debierre L'Héredite normal et pathologique. París 1912.

do, un elemento permanente de atraso y de regresión en nuestro continente.

Ya oigo que se me dice: el Japón se regeneró sin inmigración extraña y el mismo Spencer aconsejó a ese país no cruzarse jamás con pobladores occidentales. No niego que el japonés moderno es un producto rehabilitado en muchas de las condiciones necesarias para la vida del progreso: inteligencia grandemente asimiladora, aptitud industrial, poderío guerrero; pero, en cambio, no ha llegado ni llegará a equipararse con las grandes naciones en todos los campos de la lucha universal. El hecho de no haber sido admitido el contingente de esa nación en las operaciones de la Gran Guerra que se desarrollaron en el teatro europeo; la manera sistemática y creciente como la inmigración asiática está siendo restringida en casi todos los países, son hechos que prueban que en el fondo hay algo que hace desmerecer ese producto. De paso haré notar cuán inconsulta y poco acorde con las tendencias modernas es la iniciativa que entre nosotros ha surgido para fomentar esa variedad de inmigración. A más de las razones económicas y morales que hay para meditar esa medida, para nosotros existe un aspecto que puede ser decisivo. Debemos perfeccionar nuestra raza en todo sentido: en lo intelectual, en lo moral, en lo morfológico: la evolución hacia el tipo de belleza física admitido hoy en el mundo es condición primera en el mejoramiento de las razas; los rasgos corporales y fisonómicos más deficientes en nuestra población, lejos de perfeccionarse, sufrirían una completa regresión al mezclarse con ejemplares característicos de la cepa mongólica.

Convenientemente seleccionada,una sana y numerosa inmigración es, vuelvo a decirlo, el primer elemento en nuestra regeneración. Ya lo habéis oído, la biología y la experiencia nos lo están demostrando. Nos ha tocado en suerte ser los centinelas avanzados de la familia humana en estas latitudes hostiles, donde nuestra raza está librando un combate de todos los instantes contra los elementos destructores de la especie. Es justo que contingentes frescos lleguen de tiempo en tiempo a reforzar a los viejos y agotados combatientes.

Somos un organismo herido que pierde por momen-

tos savia y vigor en una lucha que ha durado años y siglos; abramos la vena exhausta para transfundir la sangre cálida y rebosante y la vida bullirá de nuevo en nuestro pueblo con vibraciones de fuerzas y de energía!

Señores:

He llegado al fin de mi exposición, pero no he hecho sino tocar muy por encima la materia; ella es inagotable. En las pocas cuestiones tratadas hasta aquí, he citado hechos, nombres y números; he respaldado la mayor parte de las comprobaciones expuestas con la autoridad de hombres que son bien conocidos en el país. Creo que todo esto es una prenda de verdad en mis afirmaciones y de exactitud en las conclusiones que he sacado. Puede haber, sin duda, rectificaciones en algunos de los datos aducidos y alguna exageración en las cifras calculadas, pero descontando estas naturales causas de error, todos vosotros convendréis en que aquí queda un fondo de realidad.

Pues bien. Si hay algo de cierto en los males denunciados, procedamos a remediarlos sin retardo. No me será extraño que haya quién se empeñe en sostener lo contrario; es inevitable que surja quien intente demostrarnos con razonamientos brillantes que somos una de las mejores razas conocidas. Este es el derroche inútil de talentos que me complazco en reconocer.

En tanto que todas las repúblicas jóvenes de la América, sin detenerse a discutir sobre estas cosas, se ocupan hoy afanosamente en mejorar sus condiciones étnicas y sociales por medio de la inmigración de las buenas razas de Europa, nosotros, fieles a nuestro absurdo, seguimos realizando el símbolo del trágico español; seguimos siendo la nación "alegre y confiada", y es bien posible que la hora de nona nos sorprenda sin haber atacado ninguna solución.

Creen otros que, aunque el mál sea evidente, es mejor ocultarlo a la juventud, para no escandalizarla y para no dejar en ella la tristeza y el desaliento en las luchas de la vida.

Donosa manera de pensar!

No sacar a luz las deficiencias nacionales, en vista de aplicarles el remedio que requieren, es dejar que el mál

crezca en extensión y en profundidad, hasta producir desastres irreparables. Méjico, esa nación hermana, de tan gloriosas tradiciones, no mostró al mundo y a sí propia, durante 37 años, sino el brillante anverso de la medalla, hasta el día en que se produjo súbitamente el gran desplome político y social, que dura todavía. En cambio, Francia tuvo en tiempo oportuno un profesor Pinard y un doctor Toulouse que denunciaran los graves daños de la despoblación y del malthusianismo; tuvo a Hannotaux y a Leon Bourgeois, que proclamaron la gran bancarrota educacional; a Brouardel y a Bertillon, que le dieron el alerta sobre el aumento pasmoso de la criminalidad, y, finalmente, tuvo a Clemenceau, que arrancó el antifaz de las conciencias vendidas al oro enemigo; y esa Francia, que ha escandalizado al mundo tántas veces, ha dado, así, el más alto ejemplo de virilidad y de entereza, y, de ese modo, ha salvado su existencia y ha conquistado la más brillante de sus glorias!

Es preciso no ocultar cobardemente las dolencias sociales, sino sacarlas a la luz, para aplicarles sin piedad el hierro y el fuego,que son el remedio de los grandes males!

Yo entiendo que quien ha recibido del Estado un título de idoneidad en las cosas que atañen a la enfermedad y a la salud, no ha de tenerlo solamente como una patente para ganarse el sustento de la vida; donde hay derechos,hay deberes.Si la sociedad nos otorga el mayor de los honores al confiarnos su existencia, nosotros estamos obligados a ser sus vigías y a advertirla de los peligros que amaguen sobre ella. Cuanto a mí, no he querido callar como el perro mudo de la parábola bíblica que, encargado de custodiar la heredad, tiembla de miedo cuando la noche cae, y, ante los enemigos que se acercan, enmudece!

Para la generación que hoy declina, es un deber de lealtad hacia la juventud revelarle sin ambajes las dolencias que afligen a nuestra sociedad; esos males, de que nosotros no somos en todo responsables, pero que tampoco hemos sido capaces de conjurar. Que venga otra generación con fuerzas frescas y acometa, sin vacilaciones ni prejuicios, la obra renovadora.

Ha dicho un pensador moderno que la historia de los pueblos se resume en una lucha entre los jóvenes que lle-

gan y los viejos que no quieren partir. Jóvenes que me oís, es vuestra hora!

La inquietud con que habéis recibido estas revelaciones sinceras es una sólida esperanza de reacción. Los que os han precedido apenas han entrevisto soluciones; a vosotros toca realizarlas.Llegad y obrad,y que el porvenir corone vuestro esfuerzo!

# Segunda conferencia

LUIS LOPEZ DE MESA

Psicólogo



El clima en que vegetamos es variado hasta la máxima oposición, y así vemos cómo cada kilómetro de la superficie de nuestro suelo nos ofrece peculiaridades cuya suma desconcierta al investigador que busque leyes generales. Del Litoral atlántico hasta las nevadas cimas de nuestras cordilleras hay una gradación constante de temperatura; de una a otra cordillera unos mismos niveles de altitud no significan, ni con mucho, igualdad, sino apenas discreta semejanza; en una misma cordillera las vertientes occidentales y las vertientes orientales son diversas en su vegetación, temperatura, higrometría y salubridad. Estas mesetas bogotanas están al mismo nivel que algunas de la cordillera central, Llano de Ovejas, Llanos de Cuivá, por ejemplo, y,sin embargo,aquéllas son estepas casi eriales,y es aquí proverbial la fertilidad del suelo; así también los terrenos de San Martín y Casanare divergen prodigiosamente en fecundidad de los que riegan el alto Cauca y el bajo Magdalena.

La mineralogía y la geología misma de nuestras cinco principales cordilleras son muy dèsemejantes: de formación cretácea la oriental, se levanta como enhiesto murallón que detiene en sus flancos orientales los alisios cargados de humedad, y sólo por escasas y alejadas quiebras les permite estrecho paso; de ahí la abundancia de los ríos que van al Orinoco, y el suelo estéril de los Llanos,formado por la erosión de las areniscas que de ella arrastran las aguas lluvias. Es la central de formación neovolcánica, irrigada por los alisios del nordeste, los cuales siguen las hoyas del Cauca y del Magdalena hasta que las sinuosidades los resecan y detienen,como ocurre ya hacia el Tolima, para las vertientes orientales. En ella la erosión de las aguas produce aluviones fecundantes, al revés de lo que

ocurre en la anterior, y de ahí proviene la fertilidad de sus cuencas hidrográficas. La Cordillera occidental es de formación paleovolcánica, y la del Baudó, allá contra el Océano Pacífico, se parece a la oriental en su formación y meteorología, como la Sierra Nevada, que es de formación primitiva con incrustaciones de probable origen eruptivo.

De ahí, luego, cuántas diferencias más: El volumen de aguas que cae en la vertiente oriental del Baudó es mayor que el que fecunda raquíticamente el costado occidental de esa cordillera; entre ese volumen de aguas lluvias que cae en el Chocó y ciertas zonas del bajo Cauca, hay diferencias de uno a cinco con el que riega la cuenca alta del Tolima; 300 días al año llueve en aquella parte, mientras que las llanuras orientales del Meta y del Arauca regulan por semestres sus estaciones, de modo muy preciso y constante. Las escarchas de las altas regiones, tan decisivas en la selección de los cultivos y de las épocas de siembra, no son tampoco iguales: que en las sabanas de Bogotá ocurren por marzo y agosto, por enero y julio. en el centro de Antioquia, etc. Aun la electricidad atmosférica es prodigiosa hacia el Puracé, el Páramo de las Delicias, en el sur; más moderada por el centro y norte de las mismas cordilleras.

Grandes diferencias ocurren también en el suelo y el subsuelo, en el basamento rocalloso y las venas de minerales que lo surcan: para la construcción suministra abundantes arenisca y piedra de cal la altiplanicie cundinamarquesa; el granito y los pórfidos, llamados maní, y buenos mármoles, la Cordillera central,por Antioquia.De esta parte predominan formaciones plutónicas y volcánicas, ricas en detritus aprovechables para la agricultura; al oriente se benefician en grandes cantidades el carbón, la sal y las esmeraldas (de formación paragenética) y muy pronto quizá el hierro; el oro y la plata, enriquecen la Cordillera central, y en ella encuéntranse aún inexplotados el cinabrio, el cobre, el plomo y el zinc; la Cordillera occidental hacia el San Juan y sus afluentes,y,un poco, hacia el Atrato, es rica en el codiciado platino, en cobre, iridio y osmio. Nuestra gran riqueza en hidrocarburos no ha sido todavía explorada por completo, sabiendo nosotros apenas cómo

aquí y allá existen lagos soterrados de petróleo, capaces de competir con el Pozo Azul de Méjico,ya en la hoya del Magdalena y sus afluentes, ya en el Litoral atlántico, y en las vertientes que van a Maracaibo y al Meta.

Todas estas infinitas diferencias imponen una fauna y una flora desemejantes que tiene el hombre que reconocer para dominar y beneficiar debidamente; imponen diversas actividades industriales, diversa psicología individual, diversa constitución de la familia y de la sociedad toda, como ha ocurrido entre nosotros, según os lo diré más luégo.

En el esfuerzo de orientación industrial por que atraviesa la república ya he visto no pocas tentativas para esclarecer estos conocimientos fundamentales: estudios geológicos, estudios mineralógicos, floras y faunas regionales, geografía médica de apartadas soledades, incógnitas enantes. Tal como si la nación despertase a la consciencia * de sus propios destinos. Mas he llegado a pensar con ingrata vacilación en si lo mucho malo que hemos hecho no afecta ya nuestra novísima reacción.Tal vez un remedo de la incuria castellana nos hizo ser destructores del árbol,y hoy muchas regiones de Antioquia, Boyacá y Tolima son eriales resecados por la inmisericordia del sol sobre el suelo desnudo y la erosión rápida del humus que producen las lluvias torrenciales en las colinas y quebradas. El antioqueño, sobre todo, desmanteló sus serranías y esterilizó más aún sus plantíos, de suyo ingratos en dilatadas regiones; y quemó y requemó el poco suelo vegetal que la acción de los siglos acumulara en las laderas; no supo del arado fecundante, ni de la renovación de los cultivos, ni del riego previsor, ni del abono químico. Las colinas de Tunja, de Chocontá, y estos cerros que demoran al oriente de nosotros, son, también, otra prueba dolorosa de la incuria y de la ignorancia del colono que en ellas plantó sus tiendas. Las llanuras del Tolima, las que riegan el Coe-

---

*—Empleo la ortografía (grafía solamente debiérase decir) "consciencia" para la función intelectiva, de acuerdo con sus derivados consciente, etc.; y conciencia para facultar discriminativa de la moral, sin otras razones que las de claridad y buena lógica.

llo, el Chipalo, el Alvarado y el Gualí, sobre todo, hermosísimas planicies de centenares de kilómetros cuadrados, dejan a veces morir de sed los pocos ganados que sustentan en sus pajonales infecundos, mientras sus dueños duermen el letargo de una inconsciencia y de una avaricia centenarias.

La industria del platino se perdió para los colombianos quizá por un defecto de legislación; el petróleo dio a la República, según cálculos que he podido vislumbrar, menos de quinientos mil pesos, a trueco de más de cuarenta millones que hoy valen en el mercado de Nueva York las opciones obtenidas ya; el oro mismo que vistió a nuestros antepasados con sus mil millones de producción durante la Colonia y la República, decae en unas regiones y en otras pasa a compañías extranjeras. El día en que una institución bancaria poderosa quiera desposeernos de los beneficios del café o que el Gobierno americano quiera cohibir a nuestra humildosa diplomacia, estaremos a las puertas del hambre. El caso de nuestras minas de esmeraldas no garantiza ciertamente la capacidad de los gobiernos colombianos para el manejo de la hacienda pública.

Este lado sombrío que el sociólogo debe tener muy en la cuenta, se alivia en gran modo con el surgimiento de nuevas industrias y campos de acción: el lento empalme de nuestras ferrovías fecundará el comercio de la agricultura, del carbón y el hierro; la siembra de algodón y el mejor cultivo de los ganados descargará mucho,en verdad,el pesado fardo de las importaciones. La colonización del Quindío, del Sinú, de la Sierra Nevada, de las cabeceras del Caquetá, etc., aliviará grandes porciones de nuestra población rural y creará centros de prodigiosas industrias.

Mas para ello se requiere una visión muy clara del momento. Estamos en la encrucijada precisa de donde parten dos caminos: el de la servidumbre a un extranjero audaz que llama a nuestras puertas, y el de una prosperidad realmente nuéstra y realmente para nosotros. Yo os presento este confuso hacinamiento de datos para que veais cómo un solo factor del problema que estudiamos y discutimos se resuelve en miles de problemas que reclaman un caudal enorme de ciencia y de sagacidad.

***

En tan vasto territorio y tan variados climas vegetan no menos variados grupos de población: blancos, indios y mestizos en esta Cordillera oriental; mulatos,blancos y negros en la Central y en la Occidental, con pequeños grupos aborígenes, así como en los litorales y hoyas hidrográficas de nuestros grandes ríos, aunque más cargados de color ciertamente. Pero los troncos étnicos de aquellos grupos no son uniformes a su vez: Antioquia y Bogotá recibieron inmigración ibérica de diferentes regiones de España: fueron allá pobladores del norte de la Península, sobre todo vascos, que quizá alcanzaron a suministrar un treinta por ciento de los conquistadores y colonizadores; vinieron acá andaluces y castellanos, como a Popayán y Santander Cartagena y Santa Marta, etc. La misma cepa andaluza, la más numerosa de cierto, modificóse en las diferentes regiones colombianas, tanto en su fisonomía, como en la psicología y aun en el acento. En solo el antiguo Departamento de Santander, tenemos dos aspectos sociales y dos acentos muy diferentes entre sí, como son la región nórdica y la parte sur. El pueblo en general tiene ahí características propias: el valor en sus modalidades civil, personal y militar, su inconformidad política, su altivez y laboriosidad, su estructura anatómica; y tiene cualidades que le son comunes con el antioqueño de un lado, con el costeño de otro y con el boyacense de más acá. Dos grupos tan semejantes en su origen como el bogotano y el payanés tornáronse diversos en la historia, que vinieron en predominar aquí ciertos vicios y virtudes andaluzas, el chiste, la vivacidad, la suave ironía y el escepticismo benévolo, con la hospitalidad y la generosidad exaltada, mientras que allá creció no sé qué hidalguía arrogante y muy castellana, con su amor por la nobleza y la cultura clásica, su austeridad y algo de incuria y dejadez. En Antioquia la raza ha evolucionado hasta la más profunda divergencia social y política con el resto de la República.La familia y el Gobierno son formaciones suyas muy especiales y dignas de un estudio aparte, lo mismo que el carácter individual de sus pobladores. Tienen una fisonomía angulosa, plegada y recia, severa y varonil, sobre una contextura general alta, fuerte, nervuda y un poco pesada en el andar,

Las otras cepas de la raza son también muy desemejantes: La aborigen fue Chibcha, Quillacinga y Caribe, como troncos más importantes y diferenciados; Guanes, Pauches, Pantágora, Yalcones, Quimbayas, Catíos, Nutabes y Taironas, como naciones principales, de muy diversa índole fisiológica y social. Entre ellas hubo una escala de civilización que va desde el salvaje desnudo de las Llanuras orientales y del Litoral,como lo fueron los Guaypíes,antropófagos del Llano, hasta el semicivilizado habitante de las altas mesetas, poseedor de industrias, de gobierno estable y aun de nociones científicas y morales relativamente avanzadas. Tradiciones hay que indican el comercio entre algunas de estas naciones y las más cultas de la región peruana, con influencia de misioneros civilizadores que sembraron principios provechosos de moral, de religión y de industrias, dignas de encomio por ser de tan apartadas épocas. A su vez las razas aborígenes diferenciábanse en gran manera en la estatura y color, en el valor y el carácter, que las hubo muy oscuras entre los Caribes, blancos casi entre colombianos de la región oriental, la tribu de los Guanes,por ejemplo; pequeñas de porte algunas,como la muisca, y otras bien desarrolladas, como las que aún subsisten en las vertientes y llanos que dan hacia el Orinoco,y la alta y fornida nación de los Taironas del bajo Magdalena. Tampoco parece que los esclavos negros tuviesen un mismo origen, y ya hoy sabemos algo del maremagnum étnico africano que en ello nos confirma.

¿Cómo, pues, tomar en conjunto el problema de nuestra raza, si tántas hay y tan variadas, y en tan variada proporción entremezcladas y reunidas? ¿Cómo considerar nuestros problemas ecuación de primer grado, si esta multiplicidad de razas y de mestizos se asocian y vegetan en aquella confusa profusión de climas que anoté antes? Milagro fue y sigue siendo que Colombia se constituyese en república unitaria y que viva hoy en paz. La anarquía debió de ser la resultante de tánta hetereogeneidad en su naturaleza y población.

Ensayemos,sin embargo,estudiar algunos aspectos de esta lucha compleja entre la sangre y la zona. Para una descripción sumaria consideremos los climas divididos meramente en dos categorías: de tres mil a mil quinientos

metros de altura, y de mil quinientos hasta el nivel del mar. La primera porción ha sido el refugio de la sangre española en las dos cordilleras oriental y central de nuestros Andes. En esas alturas ha podido vegetar con gran provecho en Cundinamarca, Boyacá y Santander de una parte, en Antioquia y Caldas del otro lado del Magdalena, y en Nariño hacia el Sur. Las poblaciones blancas situadas más abajo de estos niveles han sufrido grave merma, y unas han degenerado, otras emigrado en lento éxodo de familias, y no pocas estancaron el crecimiento de su población. La ciudad de Antioquia es un ejemplo para aquel Departamento, Popayán lo es para el Cauca; Mompós y Santa Marta para la Costa; Neiva, Purificación y Mariquita para la llanura tolimense, aunque en algunas de estas ciudades otros factores a ello hayan contribuído. Y no se comporta por modo igual el clima en las diversas localidades: La antigua Provincia de oriente en Antioquia, con el Retiro, Marinilla, Ríonegro, etc., ha sido la matriz fecunda de la raza que pobló el Departamento de Caldas y por derivación subsiguiente la célebre hoya del Quindío, mientras que Bogotá recibe incesantemente una privilegiada inmigración de buena sangre y de riqueza, sin que el crecimiento de población de esta ciudad resista el paralelo con el de aquellas regiones. Es pues innegable que la Cordillera central, más estéril en partes y más aislada también, mantiene, sin embargo, su población en mejores condiciones. Pueblos de cinco mil habitantes conozco allá que darían un escuadrón de cien hombres sanos, de uno con ochenta de estatura, en buena proporción con el perímetro torácico. De entre esas breñas y pegujales ve el viajero surgir fornidos peones que atesoran sangre exuberante para sí y las generaciones futuras, y en cuyas miradas bulle un potencial de energías que el tiempo va devorando sin aplicación eficaz las más de las veces. Sobre sus mulos avispados, que son su gran cariño,y cuán justamente,si les vemos ágiles trepar por escarpadas lomas, fino el casco, avisado el ojo y enhiesta la nerviosa oreja; o al pie del buey parsimonioso que paso a paso conduce la pesada carga de mercaderías de uno a otro pueblo, de uno a otro campo, lento, silencioso, con su marcha igual, paciente, incansable, como una fuerza muda

de la naturaleza, va el antioqueño con su sombrero grande a la pedrada, que tal significa remangada el ala delantera sobre la copa por dejar libre la frente y avizores los ojos inquietos, cercados de arqueadas y abundosas cejas, doblado el pantalón a media pierna y desnudos los pies o apenas protegidos por abarcas, al hombro la ruana blanca o la alargada "camiseta", que es una toalla de colores, va, digo, el arriero antioqueño soñando los sueños de su raza, el mejoramiento de su persona o el engrandecimiento futuro de su prole.

Es la diferencia de clima y la diferencia de sangre también. Porque en esta misma altiplanicie oriental tenemos población que se aparta en estatura de sus vecinos muy grandemente, como es el caso de Tabio, Subachoque y Tenjo, para la Sabana, y de algunas poblaciones de Santander. Tal vez en Tabio, según alcanzo a vislumbrar, hubo sangre sajona en los tiempos coloniales, que modificó la sangre aborigen, y que aun hoy se descubre en sus caracteres fisonómicos y elevada estatura. El medio físico los modifica a su vez, y así que parece que están sujetos a la lepra en notable proporción, y que el bocio de la modalidad hiperfuncional o de ese funcionamiento irregular que se llama en medicina distiroidismo, afectan esa población indo-sajona, tanto como a la indígena pura y a sus mestizos de español que a su rededor y en su compañía viven.

De las razas de esta altiplanicie, la fundamental aborigen tiende a desaparecer. Del millón de indígenas que en ella había al tiempo de la conquista quedaban menos de trescientos mil al constituírse la República. Por el año de sesenta eran seiscientos mil, pero por influencia de sangre blanca, es decir ya mestizados. Hoy no pueden considerarse en esa cifra los de sangre india más o menos pura. Luego se estanca su crecimiento. El contacto de la raza blanca los va destruyendo de modo inexorable, ya por la miseria en que los hunde, ya por el predominio de su sangre en la mestización, lo cual biológicamente significa destrucción también.

Y sin embargo, tomada en su población rural, puede decirse que esta altiplanicie tiene su tipo de adaptación ya definido: seres de baja estatura y ancho perímetro to-

rácico que compensa las condiciones de la altura. En el examen de conscriptos que verifiqué durante varios años pude darme cuenta muy aproximada de esta raza aborigen ligeramente teñida de español. Con gran frecuencia tuve que rechazar individuos por deficiencia de estatura: menos de un metro con cincuenta y cinco centímetros es extraordinariamente frecuente. Mas comprendí muy pronto que esto era un error. Esos hombrecitos de uno con cincuenta tenían, sin embargo, una resistencia a la fatiga poco común: el desarrollo pulmonar les permitía esfuerzos en la ríspida cumbre de nuestros páramos; bajo la disciplina cuartelaria se fortalecían muy luégo y formábanse recia musculatura. Su inteligencia escasa se compensaba en mucho con su paciencia y sumisión para formar ese espécimen de soldado indígena insuperable en nuestras guerras y sostén peligroso de múltiples aberraciones, especial del fanatismo. Su fisonomía, aunque a las veces, sobre todo en los mestizos, da graciosas caras a niños y adolescentes, es de suyo fea, por su frente estrecha, pómulos salientes, ojo oblicuo amortiguado, boca de comisuras hacia abajo, sin voluntad definida ni expresión notable. Ni elegancia tiene tampoco su contextura general, como que es rechoncho el cuerpo y muy presto inclinado a la obesidad con los años o el vivir sedentario de las ciudades.

La raza blanca y sus aproximaciones mestizas están sujetas en esta altiplanicie bogotana a graves causas de deterioro y decadencia, sin que yo pueda decir que haya una estricta degeneración. La mala calidad de las aguas, la leche y las legumbres la sujetan a todas las variedades del tifo conocidas, que la diezman con tenacidad desoladora. La mugre, la aglomeración y la miseria alimenticia la sujetan también a la tuberculosis, a la disentería, a la viruela y no pocas más endemias letales. Educación y dinero corrigen esto, es verdad, pero mientras el dinero y la educación nos llegan iremos muy abajo en fisiología. No han parado mientes nuestros higienistas en un solo factor de debilitamiento: la toxi-infección reumática. Todas las otras endemias y epidemias juntas no son la mitad de ella como causa de mortalidad y degeneración en estas altitudes de la Cordillera oriental. El reumatismo ataca las

coyunturas, los músculos, las arterias, el corazón, los riñones, las glándulas de secreción interna, sobre todo el cuerpo tiroides, y por último el cerebro. Aquí somos viejos antes de los sesenta años por causa del reumatismo, somos neurasténicos, cardíacos, nefríticos y arterioesclcróticos en mucha parte a causa de él también. Los médicos hemos consagrado a este respecto algunas ideas que quizá convenga corregir ahora. No hay en Bogotá quien no se crea artrítico, y a mí me pregunta hasta la fámula más humilde, con un decoro de expresión que desespera: Doctor, ¿yo no tendré la tara artrítica? No, señores: no hay tara en castellano, sino es una repugnante enfermedad del Asia Menor; ni en ciencia médica hay ya artritismo. Intoxicaciones, anafilaxis, deficiencias glandulares y, sobre todo, reumatismo, hay; y no de microbio desconocido sino de cualquier microbio, intoxicación, lacra y mugre de nuestro cuerpo: dentadura mal cuidada, amigdalitis y sinusitis, colitis y dispepsias, sífilis, blenorragia, gripe, disenteria, tuberculosis, etc., etc. La alimentación por exceso y por defecto, el poco baño y ejercicio, el licor y el tabaco, todo contribuye a exaltar esta patología reumática que nos destruye por socavación paulatina. La tensión arterial sube con frecuencia antes de la edad que de su aumento se cree correlativa, el hígado padece la intoxicación constante que más luégo le torna deficiente, el riñón se endurece y se fatiga a su vez; el sistema nervioso tórnase irritable y apoca la capacidad memorativa, la voluntad y el juicio. Surgen la pereza de acción y el abuso del chiste, que cuando es malévolo indica irritabilidad y cuando es, como entre nosotros, replica en juego de palabras, pura desidia mental parece, que desahoga en un artificio de imaginación el excitante que solicita al razonamiento. Mas se ejerce sobre todo en el cuerpo tiroides, según mi observación personal de varios años, una de las más graves consecuencias de las intoxicaciones a que estamos sometidos por nuestra propia incuria e ignorancia. El hipertiroidismo—exceso de secreción de esta glándula—y el distiroidismo—su funcionamiento perturbado—son muy frecuentes en la población de esta altiplanicie. Causan una inferioridad orgánica general, especialmente agitan el corazón hasta fatigarlo y el sistema nervioso hasta hacer-

lo disparatar. De su influjo creo yo que proviene la frecuencia del pulso anotada por algún eminente observador nuéstro, pues en personas de corazón y de arterias y de cuerpo tiroides normales no he visto que las pulsaciones pasen de 80 por minuto. También estos factores influyen sobre la tensión arterial, cuyo medio no me parece ser de 90, pues yo encuentro las normales máximas entre 110 y 130, como en el Exterior, y las mínimas entre 60 y 90 con promedio hacia 80, lo cual es normal también en las zonas templadas. Este factor patogenético y las dispepsias—que por otros caminos se le hermanan y asocian—produce con frecuencia el síndromo llamado neurastenia, que con el chocante recorte de neura se conoce ahora entre nosotros, y quién sabe si acompañado de otras deficiencias glandulares produce también la nombrada psicastenia y la misteriosa y frecuente demencia precoz.

Todas estas causas de perturbación y debilitamiento obran lentamente sobre la población y aumentan el número de insuficiencias glandulares, crecido ya a mi modo de ver, sobre todo del ovario y de la glándula tiroides, del hígado y del páncreas; y conducentes a la degeneración, ellas sí, y propicias a las perturbaciones mentales que me parecen progresar hoy día. Muchas de las llamadas neurastenias por el público, y aun por los profesionales de la medicina, son psicosis atenuadas, como hipomanías, demencias precoces y ciclotimias muy discretas. Oportunidad he tenido yo de comprobar la frecuencia de lo que Janet llamó psicastenia, admitida luégo como entidad aparte en la nosología de otros países, y que yo diría, con los expositores alemanes, ser una predemencia precoz o, si se me admite el término, una hipo-demencia precoz, cuando se trata de formas graves; que los ligeros "tics" y otras irregularidades nerviosas, meras desviaciones son y no patología definible. Me sorprende sí que no haya entre nosotros mayor número de epilepsia. Porque la hay, y mucha, más si en Norte América existe un epiléptico por cada cuatrocientos habitantes, por cada ciento debiera existir uno en Bogotá, con esta influencia de los licores que nos asiste y desampara, y este descuido de la higiene.

Sin avanzar más en este estudio, que no puede ser, ni mucho menos, un curso general de patología, diré lo que

digo y es que la miseria, como aglomeración, mugre, deficiencia alimenticia y alcohol frecuente y malo, de una parte; y la poca educación higienista y moral, vician de debilidad y pueden llevar a la degeneración a este pueblo de la Cordillera andina oriental, en el nivel de ella más propicio a la raza que vamos considerando. Debo, sin embargo, también reconocer que la defensa se ha iniciado en la mayor consideración de la higiene, en los progresos de la dentistería, cuidado de la garganta, frecuencia del baño general y aumento muy apreciable de los deportes al aire libre, amén de todo un espíritu público. de precaución ejemplar y apostolado que actúa desde hace unos pocos años.

***

La parte intelectual me merece un mejor concepto. Somos un pueblo bien dotado en este sentido y aun pudiera decir muy bien dotado. Mis estudios se refieren sobre todo a Bogotá como experimentación, pero creo poder hacerlo extensivo a otros lugares de la República después de una observación prudente. La psicología de la raza aborigen fue determinada por sus condiciones de larga sumisión y padecimientos dentro de una índole peculiar suya. Recuerdo haber hecho el estudio paralelo de dos individuos de un mismo nivel social, cultural y económico, y encontrado la confirmación de algunos datos diferenciales que en otras circunstancias había previsto. El indígena presentó un exceso de malicia defensiva, el latino un exceso de imaginación, un poco incongruente. Las capacidades mentales del indígena eran más bajas, pero más armónicas con respecto a su propio nivel; el blanco presentaba altibajos desconcertantes. La moral del indio era utilitarista, de base económica; la moral del latino tenía arranques de ambición y romanticismo. La voluntad del indio dejaba entrever alguna tenacidad, la del blanco se me hacía desigual y convulsa. Dominaba mejor sus emociones y ocultaba más su pensamiento el indio, dejábase arrebatar el blanco y perdía con frecuencia el contralor de las consecuencias lejanas. Más afectivo y cariñoso hízoseme éste, laxos pareciéronme los sentimientos familiares del primero, y cruel por insensibilidad a veces. Dentro de un concepto social el uno pudiera dar la energía primera y

el otro continuar la acción. Dentro de un concepto político el aprovechamiento de estas dos fuerzas es sobre manera diferente. En las clases cultivadas perduran las direcciones fundamentales de estas dos psicologías. El indio ofrecerá mejores disposiciones para la agricultura, la milicia, la política y la abogacía; y será el blanco más generoso e industrial, más ambicioso y revolucionario. Irá éste a los delitos de sangre y de amor; faltará el otro a su palabra y al respeto debido a la propiedad ajena.

Los niveles intelectuales máximos a que llegan uno y otro son difíciles de determinar sin una más larga experimentación; pero desde ahora puedo dar alguna idea al respecto.

El desarrollo intelectual del niño colombiano seguido en sus bases de actividad común, la escuela primaria, el colegio y la universidad, se verifica bien y resiste comparación con el niño norteamericano. El paralelo no se puede llevar a un término riguroso, porque las dificultades económicas de la raza indígena no permiten la cultura mental sino hasta cierto límite.

Mis materiales de experimentación fueron el texto y las pruebas de Yerbes-Bridges-Hardwick, el texto y las pruebas de Terman,y unos cuadros de mi propia iniciativa para obtener una adaptación más rigurosa al medio psíquico colombiano. Mediante estas condiciones pude establecer que el desarrollo mental de nuestros niños sigue la gráfica correspondiente a la edad y a los conocimientos que se les suministran.Puedo, pues, decir que nuestro pueblo es normal en ese sentido. Ahora bien, la escuela primaria sólo le suministra conocimientos irregulares, que se detienen en un nivel relativamente bajo con respecto de lo que enseña la "Grammar School" americana; el medio familiar es también deficiente, el medio social tampoco es de grande estímulo. De ahí que el desarrollo y cultivo de nuestros párvulos de la clase pobre alcancen un nivel que no me satisface como preparación para la vida ciudadana, y menos aún para la vida de una democracia como la nuéstra. Quiero dejar sentado que el defecto resultante, aquí en estas altitudes, porque no trato ahora ni de Antioquia, ni de otras regiones de la República, es, hasta cierto nivel, educativo. La confirmación es sencillísima

de presentar, aunque requiera largo tiempo para su investigación. He examinado al rapazuelo bogotano con una detención prolija. Como vosotros sabéis, presenta una vivacidad extraordinaria en su niñez y aparece luégo un poco pesado y aturdido en la edad adulta. De esta observación somera han creído poder sacar algunos la consecuencia, muy grave, de un retroceso homocrónico por acción perturbadora hereditaria. Felizmente no es así. El rapazuelo llega bajo el aguijón de infinitas necesidades al atrio de San Francisco, por ejemplo. Ve con ojos dilatados la lucha por el centavo que ahí empeñan voceadores de periódicos y limpiabotas. Los ve desayunarse, almorzar y comer y dormir luégo, con cierta holgura y mucha libertad. Aquello es una Arcadia para su estómago vacío y sus carnes desnudas. Se inicia tímidamente en conversación y trata de asociarse, con la vaga orientación de su instinto. Encuentra algún padrino entre el grupo de chicuelos y quiere ya emprender carrera. Pero, ¿qué acontece? La sentimentalidad de sus nuevos compañeros es muy rudimentaria y vecina de la inmisericordia en ciertos pormenores. Lo toman, pues, y lo ajetrean, mantean, engañan, golpean y humillan por tal modo y manera que el niño tiene que precipitar el desarrollo de sus capacidades defensivas, madurar su previsión y malicia, aguzar su industria, hombrearse con una situación de lucha a muerte; y a poco más le tenéis hecho un diablillo sagaz, audaz y activo. Analizado mentalmente no es un genio, como creíamos antes: es un malicioso para la lucha y un erudito en argucias y pecados que son impropios de su edad.

Se nivela con mozalbetes de doce y de catorce años, pero esa nivelación es sólo moral e industrial, y de ahí que aparezca como geniecillo precoz, siendo sólo chicuelo pervertido las más de las veces. En mis estudios observé que hacia esa edad de la adolescencia se estanca el desarrollo de sus conocimientos, y que luégo, hasta los veinticinco años, son todos ellos más o menos semejantes, si no es la natural madurez del juicio que crea la edad a causa del mayor empleo y ejercicio de las facultades mentales. Es también el nivel alcanzado en la escuela pública en los dos o tres años que a ella asisten sus compañeros de más holgura familiar. Es, pues, un nivel uniforme de la clase

inferior. En él hallé detenidos a los obreros y sirvientes, a los campesinos y gentes de poca ambición y mentalidad. Y como es un nivel precario para la edad adulta, tenéis que el geniecillo travieso de diez años de edad que visteis antes es, luégo, un mozo de veinticinco, retardado y bastante incapaz. Para daros una idea de estos niveles me serviré de mis cuadros de experimentación con relación a la medida de los conocimientos adquiridos. De cien vocablos de una cuidadosísima selección, que van desde el conocimiento rudimentario hasta la alta especulación científica, y aun lo exótico, los bachilleres bien preparados alcanzan a 70 por 100 de definiciones; los profesionales, médicos, abogados, ingenieros y periodistas eruditos, pasan de ochenta un poco; las eminencias nacionales, los hombres que tienen una fama internacional o que pudieran adquirirla con el ejercicio de sus facultades en la línea de su vocación, llegan a 90 por 100. La línea media corresponde a gentes de buena sociedad sin preparación científica ni literaria, corresponde a las mujeres, sobre todo. Pues bien, en estos cuadros el nivel alcanzado por el mozabelte de nuestro pueblo bajo es, como el de labriegos, sirvientes, obreros, etc., de treinta a cuarenta, término medio, treinta y cinco; el de los obreros más aventajados, que son maestros de obra y artesanos de holgura relativa, es de cuarenta y cinco. De ahí se desprenden dos cosas: que el nivel adquirido es muy bajo, y que es la educación la que tiene a su cargo dicha deficiencia. ¿Hasta qué límite? No me es posible afirmarlo aún para cada uno de los grupos étnicos que forman nuestra sociedad, y ni siquiera para el término medio. Parecióme, sin embargo, que la raza india quédase un poco por debajo de la blanca en colegios y universidades, y que son excepción más bien aquellos ejemplares de indio que han culminado en la ciencia colombiana, porque sí los ha habido, y los hay, excelsos dentro de nuestras relatividades. En escala más frecuente es como el caso de los hombres de color prestantes en nuestra historia nacional, y de los que de ellos hoy mismo sobresalen en las varias esferas de la sociedad y del trabajo.

Aquella influencia educativa apareció con caracteres luminosos en mi estudio de los diferentes planteles de

educación de esta capital. Los buenos diéronme una gráfica ascendente en armonía con las edades y cursos que les corresponden, hasta un nivel que me llenó de regocijo. La morralla se dejaba conocer en el desorden de la resultante y en el mediocre nivel máximo. Ahí hallé preciosas unidades asfixiadas en el torniquete de los sistemas viciados, y aun, porque lo hay, del doloso ejercicio de este alto magisterio. Ningún informe suministré, ni suministraré quizá, al Ministerio de Instrucción Pública, porque una intensa y dolorosa experiencia de diez años me enseñó que con ello no haría más que incomodar y amedrentar tal vez al patriotismo de los eximios varones que con frecuencia se sientan en aquel envidiable retiro de nuestro esbelto Capitolio nacional.

Aquel treinta y cinco por ciento, término medio de erudición de nuestras clases humildes, corresponde a la experiencia de un niño de diez años de edad, y por lo tanto es insuficiente para las luchas por la vida. Quedan prácticamente desamparadas si les ocurre medirse con una clase o raza superior, y en ello estriba a mi modo de ver su mayor peligro de ruina. La naturaleza compensadora los dota—como a todo sér débil—de ciertos atributos de desconfianza y de malicia que en algo las preserva, pero que a su vez les estorba para la amplitud del comercio y el ejercicio de elevadas aspiraciones.

El lenguaje en que se expresan estos seres humildes es otra revelación de su penuria mental. Se compone de un vocabulario muy pobre, literalmente empedrado de interjecciones, que les sirven para suplir a la capacidad de comunicar su emoción y como de descanso mental cuando no hallan la palabra que necesitan. Ese vocabulario tiene una fonética perturbada, una sintaxis inverosímil y una cantidad de errores generales que hacen a veces difícil descubrir el significado justo. Las clases altas participan a su manera de estos defectos, y podemos lamentar como errores graves, la conjugación entreverada y antiestética, en que falta la concordancia entre verbos y pronombres, el empleo de unos tiempos por otros, como el copretérito por el pospretérito, de usanza clásica es verdad, pero incorrecto é ilógico; el predominio del presente sobre el futuro en casos en que éste resultaría más

bello y más apropiado; el uso del indicativo por el subjuntivo, también de buena casta española, pero no menos viciado e inconveniente; la incongruencia de los adjetivos empleados; la pobreza de precisión general y de matices, etc. Y no se crea que es ignorancia de nuestros Ministros de Instrucción Pública, porque de esa Cartera han estado encargados la mayor parte de los miembros de número de la Academia nacional de la Lengua, muchos de los cuales adquirieron merecida fama por sus comentarios del "que" galicado y de otros importantes capítulos gramaticales, cuya crítica, es verdad, agotaron ya en sus respectivas épocas don Andrés Bello y don Rufino J. Cuervo, de dilecta recordación.

Pero, ¿a qué viene el que yo éntre en materia al parecer tan alejada de mis propósitos? No la creáis descoyuntada o dislocada del objetivo que me estimula y conduce. Antes bien parad mientes en lo mucho que las naciones más avanzadas cuidan de su idioma, como exponente cultural, como continente del espíritu de sus razas y de la modalidad nacional que las informa, diferencia y guía, y como vehículo inapreciable de sus propias ideas, carácter y sentimientos.

En la lengua se informan ideas vagarosas y sutiles, embriones no más o gemas vernales, en que los pueblos van cuajando su progreso espiritual y su evolución histórica; en ella viven delicadas emociones imprecisas que suben a nosotros de raigambres étnicas remotas, y viven con ella su perdurable emoción los paisajes patrios y las ensoñaciones primeras de la vida. De ellas, en suma y fin, cobran tibieza acariciante y suave luz las membranzas del hogar y del amor, con sentido que no se expresa, sino se enmarca dentro del ritmo quizás o de enmarañadas asociaciones de inefable simpatía. La lengua madre tiene significados que intuitivamente se reconocen, aun en la ignorancia de los valores lexicológicos precisos, quizá por sugestión vaga de los fonemas en sí, por la cadencia de expresión con que se modulan y por asociaciones de similitud verbal cuasi inconscientes. De donde quizá provenga en parte la mayor capacidad comprensiva de los pueblos que entre nosotros tienen más puro su origen hispano

y la notable deficiencia de expresión y aun de comprensión de los que traen casi solo el caudal de sangre indígena. Y no por esto meramente debemos cuidar de nuestro idioma. Por menores defectos de pronunciación que dañan a la uniformidad nacional se afanan los Ministros de Instrucción Pública de países como Estados Unidos, hasta el punto de dedicar a su corrección extensas circulares y campañas de enmienda. Si nosotros hemos ya perdido preciosos fonemas castellanos como la c, la v y la z; si no hemos aclimatado la sc y desterramos el h aspirada y estamos en peligro de abandonar la x, debemos detener al menos otras mayores perturbaciones. En Antioquia y algunas otras partes desapareció la ll tan graciosa y aristocrática; ahí mismo toma la s un sonido palatino posterior que ahueca la pronunciación, dándole tonalidad de voz envejecida. En la Costa se hizo gutural cuando se antepone a las consonantes y da un sonido de j, muy plebeyo y confuso. También ahí la pronunciación explosiva de las sílabas acentuadas eliminó el suave sonido de la d final. En esta Altiplanicie tienden a confundirse la ch., la rr, la d y la t licuante, produciendo graves confusiones, como entre treinta y ochenta; y dicen adlántico, dres, por atlántico y tres, más sonoros y precisos. La i se ha abierto un poco y toma el sonido similar inglés, como en "it", haciendo de Víctor, por ejemplo, "Véctor". La corrección de estos defectos no es imposible en la escuela primaria, y con ello algo atenuaríamos el complicado problema de los acentos regionales, en que esos mismos elementos se combinan con un ritmo peculiar, acentuación diferente de la frase, para producir grandes diferencias y ahondar las separaciones entre unas y otras partes de la República. El modo explosivo de la Costa que da al acento principal de la frase un tono recortado, fuerte y breve; el antioqueño que ese mismo acento prolonga, como alargándolo con déjo de intención; el tolimense que inicia el acento fuertemente y lo dilata luégo debilitándolo como una suave queja, ET SIC DE COETERIS. Pierden, creo yo, nuestros puristas del lenguaje precioso tiempo en corregir los barbarismos, que las más de las veces no resultan tales,o que si lo son,vienen oportunamente a fecundar la lengua, y descuidan lo que de ella es el alma y puridad, su

conjugación y concordancia, su fonética peculiar, la riqueza portentosa de sus regímenes verbales y la precisión en el empleo de los adjetivos, adverbios y conjunciones que la espiritualizan tánto y ennoblecen.

Porque el alma de las razas está en su lengua. Si recuerdo que una vez decía muy ufano de sí y poco consecuente con la antítesis que él mismo planteaba, un simpático negro de mis montañas, muy culto en verdad y muy ladino: "Nosotros los representantes de la raza latina"... Y primero que asomase a mis labios la burla, pensé que era verdad. Leía él en propia lengua original los cármenes horacianos y el castigado decir de Cicerón; leía también en la fabla jónica las epopeyas de la amada Hélade, y del dulzor castizo de la literatura cervantina tenía su palabra un arcaico déjo y sabor. La cálida elación emotiva de nuestra vieja raza rebrillaba en sus ojos al relampaguear de los vocablos castellanos, arrogantemente henchidos de vocales sonoras; siseaba en sus labios la s amorosa de los síes, ondulaba en los períodos bonancibles la suave lenidad femenil de la d de la v y de la f, repercutía el sonoro rebato de las erres al reclamo de las emociones fervientes,y tremaba, a su vez,la t licuante que subyuga y enaltece las eres y las eles cuando encarna el trémolo de la ira o la leda palpitación de las caricias labiales.

***

La análisis psicológica anterior apenas comprende la parte cuantitativa de nuestras facultades mentales, y eso sólo en parte y sólo para una restringida porción del territorio nacional. ¿Cuáles son las condiciones cualitativas de esas mismas facultades? Mis estudios a este respecto adolescen de cierta indeterminación y tanteos. Por ajustarse a la índole de este sumario de las capacidades nacionales que estamos haciendo, anotaré dos o tres rasgos fundamentales solamente.

Así, diré que predominan entre nosotros las cualidades que requieren menos gasto espiritual y esfuerzo volitivo. Desde luego la imaginación, en sus grados inferiores de asociación verbal, los versificadores, los que juegan del vocablo o hacen "calembour" como hoy dicen, dos cualidades que saltan a la vista en el pueblo bogotano y que hacen el buen éxito de nuestra chismografía local. El sen.

tido crítico por inclinación al escepticismo y al análisis disolvente, y, en contrario, muy poca capacidad para las síntesis complicadas. De ahí que nuestros gobernantes en lo civil y en lo eclesiástico no traten de medir el alcance de su conducta con relación al futuro y quieran apropiarse para sí y sus doctrinas, circunstancias favorables que de otras causas dependen, para grave daño de la República. Con esto se relaciona también, y muy íntimamente, una deplorable incuria, que es la de no saber escuchar, la de no saber atender: Porque siempre encuentra úno en la conversación ordinaria y en la discusión de ideas estar el interlocutor tan aferrado a su tesis y tan cerrado al criterio opuesto a ella, que materialmente no hay conversación o discusión, sino yuxtaposición de monólogos más o menos interesantes, pero que nunca, por lo mismo, conducen a un verdadero choque de ideas y solución de dificultades.

La manera misma de trabajar nosotros mentalmente sigue aquella volubilidad y rapidez de acción que caracteriza a los trabajadores románticos, como les llama Ostwald. Los más tenaces y ordenados como Caldas y Garavito, no pocas veces se preocuparon de muy variados problemas, con esa característica de curiosidad mental que también determina a nuestros hombres selectos.

***

¿Y qué decir con relación al desenvolvimiento histórico de estas facultades que a la ligera hemos considerado cuantitativa y cualitativamente? Mi opinión es que vamos ganando mucho, por estas dos razones: porque la cultura tiende a extenderse y arraigarse más día por día, y porque tiende a la especialización, a la mayor precisión y orden, a pesar de las varias condiciones impropicias y aun adversas a que vienen temporalmente sometidas. Por desgracia lo que alcanzamos en condiciones mentales lo perdemos en materia de carácter. El cumplimiento del deber, el mantenimiento de la palabra, la consecuencia entre el pensar y el obrar, entre el querer y sus determinaciones, han decaído un poco. El tipo catoniano histórico, semejante tradicional dél tipo patriarcal nuéstro, es más y más escaso hoy en el día. Increpo por modo principal a la acción disolvente de la civilización contemporánea, que con

sus teorías de relativismo científico y filosófico y con su afán de vivir, de lucrar, de gozar y de deslumbrar, va revaluando, si no invirtiendo, los valores morales.

***

Y ya que de moral hablo, querríais quizá saber cómo nos las habemos con esta importante materia. Desde el comienzo de este trabajo determiné de ir hasta el fin, y no habré de cejar aunque me abrume la tarea y a las veces me acongoje.

La más simpática de nuestras características morales es la generosidad. Desgraciadamente no es uniforme, pues en cuanto significa desprendimiento la tenemos en grado superlativo, que en parte alguna de la tierra se atiende con mejor decoro al huésped, y en ninguna ciertamente se obsequia más ni con mayor galantería y oportunidad. Paradoja será, pero he de deciros que por festejar a nuestros amigos luchamos victoriosamente contra el imposible. ¿En dónde visteis esa corriente incesante de flores, de lujosa plata y cristalería que cruza diariamente nuestras calles? Asímismo es generosa nuestra capacidad de perdón. Basta con que la miréis del lado político y social para entenderla muy grande, casi ilimitada. Mas no ocurre otro tanto en aquella manera gentilísima de la generosidad que atiende al buen concepto de nuestros semejantes. Todos vosotros habréis notado el apogeo del chisme social, de la murmuración clandestina y aun del decir maleante y corrosivo. Ni creo yo que esto sea una grave perversidad, sino mal empleo del ocio y del ingenio cuando no son solicitados por intereses sustantivos y aprovechables.

Hermana gemela de esta inclinación generosa es la simpatía y cultura sociales que tánto nos caracterizan y definen. Este dón especial y graciosísimo se refina tanto a las veces que adormece la autocrítica de nuestra propia personalidad y nos hace creer que quizá sí somos los ciudadanos eximios que en nosotros halla la deferencia halagadora de nuestros amigos y favorecedores. . .

Es un dón de simpatía. Pero la simpatía tiene dos aspectos fundamentales. Por pasiva es la posesión feliz de un continente agradable, de una expresión benévola, de un espíritu atractivo de asociación.Por activa es la virtud

de querer bien y de tratar suavemente a nuestros semejantes. Es ésta la fundamental en los valores sociales, como es aquélla la base del buen éxito en los destinos de la persona individual. Dos manifestaciones de ella son prestantes entre nosotros: la amabilidad de trato y el cariño. No me detengo en la primera porque es de vosotros asaz bien conocida. Mas sí os diré de la segunda que revela una consciencia de pueblo consistente, el amor, verdadero amor, con que nuestra sociedad estima en el fondo de su corazón a aquellos de sus hijos que la enaltecen y sirven con decoro. Por sus varones consulares de vida inmaculada y por algunos jóvenes de vivir apostólico que posee, ella daría su sangre en movimiento airado y defensivo. Ni la profunda revolución que está experimentando la familia en la civilización contemporánea ha tocado aún la cepa de nuestras preclaras estirpes, y en ellas es tánta la deferencia con que se miran y protegen,tal la cohesión defensiva de los afectos, que uno avizora con incierto malestar el influjo nuevo de los tiempos que se acercan a este relicario de más sencillas y generosas épocas. Desgraciadamente no todo es bondad en el complicado ambiente de nuestras sociedades. La raza aborigen, por lo duro del esfuerzo económico y la acerbidad de su cotidiano vivir, manifiesta poca cohesión en los lazos familiares y mucha crueldad, inconsciente a veces, en su mutuo trato. Es una dureza de espíritu que me parece ser insensibilidad, porque también se la mira en el trato que dan a sus acémilas y en la sevicia de sus delitos de sangre.

Otro dulce sentimiento que va desapareciendo del mundo contemporáneo encuentro también entre nosotros. Y es la amistad. La amistad en el noble concepto antiguo, perdurable, consistente, capaz de asumir una defensa y una protección desinteresadas.

Respecto del patriotismo hay alguna confusión o indefinición muy interesante. Desde luego el patriotismo está en relación con el grado de honor y de bienestar que la patria suministra y con el grado de aislamiento en que ese sentimeinto se cultive. El primer caso es el de los ingleses, el segundo se encuentra en los países montañosos, aislados y esquivos, la Suiza de Guillermo Tell, por ejemplo. Nuestra historia nacional ha sido un vía crucis im.

propicia al sosiego; nuestra vida económica otro vía crucis inconducente al bienestar. De ahí que nuestro patriotismo sea más de relumbrón que de verdad, así hoy como en memorables fechas de la historia patria. Algo muy grave en verdad os digo, mas estoy haciendo por mandato vuestro un examen de la cònciencia nacional. No queráis que ahonde, sin embargo, este soterrado vicio y teneos sí a la expectativa del futuro incierto. Otra cosa encuentro, esta lenitiva, y es nuetro amor a la democracia. Mis ojos han visto, con lágrimas de orgullo, congregarse las multitudes en nuestras calles al grito que les anunció una merma de sus derechos ciudadanos. Y las he visto bullir como lava encandecida ante la urna electoral que les promete mayores libertades y decorosa vida pública. Ciudad ninguna del continente americano fue, ni es, más democrática que la ciudad aquilina de don Gonzalo Jiménez de Quesada. Yo la he visto desde la lejanía de sus oteros estrecharse en apretados turbiones al rededor de la estatua vigilante de Bolívar, y he sentido el rumor de sus gritos, aquí sobre la apartada cumbre de estos Andes,como un eco de las democracias antiguas que hubiese guardado en el arcano de la naturaleza la palpitación augusta de su virtualidad inmarcesible.

Amor a la democracia y espíritu civilista: Hacia el año de 1909 la República se conmovió hondamente a causa de ver sustituídos sus cánones constitucionales por la voluntad veleidosa de los hombres que accidentalmente la regían. Dos ancianos de más de setenta años de edad entonces, asumieron la reivindicación del orden constitucional. Venía el uno de la tradición guerrera, y el otro encarnaba el espíritu parlamentario de Colombia. Al frente de la juventud universitaria que los aclamaba reverente y decidida, esos dos ancianos alzaban la mano temblorosa sobre las cabezas alborotadas de la juventud, y parecían en medio de la inmensa muchedumbre dos encinas simbólicas de la raza. Con ellos estaba la nación entera con la más grande unanimidad que en nuestras lides políticas se vio nunca. Ellos pudieron tomar para sí el Gobierno y recoger como lauro personal el clamor de las multitudes. Y no fue esto: Su voz emocionada, vibrante aún—quizá por vez postrera—con el hálito de las supre-

mas emociones de patria y libertad, se alzó serenamente y a la juventud, y a la República toda, y al futuro, señaló como norma indeclinable el derrotero constitucional, la libre voluntad de los pueblos, el sacrificio de las propias ambiciones ante la legalidad y el orden. Y esos dos ancianos que venían de los dos grandes opuestos partidos colombianos, entregaron al Congreso, pura y realzada, la tradición legalista de Colombia.

Y es justo reconocer que estas cualidades han sido adquiridas unas y depuradas otras en el decurso de nuestra vida independiente; y que son laudables también.

Pero, ahondando en busca del análisis armónico de nuestras cualidades, ¿pudiéramos preciarnos de tan aventajada posición en materia de honradez y de veracidad,por ejemplo? No dividamos la honradez sino en tres capítulos fundamentales: respecto de las ideas, respecto del dinero y respecto del amor. Con grave pena pienso que ahí sí estamos en derrota con relación al pasado. De la claudicación en materia de ideas políticas y religiosas se duelen ya entre nosotros hasta los más escépticos y despreocupados, hasta los apóstoles del nihilismo moral. Poca consistencia encuentra úno hoy día en los colombianos. Desde los tiempos en que el señor Núñez argumentó con datos de historia inglesa en favor de la volubilidad política y creó la escuela de los escépticos católicos,el principio ha sido exagerado hasta culminar en la bochornosa comedia de ideas que hubo en el Quinquenio.

Y del dinero no se diga: Dos exponentes de esta desolada situación os suministran las oficinas de la Policía nacional con sus 2,000 rateros anotados en tan discreta urbe, y la Dirección General de correos en que se reconoce oficialmente la inseguridad para todos los valores que le encomendéis.

Os recordaré también cuán poco honrados somos en el amor.Una vieja situación vandálica hizo que en el mundo mirásemos como hecho hazañoso y memorable el engañar a frágiles criaturas, de inteligencia infantil las más de las veces, y, entre nosotros, prácticamente desvalidas ante la ley. Cobrar de ellas el supremo néctar de la vida a trueque de engaño, de abandono y de baldón....

Mas éstas son tachas de la civilización general. La

miseria y la ambición, atributos de ella, disponen a las dos primeras claudicaciones morales, y la hiperestesia sensual de los tiempos a la última también.

Ni sé yo por qué tarda tánto la gestación de una nueva moralidad, por qué no se define aún y actúa sobre estos escombros de lo tradicional que va naufragando sobre el roto madero de una fe contrariada y pusilánime.

¿Qué mucho, pues, si también las cuatro grandes enfermedades sociales nos azotan, si la delincuencia, el alcoholismo, la lúes venérea * y la infección neisseriana han crecido a su vez y conturban el futuro de la raza? Felizmente el alcoholismo está tocado de muerte más o menos lejana, pero cierta, porque la consciencia nacional conoce ya sus peligros y se nota el cotidiano esfuerzo por atacarlo. Los hechos históricos tienen dos etapas, la de gestación, que es intelectual, y comprende el surgimiento de la idea y su difusión; y la actuación de la voluntad. La primera es la más larga y difícil, y es la que hemos realizado respecto del alcohol. La segunda vendrá en su momento económico preciso.

No así el grave problema de la delincuencia. En esta altiplanicie es sobre todo la ofensa a la propiedad la que predomina y quizá la delincuencia sexual la que le sigue en orden de frecuencia, aunque no aparezca registrada en estadística. Se aparta un poco de esto la región de Tensa, donde son frecuentes los golpes y heridas y aun confusos asesinatos en que la clásica lanza enastada en el bastón campesino hiere sin saberse la mano que la guía en el turbión de los grupos alcoholizados. Pero allá también predomina la delicuencia sexual y aun en grado más pecaminoso. Asimismo diferénciase el santandereano norteño, que como fronterizo que es y pasional, hiere y mata con escaso motivo y relativa gran frecuencia, a la manera de los antioqueños de las regiones mineras y selváticas de la periferia nórdica.Las más recientes estadísticas nos suministran el dato de ocurrir un 15.03 por 100 de hurto y robo

* Lúes es término más clásico, bello y significativo que sífilis: "Lúes venérea" vale tanto como decir "castigo de la venus". "Infección neiseriana" lo empleo por eufemismo de "blenorragia".

en Cundinamarca, contra 2.11 de homicidios, y 12.08 de heridas; y en Bogotá hasta en 19.58 de hurto y robo, contra 2.18 de homicidios y 6.98 de heridas, proporciones incompletas aún, es verdad, pero ya significativas.

Aquella doble modalidad de delincuencia contra la propiedad y el pudor es natural en una raza decaída o de suyo muy débil.

En realidad es lo que acontece a la indígena de estas altitudes. La personalidad entre ellos es de una endeblez y poquedad penosas: seres mal alimentados,quejumbrosos, humildes, mendicantes, sucios,muy escasos de pundonor y dotados de socarronería....Es la índole de los animales débiles recargada con la malicia humana. Y es el final de los pueblos que han venido a menos, el griego de la decadencia, por ejemplo. Es asímismo una situación desesperante, porque la reacción desde tan bajos niveles es lenta y difícil cuando se trata de todo un grupo social que ha formado espíritu y tradiciones. Felizmente en cada parte, aquí, en Tunja, Sogamoso, Chiquinquirá, Santa Rosa, San Gil, Bucaramanga, etc., existen núcleos de defensa social, meritísimas familias, nobles de sangre y de conducta, que como un fermento vital depurador mantiene el prestigio de la raza y la fe en el porvenir.

Otro grave vicio nuéstro es la inclinación a la mentira. Para mí tiene ella un valor fundamental, tanto en los individuos como en las sociedades, pues es un signo inequívoco de debilidad física y de perturbación moral, y es un pecado contra la estética del espíritu. La frecuencia y casi universalidad de la mentira entre nosotros, la inseguridad de la palabra empeñada, y aun de la palabra de honor y hasta del juramento, no sólo en el humilde destripaterrones, sino en eminencias de la vida política y social, conturba mi pensamiento. El que miente es un vencido, no en lucha franca, que esto ya no deshonra, sino dentro de su propio corazón amedrentado.

Y la delincuencia no tiene aún terapéutica apropiada entre nosotros. El Código penal existente lleva un siglo de retraso, y el proyecto que le reforma, tomado del Código de Zanardelli, va para medio siglo que pudo ser satisfactorio. La penología en el mundo civilizado está todavía en pañales, y vislumbres de orientación sólo ofrece. El psicó-

logo ve en ella lagunas insondables y derroteros más perturbadores que el mál mismo que intenta corregir. Ha sido generada conforme a postulados filosóficos, siendo como debe ser, ciencia experimental, hermanada con la criminología. Entre nosotros esta última rama de las ciencias sociales no se orienta aún hacia la investigación causal, sino en leve modo, circunstancial y aislado.

De las formas de la delincuencia hay una extraordinariamente importante en el estudio de las sociedades, y es la delincuencia sexual. Al rededor de este tema existe un cúmulo de errores tradicionales. Esta delincuencia sexual comprende tres partes, excepción hecha de las desviaciones patológicas que la acompañan: El ejercicio remunerado de la función por aquellas personas que tan maravillosamente definió Felipe II: "Las que pecan con su cuerpo y ganan con ello". Son las mozas del partido y las damiselas de ramo en puerta; 2.o las que pecan por sólo la retribución sensual; y 3o las infieles. La psicología y la sociología de la prostitución son muy complejas. En estudios experimentales de la prostitución remunerada y en estudios muy discretos de la prostitución adulterina han resultado observaciones desconcertantes. Desde luego apareció que los enemigos del cuerpo eran más numerosos, y, naturalmente, más atrevidos que los enemigos del alma. Se dividen en dos: causas y causantes. De las causas sólo anotaré cuatro en su orden de importancia, y son: la oportunidad, ama y señora de todo el conjunto; la inconsciencia, ya por incapacidad mental, ya por ignorancia; la sensualidad y la necesidad. El grupo de lós causantes es de un prodigioso interés práctico, pero no tengo tiempo ahora de analizarlos. Me extenderé, pues, un poco del otro lado. El análisis psicológico de la delincuencia sexual ha descubierto un crecido porcientaje de niñas subnormales en inteligencia y de personalidad psicopática. Fue el dato que recogí en Norte América cuando me ocupé de estas cuestiones sociales. Pero entre nosotros no se necesita de la imbecilidad ni de la vesania para perderse sexualmente. Entre una niña educada conforme a nuestros sistemas pedagógicos y familiares, ya del pueblo, ya de la buena sociedad, y el galán que la corteja, con buenas o malas intenciones, la diferencia de capacidades, es decir, la fuerza

efectiva espiritual, es de un veinte a un cincuenta por ciento más en favor del elemento masculino. Sobre esta base nuestra sociedad va entrando por las libertades de los pueblos en que las mujeres son más inteligentes y previsoras que los hombres, y casi tan preparadas como ellos, la americana y la francesa. Decid luégo vosotros lo que ha de resultar, si su callado instinto y natural temor las desamparan.... Otro grave dato es que la pobreza, ignorancia y humildad de nuestro pueblo no le permite una defensa de sus mujeres, y por lo tanto la delincuencia sexual de lo que llamamos el "servicio" se confunde prácticamente con la que se califica de función pública. Añadid a esto que la falta de trabajo remunerado de la mujer y la pobreza general hacen el problema más dilatado e insoluble en otras direcciones. Cosa rara: la causa biológica, la atracción sexual, ha venido a ser menos imperiosa por crecimiento de las otras causas. En realidad el amor por placer, la infidelidad "distinguida" y el problema de la "semi-virginidad" apenas se inician entre nosotros, y no creo que debamos tratarlos por ahora.

Así, pues, el exceso de delincuencia sexual, que ha sido anotado ya en conferencias anteriores, tiene causas económicas y de mala educación que pueden corregirse.

Los otros problemas a él sumados, el de la lúes y el de la infección neisseriana, son muy graves, en verdad. Esta última es de una generalidad tan grande que con el tiempo el microbio causante vivirá en simbiosis dentro de nuestras células, si antes él no esteriliza la especie, o no se lé descubre una vacuna de acción eficaz: Como la sífilis, mina y destruye las fuentes de la generación. Y no importa establecer el porcientaje de afectados y de inmunes, el problema por sí solo es magno en cualquiera proporción que se presente, y, esto sí que es verdad, que se presenta en grande proporción.

Aquí el remedio es absolutamente contrario al que hemos pretendido implantar. Los hombres, cuya moral predomina en nuestra civilización, se inclinan a acusar a las mujeres de la propagación de estas endemias sociales, con una injusticia y una crueldad desconcertantes. La ley es como sigue: 1.º No hay mujer que al entregarse por primera vez esté infectada, y casi no hay hombre infectado

que no propague su mál. 2.º La coima contagia por necesidad, el hombre lo hace por inmoralidad y contra su propio bién.

¿Cómo remediar entonces el peligro? Una sencilla ordenanza de policía sería suficiente, hecha sobre la base de la responsabilidad masculina. Mas como esto no ha de ocurrir en muchos años, pasemos a otra cosa de mayor oportunidad.

¿Quién tiene la culpa del adulterio? Por cuatro motivos la mujer se entrega a él: por hambre de pan, por hambre de amor, por hambre de espiritualidad, y por hambre de mundo. En los cuatro es el hombre el más culpado. O es un majadero que no puede llenar el espíritu de su esposa y la desconcierta con un mando que no sabe, ni puede conducir; o es un ente inferior que no le da el sustento; o es un enfermo que no le da amor o no lo sabe dar conforme a la naturaleza propia femenina; o es un imprevisor que la embriaga de aspiraciones vanidosas y la lanza dentro del agitado mundo. . . .

***

De la parte estética no tengo hecho un estudio conveniente todavía. En la República se nota, eso sí, una depuración creciente del buen gusto para la estimación y la creación de la obra artística. En literatura, sobre todo, tenemos círculos de refinada capacidad superior, verdaderamente europea. La poesía tiene alturas que ya nos envidiarían otros pueblos, por lo parnasiana, culta y rítmica hoy, por lo castiza, sentimental, enérgica y exuberante en días anteriores. La pintura posee escuela de paisaje muy propia, vernácula a su manera por los temas y el colorido, con trabajadores originales, hijos de su cielo y de su zona, mas también conocedores del arte extranjero y cultivadores conscientes de su habilidad distintiva. La música vive por una parte de la gran tradición germana y francesa, con peritos que le saben todos los secretos al alado ritmo; y por otra de los aires nacionales, mezcla original hoy día de la popular española y de la emotividad propia del espíritu colombiano, que pudiera definirse: una vibración apasionada y melancólica en que predominan el trémolo sentimental,sobre todo muy ahincado en las canciones,y la repetida cadencia que fija la emoción. Música casi pasto-

ril que remotamente nos recuerda algunos sencillos cantos rusos, (como rusos son, en gran modo, sin que lo hayan sabido ni pensado sus autores, los mejores ensayos de cuento y de novela que tenemos en Antioquia), con arranques de sencillez arrobadora en veces. (Tal así me lo parecen algunos trabajos, como la reconstrucción imaginada del Himno al Sol, tomado de la tradición incaica por E. Murillo).

En esta materia el refinamiento y el adelanto son indiscutibles, y buenas, si no excelentes, las condiciones de la raza. En el aspecto no más de las ciudades se percibe esto: fue Bogotá enantes una sucia ciudad de color amarillento,por la pintura exterior de sus casas; de papeles oscuros, cargados de tonos broncíneos y caobas melancólicos, vista por adentro, en las salas y las alcobas. Hoy el amarillo tornóse más rosado y suave,y aparece un discreto gris azulado, como su cielo, al exterior, aereado y luminoso en los domicilios, indicando así menos indígena y bravía percepción de los colores, más higiene y delicadeza sentimental.

***

Ya veis cómo el análisis de un pueblo y de una raza es tarea superior al espíritu individual. A la ligera he tocado algunos puntos fundamentales de una restringida porción de Colombia, con miedo de errar a cada paso ciertamente, pero con ánimo de favorecer a la patria en la resultante final.

Si vuestra gentileza me asiste un poco más todavía, el próximo viernes os presentaré lo que pueda pensar respecto de otros problemas nacionales. Mientras tanto, confiad en el inmenso amor hacia vosotros y vuestros destinos que guía los esfuerzos de mi mente y el esfuerzo de mi voluntad, flacas sí de suyo, pero, por vosotros, audaces.

# Tercera conferencia

LUIS LOPEZ DE MESA

En la Cordillera central de los Andes, y un poco sobre la Occidental, formóse un pueblo de caracteres psíquicos, familiares y sociales tan bien definidos y sobresalientes que más parece de una nacionalidad y no de una provincia dentro de la República de Colombia. Grupo muy escaso de inmigrantes debió de darle origen, porque de suyo fecundo, y familiar en grado máximo, apenas si tenía 85,000 pobladores por el tiempo de nuestra guerra de emancipación. El carácter montañoso de la comarca, el origen de sus habitantes y el aislamiento de tres siglos en que vivieron, son a mi ver los factores que determinaron aquellas condiciones especiales.

El elemento español originario vínole de la parte norte de la Península por modo principalísimo, a saber: vascos, asturianos, santandereanos, navarros, gallegos, leoneses, que constituyen un cincuenta por ciento de los conquistadores y colonizadores, mezclados con andaluces, castellanos y otros menos numerosos elementos. Paréceme sin embargo que hay ciertos rasgos fisonómicos, y aun de la estructura anatómica general, muy significativos de lejano origen árabe. Un antioqueño adulto se parece a un comerciante de Beirut, de estos que trabajan en la Calle de San Miguel, como un hermano a otro, sobre todo si son gemelos; y cuando el antioqueño contemplado vende telas detrás de un mostrador, provoca decirle al pasar: buenos días, José Efendi. ¿Qué hay en ello? ¿Mera coincidencia a través de los mares? En la guerra de la reconquista española no todo fueron lanzadas y mandobles de Cid Campeador, sino que a las veces, y muy frecuentes veces, el amor tuvo sus holganzas y sus frutos. ¿Quién sabe si condiciones geográficas propicias sacan a la luz ligeros caracteres atávicos que en diversas situación y circunstancias dormirían para siempre? Ello es que la prosapia ju-

10

día de los antioqueños no pudo confirmarse sino para el tronco genitor de Selemoh-ha-Leví, cuyos descendientes figuran hoy en Bogotá y en Medellín con elegante apellido español y muy honrosas tradiciones.

Estos elementos peninsulares se han mezclado lentamente con sus esclavos negros durante el siglo de independencia que llevamos vivido, y hoy el mulato sobresale en la población de las tierras calientes y se infiltra por educación y por dinero en las altas clases sociales de todo el departamento. No hubo allá mayor contacto con la sangre aborigen, y apenas si escasos grupos de ella, medio salvajes aún, existen en la parte occidental, sobre las vías que conducen al Chocó, mas tan poco comunicativos con el blanco, que por solo necesidades de comercio le buscan, teniendo eso sí muy aparte sus mujeres y sabiendo decirles cuando éste las mira con insistencia o trata de llevarles conversación: "Todo con compadre, nada con comadre"; sentencia que a su vez patrocinan de buen grado los antioqueños en general.

Ningún choque de razas ha ocurrido en el departamento, que ambas por igual modo conviven y lentamente se mestizan sin aquellos alzamientos y tribulaciones que azotaron a la Sultana del Cauca, y que aún son ahí valladar para la armonía del futuro. Por insulto se tratan a las veces de "zambos", "ñapangos" y otros no muy bien significados epítetos que todos quisieran rehuír, aunque casi todos solemos merecer en mayor o menor grado, pero que nunca determinan rencores sociales, y, en contrario, entre las castas hay no sólo armonía, sino consideraciones y afecto. La vida que llevaron estas poblaciones puede partirse en tres etapas: hasta 1864, muy rudimentaria e indefinida, muy poco saliente y caracterizada; de 1864 a 1910 consolidóse un sentimiento de capacidad, de independencia y aun de rebeldía recóndita que estuvo a punto de estallar en grave forma durante el Quinquenio; de 1910 en adelante apareció dentro de lo político una comprensión elevada de su misión nacional y vino a ser un poderoso núcleo de paz en el interior y de resistencia para el peligro externo.

Dentro de lo económico apareció la éra fabril y el audaz impulso del comercio en que hoy se encuentran.

A la cabeza de esos tres períodos aparecen tres hombres de saliente personalidad: D.Juan del Corral,de origen momposino, y remotas cepas castellana y vizcaína, quien hizo los primeros pasos hacia la organización política en un gobierno patriarcal que se aviene admirablemente con la índole de la población antioqueña. Dictadura se le llamó, pero no creáis que el término tuvo entonces,ni guarda hoy en la memoria de los antioqueños, significado alguno de tiranía o despotismo, antes bien de paternal dirección de los negocios públicos. El segundo representativo, cosa interesante de observar, de familia boyacense, y lejano tronco vizcaíno también, emparentado con el fundador de Santa Fe, fue el doctor Pedro J. Berrío, educado en uno de los mejores Colegios de esta capital, para donde salió muy joven aún de su tierra, la apartada villa de Santa Rosa de Osos, hacia el norte del Departamento. Por este tiempo el Estado de Antioquia sentíase capaz de sustentar conceptos políticos, y la dictadura del doctor Berrío fue un esfuerzo de representación del alma conservadora de la raza. Un patriarcado también. Espíritu inexplicable hoy día, con el trajín de ambiciones y de necesidades que nos abruma, fue el suyo.A la vez que emprendía los caminos que más tarde habían de redimir la raza de su asfixiante aislamiento, dábale sensato impulso a la industria con escuelas de artes y oficios, organizaba la universidad y la servía con devoción de tutor dilectísimo, empleaba su fe sincera de católico en vigilar el seminario con cariñosa devoción, acuñaba oro de buenos quilates, y aun introducía modernísimos armamentos para sostener la paz de su misión creadora. Sobrábale tiempo para el dulce trato de la amistad y era un mentor íntimo y un discretísimo Mecenas en el corazón de las familias. Con visión de estadista que construye para futuros que no ha de beneficiar, protegía el desarrollo de la juventud educándola y confortándola para misiones que sólo él vislumbraba en el fondo de su corazón generoso. Y no tuvo miedo indígena de la civilización europea: Eminentes pedagogos alemanes hubo entonces cuya memoria palpita en el alma agradecida de los discípulos que aún hoy subsisten en dilatada ancianidad. A la tarde de su vida graves dolores fatigaron su corazón enfermo, y el do-

ble de campanas que anunció su muerte, anunció también el disparatado impulso revolucionario que dio en tierra con esa edad de oro y llevó llanto a los ojos de la raza.

Un ciudadano meritísimo, de lejana cepa asturiana, fue el tercer representativo de esta lenta evolución. Su nombre es Carlos E. Restrepo. Desconforme con la dirección delictuosa y desgreñada que su partido dio a la cosa pública, militó en las filas de la generación de periodistas que va de 1890 a 1909. Mas no por ello fue representativo. Fuélo sí porque en manera muy visible y muy consciente trasmutó, con una pléyade de privilegiados compañeros, sus sentimientos de arisca reacción rebelde, próxima, en cierto instante solemne que la República no pudo ver, a la segregación territorial vindicativa, los trasmutó, digo, en el nuevo espíritu de nacionalismo generoso y de elevada misión patricia que hoy sustentan él y sus conterráneos para honor de la República.

De estas tres etapas, que tan de prisa he analizado, corresponde a la primera la formación y el crecimiento desde un núcleo reducido de colonizadores y de esclavos, que vegetando en su aislamiento determinaron la homogeneidad espiritual del pueblo. Así vemos cómo hacia la mitad del siglo XIX los caracteres esenciales: alta y nervuda anatomía, buena inteligencia e imaginación exuberante, curiosidad intelectual y amor por los viajes y aventuras, honradez familiar y comercial, tendencia al orden político y a la economía previsora, un poco de fanfarronería y tosquedad, estaban ya constituídos. Durante la segunda etapa verificóse la consciencia precisa de su valer y de sus destinos dentro de la democracia colombiana. De ella trae el recuerdo del patriarcado conservador del doctor Berrío y de la dominación liberal subsiguiente, la que mantenida con hordas de las márgenes caucanas del río Bolo acrecentó la tendencia natural de los labriegos y campesinos hacia la política conservadora y avivó una enemiga ocasional con el resto del país. Durante la tercera reconoció sus nexos nacionales y el mérito de las otras comarcas, hasta el punto de que hoy día Bogotá goza de un sólido prestigio y de sincera estimación en Medellín y Manizales.

Así verificóse la evolución política de Antioquia. Su

desarrollo familiar y social fue lenta obra de siglos. Pueblo minero y agricultor hasta hace poco, podéis imaginaros aquel vivir suyo en el aislamiento de sus serranías abruptas y en la hirsuta quebrada de los ríos; y podéis seguir paso a paso, con nítida visión, el surgimiento de todos sus vicios y virtudes. La campiña ingrata que negaba al sudor el merecido fruto, enseñóle a ser económico y tenaz. El húmedo socavón que se hunde en las entrañas de los cerros en busca del preciado mineral dióle audacia y espíritu de aventuras. Su esposa tuvo el ministerio absoluto del hogar, y fue amable compañera suya, nodriza de su prole, administradora de los escasos víveres, camarera en la pequeña alcoba y cocinera en los cuatro pedruscos negrecidos que limitaban el hogar. Imaginad cómo se concentrarían esos dos espíritus en el ansia del futuro y en la soledad de sus afectos; cómo vería él en ella el estrato de toda su vida de relación, y cómo vería ella en él la línea fronteriza de su horizonte espiritual, y tendréis entendida la solidez de los hogares antioqueños. No tuvo él, sin embargo, espacio suficiente ni sobradas fuerzas a la hora del crepúsculo en que dejaba el labrantío para el discreto parlamento cariñoso, sino apenas para la orden previsora o la fugaz caricia, y así vino en ser corto de maneras afables, sin dejar de amar profundamente; tenido más al vigor de sus músculos que al afeite de su rostro; alerta más al derrotero de la raza que al cuidado de los entretenimientos sociales. De ahí que fuese luégo una fortaleza tímida en el trato también, y como desgarbado y poco donairoso. He tratado de adivinar a veces por cuál manera suya vínole el frecuente empleo de los diminutivos, si por la consciencia del vigor, diminutivo que traduciría entonces un orgullo interno; o por la timidez que se insinúa empequeñeciendo y disimulando lo mismo que se pide u ordena. Y creo que de esta segunda manera verificóse aquel raro fenómeno, según se me ocurre de recóndito examen de consciencia.

Así también de aquella doble actividad de agricultor y de minero provino la fundación de las ciudades antioqueñas. A este doble carácter débenles ellas un millar de condiciones materiales y espirituales que las distinguen. Fue el villorrio minero creciendo sobre los barrancos y ca-

ñadas de la serranía o al borde del río que cruza la maraña de la selva tropical. Espacióse suavemente la ciudad agrícola en el seno de los valles fecundos o de las plácidas mesetas. Mas no se aislaron una de otra, sino que se prestaron mutuo apoyo y sustento con gran beneficio de la homogeneidad de la sangre y del espíritu de sus pobladores. De ahí que en Antioquia no haya dos clases sociales sino armoniosa gradación social y uniformidad intelectual, moral y política, como os lo diré después. Estas dos actividades económicas consérvanse hoy trasformadas y engrandecidas, que de la una vínole a Antioquia su redención por el cultivo del cafeto, y de la otra surgió el espíritu industrial que la ha extendido a toda la República y la llevó hasta Norte América en pugna audaz, y, según parece, victoriosa.

En dos direcciones principales verificóse el espaciamiento geográfico de estas labores. El colono agrícola, de índole más reposada y de más pura sangre, siguió al Sur y formó a Caldas y al Quindío, invadió la Cordillera del Tolima y el Valle del Cauca, vigorizando el espíritu decaído entonces de esos dos grupos de población y triunfando al fin del viejo sedimento de rencor que las agitaciones políticas habían formado entre ellos en el breve curso de nuestra historia. Esta emigración tuvo todo el espíritu de la raza y conserva tenazmente sus caracteres, quizá exaltados, porque no hay duda de que es más antioqueño, en los rasgos que por de tal se tienen,un habitante de Manizales o de Armenia que un comerciante o agricultor del valle de Medellín.

La otra corriente migratoria fuese al Norte en busca de los aluviones del Cauca y del Nechí. En ésta el elemento mulato ofreció mejores condiciones, y la índole del esfuerzo determinó una vida social más azarosa. He seguido paso a paso esa gestación de la ciudad minera y os la presentaré rápidamente. El grupo minero formóse de adultos audaces por la valentía, por la estrechez económica de su hogar de origen o por su vivir desordenado y delictuoso. Con frecuencia son verdaderos bandidos en potencia o de verdad los que así se van congregando en esa lucha a muerte con la selva. En un comienzo son pocas las mujeres que los acompañan; y las cuatro chozas que le sirven

de centro al rededor de la administración de la mina principal conviértense en lugar de cita para las más estupendas orgías dominicales, en las que el aguardiente suple, y mirad cómo uso este vocablo con cuidadosa intención, suple digo, a todas las dulzuras y recompensas de una vida familiar y social inextente. No hay ahí el suave incienso de los templos católicos que en las mañanas apacibles de la aldea agrícola templa el ánimo en sentimientos de mística dulzura y gratas ensoñaciones de paz. No hay ahí los claros ojos de la virgen adolescente que saben decirle al instinto del hombre en parpadeo recatado cómo debe conducirse para merecerlos en toda la expansión de su ternura. No hay ahí el festival discreto, ni la música lánguida que disuelva el hervir de la sangre joven en espaciada atmósfera de ideal. No: De un lado está la mina con el esfuerzo rudo, y de otro la selva con la enfermedad y el peligro palpitantes a cada hora. El aislamiento torna agresivos a esos seres, como a los animales también, y alejados de su madre, de su esposa y de sus hijas, alejados de aquella sociedad que los pudiera estimular al bién con la caricia del aplauso, quédales nada más que el instinto de su fuerza y la nostalgia del cariño. Sobre esa soledad irritante rocía el licor sus embriagueces letales, y el juego de suerte y azar exaspera sus nervios en tensión y estallan al fin esas feroces luchas y acaecen esos crímenes de sangre que luégo a nosotros nos horripilan, al saberlos por el periódico, reposadamente, en esta Arcadia de la República. Es una sociedad anárquica. Luégo, formada ya la aldea, continúan las agitaciones y tenéis un centro de radicalismo confuso; más adelante tórnase municipio organizado y aparece una templanza política a la manera republicana. Con los años los veréis, cargados con el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, llevar el palio en los domingos de renovación, y, por tiempo de elecciones su voto indefectiblemente azul a la urna electoral. Son los nietos del afamado bandido que llegó a la selva, hechos comerciantes o hacendados honorables. El abuelo mezcló su sangre con la de alguna mulata núbil, o mulato él enriquecido, fuése a su pueblo natal y tomó del altar de su parroquia alguna doncella de buena estirpe. De ahí que el nieto recate sus cabellos un poco ensortijados o afeite

cuidadosamente su rostro pajizo por ver de darle lustre.

Mas no se crea que predomina aún la sangre negra. Grandes regiones hay donde se conserva fresca y hermosa la esbeltez latina y a veces rubicundo matiz anglosajón. Aunque en varias partes el clima frío de las grandes altitudes da un sonrosado transparente a las mejillas de las jóvenes antioqueñas, ha predominado un tipo muy suyo y especial, que es alta y esbelta en airosa delgadez, pálida de color, sin ser marchita, vivaces los ojos dilatados y ensoñadores, como las vírgenes de Betania que pintó Romero de Torres. Habla a prisa y arrebata en el aire las respuestas, gesticula un poco también, a la manera andaluza, mas ríe con los labios y los ojos en tan franca decisión que con solo su reír pinta y resume la espontaneidad de su espíritu y la frescura virginal de su corazón. Afronta con valor inesperado el adverso golpe de la fortuna, y sabe cuidar de su madre anciana o de sus hijos huérfanos con tenacidad victoriosa. Conoce a veces del callado martirio espiritual con tan discreto modo y recatado continente que simula el silencioso rumbo de la bonanza definitiva y perfecta. Si su casa es blanca y lucen limpieza los suelos y los muebles, si margaritas y claveles o geranios trepadores alegran el patizuelo fronterizo, a su cuidado son debidos. Y a su cuidado si el hermanito menor peina bucles ensortijados y lleva limpia la piel, y a su cuidado si no se retrasan los hombres en las horas del comer y del salir a trabajar. Ella lo es todo. Y hacia la hora de la tarde réstale aún ligero esparcimiento para mirar por entre la rejecilla de la ventana si ya cruza por la calle el que distinguen sus anhelos, o apoya contra el muro la cabecita núbil, soñando sus callados sueños, sin saber que así se tejen dentro de su corazón los silenciosos destinos de la raza. Su hermana remota de la Altiplanicie bogotana luce también aquestas mismas virtudes fundamentales, sino que es más feliz y en muchas maneras diferente. De menor estatura, más rolliza y blanca y sonrosada, de ovalado rostro y fino el andar, de reír picaresco y voz timbrada en arpegios cariciosos, sutil en sus respuestas, discreta en su porte, de muy parca gesticulación, sabe ser enigma sin dejar que se apague enteramente la ilusión. Valerosa también ante el adverso rumbo de la fortuna, sociable por

sobre todas las cosas, y, como tál, un poco "Snob" en las altas esferas de reciente formación social, tiene un delicioso espíritu público que en muchas veces me ha emocionado: ella ama con callado anhelo la patria democracia, y a su tierra colombiana ama con fervor profundo.Yo la he visto salir a sus balcones cuando se agitan las multitudes en el vértigo de una airada reivindicación política, y en mis ojos se cuajaron lágrimas de orgullo la tarde de un trece de marzo en que agitó sus palmas diminutas y sonrió con su más pura sonrisa fraternal a la juventud universitaria que reconstruía, sin más armas que la buída e invencible de su voz unánime, la tradición civilista y democrática de Colombia......

Y no solamente triunfa la raza en imponer el culto del hogar y la pacificación de la aldea, sino que conserva sus caracteres intelectuales y morales. En esa cultura homogénea hasta la campesina más humilde gusta por instinto de decir castizamente sus ideas, y aprende, no sé dónde, términos de selección; emplea giros y vocablos de los mejores tiempos del habla castellana—hasta el punto de haber hallado yo inútiles muchísimas de las anotaciones que Rodríguez Marín hizo al Quijote, en cuanto a confusas o anticuadas hoy en la Península.—Otrosí,guarda en el fondo de su alacena algún cuaderno antiguo de poesías, o siquiera una copia manuscrita de ellas: Os lo dice quien así leyó las dulces paráfrasis evangélicas de Larmig y el Tren Expreso de Campoamor.Epifanio Mejía,Gutiérrez González,y,ahora,Flórez, y. aun el gran místico José Asunción Silva, con algunos poetas mejicanos, son conocidos en la aldea y en la campiña antioqueñas, y tenidos cariñosamenmente en compañía del pequeño diccionario ilustrado de Campano. La literatura verbal, aquella antigua manera de trasmitir el ensueño de la raza que formó al rapsoda griego, es rica allá, y las consejas literarias, los "cuentos" del más remoto origen ario talvez, y los chistes y refranes españoles (que ellos creen muy propios), disfrazados, perduran como alimento espiritual del niño antioqueño. En general tiene este pueblo un gran gusto y decidida inclinación por el cultivo intelectual. Y así vemos que el número de educandos alcanzó en Caldas, en 1917, a 13.01 por 100, en sólo la primera enseñanza, con lo cual

se coloca a la cabeza de las naciones americanas, si no es Estados Unidos.

Posee también un grave sentido de la personalidad y muy clara consciencia política: Es conservador y clerical porque entiende ser estas dos fuerzas su garantía más visible de la paz para el trabajo, el ahorro y la tranquilidad doméstica. No se ha elevado aún al concepto liberal, ni entenderá en mucho tiempo las aspiraciones socialistas, porque su sentido de responsabilidad familiar y racial le torna en ello muy recatado y conservador.

Hoy día muchos de sus villorrios son ciudades de apreciable holgura, y muchas aldeas son bellos pueblecitos de hermosa iglesia, limpias casas y calles pavimentadas a la vieja usanza española. Y, ¿por qué no? Tienen luz eléctrica y llaman "Avenida de los Libertadores", o cosa semejante, a la más central y concurrida de sus calles.

Pero en esos pueblecitos serranos prolifera la raza con la misma rigurosa exactitud con que les llega el almanaque de Bristol, sino es aventajándole por el método de la gemelidad. En veces la felicidad conyugal llega a su colmo, y aparecen en tres años siete rapaces sin perturbación ninguna, ni necesidad de leche descremada. ¿Qué hacer? Los negocios son difíciles entre gentes tan hábiles, ni fecunda es la tierra labrantía, ni mucho oro arrastra ya la arena de los ríos.¿Qué hacer?Es un vivir a veces asfixiante. El mozo que orea ya a los soles decembrinos un ligero mostacho va y viene sin hallar empleo a su vigorosa juventud. No encuentra esparcimiento tampoco, pues en esa sociedad no hay visitas para él, ni bailes, ni carnaval. Ve su novia muy al caer de la tarde por entre la reja andaluza que cierra la ventana. O la ve a la hora de vísperas en el atrio del templo. Ese es el hábito tradicional, y sus mismos compañeros arreglaron compromiso nupcial por medio de cartas, hasta el día en que cobrando fuerza heroica se acercaron al futuro suegro en solicitud de más estrechas relaciones. ¿Qué hacer? A manteles se sientan en su casa 32 hermanos, si es hijo de Dª Concepción Soto, de Envigado, y 39 si nació de Dª Susana Alzate, de Ríonegro, ¿Qué hacer?El aburrimiento le llevará un día,a tomar un poco de licor,el aburrimiento y el licor le harán irritable,y aquella energía juvenil sin aplicación sana se trocará en

un peligro social. El licor viene aquí, como en el caso del minero, a suplir muchas faltas. De la bebida incidental se ha pasado a la habitual, de la habitual a una tendencia hereditaria tal vez. Y son centenares de jóvenes los que así pierde la patria, cuando no emigran en tiempo oportuno, y aun después de emigrar a veces.

Así, pues, el "inacabado" estético y social del antioqueño y su caída en el alcoholismo dependen en su mayor parte de causas obviables.

Sus sentimientos morales y familiares son generalmente puros y elevados cuando se consideran en el solar de la raza, pues ya analicé los defectos de las comarcas mineras. Presenta una alta criminalidad de sangre: 133 homicidios por millón, contra 10 que presenta Alemania, tomando esta nación como ejemplo comparativo. En esos homicidios entran los factores arriba indicados, la acción irritante del alcohol, en proporción próximamente igual a la que desempeña en otros países, pues es concausa en un 35 por 100; y una vanidad, llamémosla pendenciera, es decir, la vanidad de sobresalir en algo, aunque sea en reventarle a uno los sesos. Porque no es la navaja, sino que son el revólver y el puñal o cuchillo las armas homicidas más empleadas. La estadística nos enseña ser de 49.8 por 100 las veces que se sirven de armas de fuego y de solo 0.4 por 100 las en que emplean para estos delitos navajas de barbero. Pueblo erótico, pasional, emotivo e imaginativo, naturalmente el amor y la venganza cargan con muchos de aquellos delitos de sangre; y así vemos que por intereses sólo ataca el 5.3 de las ocasiones anotadas, mientras que lo hace por celos el 6.8, y por venganza el 10.2 por 100, respectivamente. Este carácter pasional lo indica también el promedio de nueve años de observación, a saber, delitos de sangre el 44.4 por 100; delitos contra la propiedad el 42.6 por 100; mientras que en Cundinamarca se invierte la proporción en esta forma: de hurto y robo, el 15.03; de homicidio y heridas, el 14.19 sin contar a Bogotá, en donde las dichas proporciones son más significativas, porque contra la propiedad nos presenta el 19.58; de homicidio y heridas el 9.16. (Estadísticas aún incompletas, desgraciadamente). Y no es el antioqueño un pueblo alcoholizado, pues toma apenas 1.60

de litro de alcohol "per capita" contra 9.25, que es el término medio en Alemania, y 2, promedio aproximado de la República en general. Sólo sí que el modo aborrascado en que toma ese poco alcohol es un factor importantísimo de delincuencia, y más decisivo quizá que la cantidad misma resultante del promedio anual. Abusa un poco también del tabaco, pues consume hasta 2.50 de kilogramo, contra 1.50 que se consume en Alemania: pequeño vicio que siempre contribuye a irritar un poco el sistema nervioso, y que afea las buenas maneras, sobre todo del sexo femenino.

La delincuencia sexual es poca en las poblaciones serranas de la pura cepa antioqueña. Aumenta en los centros populosos y es máxima en los distritos mineros de la periferia. Sin embargo el número de ilegítimos alcanza a solo el 15 por 100, contra 8.7 en Alemania y 49.8 en Bogotá.

Hoy día es un pueblo en rápida mestización, vigoroso, ambicioso, laborioso, observador sagaz y, por ende, dado al estudio; inteligente, muy imaginativo y desconfiado, exagerado en la expresión y comedido en las ideas, vanidoso, tímido para el trato social, temeroso de la competencia económica extranjera, legalista hasta la exageración (castiga la blasfemia, el fraude electoral y el amancebamiento), honrado en sus transacciones comerciales y pundonoroso en general, al menos hasta hoy cuando ya se inicia en las nuevas corrientes mundiales de la ambición desmedida y del loco afán, que tal vez desalojen la economía patriarcal, que era de centavo a peso y el peso al sótano, pero honradamente.

En su familia dominan el orden, la fidelidad, y la educación directa de los hijos. En el gobierno regional ofrece un fenómeno que mucho me ha impresionado y muy bien: el cual fenómeno consiste en que es el gobierno más democrático del mundo, el único gobierno democrático del mundo probablemente. Pues que ahí todos gobiernan y todos obedecen. ¿Verdad que esto es raro? No existe como en Bogotá aquella significativa división entre gobierno y sociedad, sino que es una sociedad que a sí misma se gobierna con la más clara consciencia de su valer. En Medellín, o en cualquier aldea, no dirán: el gobierno rechazó el empréstito, el gobierno inició el ferro-

carril de Urabá, sino: tuvimos que rechazar el empréstito, ahora vamos a llevar un ferrocarril a Urabá.

Tiene un gran concepto de sí como pueblo, y trata de corregirse constantemente y de avanzar a la vez, copiando cuantas benéficas reformas descubre en otras partes. Anota con puntualidad sus estadísticas. el aislamiento en la montaña, y la carencia de diversiones sociales intensifican la vida familiar. De ahí lo numeroso de la prole. Las dificultades económicas que determina esta fecundidad aumentan a su vez la cohesión defensiva de los hogares y crea una dinámica familiar interesante Desde muy pequeño recibe el hijo algún haber, primera noción de propiedad y de personalidad económica. Ese pequeño haber, una novilla, por ejemplo, despierta las ambiciones de raza que duermen en su sangre, y el chico trata de cuidar de esta incipiente fortuna y de acrecentarla. Ahorra centavos en una alcancía de madera toscamente clavada, negocia en gallinas con su madre y se procura un cerdo para cebarlo al lado de los de su casa. Entonces hace su primera operación comercial, comprando a su padre alguna otra novilla o un caballejo. Se ha iniciado en los negocios. Para estas pequeñas operaciones ha meditado durante meses, y ha consultado precios y conveniencias futuras que son un bagaje definitivo de experiencia comercial. Tratará de negociar luégo con sus hermanos y con gentes extrañas. Mirará, escuchará, observará y meditará cuanto cae a su alcance, con tensión creciente. Muy pronto la realidad de su estrecho vivir madurará su criterio. Buscará tener un pegujal labrantío para el gran paso de ser propietario rural, o emprenderá en negocios de semovientes, asistiendo a ferias y viajando por las veredas y poblaciones vecinas. O surtirá de botillería y cachivaches una venduta para soñar con el sueño grande de la raza, de ser algún día comerciante acaudalado y gamonal. Ya por entonces habrá mirado a hurtadillas a alguna niña del vecindario y tal vez le habrá enviado una copia de versos anónimos, de malas rimas quizá, pero significativos de lo mucho que se propone quererla en el sueño de eternidad amoroso que todos presuponemos a los quince años. No cuenta, sin embargo, con la amonestación paterna a la hora del refresco. Lentamente vanse agrupando madre, hijos e hi

jas en la alcoba paterna, si es que la casa tiene varias ya, y ahí, cuando menos se piensa, estalla un jocoso denuncio. Ríen unos, y el padre, que puede ser un patriarca de treinta y cinco años apenas, tórnase cejijunto y recoge toda su autoridad para hilvanar un buen sermón sobre prudencia, previsión del futuro, enmienda del pasado y aviso de todas las asperezas y dificultades de la vida, inclusive las del amor. Son éstas las horas de suprema elaboración edutiva de la raza: en ellas aparece el comentario moral de los acontecimientos lugareños, la amonestación contra los vicios, la enseñanza religiosa, con graves confirmaciones del infortunio que acarrea la falta de fe y el descuido de los deberes piadosos,y la indefectible admonición de cuáles santos y advocaciones especiales de la Virgen María son más privilegiados y eficaces. La madre apoya cada observación con la cabeza, o refresca la memoria de algún caso particular.

Otras veces tórnase dialogada la conversación sobre proyectos de carrera, que han de seguir unos u otros de los hijos, sobre negocios iniciados con discusión de precios, calidades y perspectivas de alza o baja comercial, sobre honorabilidad y crédito. Languidece luégo la seriedad un poco y estalla la plática amena, el chiste gracioso que ahoga en risa sana la gargantas juveniles, la cariñosa ironía por los novios y novias que van apareciendo, por los dislates dichos y los sucesos ocurridos. El todo termina con un signarse ceremoniosamente del padre: el rosario ha comenzado; un murmullo lánguido de avemarías llena la estancia, mientras se duermen los chiquillos acá y allá, sobre el regazo de la madre o tirados al azar sobre camas y canapés.

La inteligencia de los antioqueños sigue ahora la etapa de construcción económica, por lo cual no aparece ni en literatura, ni en filosofía, ni en las artes y disciplinas del espíritu. Es esta una etapa obligada en los pueblos que se engrandecen; en pasando de la cual adviene el período de la espiritualización, el desarrollo de las universidades, el funcionamiento de las academias, etc. Durante la dicha etapa prosperan las actividades comerciales, la ingeniería, las industrias y todo lo que cimiente el edificio económico social. Es este un fenómeno general hoy

día en Colombia. De ahí que nuestra cultura anterior pueda considerarse como fruto esporádico, incapaz de sazón y de verdadera fecundidad, como lo demuestra su desmedrado e interrumpido crecimiento.

Sólo el 50 por 100 de sus poblaciones vive en la parte más sana de la cordillera, donde se ha depurado la raza. Si se tiene esto en la cuenta y se sabe además que la mortalidad infantil por bronquitis y diarrea, ambas cosas curables, es muy alta, tenemos que concluír que esa cepa es de una fecundidad y vitalidad maravillosas. En verdad, el índice de natalidad es de 38.6 por 100 contra 29.8 en Alemania; y el de mortalidad, a pesar de aquellas causas reductoras, de 14.3 por 100 contra 16.2 en Alemania. Luego la serranía es un semillero prodigioso. La longevidad se percibe en observación directa, también. Por lo cual he llegado a pensar que la zona está calumniada, y que las mil teorías que nos hemos dado, son mero juego inútil de imaginación. Veréis cómo las planicies litorales, y aun las ribereñas de nuestros grandes ríos, son a su vez, descontada la infección parasitaria, bondadoso clima para vivir luengos años. En aquella parte fría de Antioquia hay los factores patológicos universales, con algún crecimiento del cáncer, según decires y tradición, enfermedad misteriosa que por otra parte aumenta en todo el mundo.

La zona templada la estudiaremos en conjunto con las regiones tolimense y costeña, para mejor armonía del trabajo.

***

Como la garganta de un reloj de arena, entre la cuenca marítima del Atlántico y la dilatada Amazonia, el Tolima, dulce y generoso hasta en la mágica eufonía de su nombre, se nos presenta. Sus pobladores vienen de cepa peninsular, mezclada con aborígenes, guerreros, los Yalcones y los Páeces, los Poicos o Yaporages, los Pijaos, Marquetones, Gualíes y Pantágoras, de altiva tradición. Sus mestizos diéronse a la agricultura y al pastoreo del ganado, de lo cual y de su origen, cobraron su actual psicología. Porque son suaves y hospitalarios como el colono agrícola, rebeldes al yugo clerical y a los gobiernos egoístas, guerrilleros y valientes, como cumple al impulso de su sangre y a las fatigosas lidias del ganado arisco.

Ingenuos también y de escasa instrucción. Su aspecto es más noble que el del mestizo de estas cumbres: no tienen sus labios ese cerco de boca de pez que aquí es frecuente en el indígena, ni aquel su ojo oblícuo y amortiguado, sino un franco reír amoroso, que iluminan ojos más puros y de más grata caricia luminosa. Sus maneras suaves y su quejoso acento me fingen dentro del alma un arrullo de la tierra. Sí recuerdo una vez que por pasar la hora de la siesta, me recogí dentro de la hamaca y estuve adormilado: Del cortijo llegábame el olor del pará y de los limoneros en flor, alzábase lentamente la temperatura en aquel indefinible rumor ambiente de la vida tropical. De pronto un murmullo destacóse y el canto de una rapazuela que arrullaba un niño de la casa, fue surgiendo en tan quejoso acento y suave ritmo, que yo le sentía ir y venir con el juego de la brisa, como una voz de la tierra madre, como el amor de la patria hecho voz y arrullo: "Duérmete, niño; duérmete, niño," cantaba argentina y melancólica la voz adolescente. "Duérmete,niño. . ."Y parecíame que hubiese llegado de nuevo a mi niñez y oyése en ese instante el acento de Maya, la fascinadora, dándome en ritmos la emoción perdurable de mi patria. Lejos, después, entre el rumor de los grandes bulevares extranjeros, aquella música infantil repercutía en mi memoria y su grato rumor me hacía mirar al horizonte por si ocurriese que mi patria me llamara desde él.

***

Desde el norte de la llanura tolimense hacia el mar Atlántico la raza varía. No es ya el mestizo sólo, pero el mulato y, a las veces, el negro puro de importación directa o de origen jamaicano. Varía la raza y el espíritu también. A la dulzura tolimense sucédense la alegría y el bullicio de la Costa. Es el canto de la marinería con su incuria en el decir social y en el pensar moral, con sus juegos y sus risas, con su democracia uniforme, en que el más puro tuteo que se estila en Colombia sirve para tratar al rapazuelo que se creía desnudo en la ladera, en memoria de una danza febril, y al arrogante jefe político que allá en la urbe litoral protege con franca y orgullosa devoción de padre. La raza y el espíritu también. Hasta aquellas estirpes españolas que ennoblecen a la augusta Cartagena

de Indias y aun arraigan en Santa Marta, Mompós y Barranquilla, son liberales en el pensamiento, generosas en el trato social, y, por sobre todas las cosas, como sus casas, abierto el espíritu a la brisa letificante de otros mares y de otros lejanos continentes.

A ese litoral atlántico llegan también los ricos aluviones de la región chocoana, cargados del misterio de un destino que se debate entre sus pobladores negros, incultos, el oro blanco de sus arroyos y el sueño inquietante de otro canal hacia el ambicionado océano de Balboa.

Y de esta región hacia el sur demoran los pueblos del Antiguo Cauca, de accidentada historia y prolijo análisis social. En la parte que propiamente merece su nombre, en la hoya de su dilecto río, hallamos una involución de raza blanca y una evolución de mulatos que es asaz instructiva para la tesis que estudiamos. El hidalgo payanés y el mulato vallecaucano representan las etapas de una vida tropical dentro de las determinaciones libres de la naturaleza. Aquél murió anémico y empobrecido, alzóse éste al impulso de su sangre resistente, de la acción antioqueña de un lado y de la influencia yanqui del otro. Y desde lejos la impresión parece definida: Las abejas del Valle fabrican mieles de civilización material, mientras en Popayán canta su epifanía la cigarra armoniosa de la raza. Y fue tan rápida la transición, que en la historia del Cauca falta una generación intelectual.

Más allá, del lado sur, nuevamente se cruzan, sobre la altiplanicie nariñense, el aborigen con el blanco; y del Telembí hasta Tumaco, el negro prospera y el blanco se mestiza en contadas unidades.

***

De este escorzo casi inverosímil que os acabo de hacer me viene una enseñanza de delicadísimas consecuencias que vosotros entenderéis pronto y trataréis con reposado intento. Es el hecho que a la manera como en tiempos precolombinos verificóse una invasión caribe que a poco más habría destruído la rudimentaria cultura muisca y quechua, como ya otra invasión destruyera algo más remoto en el valle sur del Tolima,hoy sube,lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos ha.

cia las venas de nuestra raza. De tres hechos tomo esta deducción: porque se ve oscurecerse más y más la población colombiana al paso del tiempo, porque de los 58,000 esclavos negros que sólo había al comenzar el siglo XIX, hoy hay 400,000 más o menos puros, y un millón de mulatos discernibles; porque la sangre oscura resiste en sucesión de mezclas cinco generaciones y sólo tres la blanca; porque el trópico mata a ésta con sevicia; porque la india cede terreno en la lucha vital. El problema es sutil. Condiciones de resistencia, condiciones de democracia, condiciones de imaginación ardiente y aun de simpatía, hacen del mulato un elemento provechoso. En la Costa, en Antioquia y en el Valle da buenos productos de notable vigor intelectual. Pero la civilización europea y americana impone criterio pesimista para un futuro lejano en que el influjo de la sangre oscura predomine, como en las regiones antillanas y aun en Panamá. Si, como parece, ese predominio acaecerá en la continuidad de las circunstancias actuales, esto puede ser grave mál, y a preverlo os convido con máxima discreción.

***

Veamos primero la acción del clima para establecer algunos datos. En esa zona que va desde mil quinientos metros de altura hasta el nivel del mar, reside el escollo más grande en contra de la civilización y la raza. Sobre todo en las vertientes hacia nuestros ríos y en la cuenca selvática de sus riberas. Vista la población de Fosca, Cáqueza y otros pueblos orientales, y la población de Guaduas, Cunday, Tolima, en general, etc.,aparece una grave, una inapelable confirmación de la tesis del doctor Jiménez López. La anemia tropical, el paludismo, la disentería han traído a muy menos a los moradores de esa zona. Productos recargados con la debilidad paterna, los niños no vegetan bien, y tienen insuficiencias glandulares, mala conformación y aun cretinismo e idiotez, que se suman a la infección parasitaria de que luégo son víctimas. Conozco esas tres regiones y no puedo asegurar nada bondadoso de su porvenir, sino afirmar categóricamente que van hacia una rápida degeneración. Tal ocurre, también, en las hoyas hidrográficas del Apulo y del Ríonegro por acá, del Nare y del Lebrija, del bajo Cauca y Nechí más al Norte,

del Sinú, del Atrato, del San Juan, del Patía, del Putumayo, del Caquetá, del Meta, del Guaviare y del Arauca, del Catatumbo, del Aracataca y del César. Es el problema magno. Vislumbres de él dan las tesis de Enrique Enciso para estos lados, de Uribe Piedrahita para la ruta ferroviaria proyectada hacia Urabá, que dejan el ánimo alebrado y perplejo. Es que por ahí vegeta una masa enorme de población colombiana sometida, en más de un cincuenta por ciento, y a las veces en un 90 por 100, a la helmintiasis de todo género, al paludismo de toda forma, a la disenteria de todo bicho, y a otras endemias no bien estudiadas aún. Así el pian, o bubas, que tánto se parece a la sífilis, se encuentra en la Cordillera occidental, por el Atrato, por el Cauca inferior,por Muzo,etc.La leismania tiene a su cargo terribles úlceras y odiosas deformaciones,no bien conocidas quizá entre nosotros.El coto de esas tierras templadas, ¿será sólo degeneración tóxica del cuerpo tiroides o grave indicio de Leismaniasis crónica? La presencia del pito en varias regiones cálidas de la república, su abundancia, por ejemplo, al pie de la cordillera de Abibe, donde un valle fue llamado en el tiempo de la conquista "Valle de los pitos", a causa de su extrema abundancia; la presencia de la úlcera tropical debida a su picadura que he observado en Antioquia, Tolima, etc., el terrible bubón de Vélez, llamado "uta" en el Perú, angustiosa dolencia deformante de esta región oriental, la existencia bacteriológicamente comprobada de la tiroiditis parasitaria en Venezuela, Perú y Brasil, hacen de mi observación un hecho aceptable y digno de mejor estudio. Algunas fiebres raras del Tolima, no palúdicas, ni recurrentes, ¿a qué se deberán? ¿Espirilasis nuevas serán determinadas en el próximo futuro, como ya parece anunciarlo una reciente observación? Los recursos del Gobierno no alcanzan a dominar ese problema. Contra las comisiones sanitarias está el dilatado territorio, contra el timol y la quinina, el atoxil y el yoduro, están las reinfecciones incesantes. ¿Qué hacer?

Ahora sí podemos mirar cara a cara las tesis contrapuestas. Un núcleo de población, como la quinta parte de la República,que en esta Cordillera oriental se debilita por mala alimentación, alcoholismo, reumatismo, incuria y,

sobre todo, deficiente educación; núcleos dispersos, como de un tercio de la población colombiana, que están en lucha contra el trópico,que son pobres para defenderse y están ya degenerándose, y, no tienen tampoco educación.Contra eso, una sociedad inteligente que vigila desde las cumbres de los Andes el hogar patrio y tiende las manos en ayuda fraternal, ordenando la lucha, distribuyendo su sangre y previendo el porvenir; y una raza oscura, de resistencia, que es remedio temporal quizá y peligro a su vez.

El grito de Jiménez López tiene, pues, razón científica suficiente como alerta que nos da de un peligro innegable y difícil de vencer, inmensamente difícil de vencer!

Mas no soy pesimista. La raza se enorgullece de sus progresos en el orden político y social. Nuestros gobiernos y nuestros gobernados ostentan ante los pueblos indoespañoles el oro puro de su conducta democrática; las industrias prosperan con paso firme; el comercio acrece su "volumen" año por año y busca salidas apropiadas; la sociedad tórnase consciente de los mil y un peligros que la asechan, y trabaja, generosa e incansable, por vencerlos. Mirando a la faz de la República se ve, en vista de conjunto, que el bién gana palmo a palmo terreno sobre la adversidad de la naturaleza y el triste fatum que nos cupo en suerte.Yo diría, y lo diré tras meditado análisis, que si nos dejan vivir, viviremos holgada y dignamente en un futuro cuya aurora se percibe en todos los horizontes de mi patria. En ese panorama del ensueño veo la lenta fusión de las razas con sus méritos peculiares: la gracia bogotana, la dulzura tolimense, el vigor antioqueño, la altivez santandereana, la alegría de los pueblos del litoral; y sueño también con un producto de selección, si lo preparamos desde ahora y desde ahora le evitamos los mil peligros que le cercan, que quieren y que pueden asfixiarlo. Porque mi optimismo emana de la capacidad de reacción moral, industrial y política que ha demostrado Colombia desde 1909 para acá y de su invencible tradición civilista y democrática; de la cual reacción es un ejemplo palpitante el anhelo con que nos habéis escuchado en esta justa del pensamiento colombiano para franquearle una vía y un risueño porvenir a la raza. Y emana mi optimismo de que todo lo hemos hecho solos, inclusive edu-

car a nuestros gobiernos y desarmar el desprecio de los extraños. Solos, sin inmigración, sin dinero extranjero, más bien acechados, vilipendiados y cohibidos. Solos, gritando al mundo que queremos paz y civilización,y clamando ante nuestros gobiernos para que nos den civilización y paz.

***

Pero nuestra situación en el Continente, nuestra historia y los problemas de la inmigración y del capital extranjero abren nuevos derroteros a nuestro estudio. Ni digáis vosotros que es demasiado ya: apenas hemos comenzado ahora. Nosotros, si mucho, tendremos el honor de ser los precursores de la gigantesca labor que demanda el sostenimiento de Colombia como entidad culta y soberana.

Y así os digo con relación al problema de los inmigrantes, que es preciso no tomarlo como una adición meramente, sino acordarlo con las necesidades regionales y con el propósito de reforzar nuestra soberanía nacional. Necesitamos tres núcleos principales: uno en Boyacá, hacia los fértiles y hermosos valles de Sogamoso, Santa Rosa, Floresta y Miraflores, con el fin de levantar el espíritu y de reforzar la vitalidad del pueblo boyacense, con el fin de darle impulso a sus industrias y orear su consciencia con brisas marinas que despierten amplitud de ideas y orgulloso concepto de la vida. Y sobre todo para preparar la conquista industrial de los Llanos orientales. Necesitamos otro núcleo en el Huila para refrescar la sangre anémica de sus pobladores y evitar el estancamiento y la decadencia de tan simpática población, y para reforzar la conquista industrial de esa tierra de Canaán que comienza en Florencia y termina no sabemos dónde, en esa infinita selva internacional amazónica. Otro núcleo debiera ir al corazón de Antioquia. Parece raro que así lo diga, pero siendo ese Departamento el centro de la República,geográficamente, y también como vigor de raza, todo lo que sea robustecerlo y depurar su sangre nos es útil.

Mas la manera de colocar estos núcleos de sangre nueva varía en cada parte, y varían también las razas que conviene seleccionar para el cruzamiento. Antioquia resiste la mezcla con sangre sajona, y ésta puede serle dada

por medio de artesanos que en cada población se asocien con los nativos del oficio a fin de que no sean rechazados en pugna abierta.En el Huila conviene iniciar la inmigración en forma de mayordomos de hacienda con derecho a pequeños cultivos.En Boyacá debe de entrar sangre alemana vigorosa, que no ambicione regresar a su patria después de hecha la fortuna. Y debe de venir acompañada de sus mujeres,porque el cruzamiento se efectúe en segunda generación, la manera más eficaz de evitar choques de incomprensión y de costumbres, en la vida del hogar sobre todo.

Estos tres núcleos serán sostén de la República. Dejemos al acaso la inmigración en la Costa y en el Cauca, porque ahí ella se hará automáticamente, y porque ahí los lazos de la soberanía nacional y de la unidad política con el interior no me tienen tranquilo, si es que vosotros me permitís continuar en el uso de la más audaz de las franquezas, como cumple a la hora presente, y al fin para que hemos sido congregados por la consciencia nacional.

Dejemos también de lado la consideración de traer inmigrantes de determinada religión, no sea que introduzcamos pobladores dados al licor y a la delincuencia. No queramos sacrificar a Isaac en el altar de Dios, porque Este ya lo perdonó, y no tenemos nosotros por qué ser más bárbaros que una remota tribu semita.

Debemos atender con máxima discreción al mantenimiento de nuestra soberanía. Más felices seríamos quizá en lo material si nos plegásemos a un dominio extranjero. Pero las naciones tienen destinos ideales qué cumplir, lenguas propias en qué verter el corazón y el pensamiento de la raza; y de la vida independiente derivan satisfacciones inefables que no pueden compensar ni la holgura máxima, ni el oro.

El pueblo americano que hoy nos contempla en el radio de sus ambiciones económicas y políticas, es un pueblo grande y puro en su vida interior. Pero las naciones, por interesante fenómeno, que aún no ha estudiado la filosofía de la historia, tienen una moral internacional retardada dos mil años, con relación a la que practican sus mismos ciudadanos, y roban, asesinan, violan y oprimen en puro siglo XX, como una horda de Alarico. Colombia

no tiene qué agradecer a nación alguna grande un solo movimiento de justicia, y yo no sé por qué nos vemos interesados en el conflicto europeo, poniendo de un lado u otro platónicas simpatías, cuando esos pueblos han reído de nosotros a mandíbula batiente, cuandoquiera que uno de ellos nos envía sus escuadras y sus notas diplomáticas en la fácil y cínica actitud de humillar nuestra impotencia. Y no creáis que todo es maldad de instintos. Raro fenómeno, inexplicable también aún, es el del contenido conceptual de la justicia, como sentimiento individual o internacional: porque no es una idea que, a la manera de esas vidrieras de color, puédase mirar por adentro y por de fuéra sin notorio cambio, sino que tiene relieve y diferencias, como tántos otros conceptos generales, a saber: pues mirada desde abajo, significa el amor de la igualdad y de la reciprocidad; y mirada desde arriba, quieren que signifique orden de autoridad y subordinación. Así os explicaréis por qué los hombres y los partidos desconocen en el gobierno principios que proclamaron en la oposición o en el destierro, y por qué los pueblos victoriosos se comportan con el vencido por modo tan igual.

Estados Unidos necesitan algo más de nosotros todavía. Adquirido el Canal para la defensa fácil de sus costas occidentales, emprendieron la conquista del mar Caribe, que les diese manera de consolidar esa posesión. De ahí la influencia en Santo Domingo, Puerto Rico, Nicaragua y Panamá, etc. Pero Cartagena y Buenaventura quedan en el radio de una corona de defensas que ellos han previsto para su obra predilecta; y el Chocó puede ser o no ser una posibilidad enemiga de ella, pero siempre la tendrán en la cuenta de sus previsiones. Su actitud en lo del Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones indica, con luz meridiana, que algo más tienen qué hacer en la América Latina. Y todo cuanto hagan será aplaudido por suramericanos y europeos. En esto no debe de haber ilusión. Ahora bién: ¿Cuál conducta nos conviene establecer? El sistema de conquista estadounidense no es uniforme para todos En una parte les satisface el predominio económico, en otra la dirección de los negocios internacionales, en otra la más descarada esclavitud. Es cuestión de conveniencias, propias, en parte, y en parte de las resisten-

cias con que tropiecen. Cohiben por las armas, como en 1903, a Colombia, o cohiben por el dinero, como ocurrió a Nicaragua, o cohiben por aislamiento económico y diplomático, como ocurrió a Méjico. Su superioridad no se discute. La resistencia airada nos arruinaría, con gran regocijo de las naciones hermanas y del mundo en general. Sólo la astucia en el propósito y la honradez en la conducta, pueden salvarnos. Pero es lo que no hemos hecho todavía. Para realizarlo, es preciso conocer a fondo la política americana y el corazón de los americanos. En el siglo de relaciones diplomáticas que llevamos con ellos, sólo un hecho, de nuestra parte, les ha impresionado de modo favorable, y fue cuando Pedro Nel Ospina les indicó "personalmente," que no convenía la visita de Mr. Knox a Cartagena. Años más tarde pude darme cuenta de que esa actitud de sinceridad había hallado eco de simpatía en el corazón americano. Y sin embargo, la actitud sincera debe ser discretísima, porque ningún poderoso resiste una serie indefinida de desplantes.

De otra manera nos necesitan los americanos, y es como propietarios de carbón y de petróleo. En la lucha sorda que han entablado contra Inglaterra y Japón, ellos saben que el combustible dará el triunfo. El Gobierno de ambas partes así lo ha expresado públicamente, y de ahí la pugna comercial que sostienen en Méjico, Centro América, Venezuela y Perú. En sólo Méjico, tienen Estados Unidos e Inglaterra invertidos en petróleo seiscientos treinta millones de pesos mejicanos. Colombia sigue en esta riqueza a aquel país, y de ahí esa enorme agitación que conocéis por acapararla. Mas no quieren gastar dinero, pues conocen nuestra condición de pobreza y aguardan adquirir el tesoro a precio de quiebra. Ni creo que deseen explotarla pronto, sino tenerla consigo, negociar a la bolsa en Nueva York y asegurar el porvenir. Sobre todo, asegurar el porvenir. Dicen que en tiempos de la Administración Roosevelt, la Standard preguntó a su Gobierno si garantizaría el capital que invirtiera en Colombia, y que se le contestó negativamente. Hoy invierte capital y disfruta de influencias.

No creo que nosotros nos hayamos trazado antes un derrotero diplomático preciso y continuado. Y ahí estriba

nuestra debilidad. Si no nos definimos, no podemos obrar inteligentemente. Nuestra situación requiere la astucia que desplegaron los italianos para defender la unidad de su pueblo y sacarla del caos a la altura en que hoy se encuentra. Y requiere, otro sí, la serenidad con que los japoneses sortean los infinitos obstáculos que su engrandecimiento tuvo que vencer y tiene que vencer todavía. Astucia y serenidad: suprema serenidad. Precisamente lo que nos falta. ¿Creéis vosotros que hemos dado muchos pasos con consciencia clara de su alcance y valor? Pues yo no lo creo. Hasta hace poco tiempo este régimen presidencial que ahora vamos mitigando, mediante nuevas instituciones y juntas asesoras, dio de sí frutos de incuria y de mezquina imprevisión. Como que privaba en la selección del personal diplomático un compañerismo político, en que la capacidad no fue tenida en la cuenta de los cometidos especiales; con lo cual cosechó la República amargos frutos de ridiculez, que no son para memorados ya. De esa viciada cepa institucional surgían también, y de ello acá no va mucho tiempo todavía, ingenuas iniciativas personales molestas para la dignidad de la nación. La falta de un plan definido y continuado, hizo posibles los fracasos máximo de la diplomacia colombiana, que fueron, la prórroga de la concesión a la Compañía francesa del Canal de Panamá, y el muy poco meditado decreto sobre el petróleo. Porque de la primera nos vino el zarpazo yanqui en nuestro territorio, y del segundo, la oportunidad de pulsar la banca y el gobierno norteamericanos nuestra solidez de pensamiento y nuestra solidez de voluntad.

No me mueve inquina contra nadie: Muéveme sí el deseo de preparar la redención del futuro, recordando la incuria del pasado.

Los americanos del Norte necesitan lo nuéstro, y mirad la situación que les preparamos. A ellos que trazan sus obras con estudio y las cumplen con decisión. Nos conocen el alma a fondo y conocen nuestro territorio palmo a palmo. No hay posibilidad de hacer un descuento en un banco, sin que ellos lo sepan y calculen por él nuestra grandeza ciudadana. Todo lo saben: y si es preciso abandonar el "two steps," de nuestros salones, por un viaje al Istmo de San Pablo, allá irán. Todo lo saben: con 25 millones

en perspectiva, nos van quitando poco a poco el juicio, la previsión y la soberanía.

¿Qué hacer, entonces? Señores: nosotros necesitamos aprender una serenidad pluscuamperfecta, si queremos salvarnos. Somos emotivos y disolvemos en sacudidas inútiles, en gritos y llantos, la fuerza que nos fue dada para pensar y para obrar. Señores: yo os propongo pensar en silencio, como hicieron su obra los italianos, y obrar en silencio, como hacen la suya los japoneses. No es posible vencer en pugna abierta, ni existe la justicia de los débiles.

El final del caso de Mr. Knox, el final del decreto de los petróleos, y otros pormenores más, indicaron a Norte América nuestra debilidad de carácter, nuestra incapacidad de pensar con previsión y de cumplir con serenidad. De ahí que yo estime la nota de Mr. Fall como una ironía.

Vosotros habéis abierto una inquisición sobre la raza como sangre; yo la he extendido a la raza como espíritu también y como nacionalidad. Oídme más aún, que si tántas cosas os he dicho y os diré todavía, es porque pienso que no sois una muchedumbre anónima, sino el alma de este pueblo y su consciencia nacional.

Parece que el nombre de Colombia tuviera un hado adverso. Descubierto el continente americano un discreto sabio de la discreta Corte de Renato II dióle por error el nombre que lleva. Años más tarde el mismo Walsemüller quiso enmendar su yerro y llamar Colombia al nuevo mundo descubierto por Colón. Ya era tarde. Siglos después dio Bolívar ese nombre a medio Continente suramericano, y vino la discordia de los caracteres a romperlo de nuevo. Quisieron los legisladores del 63 aplicarlo a la tierra neogranadina, y no parece sino que los vecinos de acá y de más allá le consideran un "ponqué" de novia de fácil digestión y grato al paladar.

Que tal es la historia vista desde fuéra. En la íntima formación de nuestra nacionalidad aparece otro rarísimo fenómeno: Como si se hubiese efectuado a la inversa, de lo general a lo concreto, de la cúpula a las bases. Una vaga aspiración americanista movió a los precursores de la guerra magna. Formóse la nación antes de existir el espíritu de nacionalidad, por tal modo que nada hay más

disparatado e incongruente que las ideas preconizadas por gobiernos y revolucionarios en las primeras décadas de nuestra vida independiente. Cuando ya hubo espíritu nacional aún no existía concepto político, de donde esa serie de revoluciones con caracteres tan confusos, personalistas a las veces,contradictarias las más.El siglo XX nos sorprendió sin haber formado la república, sin igualdad de los partidos ante el ejercicio de la democracia. Verificada la organización de las fuerzas políticas dentro de una constitución, es decir, creada la unidad espiritual de la república, apareció que no tenía alimento de qué vivir, se vio que sus recursos fiscales y económicos habían sido ración de hambre para el organismo. En todas estas etapas nos sorprendió el año de 1909. Entonces principió a existir de verdad y en el derecho nacional la República de Colombia.

Aleccionada por el infortunio de Panamá pareció emprender una vida de progreso y de legítima civilización, dentro de la unidad de una democracia soberana. Mas esta visión de soberanía no duró mucho. Los norteamericanos que vieron en 1912 el gesto de confusión y de timidez que hizo nuestra diplomacia ante el incidente Knox, comprendieron que andábamos sin brújula y enderezaron hacia nosotros sus aspiraciones. Y no encontrarán obstáculo insuperable en su táctica de avanzar por sondeo paulatino hasta la hora—indudablemente anotada ya en su derrotero del futuro—en que nos digan lo que es de su conveniencia.

Para mí Colombia,tal como la soñaron algunos de sus fundadores y patricios: entidad política, soberana y democrática, no existió sino cortos años, porque fue ayer cuando lo fue en verdad y hoy se presiente algún menoscabo de su soberanía.

Un análisis de su vida pasada es una deliciosa lección de sociología y de previsión.

Partiendo de las ideas vagas de nuestros precursores sobre democracia y americanismo, Bolívar y sus compañeros construyen una República en flojos cimientos de ideal. La guerra magna es una guerra civil entre los criollos cultos y la masa analfabeta. Las ideas generosas van bajando de la cima del genio que las recibió de la historia y

de la propia vida espiritual de las ideas hasta el testuz cerrado de mulatos y aborígenes. Esa formación republicana de Bolívar no tiene las bases económicas que son fundamentales, ni espíritu unificado y armónico. No tiene concepto de derechos, ni de deberes definidos, y es un milagro de sér que se sostiene en el aire de una aspiración romántica. Santander vislumbra genialmente los escollos, y de tánto que falta ocurre a darnos la unidad territorial definición,y un poco de unidad espiritual mediante la educación y el orden.Ni esto logra, pues vemos al Cauca y a Panamá andarse muy confusos sin saber qué patria preferir; y vemos a futuros Presidentes de la República desconocer el principio de la soberanía territorial. Es el caos de una formación prematura, y sólo tras dolorosas sacudidas se afirma al fin el concepto de patria.Ha llegado el año de 85. El señor Núñez encuentra ese caos al rededor de un concepto, y con visión muy clara entiende que casi todo está por hacer. Lanza su reforma, cuya nuez y esencia estriba en el encarecimiento del principio de autoridad. Para darnos ese principio, sin el cual la república es imposible, tiene que claudicar del corazón. Mediante él sufren, por reacción exagerada, las libertades políticas y la educación pública. El señor Caro lo encarna luégo con una ceguedad, disculpable si se quiere, pero destructora a su vez. Dentro de él metido verá al país irse a la ruina y a la desmembración, con gran sorpresa de su arrogante patriotismo. Para sostenerlo hay que cerrar los ojos a la crueldad de los unos y a la ambición desenfrenada de los otros, que quisieran hacerse millonarios con el haber de los enemigos políticos y de la escasa hacienda nacional. De otro lado el señor Núñez encuentra en la Iglesia católica un baluarte para el principio que prevé su inteligencia y encarna su reforma, y acepta esa alianza con toda la repulsión de su espíritu escéptico. Es el sacrificio heroico de su personalidad en aras de una convicción patriótica. Entonces aparece el Concordato Rampolla-Vélez-Angulo. ¿Os imagináis el gesto del señor Núñez ante aquella obra de concesiones inverosímiles? Años atrás había él rechazado el que firmó el señor Sergio Camargo, por lo cual León XIII exclamó desconcertado: Y entonces, ¿qué quieren los colombianos? ¿Lo que queríamos? El hijo astuto de una ci.

vilización milenaria no podía entender el caos de un pueblo en formación, y debió de morir sin vislumbrar por qué rechazábamos el triunfo y besábamos agradecidos la coyunda recia. Para sostener ese principio de autoridad era también preciso fortificar la cabeza del gobierno, y de ahí provino el régimen presidencial. Yo no entendía por qué la acción del Poder Legislativo era entre nosotros baladí y subordinada, por qué una fuerza misteriosa rechazaba siempre la evidencia de las reformas mejor fundadas, inteligentes y previsoras, y me debatía creyendo fuese incomprensión lo que sólo era instinto y sistema inconmovibles. De ahí que la reforma electoral haya sido mantenida en etapa inferior, aun por reivindicadores de las libertades públicas, como los señores Concha y Restrepo. De ahí que la reforma militar fracasase en manos de tan esclarecidos varones. Lo que fue pensamiento luminoso en el señor Núñez—y no genial,porque él lo vio existente ya y vigoroso en Inglaterra—no tuvo realización sensata que lo limitase a ser norma y no escollo, brújula que guía y no áncora de retención. Es así como ha obrado sobre la Instrucción pública. Al entrar en la vida ciudadana me llené de confusión y pasmo por ver que eminentes hombres públicos no modernizaban nuestra Educación. ¿Era que ignorasen el progreso del mundo? No: Mayor fue mi desconcierto al hablar con ellos y saber de ellos todo cuanto yo sabía sobre reformas de la pedagogía moderna. ¿Dificultades de dinero? Una vez indiqué la posibilidad de hacer de las Escuelas normales una base científica de la Educación nacional, y no me oyeron. Pensé entonces que sería abulia y dejadez, y volví con un proyecto de cartillas para la educación popular. El Gobierno no tenía nada qué hacer, yo las conseguiría de especialistas en la industria, la pedagogía, la sociología y aun de la moral y de la religión católicas. Muda cara me pusieron. Entonces suprimí las del proyecto en que figuraba mi nombre. Poco más adelanté. Yo las haría imprimir, las repartiría al país, pueblo por pueblo, entre agricultores, maestros de escuela, alcaldes, párrocos; es decir que las llevaría al alma misma de la raza. Serían sobre agricultura, comercio, ahorro, moralidad, contra los vicios, contra las enfermedades, etc. Y no era un delirio, al Ministerio mos-

tré diez hechas ya, sobre bebidas, sobre ganados, sobre higiene. ¿Qué resultó? En mi poder está la nota definitiva en que un Ministro de Instrucción pública rechazó de plano mi proyecto con todas sus ilusiones. Entonces conocí la verdad. Era el principio de autoridad del señor Núñez que se defendía ciega y sordamente en la consciencia atardida de sus continuadores. Los señores Restrepo y Concha que alcanzaron el poder como impugnadores de la exageración de ese principio, y a quienes mucho debe la República en otras actividades, sucumbieron a él. El señor Restrepo dejó viciada la Instrucción pública, y descaecida la reforma militar. El señor Concha no tuvo ideas para salvar al país del estancameinto a que lo condenaba el conflicto europeo. Desequilibrada la Hacienda pública no aprovechó el momento para reformar el sistema tributario. Fue como una estatua de la legalidad: En un momento dado pudo crear la marina mercante de Colombia mediante la compra de unos buenos buques alemanes internados en Puerto Colombia y Cartagena. Habríamos ganado algunos millones de pesos y nos hubiéramos defendido seguramente de posteriores afrentas. No parece en general sino que en el poder todas las inquietudes se apagan y sólo persiste el célebre principio de autoridad.

Vino luégo la Administración del señor Suárez a confirmar nuestra grande devoción por las tradiciones de autoridad vigorosa, pues ella trajo a la vida pública los restos de un partido juzgado ya en los fastos de la historia colombiana. Por ello merecería el calificativo de teratológica, ya que volvía atrás la marcha de las actividades políticas. Felizmente la vida es irrefrenable, y corrientes hacia las industrias y los problemas sociales se impusieron y desviaron a su vez la que pudo ser funesta regeneración de antiguos hábitos. Mas si las reformas que espera la república tardaren más aún, como parece, la marcha general de ésta será claudicante y peligrosa, pues no en balde se desarmonizan el progreso material y el espiritual, moral y cultural.

El gobierno del señor Reyes no puede pasar inadvertido al sociólogo. En él admiro un prodigioso instinto político. Así como Bolívar inició la patria territorial, Santander la espiritual y Núñez el orden, Reyes adivinó la ne-

cesidad económica de nuestra nacionalidad. Fue una adi. vinación confusa que también tuvo Uribe Uribe, y que mal interpretada sirvió principalmente para disolver los partidos y desquiciar las ideas. Mas fue tan grande que ni los partidos ni las ideas lograron luégo reponerse. Y fue tan grande que todos los disparates juntos que su descubridor hizo no ahogan el principio fecundo de su acción. Era un pueblo con hambre, y el hambre es un factor de revolu. ciones. Era un pueblo con hambre, y el hambre es un factor de claudicaciones morales. Así pues la obra de Reyes, aunque sin bases científicas, completó la obra de Núñez y la obra de Santander.

La carencia de una base económica en la constitución de nuestra nacionalidad hizo, a mi ver, nugatorios los esfuerzos de la raza por darse estabilidad en el gobierno, ecuanimidad en los partidos, adelanto en la sociedad, bri. llo y grandeza en los ciudadanos. La obra de Santander, la obra de Mosquera, en su primera administración, las de Mallarino y de Murillo Toro, las de Berrío y de Parra, hermoso ejemplo y prueba irrefutable de nuestra capacidad para sostener las instituciones democráticas y la soberanía republicana, fueron destruídas por la pobreza que hace de los pueblos conglomerados irritables e injustos.

Pero los actuales hombres directivos de Colombia, en el Clero y en el Gobierno civil, ríen un poco de la sociología y creen que el bién obtenido es prueba de que debe. mos estancarnos en los principios que lo han acompañado.

Y todos nuestros gobiernos han cometido un más grande pecado y grave error: no han entendido la misión de preparar la juventud para las tareas del futuro, y en vez de seleccionarla y enviar a los mejores al Exterior para que complementen e intensifiquen sus estudios,como lo hacen los gobiernos civilizados o que aspiran a serlo, usan del atributo constitucional que les permite el libre nombramiento y la libre remoción de los empleados públicos para apoyar a los gansos de inteligencia que mejor satisfacen a sus preferencias partidaristas o simple. mente amistosas. En contra de esta regla general—si a tal hábito dañino pudiésemos llamar regla—sólo recuerdo la hermosa y provechosa iniciativa que hicieron el Presidente señor Restrepo y su Ministro el señor Olaya Herrera.

Interprétese como se quiera, dígase en su defensa lo que pueda decirse,a mí me parece la tal costumbre una incuria de estadistas y una estafa de gerentes.

***

Ahora sí, señores, oíd mis conclusiones sintéticas:

En este momento hay en Colombia,de un lado: I. Una soterrada amenaza estadounidense de restringir nuestra soberanía nacional; II. Una insuficiencia de educación que hace de nuestro pueblo un niño incapaz de luchar victoriosamente por la vida; III. Escasez de recursos económicos para el desarrollo general del país y en especial para la higiene de la porción enfermiza de nuestro territorio. Del otro lado, grupos étnicos vigorosos todavía, y un espíritu inteligente y alerta, que a través de un siglo de vicisitudes está a punto de sacar avante la raza y la república.

De ahí se desprende que no hay degeneración, pero sí peligros, y que esos peligros són de muerte.

De cada una de las cláusulas analíticas que he hecho surge una solución. Quiero sin embargo deciros de la más apremiante de nuestras calamidades, de la calamidad internacional, que es deber nuéstro, difícil y grandioso, mirarla con la serenidad augusta de los estoicos, que robaban al dolor tiempo para pensar. El tratado es una mentira. Pero debemos hacerlo aprobar para evitar que Panamá encuentre en algún archivo sevillano el documento que permita a la escuadra americana ocupar las bocas del Atrato. Para hacerlo aprobar es preciso destinar diez o quince millones, si no los veinticinco, en iluminar nuestra justicia en el cerebro de algunos Senadores y Representantes norteamericanos, como dicen que hicieron Rusia para la venta de Alaska y otros países que con ellos han negociado. E iluminárselas en silencio, conservando el decoro debido a su grandeza ciudadana y buen nombre.

Luégo concederles lo que les sea estrictamente necesario para la defensa de su gigantesco territorio y de su vanidad nacional, mientras llega el socialismo y les disuelve un poco su ambición y su justísima soberbia.

Y nada de emoción, nada de gritos. En silencio se cumplen las obras grandes. En silencio corre el majestuoso caudal de los ríos; en silencio se verifica la rotación univeral; en silencio se ilumina la mente de los hom-

bres geniales. En silencio preparemos la grandeza de Colombia.

Pero no en el silencio de la muerte.

***

Y no hay que desmayar. Surja dentro de cada corazón colombiano la fe activa, y previsora por lo tanto, en un destino cada día mejor y más consolidado. Fuerzas tenemos que con sensata dirección nos salvarán: Los psicólogos y sociólogos norteamericanos y europeos que nos estudian padecen de una miopía circunstancial y racial. En esta ciudad andina, a dos mil seiscientos metros sobre sobre el nivel del mar y mil cuatrocientos kms. de selva distante del océano, ha habido una tradición cultural meritísima. ¿Cómo comparar los recursos de un estudiante de Oxford y de la Sorbona con los de un estudiante de Bogotá? Y con todo ¿no fueron aquí halladas nuevas leyes para el barómetro, y nuevas tablas para la rotación de la luna, en un humilde observatorio fabricado en el siglo XVIII? Y aquí se clasificó gran parte de la flora intertropical; aquí hubo políglotas que aprendieron más de veinte idiomas con su callado y aislado esfuerzo; de aquí salieron profesores de árabe para Bélgica, de lenguas orientales para España, y de lenguas clásicas para Roma; aquí se interpretó en el mejor castellano la mejor epopeya latina; aquí se desentrañaron los más recónditos secretos del habla madre; y hombres de estas aisladas altitudes se codearon de igual a igual con los creadores de la ciencia del lenguaje, y fueron primeros entre primeros en el estudio de las lenguas romances. Y estadistas hubo al comienzo de la éra republicana que de niños, a la luz del vivac revolucionario, en la caldeada atmósfera de los Llanos orientales estudiaron, aprendieron, y luégo practicaron, cuanto la ciencia enseñó en sus tiempos; los hubo más tarde que en Inglaterra se asimilaron con pasmosa ductilidad la tradición milenaria de la vieja cultura sajona.... A estas alturas y a estas distancias ¿no es aquel esfuerzo de la raza superior a muchos otros efuerzos europeos y americanos? Nuestro infortunio, entonces, ¿de dónde nos ha venido, tan ciego y tenaz? La zona deletérea arrojó de las playas marinas nuestra población hacia la cumbre de

apartadas serranías, y de ahí proviene la primera dificultad de nuestro adelanto material. Sin comercio exterior los habitantes de esas serranías fueron pobres y no lograron darse oportunamente vías de comunicación, y en ello estriba la persistencia de nuestro atraso. El oro mismo y el trabajo de las minas fueron engañoso espejismo y causa muy grave de estancamiento industrial. Pero no inculpo a la raza. Ella hizo el milagro de conservar el ensueño constante de la civilización. Ni tuvo guerras de casta, ni tuvo guerras de caudillaje personalista y bárbaro. Tuvo sí anhelo incesante de cultura, libertad y democracia. Se me figura la raza ser un letrado pobre, lleno de ideologías, que a las veces le han dañado, y mucho, pero generosamente, y de dificultades económicas que no le permitieron mostrar al mundo lo que puede y lo que hace. Prueba de ello es el momento actual en que manifiesta haberse formado un concepto práctico de la vida y haber hallado, sólo y con su solo esfuerzo, derroteros de redención. Porque contra todos estos peligros de la raza y de la nacionalidad, vemos surgir por donde quiera una gigantesca reacción social. Los mismos gobiernos, que son el remolque más pesado que ha tenido que soportar Colombia, tórnanse decididos propulsores de la civilización industrial, y aprendieron al fin a respetar las libertades públicas; el mismo Presidente actual, aprisionado en los cánones de una educación clásica,realiza a los sesenta años el milagro psicológico de la readaptación, que dejando de lado las tradiciones de su partido, oye la voz de los tiempos, respeta la libertad y atiende al progreso industrial, y aun reprime sus impulsos regresivos que, libres y espontáneos, le llevarían a detener la evolución ideológica del país. El clero sale de su torre de marfil, y hoy luce una juventud que nos acompaña de corazón en el estudio y remedio de algunos problemas sociales; la prensa llena sus columnas de estudios benéficos de divulgación científica y hace esfuerzos formidables por la cultura general, el progreso material y la soberanía misma de Colombia; la juventud universitaria y los profesionales constituyen asociaciones de estudio personal y de especialización; la aristocracia social y cultural funda instituciones protectoras, gimnasios, hospitales, socieda-

des de embellecimiento, centros deportivos saludables, etc. Y por sobre toda la haz de la República pasa un aire tibio de renovación que desentumece los espíritus.

¿No lo habéis notado vosotros? Las paralelas ferroviarias se van hundiendo más y más en la maraña de los bosques, y trepan audaces por las abruptas lomas: de aquí descendemos hacia Girardot dos mil metros en pocas horas, de ahí arranca esa recta impecable del Espinal, a cuyos lados los cultivos exornan como un huerto de leyenda la enantes improductiva planicie abandonada. Más adelante los brazos de acero acechan la abollada serranía del Quindío por enlazarse con las líneas del fecundo valle caucano, Mesopotamia ubérrima que nos dio naturaleza, y donde germina ya un progreso cuyas perspectivas me son incalculables. Hacia el norte ferrovías y carreteras van abrazando el terreno abrupto y sujetándolo a nuestro dominio y provecho, por Boyacá, por Santander, por las bravías hondonadas del Carare y del Opón, del Suárez y el Lebrija. Más allá, la mortífera cuenca del Nus dejó rendida la hostilidad de sus aguas estancadas y de sus cerrados bosques, y, como doble símbolo, ostenta hoy en Puerto Berrío el suntuoso hotel, grito de triunfo de la raza, y, sobre una colina, a mediados de la ruta, el hospital que fue protección, enseñanza viva y previsora experiencia. Del otro lado, en el risueño valle del Medellín, entre cultivos de caña y platanares, en una temperatura amable y clima delicioso, cargado de flores y de luz, como una sonrisa de salud se alzan las estaciones de la ferrovía, blancas, limpias, frescas, rodeadas de azaleas y jazmines, cual si fuesen, como me lo finge la fantasía, el descanso que la raza se dio de sus ingentes luchas. Y no paran ahí las atrevidas paralelas, que por Bolívar, Magdalena y el Atlántico, y aun por Urabá, van corriendo, buscándose afanosas para formar la pródiga red que nos hará ricos, cultivados y alegres. Es un bello panorama prodigioso el que vislumbramos espiritualmente: crecen los pastos de cultivo en las llanuras para darnos la prometida riqueza pecuaria, en las vertientes luce el cafeto sus glabras hojas verdinegras y el rojo alegre de sus cerezas aromadas, que de tántos infortunios nos van librando, ellas benditas! Extensas plataneras de

SantaMarta; ricos ingenios de Sincerín y La Manuelita, etc. cuya zafra vale ya millones; molinos perfeccionados a la americana, para el beneficio del trigo de las mesetas altas; empresas para el laboreo del oro, que en las selvas bravías del Nechí fingen, al llegar de la noche, rebrillando sus bombillas eléctricas, misteriosa magia tropical. Grandes industrias fabriles de Medellín, Barranquilla, Suaita y Bogotá en que millones de dólares hacen esfuerzo fecundo por mermar nuestro tributo a la industria fabril extranjera. Y.... ¡cómo provoca detener el pensamiento!... allá por el encantado Valle de Bello, al pie de las fábricas mismas que son la aristocracia del capital, humilde cabaña de pajizo techo y muros de bahareque no bien guardado, pregona la cuna lincolneana del primer mandatario de Colombia, por si alguien duda de nuestra democracia civilista.

El capital extranjero va llegando, y va llegando nueva sangre de inmigración, sobre todo alemana, cuyas virtudes domésticas darán entre nosotros opimos frutos de selección. Y porque no quede sola la riqueza material, iniciaciones de fecunda enseñanza y de palpitante realidad, como el Gimnasio Moderno, se sostiene con gallardía: no ya humilde casa, sino artístico palacio guarda la semilla, allá en el norte—porque sea, el sí, la estrella polar de la raza; y no ya recluído entre las salas de trabajo, sino explorador por toda la república se nos presenta. Los pueblos al ver pasar por sus dormidas calles ese grupo infantil de colegiales alegres, orgullosos de su trabajo, de sus profesores y de su porvenir, adivinan la misteriosa fermentación de una grandeza realmente fecunda, y con modo muy sincero y espontáneo, entre los brazos los acogen al són de las músicas que enantes sólo servían para recibir a eminencias regionales de dudosa utilidad política o en las procesiones religiosas de la santa patrona parroquial. Y este Gimnasio no va siendo ya un hecho aislado, otras iniciativas lo secundan. Una de ellas es como más dilecta de mi espíritu: Allá por la Grande Avenida se alza rápidamente el palacio de la Escuela Normal: Con cuánto gusto miro la formación de sus arcos, el airoso alzarse de sus columnas, el ir todo él tomando cuerpo y forma y gallardía. En esa como ciudad

del futuro, en esa como nueva visión de la raza por su amplitud, higiene, decorado y alegre perspectiva, el Palacio de la futura Escuela Normal va creciendo, arrogante y sólido. Y me parece que cada piedra que se le añade es una idea que viene a la realidad y un sueño que se realiza de tántos que hemos soñado por que surja y viva y fecunde.

Y no es esto sólo. ¿Acaso no sería ingrato nuestro silencio?.... En Colombia—¡oídlo de pies y con emoción sagrada!—en Colombia há tiempo que conviven la ciudadanía y la libertad.

Señores: me parece que nuestra patria tiene ganada en justa lid vida muy noble, independiente y soberana.

# Cuarta conferencia

CALIXTO TORRES UMAÑA

Fisiólogo

Señor Presidente de la Asamblea de Estudiantes:

Señores:

Nada tan difícil de creer como lo que nos desagrada, y, sin embargo, nada tan indispensable para el progreso como el conocimiento de nuestras deficiencias.

Cierta vanidad muy humana nos impele siempre a aparecer ante el concepto ajeno, y aun ante nuestro íntimo concepto, como mejor de lo que somos. De aquí que aquellos que nos advierten nuestras deficiencias y nuestros errores sean siempre nuestros mejores amigos, pero rara vez serán ellos los más caros a nuestra simpatía.

Por esto es de agradecer y es de admirar el patriotismo y el valor de quienes poseídos de un honrado convencimiento, se han atrevido a denunciar degeneraciones o debilidades de nuestras razas que de otra manera sería imposible remediar.

Un grupo de pensadores, no menos eminente, ha negado esas deficiencias y las ha negado con argumentos cuyo valor sería ceguedad desconocer.

¿Cuál de las dos tendencias tendrá razón? es de esperarse que de este ir y venir de réplicas y de contrarréplicas, de argumentos y de refutaciones surgirá pura la verdad siempre hermosa y siempre fecunda.

Surgirá sí, porque el interés que aquí nos mueve no es una vana curiosidad, sino el deseo patriótico de conocer a fondo el problema y de buscar remedio para el mál si existe. Una intención de meditar cada cual en el grado de responsabilidad que le atañe y de tenerlo siempre presente en todos los actos de su vida.

De mí sé decir, para decirlo de una vez, que no me siento inclinado a sostener en tesis general, ninguna de las dos tendencias. Me parece que el problema es tan complejo, tiene tan distintos aspectos por dónde conside.

rario, que sería temerario responder con un "sí" o un "no" rotundo.

Así lo comprendió sin duda la Asamblea de Estudiantes cuando en su noble interés de solucionar este asunto eligió a individuos de profesiones diferentes. Comprendió quizás que muchas de las deficiencias de nuestros juicios vacilantes denunciadas aquí como indicios de degeneración, son debidas a defectos de orientación fija en nuestras ideas, a falta de esa "polarización cerebral" de que nos habla el sabio histólogo español,que así como esas cámaras fotográficas que expuestas largo tiempo hacia el firmamento revelan astros jamás descubiertos por el más potente de los telescopios, el cerebro que se concreta a un solo punto, puede, aun sin grandes capacidades, descubrir la verdad entre las negruras del más abstruso de los problemas.

Es evidente que para dominar una gran extensión de territorio hay que contemplarla desde lejos y que la precisión de los detalles está en razón inversa de la magnitud del campo divisado.

La ley de Edwal sobre división del trabajo cúmplese también en lo social como en lo biológico y la especialización de los órganos a las funciones es cualidad ineludible del progreso.

Parece pues que el debate tiende a especializarse. Yo por mi parte no me siento capaz de abordarlo en toda su magnitud y como comprendo que mi presencia en este lugar se debe a la honrosa cita que muchos de los oradores han hecho de mis trabajos de fisiología colombiana, he resuelto hablaros solamente del aspecto biológico, especialmente en lo que se refiere a la nutrición y sus consecuencias como el menos ignorado por mí y como que reviste capitalísimo interés en el asunto que se debate.

Se trata de un tema de alta fisiología cansado quizás para los que no tengan interés especial en él.

El público me perdonará que tenga que extenderme en explicaciones necesarias y recurra a menudo a citar mis propios experimentos como una de las bases sobre que reposan mis opiniones.

Todas las razas como las especies del reino orgánico presentan en su evolución un ciclo ascendente y

otro de decrecimiento, pero ninguno de los dos está representado por una línea recta sino que tienen ondulaciones que corresponden a estados de detención transitorios: en la línea ascendente por debilitamientos pasajeros o por mejorías y en la descendente ocasionadas por reacciones orgánicas fugaces contra la causa que está produciendo el vencimiento.

Estas causas de vencimiento residen como las de regeneración en el medio ambiente, en la alimentación y en general en todo aquello que es considerado como factor de la evolución orgánica. Y como estas causas obran de distinta manera sobre los diferentes órganos y a su vez éstos reaccionan de modo diferente sobre aquéllos, sucederá que mientras unas pierden vigor otras se desarrollan.

Al estudiar, pues la potencialidad biológica del individuo y de la especie no podrán hacerse deducciones acertadas mientras no se haga el balance de su activo y de su pasivo, de las manifestaciones vitales que tiendan a debilitarse y de las que se encaminan hacia la regeneración.

Las razas humanas no tienen por qué escaparse a estas leyes generales de la Biología, y así vemos que, por ejemplo, el desarrollo mental es por lo general deficiente en los individuos de gran robustez muscular y cómo son frecuentes en los grandes intelectuales los vicios de refracción, especialmente las miopías producidas por exceso de curvatura del cristalino, y el keratocono.

El criterio que más ampliamente guía en esta materia es el de la nutrición, porque la fortaleza de un órgano depende de la manera como se nutra; de donde el precepto de Aristóteles revaluado en los tiempos presentes de que la nutrición es la vida misma.

Principiaré pues por haceros una explicación de los procesos nutritivos para que se pueda luégo deducir de los datos experimentales la manera como estos procesos se verifican entre nosotros y la importancia que tengan en el estudio de la vitalidad de las razas. Estudiaré por último las consecuencias dentro de nuestra patología y los remedios a que haya lugar.

El asunto tendrá que estudiarse por separado en los habitantes de las alturas y en los del nivel del mar, y pa-

ra ser completo debería referirse a las diferentes razas que pueblan nuestro territorio, pero los experimentos sólo se hicieron sobre blancos, indios o mestizos.

Las células de los cuerpos vivos se gastan como todo lo que funciona, y como el organismo necesita reparar sus pérdidas, torna al medio exterior los elementos que necesita para formar sustancia propia.

La planta se sirve de los cuerpos más simples del reino mineral; las absorbe, las modifica y las convierte en tejidos propios.

El animal hervíboro toma estos elementos ya vitalizados de la planta, y el carnívoro los toma del hervíboro. De esta manera llegan los cuerpos más sencillos a constituír las más complicadas combinaciones orgánicas: la materia viva de los animales superiores.

Tal es en líneas generales el proceso de la nutrición, proceso que es tanto más complicado cuanto más elevada sea la posición del animal en la escala zoológica.

En el hombre como en todos los seres superiores el alimento, es decir, el cuerpo destinado a reparar el organismo pasa por dos etapas: la digestiva destinada a facilitar la absorción y la interorgánica,intra o intercelular, conocida con el nombre de "metabolismo".

En toda esta serie de trasformaciones dos procesos se llevan a cabo: uno de descomposición y otro de recomposición. El primero es iniciado por las glándulas digestivas, desde la boca hasta el intestino grueso, las que vuelven la materia más soluble y por consiguiente más fácil de absorber, y continuado luégo en el intersticio de las células o en el interior mismo de ellas por ciertas sustancias o fermentos que la disgregan.

Otros fermentos llamados anabólicos, vuelven a utilizar los elementos de esta disgregación para reedificar moléculas que van a hacer parte de los tejidos del animal.

Los fermentos o jugos que verifican todos estos cambios químicos desde el alimento hasta la célula son producidos o secretados por órganos llamados glándulas. De éstas unas vierten su producto por medio de un canal al tubo digestivo; tales son las glándulas que secretan la saliva, la bilis, el jugo pancreático, etc.

Otras no tienen canal sino que entregan sus productos al torrente circulatorio de la sangre o lo distribuyen directamente al organismo; son llamadas por esta razón, glándulas de secresión interna o endócrinas.

De éstas hace parte el cuerpo tiroides y el timo colocados por delante del cuello; las cápsulas suprarrenales que como su nombre lo indica están colocadas encima de los riñones; el bazo y casi todas las demás células orgánicas.

Hay otro grupo de glándulas que dan al mismo tiempo secreciones internas y externas como algunas glándulas digestivas (hígado, páncreas, etc.) y las glándulas genitales (testículo y ovario).

Todas funcionan en los distintos individuos, de diferente manera, y de la armonía de su funcionamiento depende la integridad de la nutrición.

Unas producen fermentos oxidantes destinados a quemar algunos productos, otras obran sobre las grasas, otras sobre las materias proteicas o sobre los hidratos de carbono (esto es, sobre los distintos cuerpos que integran los alimentos). Unas regulan el engrasamiento, otras el aumento en longitud de los huesos. Unas excitan la tonicidad de los vasos: (arterias, venas o capilares) y los mantienen más o menos abiertos según los requerimientos de sangre de los tejidos.

Los efectos de estas glándulas son constantes y contribuyen, unas por acciones excitantes, otras por influencias refrenadoras,a mantener el equilibrio orgánico.Que se produzca una disminución o una aceleración exagerada de cualquiera de ellas y se tendrán perturbaciones nutritivas que se traducirán ya por alteraciones vasomotoras o sean palideces y congestiones pasajeras o permanentes, ya por perturbaciones del desarrollo que ocasionan el gigantismo, el enanismo y otras anomalías parciales, ya perturbaciones en la temperatura o en el pulso, etc., etc. Las pruebas experimentales son numerosas: si se agrega, por ejemplo, extracto tiroidiano al alimento de renacuajos, éstos dejan de crecer y se transforman rápidamente en ranas pequeñísimas, mucho más pequeñas que las que se hayan observado jamás en la naturaleza.

Muchos de estos jugos obran sobre el sistema ner.

vioso o son influenciados a su vez por él. Se cree hoy con poderosas razones que las palideces o enrojecimientos fugaces son producidos por hiperfuncionamientos transitorios de ciertas glándulas endócrinas que obran muchas veces sobre la tonicidad muscular; se explican de esta manera ciertos reflejos de emotividad ofensiva o defensiva.

Sabida es la influencia de la glándula tiroides sobre el desarrollo mental,influencia que trae en los atacados de bocio exoftálmico con hiperfuncionamiento, una mayor vivacidad intelectual y la deficiencia o degeneración congenital o adquirida que—como en los bociosos ordinarios o cotudos—es causa de cretinismo.

Pero el objeto de la nutrición no es solamente reparar los tejidos: los alimentos como combinaciones endógenas, dejan en libertad al descomponerse cierta cantidad de energía que las fuerzas del organismo utilizan bajo la forma de calor para mantener constante la temperatura en los animales superiores o de trabajo mecánico en el ejercicio de los músculos y aun en algunos organismos bajo la forma de luz o de electricidad.

La mayor parte del calor es suministrado por las combustiones o combinaciones con el oxígeno verificadas con el auxilio de fermentos llamados "oxidasas".

El oxígeno que entra en estas reacciones es tomado al aire atmosférico por una sustancia llamada hemoglobina, contenida en los glóbulos rojos de la sangre, que luégo lo distribuye a todos los tejidos.

La sangre que viene desoxigenada de los tejidos se llama sangre venosa, y al pasar por los pulmones y tomar nueva provisión se convierte en sangre roja o sangre arterial.

Principia aquí el problema en relación con los habitantes de nuestras tierras altas.

En el aire enrarecido de las alturas la proporción de oxígeno en volumen es aproximadamente igual a la proporción de oxígeno a nivel del mar. El hombre tomaría, pues, en peso, una cantidad de material insuficiente para sus combustiones si no dispusiera de un mecanismo compensador del enrarecimiento atmosférico.

Algunos de los experimentadores que han hecho nu-

meración de glóbulos rojos en individuos que excursionan a las altas montañas encuentran que el número de estos corpúsculos va aumentando a medida que se asciende.

Viault experimentando sobre sí mismo en una ascensión a 4,392 metros encontró que la hiperglobulia o aumento de glóbulos rojos empezaba a producirse a partir de 700 metros sobre el nivel del mar.

Esta opinión ha sido controvertida por autores respetables que opinan que la tal hiperglobulia no existe en estos casos sino en la sangre de la periferia.

El doctor José G. Hernández, de Caracas, encontró en aquella ciudad, a 893 mts. sobre el nivel del mar, un promedio de menos de cuatro millones por milímetro cúbico cuando la cifra normal a nivel del mar es de cinco millones. Es decir, que en vez de aumentar disminuían.

El doctor Jorge Vargas fue el primero que practicó análisis de sangre en Bogotá y encontró, con gran sorpresa de todos, que el número de glóbulos rojos alcanzaba apenas a ser igual al de los habitantes del nivel del mar.

Se creyó entonces que la imperfección de nuestros métodos de investigación en la época en que el doctor Vargas practicó sus numeraciones lo había llevado a un error.

En mi trabajo sobre la nutrición en Bogotá figuran numeraciones hechas sobre 200 individuos por el doctor Martínez Santamaría y por mí, que dan un promedio de 4.799,714 glóbulos rojos por milímetro cúbico de sangre, o sea una cifra muy semejante a la del doctor Vargas.

Piensan otros que la compensación se establece no por un aumento en el número de los glóbulos rojos sino por una carga mayor de éstos en hemoglobina, es decir, en la sustancia que toma el oxígeno.

La proporción de la sangre en hemoglobina a nivel del mar se considera entre 80 y 90 por 100 y el promedio de nuestras 200 investigaciones de Bogotá es de 83,21 por 100, es decir una cifra no mayor que la observada a nivel del mar.

Según lo observa el doctor Corpas, el organismo trata de compensar esta deficiencia con una aceleración de la respiración y del pulso; de esta manera se introduciría

una mayor cantidad de aire a los pulmones, y los obre. ros encargados de transportarlo, que son los glóbulos rojos, suplirían su escaso número con una mayor actividad. Mis propias observaciones no están de acuerdo en cuanto a la frecuencia de los batidos del pulso, pero aun cuando esta defensa existiera, es imposible que alcance a su. plir ella sola la absorción deficiente del oxígeno por la sangre, tanto más cuanto que nuestra capacidad torácica no es superior a la de los habitantes de las tierras bajas según lo demuestra el autor citado últimamente.

Es natural que una baja temperatura humana sea consecuencia de este defecto de las combustiones.

El hecho fue demostrado en Bogotá por los doctores Pabón y Corpas, quienes encontraron un promedio en la temperatura axilar al rededor de 36,4 C. Basta hacer la comparación con los siguientes datos tomados de autoridades en la materia; todos se refieren a la temperatura axilar solamente.

| | | | |
|---|---|---|---|
| Wunderlich, | temperatura | axilar | 37°00 |
| Richet | " | " | 37°70 |
| Beclard | " | " | 37°10 |
| Gley | " | " | 37°10 |
| Barespring | " | " | 36°97 |
| Redard | " | " | 37° |

Entre los autores que he consultado no hay uno que fije una temperatura axilar a 36°70.

La temperatura cambia naturalmente en las distintas horas del día y de la noche; para tomar la temperatura diaria debe tomarse el promedio de varias horas o tomarla al rededor de las 12 del día.

Es pues un hecho experimentalmente demostrado que hay en los habitantes de nuestra altiplanicie una infe. rioridad en sus combustiones orgánicas. Vamos a ver de qué manera se efectúa en ellos la transformación de algunos materiales alimenticios.

Ya se vio cómo el alimento después de absorbido pasa por una serie de descomposiciones y recomposiciones que constituyen la nutrición propiamente dicha.

Así como un molino dará tanta más cantidad de producto fino cuanto más perfecto sea su mecanismo, los residuos de las transformaciones orgánicas, los productos

eliminables, tendrán una molécula tanto más pequeña cuanto más eficazmente obren los fermentos nutritivos sobre el alimento.

Las materias que contienen ázoe, llamadas albuminóideas por la semejanza de su composición con la albúmina del huevo, se dividen en dos; las albuminóideas propiamente dichas y los nucleoproteidos. Las primeras terminan en todos los mamíferos en un compuesto llamado urea y las segundas pasan por el estado de ácido úrico el cual es transformado por un fermento en alantoidina y ésta en urea; pero en el hombre como en el chimpancé este fermento ha desaparecido y la cadena se divide en dos, cuyos términos finales son la urea y el ácido úrico.

Cuando la nutrición es perfecta casi todo el ázoe residual de las albuminóideas se elimina bajo la forma de urea o de ácido úrico y cuando se hace defectuosa, la cantidad de estos elementos va disminuyendo a tiempo que aumenta la de los productos intermedios como el amoníaco, los ácidos aminados, etc.

De numerosas estadísticas resulta que las proporciones entre el ázoe, los productos intermedios y los productos finales, representan cifras de oscilaciones limitadas, cifras que son índices coeficientes o patrones para medir comparativamente el estado de la nutrición.

El doctor Anastasio del Río pudo notar en varios análisis que la proporción de úrea eliminada era muy baja en Bogotá, comparada con la que nos dan los autores de la zona templada.

A esto se podría objetar que una cifra baja de úrea no es índice de una débil nutrición como no es indicio de pobreza el hecho de que se gaste poco dinero. Hay que saber cuáles son las entradas; hay que saber si la deficiente eliminación de úrea corresponde a un débil aporte de materiales azoados o en realidad a un defecto del organismo para producirla.

Todo el que haya viajado por Europa o por los Estados Unidos nota que por allá comen menos que nosotros, y que aun comparando la ración de invierno que necesa-

riamente tiene que ser mayor, resulta inferior a nuestra comida ordinaria.

Lo primero que se ocurre es que nuestros alimentos quizás por el mismo enrarecimiento atmosférico y por la falta de abonos especiales, son pobres en sustancias nutritivas; en materias azoadas sobre todo, y que el organismo trata de suplir calidad con cantidad.

Guiado por estas suposiciones practiqué unos cuantos análisis químicos de nuestros productos alimenticios y me sorprendí al ver que en todos encontraba una composición semejante a los de las zonas templadas.

El detalle de estos análisis como los que citaré en seguida puede verse en el estudio sobre nutrición en la altiplanicie de Bogotá presentado al Segundo Congreso Científico Panamericano.

Había pues necesidad de hacer un estudio más cuidadoso del metabolismo, comparando la eliminación de los productos azoados aquí y en la zona templada.

En el trabajo mencionado figura el estudio hecho sobre 99 individuos de 20 a 40 años en estado fisiológico, pertenecientes a raza blanca, india o mestiza; treinta y cinco cifras experimentales para cada uno de estos individuos pueden dar una idea de su metabolismo azoado y el promedio constituye un criterio para juzgar de la manera como se verifica entre nosotros. No quiero fatigar al auditorio con una relación detallada de estos experimentos; bástame hacer algunas comparaciones importantes.

En un estudio publicado por Maillard, profesor de Fisiología, en París, el cual es considerado "como uno de los documentos más importantes que se posee sobre la materia", encuentro las cifras siguientes como término medio de eliminación en 24 horas, por soldados franceses:

Urea, 27,64. Azoe total, 15,87.

Amoníaco, 1,11.

Mis resultados son:

Urea, clase acomodada, 21,21. Obreros, 16,84. Promedio, 19,02. Azote total: clase acomodada, 13,59. Clase obrera, 11,29. Promedio, 12,44.

Hay pues una disminución de la urea entre nosotros, disminución que a primera vista no es sino aparente puesto que hay también una deficiencia de ázoe total que ha-

ce pensar en una potencia orgánica normal y simplemente en una deficiencia de material azoado en la alimentación.

Pero si se compara la proporción de ázoe eliminado con el que ha llegado hasta úrea, tenemos que en Europa es de 81,29 y aquí de 71,37, es decir, de casi un 10 por 100 menos.

Es de advertir que el autor de los datos que he tomado como modelo es el que ha dado hasta hoy cifras más bajas.

Degrez y Ariñac, por ejemplo, fijan esta proporción entre 81 y 86. Gunart y Grimbert, entre 87 y 90.

Como el amoníaco es un producto intermedio de la escala que va hacia la úrea, es interesante saber en qué proporción se elimina. Tenemos en Bogotá: clase obrera, 1,37. Clase acomodada, 1,15. Promedio, 1,26. Datos para Francia, 1,11.

El amoníaco se elimina,pues,por los habitantes de estas alturas, en proporción de 0.15 más en 24 horas, lo que constituye una cifra considerable para este producto.

Esto quiere decir que las cifras de los cuerpos intermedios aumentan a expensas de la del producto final. En otros términos que el metabolismo de los productos azoados se hace de una manera lenta y deficiente.

Y no puede alegarse contra esto una diferencia de procedimientos, pues mis análisis fueron practicados por los mismos métodos que usó el autor del cuadro que me ha servido de comparación.

Como una prueba más voy a citar un estudio que refuerza el anterior:

A principios de 1917 practiqué en el Hospital General de Massachusets de Bóston bajo la inspección del Profesor Fritz Talbot, hombre reputado en el mundo entero como competente en estos asuntos, una investigación sobre ocho niños de 8 a 10 años de edad. Se les fijaron raciones alimenticias precisas en peso y en valor energético y se practicaron análisis para determinar la cantidad de ázoe total, de amoníaco, de urea y de otros productos eliminados.

Por otra parte he logrado repetir el mismo experimento en Bogotá con cuatro niños de la misma edad y alimentados de manera idéntica a los anteriores.

En ambos casos se emplearon unos mismos procedimientos de análisis. Los promedios fueron como sigue para los datos principales:

Relación del ázoe de la urea al ázoe total, Boston, 82,20 por 100; Bogotá, 76,30 por 100.

El número de individuos sometidos al experimento es, en realidad muy pequeño, pero el dato tiene gran valor si se tiene en cuenta que el mismo experimentador practicó los análisis en idénticas condiciones y en dos zonas distintas.

Por no fatigaros demasiado con más datos, paso por alto el estudio de los demás coeficientes nutritivos. En el trabajo a que me referí al principio, y que puedo suministrar a quien tenga interés especial en el asunto, se encontrará el detalle y se verá cómo todos los procesos nutritivos, o mejor dicho todos los fermentos encargados de llevarlos a cabo son deficientes en los habitantes de esta altiplanicie.

La fisonomía especial que reviste la patología de una región depende en gran parte de la manera como se verifiquen las funciones fisiológicas en los individuos. Por esto es interesante tratar de deducir de estos conocimientos el porqué del predominio entre nosotros de algunas enfermedades.

Muchas veces se ha dicho cómo abundan aquí las insuficiencias en las glándulas de secreción interna; de esas glándulas de que os hablé al principio como factores indispensables de la nutrición y por consiguiente del desarrollo.

El doctor Luis Felipe Calderón presentó al Congreso Médico Nacional que se reunió en Medellín un trabajo muy importante en el que asegura con valiosas pruebas la frecuencia de estas deficiencias en la altiplanicie de Bogotá.

Revisando mi estadística personal he encontrado entre quinientos niños seis insuficientes poliglandulares con insuficiencias apreciables al simple examen clínico, lo que da una proporción mayor de 1 por 100.

(Debo advertir que las estadísticas de la consulta de los médicos no pueden, claro está, dar porcientajes con relación a la población total, pero sí dan una idea

muy cierta respecto a las enfermedades dominantes en el medio en que se ejerce).

Entre estos enfermos son sobre todo frecuentes los cretinos con insuficiencia tiroideana.

Al estudiar la capacidad digestiva de los niños, muchos de los cuales son casos fisiológicos de dirección de alimentación, he visto que en un 40 por 100 existe una insuficiencia hepatopancreática con débil transformación para los alimentos amiláceos y grasos.

En la zona templada existe una proporción al rededor de veinte por ciento, de niños que pueden transformar los amiláceos, mientras que en Bogotá esta proporción no pasa de tres por ciento.

Consecuencia de esto es la frecuencia extraordinaria de la enfermedad conocida con el nombre de "acidosis" y el número considerable de niños que aquí la sufren antes de un año, cosa que es excepcional en otras zonas. La demostración de este hecho puede verse en un estudio publicado en el número del Repertorio de Medicina y Cirugía de esta ciudad correspondiente al mes de marzo pasado.

Está casi demostrado que esta enfermedad es producida por un funcionamiento defectuoso del hígado y quizás del páncreas y que tiene semejanzas con la diabetes de los adultos, enfermedad clasificada antiguamente entre las manifestaciones del artritismo.

Y ya que mencionó el artritismo es fuerza que me detenga un momento en este punto:

Bajo la denominación de artritismo—ya lo habéis oído aquí—se agrupaban antes ciertas enfermedades que —como el reumatismo y la gota—atacan las articulaciones. Se extendió luégo el término a otras enfermedades de manifestaciones heterogéneas como las calculosis de distinta naturaleza,el asma, algunas erupciones cutáneas, la diabetes y otras, que se creyeron resultado de una constitución o temperamento especial, el temperamento artrítico.

Todos parece que estamos de acuerdo en cuanto a la frecuencia del artritismo entre nosotros; en lo que sí no nos avenimos es en la explicación de esta frecuencia.

Yo creo que la palabra artritismo habría desaparecido ya de los diccionarios médicos si no fuera necesario

que los arcaísmos también figuraran en los diccionarios. Pues la ciencia moderna ha desmenuzado esta entidad con el conocimiento del origen o patogenia de las que la componían. Aquí son muy frecuentes los reumatismos, el asma, las erupciones cutáneas y otras enfermedades cuyas causas analizaré en seguida.

Entre los reumatismos crónicos hay algunos que, como los agudos, son producidos por infecciones ocultas, y los hay producidos por insuficiencia de secreción interna.

El asma y las erupciones de la familia de las urticarias se deben casi siempre a un estado orgánico especial llamado "anafilaxis, es decir una sensibilidad del organismo para dejarse atacar por ciertos cuerpos, muchos de los cuales son producto de descomposiciones anabólicas.

Los cólicos hepáticos son el resultado de cálculos o piedras que pasan por los canales biliares. Dependen de una anomalía en la composición o en la secresión de la bilis,ya por defecto primitivo en el funcionamiento del hígado, ya por consecuencia de falta de funcionamiento de otras glándulas.

He podido observar con gran frecuencia los cólicos hepáticos en las insuficiencias ovarianas orgánicas u operatorias,como he visto otras manifestaciones de insuficiencia del hígado o del páncreas consecutivas a defectos de funcionamiento del ovario y que curan con la administración de extracto de este órgano.

En cambio no creo que haya médico que afirme la frecuencia de la gota entre nosotros.

La gota es una enfermedad determinada por un exceso de producción de ácido úrico. Ya se vio cómo el ácido úrico, al igual de la urea constituye el término final de una serie de cuerpos, y es por consiguiente el resultado de una transformación perfecta. La gota es, pues, una monstruosidad de la nutrición; es una anomalía por superproducción de un elemento que al no eliminarse convenientemente produce depósitos en los tejidos que determinan los ataques. Es la enfermedad de los que se alimentan en exceso tanto en cantidad como en calidad.

En resumen, pues, las enfermedades del grupo artrítico tienen por causas: infecciones o defectos de nutrición, que son muy frecuentes en esta altiplanicie, o exa-

geración del proceso nutritivo, que es muy rara entre nosotros.

Las glándulas encargadas de verificar las transformaciones de nuestro metabolismo son pues deficientes. Esta deficiencia es particularmente marcada para las oxidasas o fermentos que determinan las oxidaciones.

Indudablemente las oxidaciones son el proceso más importante, el "primum movens" de todos los otros procesos. Ellos constituyén la más esencial manifestación biológica del individuo, porque son el excitante más eficaz de operaciones que se extienden hasta el mismo orden intelectual. No es de extrañarse pues que alteradas las oxidaciones se perturben los demás cambios nutritivos.

Pero ¿cuál es la causa de esta deficiencia de combustiones?

Es evidente que si existe alguna defensa contra la altura, nuestros organismos no la poseen en grado suficiente para contrarrestar completamente el mál.

Para buscar una luz en este sentido extendí en los años de 1913 a 1915 mis investigaciones a la ciudad de Tunja que, como se sabe, está situada a una altura mayor que Bogotá. El número de estas investigaciones fue relativamente escaso, pero los resultados no dejan de tener algún interés.

La temperatura axilar dio un promedio, en 86 adultos de 20 a 40 años, de 36°24 c. En Bogotá había sido de 36°40.

El número de glóbulos rojos que aquí en Bogotá había resultado en 4.990,000 por milímetro cúbico, fue allá, en 11 individuos, de 4.517,380.

El promedio de respiraciones y de pulsaciones por minuto en 86 individuos fue de 20 y de 76, respectivamente. Igual la primera a la cifra de Bogotá, y un poco más baja la segunda.

El ázoe total eliminado dio un promedio de 11,19 en 20 individuos pertenecientes a distintas clases sociales. El promedio de urea fue de 15.40. El del amoníaco de 0.89 y el del ácido úrico 0.56.

El índice de imperfección ureogénica, es decir, el que da la proporción de cuerpos que se quedan en estados anteriores a la urea fue de 10.69 en vez de 9.92 en Bogotá.

La relación del ázoe de la urea al ázoe total fue de 68.44 y en Bogotá de 70.91.

Es decir que las cifras que nos indican la intensidad de las combustiones, nos da una pequeña diferencia en favor de Bogotá.

De modo que los habitantes que viven en nuestra altiplanicie en vez de poseer elementos para activar sus combustiones y luchar de esta manera contra la baja temperatura ambiente, encuentran en la misma altura un obstáculo por deficiencia de oxígeno.

Y si la hiperglobulia o el aumento de hemoglobina que encuentran los experimentadores en los que suben las grandes alturas existe, es sin duda, un esfuerzo defensivo considerable y momentáneo del organismo, que como todos los grandes esfuerzos contra enemigos superiores, acaba por producir la fatiga.

De aquí resultan la baja de las combustiones, la baja temperatura humana y la lentitud de todos los demás procesos nutritivos.

Falta ahora hacer experimentos en sentido contrario; bajar a la llanura y estudiar allí la fisiología de sus habitantes.

Desgraciadamente no poseemos datos ciertos sobre la fisiología de los habitantes de nuestras tierras bajas, y las conclusiones a que sobre este particular se llegue hoy están sujetas a muchas rectificaciones.

Las primeras investigaciones respecto a coeficientes nutritivos en las regiones bajas de los trópicos fueron hechas por Mc. Coy en la India, pero en pueblos cuya alimentación azoada era muy inferior a la de los europeos.

Luégo W. J. Young practicó experimentos en el laboratorio bioquímico del Instituto australiano de Medicina Tropical.

Este investigador encontró una disminución de la urea, pero esta disminución fue apenas aparente porque un análisis más completo demostró que era debida a una escasez de material azoado en la alimentación. Los coeficientes nutritivos, resultaban pues idénticos a los de los europeos.

El número de los individuos estudiados fue muy pequeño en realidad, pero las conclusiones no dejan de te-

ner grande importancia por venir de un experto en la materia.

El corto tiempo de que dispuse no me permitió informarme hasta donde es posible hacerlo entre nuestros investigadores de las tierras calientes. Apenas alcancé a dirigir una encuesta telegráfica sobre la cual he tenido muy pocas contestaciones, todas, eso sí, de acuerdo en dos puntos: en que hay una baja temperatura humana y una eliminación de urea muy pequeña.

No puede pensarse, que como en los análisis de Young, se deba esta insuficiencia a escasez de material azoado, pues se trata de promedios entre los que figuran individuos muy bien alimentados.

Hay pues fundamentos para presumir que entre los sujetos a quienes se refiere el experimentador inglés y las de nuestros compatriotas de las tierras bajas, hay una diferencia muy apreciable en cuanto a procesos nutritivos.

A qué se debe esta diferencia?

Es indudable que no es al clima ni a la alimentación; hay que buscar entonces su causa en alguna condición especial orgánica, que a la manera de la altura influye sobre las combustiones.

Llama la atención el que las respuestas que he recibido se refieren todas a lugares en donde abundan la anemia tropical y el paludismo como endemias predominantes.

Estas enfermedades, lo mismo que el pian y muchas otras producen una gran disminución del número de glóbulos rojos, y el oxígeno que se ofrece a los tejidos viene a ser sinsuficiente, no ya por defecto atmosférico, no porque no haya de dónde tomarlo sino por dificultad para transportarlo, por falta de obreros que lo conduzcan. No habiendo oxígeno suficiente tienen que debilitarse las combustiones y los demás procesos del metabolismo.

Ahora bien: como la falta de función de un órgano trae un debilitamiento consecutivo que puede ser permanente, no es de extrañar que se presenten las perturbaciones en las secreciones internas que el Dr. Enrique Enciso encontró para la Anemia tropical,que existe quizá en otras enfermedades y que pueden revestir en algunos casos ca-

racteres de permanencia aun con la curación de la enfermedad que las produjo.

López de Mesa hizo notar aquí algo que pudo pasar inadvertido entre el caudal de ideas de su conferencia, pero que yo recojo como dato de grande importancia: ¿No serán ciertos bocios que se observan en algunas regiones cálidas efectos de degeneración tóxica del cuerpo tiroides, semejantes a los ya comprobados en otros países como producidos por la leishmaniosis, y por la anemia tropical entre nosotros?

Pero se ha sostenido que estas perturbaciones no son inferioridades biológicas sino consecuencias naturales de la altura o de las enfermedades.

Llamadlas como queráis, mas no vayáis a incurrir en el error tan frecuente y tan grave de desconocer la magnitud de un peligro sólo porque proviene de causas conocidas.

He visto cómo llegó un niño a estado de gravedad extrema sin que la madre se preocupara en lo más mínimo a causa de la idea tranquilizadora de que todo aquello era "cuestión de dientes", y he presenciado un estado desesperado de angustia respiratoria en un hombre ante su familia tranquila porque alguien que entendía de medicina declaró que aquello era un estado muy explicable de intoxicación de origen digestivo.

Pero el estado de intoxicación digestiva lo mató,como mataron los dientes al pequeño.

Si el daño que estas causas producen se detuviera sólo en el individuo!Pero puede ir más allá hasta el recinto mismo de donde manan las sacras fuentes de la generación.

Veamos por qué mecanismo:

Como casi todos los seres vivos el sér humano proviene de un huevo y todo huevo resulta de la fusión de dos elementos celulares: el uno más activo que es la célula macho o espermatozoide, y pasivo el segundo, que es el óvulo o elemento hembra; el primero se forma en el testículo y en el ovario el segundo.

Ninguno de estos dos elementos es una célula completa: su núcleo no contiene sino la mitad de la "croma-

tina" o sea de la sustancia en donde reside la fuerza potencial de la herencia.

Al unirse los dos elementos de donde va a resultar el embrión, queda constituída una célula completa con la mitad de sus cromosemas originarios del elemento macho y la otra mitad del elemento hembra.

"Cualquiera perturbación o debilidad de los progenitores, termina, dice Apert, en anomalías en el desarrollo del embrión,que cuando son acentuadas hacen imposible la vida, y cuando solamente son poco favorables, llevan perturbaciones en el desarrollo bastante ligeras para ser compatibles con la existencia; el individuo se desarrolla entonces pero es susceptible de presentar un cierto número de anomalías en la forma exterior o en el funcionamiento de sus órganos".

La herencia de los caracteres adquiridos quedó confirmada desde el célebre experimento de Brown Sequard fácilmente de verificar. Si se corta el nervio ciático a un curí, aparece en él una enfermedad semejante a la epilepsia que trasmite a sus descendientes.

De la misma manera muuchas de las enfermedades adquiridas se trasmiten: unas veces en forma idéntica, otras bajo la forma de lo que se llama la herencia desemejante, es decir, de debilidades que no son la misma enfermedad.

La herencia de las perturbaciones de secreción interna ha quedado demostrada con el nuevo concepto de lo que se llamaron las "diátesis" o los "temperamentos" que no son otra cosa que modificaciones endócrinas.

En los seres inferiores cuyos embriones se desarrollan libres de toda unión con el organismo materno, se han podido estudiar la influencia de las causas exteriores susceptibles de alterar su desarrollo.

El embrión humano se halla libre de estas injurias protegido como está dentro del vientre de la madre, pero como toma de ésta su sangre y su alimento, las causas de debilidad obran a la vez sobre los dos seres, y aun puede suceder que los gérmenes de enfermedades infecciosas franqueen la barrera que les imponía la placenta y lleguen a atacar el embrión.

La trasmisión de las llamadas endemias tropicales

en esta forma ha sido observada varias veces; Laffaut ha reunido diez y seis observaciones convincentes de trasmisión del paludismo de la madre al embrión, e igual cosa puede suceder para los productos tóxicos del anquilostomo.

Otras veces sucede que la trasmisión a los descendientes se hace bajo la forma de herencia desemejante, es decir, no en la misma enfermedad sino en otro estado patológico o en un debilitamiento que ejercerá una influencia durante toda la vida del sér nuevo.

No necesito repetir lo que tántas veces se ha dicho aquí de la enorme proporción de compatriotas atacados de Anemia Tropical, ni refrescar en vuestra memoria el espectáculo de aquellas tropas humanas agobiadas por todo género de miserias y que traen a nuestra mente el recuerdo de la famosa concepción de Dallin, en que las razas moribundas, levantan los ojos hacia el cielo como en una deprecación al Hado que así las abandona; como indagando por la Patria que así las deja perecer....

Como causas coadyuvantes de la imperfección nutritiva y que influyen por consiguiente sobre la generación están el alcoholismo, el chichismo y la polimortalidad infantil.

a) "El alcohol" se quema casi totalmente en el organismo y roba para su combustión el oxígeno que la hemoglobina lleva destinado a una acción más útil. Entonces las células se asfixian por falta de material combustible que conserve su estabilidad normal. El azúcar que encierran se transforma en grasas y en ácidos que ejercen acciones nocivas sobre el organismo.

La acción tóxica del alcohol se ejerce especialmente sobre el aparato digestivo, sobre el sistema nervioso y sobre los elementos de la generación.

Cuando una mujer embarazada toma alcohol, éste pasa por el torrente circulatorio a ejercer su acción tóxica sobre el feto.

Cuando un hombre engendra en estado de embriaguez, con mucha frecuencia obtiene un hijo deforme, epiléptico o con otras taras de degeneración.

Feré observó que si se pone un huevo de gallina en incubación en una atmósfera con alcohol, el embrión mue-

re o se desarrolla con deformidades de distinta especie. Queda pues demostrado experimentalmente que el alcohol obra sobre el producto de la concepción.

b) Al efecto de estudiar la influencia que pudiera tener nuestra bebida popular, la chicha, sobre el funcionamiento orgánico, tomé seis soldados de un regimiento al comando en esa época del Coronel M. J. Balcázar; los sometí a un régimen de alimentación fijo e hice el estudio de la manera como su nutrición se efectuaba. Después de una serie de experimentos de los que se dedujo un promedio, introduje en la alimentación de cada individuo cuatrocientos c. c. de chicha por día, que iban a reemplazar una cantidad equivalente en calorías de otros alimentos.

El resultado fue un pronto descenso en los coeficientes nutritivos, una ligera baja de la temperatura y una menor resistencia a la fatiga tan pronto como la chicha empezó a figurar en el régimen alimenticio.

Estas modificaciones no podían ser debidas al alcohol que contenía la bebida: 1º, porque no estaba en suficiente cantidad para producirlas según experimentos de Maillard en París, y 2º, porque no se persentaron las perturbaciones, que según Benedic se encuentran con las pequeñas intoxicaciones alcohólicas.

Los efectos debían producirse por uno de tántos venenos que se desarrollan durante la putrefacción del maíz, alguno de los cuales fue estudiado por los doctores Liborio Zerda y F. J. Tapia, quienes lograron producir en pollos una enfermedad que tenía algunos de los caracteres del "chichismo" estudiado por el doctor Josué Gómez, el cual no es probablemente otra cosa que una variedad de Pelagra. Ejerce pues la chicha sobre la nutrición una acción semejante a la del fósforo y la morfina, y al obrar sobre el organismo de una manera más intensa que el alcohol, es natural que tenga también una influencia más corrosiva sobre la generación.

c) Otro factor de inferioridad es la mortalidad infantil, más no tanto como factor que detiene el aumento de la población sino como indicio de un estado morboso que deja signos de debilidad indelebles en los sobrevivientes.

Ya Jorge Bejarano nos trazó aquí el cuadro tenebroso que representa la suerte de los niños pobres de Colombia.

Todavía la iniciativa individual que es la que generalmente da principio a estas cosas entre nosotros, no ha fundado un número suficiente de casas o instituciones protectoras ni se cuenta con recursos para sostener las que existen.

Todos hemos visto cómo andan las mujeres escuálidas de nuestras clases pobres, con los senos secos por la miseria llevando a cuestas una criatura cuyos labios jamás han sonreído y cuyas fuerzas no alcanzan ya ni para manifestar la horrible sensación del hambre, con su único lenguaje que es el llanto.

Dentro de las capacidades de una de estas mujeres sólo hay espacio estrecho para una vida, y cuando por un mandato imperativo de la Naturaleza viene agregarse a aquella vida otra existencia, es preciso condenar a la más débil al fracaso; a que renuncie al alimento que adquirió con el más legítimo de todos los derechos; para dárselo a otro que tiene riqueza con qué pagar este despojo.

Luego la miseria fisiológica, el mál más grande que la muerte, el origen de todas las miserias, se encarga de castigar en estas criaturas—como si fuera culpa de ellas—el haber nacido en un país que todavía no ha aprendido del fundamento de la moral en el altruismo, del talento en la previsión y de su razón de ser como organismo en el cuidado que dé a aquella parte de su misma vida, desde que empieza a despuntar en bretón al ambiente que la ha de proteger.

Por último y como continuación del problema de la nutrición es preciso esbozar siquiera la cuestión de la "natalidad":

La opinión más generalmente admitida es que la fecundidad es una manifestación vital que depende de la nutrición y que, por consiguiente, es proporcional a ella.

Contra esto se ha objetado la enorme fecundidad de algunas especies inferiores; pero en este caso lo que sucede es que el organismo a causa de su misma simplicidad cumple sus funciones con una pequeñísima cantidad

de elementos. La nutrición es demasiado sencilla y siempre sobra material para intervenir en la reproducción abundante como el único elemento que tienen para la defensa de la especie.

Hay más: esta fecundidad no es sino aparente, pues lo mismo que en algunas fábricas en que el número suple la calidad, estos organismos muy sencillos presentan una vitalidad tan escasa que son muy pocos los que se desarrollan o llegan al estado adulto.

En cambio las especies superiores son como familias ricas, pero con muchas exigencias sociales y muchos refinamientos personales.

No es pues posible discutir este asunto por comparación de especies diferentes. Pero si se consideran dos razas dentro de la misma especie, se encontrará siempre una confirmación de que la fecundidad es consecuencia de vigor.

Aquí en nuestro país tenemos un ejemplo en el pueblo antioqueño.

Ahora bien: existen datos demostrativos de que la natalidad ha venido disminuyendo en Europa y en los Estados Unidos y al propio tiempo hemos oído aquí cifras de censos que comprueban un aumento considerable de nuestra población en los últimos cien años.

Se podría concluír entonces que somos el pueblo más vigoroso de la tierra si no tuviéramos que considerar la cuestión por otros aspectos:

En las grandes nacionalidades modernas la selección natural está estorbada por el elemento intelectual que ha logrado, por una parte, modificar el medio quitándole todo aquello que pueda hacerlo impropicio y mejorando las razas humanas con el fomento de la puericultura y con el robustecimiento oportuno de sus individuos y por otra con los métodos de curación de las enfermedades que hacen que subsistan muchos de ellos destinados antes a desaparecer.

Obrando solas estas fuerzas, traerían un aumento indefinidamente progresivo de la población y con él la aparición de problemas de orden económico y biológico de solución cada vez más difícil. Pero como la naturaleza suele tomar sus elementos refrenadores de la misma fuente de donde surgen los excitadores,el dicho factor intelectual

ha hecho que el progreso de la natalidad se detenga en aquellos pueblos. La lucha económica, factor principalísimo de la lucha por la vida,agregada a la exagerada sensualidad y a las exigencias de la vida moderna, han sido una llamada al problema del "Birth control" como se le llama en Inglaterra y en los Estados Unidos problema que afortunadamente no ha asomado todavía sus fauces entre nuestro pueblo.

A todo esto se agrega la tendencia a considerar como una tara la maternidad—la más esencial y la más sublime de las funciones femeninas—por la predisposición absurda a poner a la mujer en connivencia con el hombre en todas las ramas de su actividad.

Entran aquí pues causas que no son ya de orden biológico sino de orden social y que por consiguiente no me corresponde analizar ahora.

De esto resulta que Natalidad no es en la especie humana como en toda las otras especies animales sinónimo de Fecundidad,porque no siempre la capacidad de engendrar está en razón directa del aumento de los individuos.

Esto explica también por qué a pesar de las estadísticas interesantes publicadas por el doctor Legrand—en las que se ve cómo la proporción de muertos jóvenes disminuye y aumenta la de los viejos, es decir, cómo la vida humana tiende a hacerse más larga—el aumento de la población se va deteniendo a medida que el cerebro del hombre evoluciona.

El crecimiento relativo de la natalidad en nuestro pueblo no puede pues considerarse como signo de vigor físico.

Es pues un hecho experimentalmente comprobado que existen en nosotros signos de debilidad biológica; sería interesante poder averiguar si esta debilidad corresponde a un estado permanente, o si va en vía de corregirse, o si es, como se ha afirmado, una etapa hacia la degeneración.

Desgraciadamente no tenemos punto alguno de reparo anterior para poder resolver perentoriamente estas preguntas, pues se trata de estudios iniciados hace muy poco tiempo.

No parece sin embargo que los defectos mencionados

vayan en vía de corregirse, pues hasta la época presente nada hemos hecho por dominar las causas que los producen.

Cuando una especie, dicen los biólogos, se encuentra en un medio desfavorable, se establece una lucha permanente entre éste y aquélla.

De esto resulta que la raza termina por adaptarse o por sufrir un vencimiento total. Si lo primero subsistirá una especie diferente, inferior a la primera; si lo segundo, desaparecerá sin dejar descendencia alguna.

Mas si yo no creyera que estos males tienen remedios, y remedios seguros, no os hubiera venido a hablar aquí esta noche. Habría callado como si los ignorara; porque el único criterio moral que nos autoriza para denunciar un daño, es el deseo de corregirlo.

Es una verdad no desmentida que el trópico ejerce una acción deletérea sobre las razas humanas como sobre muchas especies animales. Pero es también un hecho demostrado por la experiencia que la inteligencia del hombre dispone de medios infalibles para hacer de los trópicos regiones absolutamente favorables a las condiciones de la vida animal.

Las civilizaciones tropicales marcharon siempre despacio.

La labor inglesa en la India tuvo que ser muy tenaz y muy costosa. Aquí en este continente podían dividirse hasta hace algunos años las civilizaciones en dos categorías: la más alta correspondía a los países de las zonas templadas.

Pero hoy se sabe que el paludismo, la fiebre recurrente, la amarilla, etc., no provienen de los miasmas de los pantanos sino que son trasmitidos por insectos cuyas larvas se pueden destruír. Se sabe hoy cómo se propagan los parásitos intestinales que producen grandes agotamientos orgánicos y se dispone de reglas precisas para impedir sus asechanzas.

La manera vigorosa o lenta como la nutrición se efectúe trae siempre consigo un estado proporcional de placidez o de despresión espiritual. El antiguo aforismo "mens

sana in corpore sano" podría interpretarse muy bien: mente sana en cuerpo bien nutrido.

La agravación de los enfermos durante la noche se debe muy probablemente a retardos de la nutrición por falta de rayos solares cuya benéfica acción se ejerce así sobre los animales como sobre las plantas. Por esta misma razón nos volvemos pesimistas y cobardes por la noche.

Así por una mayor perfección de los procesos nutritivos mejora el ánimo de los habitantes de las alturas cuando llegan a las tierras bajas y existe una euforia habitual en los calentanos no deteriorados por la enfermedad que contrasta con aquella depresión de ánimo de los habitantes de la altura cuya influencia se hace sentir en todas las manifestaciones de la vida.

Se observan en las regiones saneadas de los trópicos longevidades tan considerables y tan numerosas como en cualquiera otra región. Es fama que en Río de Janeiro se llega a edades muy avanzadas, y aquí mismo estamos oyendo a diario casos de personas calentanas que alcanzan a un siglo o más de vida cuando quedan indemnes de taras morbosas.

Los trabajadores de Puerto Rico se han transformado en hombres robustos desde que por una acción inteligente, intensa y tenaz se suprimieron las enfermedades que los mantenían endebles.

El cambio favorable se observa ya en los individuos curados y se va acentuando más en su descendientes por que si se heredan los caracteres adquiridos en sentido desfavorable, con mayor razón los que son fruto de un restablecimiento en virtud de la fuerza biológica que tiende a llevar a los individuos hacia sus tipos ancestrales.

A estas medidas tiene que agregarse la lucha antiepidémica y la lucha contra los vicios que son causa de intoxicación del individuo y de la especie.

La chicha no es base de alimentación como lo creen algunos, porque los venenos no pueden ser nunca base de alimentación. La base de alimentación es el maíz, con el cual pueden confeccionarse alimentos y bebidas no tóxicas.

Si entre nosotros se secundaran los esfuerzos patrió.

ticos como los de Eduardo Rodríguez Piñeres y Luis Zea Uribe, ya se habría llevado a cabo la supresión de esta bebida. Pero hay misteriosas fuerzas de inercia que se oponen a nuestro progreso.

Mucho es lo que aquí se ha escrito sobre problemas de higiene, pero está visto que en este país puede el público aburrirse de oír repetir una misma cosa antes que nuestros gobernantes manifiesten la más leve señal de haber oído.

Hay—justo es hacerlo notar—excepciones como la de Jesús del Corral, que vienen a comprobar de cuánto es capaz una idea patriótica unida a una voluntad determinada en un gobernante.

La lucha anti-anómica está iniciada, y es de esperarse que no pueda ser detenida ya; pero como para comprobar nuestra desidia ha sido necesario que un instituto extranjero venga, no a estudiar el problema que ya tenían estudiado nuestros hombres de ciencia, sino a ponernos en acción.

Frente a la Oficina de Higiene está el distinguido doctor Pablo García Medina, animado de la mejor voluntad y de la más alta competencia, pero las oficinas de higiene ocupan un puesto tan secundario entre nosotros, que más parecen creadas para salvar una apariencia que para prestar verdadero servicio.

La labor de nuestros higienistas se reduce a dictar resoluciones que muchas veces no se cumplen o a darles buenos consejos a los habitantes. Pero hasta hoy no se han logrado medidas a la vez tan triviales y tan importantes como la de poner mallas que protejan las habitaciones contra los mosquitos.

Es pues racional que se le dé a la Oficina de Higiene un ensanche y una autonomía mayores si no se quiere elevar a la categoría de Ministerio, según lo solicitó el Cuerpo Médico.

Mas la higiene es hoy ciencia independiente a la cual necesitan dedicar toda su vida los que pretendan adueñarse de sus secretos, y esta carrera, como la diplomática y la militar, sólo se sigue para servir a la Patria; sólo la Patria puede recompensar los sacrificios de los que se dediquen a servirla; es ella quien debe protegerlos ha-

ciendo prevalecer la competencia sobre la simpatía y sobre la intriga.

Y cómo defendernos contra la altura?

Es evidente que las tierras altas son las menos propicias para la vida, pero también la ciencia puede suplir lo que la naturaleza no ha alcanzado a realizar en su proceso de adaptación.

Las ciudades situadas muy por encima del nivel del mar deben ocupar una área muy amplia, con calles muy anchas y grandes espacios cubiertos de árboles.

Las plantas son grandes fábricas de oxígeno a expensas, precisamente de la parte irrespirable del aire: el ácido carbónico.

La higiene individual de las alturas comprende tres partes principales: ejercicio muscular, provisión de aire abundante y alimentación conveniente.

Los ejercicios musculares obran de dos maneras: activando las oxidaciones y ampliando la caja torácica, aumentan la capacidad pulmonar y, por consiguiente, el aporte de aire.

La provisión de aire en abundancia es tan necesaria en la noche como en el día. El aire confinado de las alcobas es nocivo en todas partes, con mayor razón en donde es por naturaleza enrarecido. Es necesario dormir con las puertas abiertas para asear nuestra habitación de las impurezas de un aire usado ya por nuestro propio organismo, como es preciso asear todos los días la piel de nuestro cuerpo a fin de que sus funciones—importantes agentes de la nutrición—se verifiquen normalmente.

La alimentación debe ser una alimentación mixta en que no escasee el régimen animal.

La carne tiene ciertos fermentos oxidantes que favorecen la nutrición.

Por otra parte los experimentos de Busquet en ranas confirman la ley de Abelhadea, que fija un poder de utilización del alimento tanto más eficaz, cuanto más se aproximen sus albúminas a las específicas del animal que las ingiere; de donde resulta que el mejor alimento para el hombre es la carne de los mamíferos.

Examinando cifras en la Oficina de Higiene de Bogotá he podido comprobar que el consumo de carne por

habitante es inferior a cualquiera de los datos que nos enseñan las estadísticas de Europa.

En el año de 1912 en que este consumo llegó a un máximum, apenas alcanzó a 124 gramos por día y por habitante; y desde entonces ha venido disminuyendo progresivamente.

Estos datos están de acuerdo con la débil cifra del ázoe total eliminado y explican en parte la abundancia de nuestra ración alimenticia.

Comemos demasiado, no porque nuestros alimentos contengan menos elementos nutritivos, sino porque nuestra alimentación es demasiado vegetariana, y también porque tenemos costumbre de hacerlo.

Comemos muchas veces y mucho cada vez. Gentes hay en Bogotá que hacen hasta cinco comidas al día.

De aquí que las dispepsias se multipliquen por fatiga de las vías digestivas, y de aquí la prematura esclerosis de los órganos—el signo patognomónico de la decrepitud—por la acción de sustancias que no habiéndose alcanzado a digerir completamente contribuyen a la producción de toxinas microbianas en el intestino y son ellas mismas otros tantos venenos que al absorberse van a obrar sobre todos los órganos de la economía. Esta es una de las causas de deterioro prematuro de los gastrónomos, que son casi todos los habitantes acomodados de esta altiplanicie.

En cambio hay escalas sociales de nuestro pueblo que se agotan por insuficiencia de su ración alimenticia.

Los resultados que la higiene alcanza son verdaderamente admirables:

Los japoneses son por lo general individuos débiles, lo que se atribuye a defectos en su alimentación, especialmente a la falta de carne por impedimento religioso. Pero las familias de atletas que tienen una buena alimentación y una educación física especial, parecen ejemplares de una raza vigorosa muy diferente por constitución física del tipo general.

En nuestros cuarteles donde se practican muchos de los preceptos apuntados atrás,se observan al cabo de pocos meses modificaciones que consisten en un aumento sorprendente del perímetro torácico; una mejoría apre-

ciable del estado intelectual y una resistencia para la fatiga no menor de la de cualquier soldado.

Basta observar cómo se desarrolla la resistencia muscular en los trabajadores de nuestras construcciones. Los hay que se ponen a arrojar ladrillos a una altura no menor de tres metros desde el suelo por un tiempo tan largo, que primero se fatiga úno de mirarlos, que ellos de su faena.

Y cuando los habitantes de la altura—indemnes en sí mismos y en sus ascendientes de las enfermedades tropicales—bajan a las tierras calientes, despliegan una energía como la de los jóvenes bogotanos que salieron a campaña en la última guerra o como la de los niños del Gimnasio Moderno en sus largas excursiones de a pie.

Quiere esto decir que al lado de los signos de inferioridad biológica que dejo anotados, tienen todavía nuestras razas señales ciertas de vitalidad. Que están debilitadas pero que no son razas en decrepitud prematura ni están agonizando todavía.

Aún pueden levantarse y no por acción milagrosa; no como Lázaro del sepulcro sino como el individuo que tras una dolencia se reincorpora y vuelve a la faena animado sólo por los recursos de la humana ciencia.

El exagerado pesimismo como el optimismo exagerado, son causa cuando no consecuencia de la desidia, y la desidia es el mejor camino para llevarnos al fracaso.

Creamos pues, en la debilidad de las razas, porque no se puede corregir un mál que se desconoce o que se oculta pero no creamos hasta el punto de dejarnos caer desalentados a esperar la hora del desastre final.

Todavía hay en nuestra Patria hombres que la pueden salvar. Ahí tenéis, por ejemplo, a Miguel Jiménez López, quien con patriótico valor ha sabido conmover al país antes que los enemigos lo agoten en la oscuridad y en el sueño. Y os tiene a vosotros jóvenes organizadores de estas conferencias, que, como buenos guardias de la reserva habéis querido que se os enseñen los recursos con que vais a contar y los que tienen vuestros enemigos antes de entrar definitivamente en la lucha.

Mañana cuando la vida os disperse para siempre;

cuando os alejéis en busca del Porvenir, acordáos que habéis sido iniciadores de esta labor y haced de su continuación un lazo de fraternidad entre vosotros.

Daos cuenta que vais a echar sobre vuestros hombros el fardo pesado que os delegan muchas de las generaciones que pasaron y las que se van alejando ya. Más de un siglo duraron ellas discutiendo; os va a tocar a vosotros lo trascendental: "obrar".

Yo os saludo generaciones jóvenes como a una esperanza positiva para mi patria; que ella, en el porvenir, os bendiga como a sus redentores.

# Quinta conferencia

JORGE BEJARANO

Higienista

"No estamos perdidos, ni mucho menos. Nuestra raza apenas ha empezado a formarse; de suerte que le falta por cumplir gran parte de su evolución, aquélla precisamente en que las especies, en virtud de una ley de vida, eliminan las toxinas y defectos adquiridos por herencia, para surgir al fin, de una trayectoria de años o de siglos, en plena madurez de desarrollo, potentes y perfectas. Guardamos un gran potencial de energía de pueblo nuevo. Nuestros defectos del presente, si sabemos analizarlos y encauzarlos como es debido, serán las grandes cualidades del mañana."

(Alfonso Castro—"El meliorismo y la moral optimista").

---

Señores:

El ilustre Profesor doctor Miguel Jiménez López, ha tocado en estos días un punto de excepcional importancia para nuestro país, cual es el de la decadencia de la raza que lo puebla. Al final de este estudio hizo un brillante capítulo de terapéutica, y en su principio una excitación a todos los hombres de ciencia para que ayuden a explorar este problema de sociología, que se roza íntimamente con la degeneración de nuestra raza.

Se llama, pues, a todos los hombres de ciencia, pero comoquiera que no puedo aspirar a figurar entre ellos, discúlpese mi intromisión en esta materia, como fervoroso admirador de nuestra raza, como intenso discípulo del meliorismo—esa escuela que la ilustre novelista inglesa J. Eliot, vertió sobre el mundo a manera de un perfume saludable, de un tesoro intangible que los hombres que lo poseen no pueden llegar nunca a las lindes de un negro pesimismo.

No reza el estudio del doctor Jiménez López, la época desde la cual se inicia nuestra degeneración, pero a

juzgar por la observación que hacen distinguidos Rectores de nuestras Facultades y el mismo autor de "Nuestras razas decaen", las taras raciales han adquirido una marcha aguda que se traduce por varios fenómenos de psicología social, en la última media centuria aproximadamente. Somos, pues, nosotros los continuadores, a través de algunos siglos, de un proceso de decadencia que se inició en nuestros antepasados desde tiempo inmemorial.

Sin rasgos étnicos especiales que definan las razas que habitaban la Nueva Granada, el autor compara la civilización que precedió a la conquista con la postración, abatimiento y miseria de los indígenas que son hoy la presa socorrida de los civilizados que habitamos las populosas urbes.

Rememorando las horas de angustia y de esclavitud que asaltaron a nuestros primitivos pobladores cuando se consumó la usurpación que haya revestido mayores caracteres de violencia, bajo la forma seductora y suave de la conquista, se llega prestamente a la consiguiente conclusión de que nuestros indígenas de hoy, en su calidad de razas vencidas, mal pueden ser otra cosa que una hoja marchita que el viento de la civilización va barriendo cada día. Su resurgir hoy es un imposible y su comparación con el pasado, menos aceptable, porque su condición abatida y miserable de la época presente, no fue fruto de su degeneración celular sino de una insólita invasión que derrumbó sus dioses, sus costumbres y que asoló su incipiente nacionalidad. El indio de hoy, pues, tiene que ser abatido y miserable, porque en su sangre perdura el sello del sometimiento, y los sometidos, libres o esclavos, no pueden ser otra cosa que miserables y abatidos.

Pero si se comparan las cualidades y manera de ser de nuestros indígenas puros que habitan todavía nuestras selvas seculares con el más o menos modificado que habita las ciudades, veráse qué enormes diferencias separan al uno del otro. Aquése cuya libertad e iniciativa no ha sido coartada por la imposición del blanco ni mermada por temor al amo, conserva sus instituciones sabias para su medio; sus conocimientos e industrias que hoy los civilizados explotan. Aquéste ostenta todas las tristezas de su raza vencida. No intenta obrar ni emprender, porque

vivo tiene el recuerdo de su pasada libertad que murió un día con las supremas crispaciones de su raza.

***

No cabe en mi sentir el parangón entre el español conquistador y aventurero del siglo XVI con los residuos de sangre ibera incontaminada que puedan quedar hoy, para de ahí deducir el decaer de nuestras capacidades y energías.

Sorprendente por la magnitud de la empresa, el español conquistador de cuyas virtudes morales hay ejemplos que las niegan, era en su carácter y modalidades un producto del momento: venía a hacer fortuna y tenía que hacerla. Para eso desarrolló sus cualidades de firmeza y resolución que le dieron el predominio; pero esas cualidades fueron infecundas y artificiales porque no dieron lugar ni a la perseverancia, ni a la inventiva ni la independencia que son siempre sus naturales consecuencias.

Pero fruto de qué otra cosa pueden ser nuestro diario e innegable progresar; el crecimiento y desarrollo de nuestras ciudades e industrias; el ejemplo vivo que tenemos a diario de ciudadanos que conquistan un nombre y una fortuna en el silencio del trabajo; qué otra cosa pueden ser, que energía y virilidad los actos de muchos repúblicas que viven todavía y que por ellos no se ha apagado nunca en nuestros dominios el sol de la libertad. Y cuál de las hijas de la Corona de España, conserva con más religiosidad, que Colombia, la llaneza y el amor propio, la hospitalidad y su misma abundancia en el decir y en el hablar?

Nuestras gestas libradas desde que se selló la Independencia, así en la paz como en la contienda armada, prueban muchos actos heroicos que vistos también con el ideal de libertad, no desmerecen ni un ápice de los que realizaron nuestros Padres para sacudir el yugo español. Y aun cuando yo creo que los acontecimeintos que marcan una época en la historia de la humanidad no admiten para no desvirtuarse, comparación ni con sus similares, bien seguro estoy de que en todos los pueblos de la antigua Gran Colombia, vive intacto el amor a la libertad, como vivía, pleno de vigor y lozanía, en el francés de 1914 a 1919, condenado hacía muchos lustros a la de-

generación y corrupción que soñaron muchos escritores de su misma sangre.

***

Ha disminuído nuestra capacidad creadora? Nuestras actividades verbalistas y de menor vuelo, manifestadas en nuestro culto por la Gramática, la Crítica y la Dialéctica, son índices evidentes de nuestra incapacidad creadora que existió solamente en el breve transcurso de 1800 a 1840? El señor doctor Jiménez López es categórico en afirmarlo; pero aun cuando se acepte nuestra infecundidad actual, aquella capacidad de ayer fue hija no tanto de sus hombres como del momento que pesó sobre ellos.

La oscuridad y aislamiento en que nos mantuvo España; su empeño único en mantener por doquiera su dominio a fuerza de ignorancia, dio pábulo, libres de su yugo, para que aquellas mentes cobraran su libertad y pusieran en juego las capacidades que a manera de energía estaban ahí acumuladas. Los momentos en la vida de los pueblos son los que determinan la formación de sus hombres. Después de un sostenido batallar, qué otra cosa podía ser el premio de la victoria sino el sosiego espiritual, la labor de investigación, la novela, el verso, el drama, que nos formaran el hueso de la nacionalidad, así como la sangre había formado el alma de la Patria.

Pero es que realmente carecemos hoy de estadistas, guerreros, investigadores científicos, poetas y novelistas que hayan reemplazado a los que nos precedieron? En nuestro florecimiento espiritual del momento somos apenas un pueblo imitativo o que tiene su sello propio en sus obras? Para responder sería menester nombrar a muchos que hoy pueden con eficiencia integrar cualquiera de esas filas; evocar los nombres de otros que ayer no más pagaron su tributo a la muerte. El distinguido maestro, bien sabe esos nombres.

Pero es que en realidad nos es ajeno todo lo que se encierra en la naturaleza ambiente? La Gramática, la Crítica, la Dialéctica, la Historia, cuyo culto intenso es hoy innegable, son apenas los exponentes de nuestra cultura interior? La afición a ellos son signo de decadencia o de degeneración? No en manera alguna. Son sí afirmacio.

nes de nuestra cultura y de nuestra misma nacionalidad. El trabajo y la cultura bajo cualquier manifestación, son los sillares de la raza, afirma Ingegnieros. Por eso la Argentina sentó su nacionalidad, no en la escogencia de una raza, sino predicando el trabajo con Alberdi y la cultura con Sarmiento. Pero es que la vida de un pueblo es así de efímera, para que ya no nos pertenezcan las asombrosas investigaciones que realizaron los sabios de 1810 a 1840, para que no podamos los que vamos en esta supuesta decrepitud prematura, mostrar a nuestros hijos la obra de los que fueron apenas ayer, sino entre una borrosa bruma de siglos y de siglos?

## DEGENERACION FISICA:

Punto quizás el más importante y el que más reclama una intensa meditación, es aquel en que el distinguido maestro, enuncia en su tesis los signos físicos de la degeneración de nuestra raza.

Pásase ahí por alto la clasificación de las razas que han poblado a Colombia y, por lo mismo, la enumeración de sus caracteres físicos normales que puedan servirnos de punto de comparación y deducción. Y naturalmente que al examinar este aspecto de la cuestión, surge la pregunta de si una sola fue la raza que pobló a Colombia; una la misma que se extendió a todas sus comarcas, o si, como lo demuestra la historia, condiciones climatéricas, sociales y económicas, fueron las que determinaron el cruce de nuestra raza indígena con otros elementos que el español conquistador y aventurero del siglo XVI.

Agotados los inmensos tesoros que el español arrebató sin gran trabajo a nuestros primitivos pobladores, la codicia del civilizado lo condujo a la explotación formal de los ricos tesoros de oro y plata que guardaban nuestros valles ardientes y nuestros ríos cristalinos y sonoros. Para esos climas y esa labor ímproba que no se compadecía con el escaso rendimiento obtenido con el indio, fue menester volver los ojos hacia una raza más fuerte para el trabajo bajo los climas tropicales. Esa raza fue la africana, que bajo la triste condición de esclava, vino a Hispanocolombia—al decir de don José María Samper—

para preparar el reinado de la República democrática.

Duros y resistentes a la acción deletérea de nuestros climas tropicales; ágiles y rápidos para surcar los ríos; aptos para el laboreo de las minas y para los menesteres agrícolas; fecundos con asombrosidad cuando viven bajo climas convenientes, los negros se multiplicaron por efecto de la generación y de la intensa introducción de ellos, con rapidez que sobrepasó a todo lo imaginado.

De aquí necesariamente se produjo este fenómeno: la raza europea, superior en lo moral e intelectual e impedida para la multiplicación porque su objeto no era poblar ni asimilar y por indiferencia hacia razas inferiores, se aglomeró, reproduciéndose con lentitud, en las altiplanicies y regiones suaves.

La raza negra, favorecida por el sol tropical, por sus costumbres salvajes y por su escasa intelectualidad y moralidad, se reprodujo prodigiosamente y pobló las extensas comarcas de nuestros valles y ríos. Las razas indígenas, mermadas o estacionarias, prosperaron con lentitud agitadora, allí en su esfera habitual, en los sitios donde, como en las altiplanicies, les era pródigo el medio. Así, pues, las razas y las castas, tuvieron su cruzamiento y su geografía inevitable y fatal: Los blancos e indios de color pálido, y los mestizos que de su cruzamiento nacieron, ocuparon las regiones montañosas y altiplanas; los negros y su cruzamiento con el indio, el "zambo", como se le llama en mi valle, poblaron las costas y los valles ardientes.

Pero el blanco que visitó las comarcas invadidas por el negro; el blanco industrial que tenía que vivir con él, dejó—eso era de esperarse—un producto de su cruzamiento, que fue el "mulato".

Connotados autores, conocedores profundos de nuestra etnología, afirman que es un grave error suponer cierta uniformidad en el tipo indígena de Colombia. Las discordancias claras y precisas halladas entre el color y la talla, hacen aceptar la existencia de razas indígenas muy distintas. Explícase esta multiplicidad en factores de orden climatérico, que como vosotros lo sabéis son variables en grado máximo en nuestro país, y de ahí, que así como en el Perú se encontró una raza indígena entera-

mente blanca, y entre los caribes una negra, así en nuestro suelo, antes de la fusión del europeo con el indio y con el negro, había tribus rojas, rojizas, bronceadas, cobrizas, amarillo mate, pardo, casi negras y aun blanquecinas. La conquista y la colonización, ignorando la geografía y la composición de las razas indígenas, debieron necesariamente traer cierta promiscuidad, que no por inadvertida, debió dejar de hacerse sentir en las razas colombianas, ya por manifestaciones de índole fisiológica o por modificaciones físicas. Terminada la conquista, vino la fusión de razas que se mantenían separadas por la guerra: las murallas entre los muiscas de la Altiplanicie de Bogotá, los Panches de las faldas de la Cordillera Oriental y los marquetones del valle del alto Magdalena, desaparecieron bajo el influjo de la conquista. Cuando la época de la Colonia, esa variedad de razas, era ya enorme: hubo así la raza española y sus variedades; la indígena y sus variedades; la negra africana; la mestiza de españoles e indios, las diversas razas indígenas provenientes de su fusión; la "zamba", producto del cruzamiento entre indios y negros, y la "mulata" derivada de blancos y negros.

¿Cuál el resultado de esta variedad de razas? Políticamente el advenimiento de una democracia, porque probado está que la promiscuidad de razas, en las que predomina el elemento inferior socialmente considerado, da lugar al reinado de las democracias. Física y fisiológicamente la multiplicidad de razas preparó su fácil adaptación a nuestro medio físico, que como veré más adelante, es también variable como los climas que constituyen la zona de Colombia.

Ignóranse los rasgos físicos característicos de cada una de las distintas tribus que habitaban nuestras zonas. En esta complejidad de sangres, es indispensable, para concluír en sus estigmas degenerativos, precisar si provienen del indio, del negro o del europeo, nuestras tres razas fundamentales, o si su mezcla en sí misma constituyó de por sí la degeneración.

Autores connotados en estudios sociológicos, como José Ingegnieros, no quieren en manera alguna atribuír a

las nuevas variedades actuales de la raza blanca, caracteres antropométricos especiales, y agrega que movería a risa a quien pretendiera medir con escuadra y compás variaciones sociológicas que ocurren en un siglo, pues de repercutir sobre la morfología de los hombres, sólo modificaría la estructura del esqueleto individual en series de siglos. No podemos pues, nosotros admitir la imperfección de nuestra raza en comparación con los datos anatómicos que demuestran la talla y el peso de los individuos un tanto por debajo de la cifra media señalada en los países europeos y en Norte América, ni menos signos degenerativos asentados sobre la clasificación de Topinard. Nuestras razas extinguidas y las actuales, son grandes grupos de la especie humana, diferenciados unos de otros en el decurso de siglos, para adaptarse a la modificación incesante de los diversos ambientes naturales en que han vivido. Esas diferencias o variaciones, no son inmutables, como no lo es ninguna variación adquirida por las otras especies vivas, vegetales o animales. En toda especie o fracción de ella, los caracteres varían para adaptarse a las variaciones del medio en que vive y cuando la especie emigra, sus caracteres varían para adaptarse a las condiciones del nuevo medio. Pues si esta variación y adaptación no existieran, las especies se extinguirían. Cuando varias especies vivas se encuentran en un mismo medio y toman de él recursos de vida similares, acaban por prevalecer las mejor dotadas para luchar por la vida dentro de ese medio, es decir, las más adaptables. Esto mismo ocurre entre los grupos de una misma raza y entre los individuos de un mismo grupo. Cuando varias razas de la especie humana coexisten en un mismo territorio, pueden ocurrir una de dos cosas: si las razas luchan por la vida sin mezclarse, sobrevive la más adaptable al medio y se extinguen las otras; si se mezclan, suelen prevalecer en la promiscuación los caracteres de las que son superiores con relación al doble ambiente físico y social.

Según esto, nuestras razas de hoy día son ya elementos definitivos que mezclados o no, han resistido al medio ambiente, a ese medio ambiente que se ha calificado de adverso al desarrollo del hombre? Son el resultado de una depuración o selección operada de por sí por

variadas condiciones físicas y sociales? Son acaso el esbozo de su desaparición iniciada apenas en el siglo XX, cuando factores decisivos como la civilización y su extensa reproducción, parecen comprobar lo contrario? Estúdiense nuestros censos y veráse entonces que a despecho de lo adverso del medio, nuestra raza va triunfando de él y otros factores.

No habiendo pues, caracteres físicos definidos, cómo concluír hoy en la degeneración de nuestra raza? Afirmarlo, fundados en el rápido y reducido análisis de la masa de un pueblo, que como el de las altiplanicies, presenta los signos inequívocos de una raza de la cual va siendo el último representante, es un grave error que no puede aceptarse porque es contrariar la verdad. Vuélvase la vista hacia nuestros Departamentos comprendidos en la zona tórrida de Colombia, y veráse cómo escasean allá la acromegalia y el enanismo; la esteatopigna; el labio leporino y las irregularidades de la cavidad bucal. Mírese la fecundidad de la mujer antioqueña, de nuestra mujer del valle y de las costas, y dígase si serán o no posibles las anormalidades del aparato sexual femenino. Estúdiese y compárese la viveza imaginativa de nuestros blancos, negros, mulatos y zambos de nuestros valles tropicales y del litoral, su altivez e independencia; su amor al trabajo; fíjese la actividad vital y enérgica del antioqueño y veráse qué poca comparación cabe con los vestigios de esta otra raza, inmóvil, de actitud hierática, abúlica, oprimida por la miseria y por su poca aptitud para el trabajo y sobre la cual gravitan estigmas y servidumbres y cuyo alimento secular se ha reducido a manjares groseros, insuficientes en su ración vital y sobre la cual pesa la afición desmedida a una bebida adulterada que será su losa sepulcral.

Yo he creído que el estudio del doctor Jiménez López tuvo apenas proporciones locales, porque sin riesgo de trajinar por falsos optimismos, en los Departamentos cálidos de Colombia vive esa savia nueva que aquí en la capital y en Departamentos que conservan la raza autóctona, ha servido para rejuvenecerla y darle esplendor.

Y véase si no, lo que sucede en la esfera de lo intelectual y de lo social. Las familias raciales de Bogotá, van siendo pocas. Han sido reemplazadas o por sangre pura

de españolas venidas de muy lejos, o por productos de sus distintos cruces. En la esfera de lo intelectual, qué largo resultaría enumerar su dominio. Averígüese tan sólo cuál es el personal que en nuestras facultades marca alguna huella o pasa por ellas muy lejos de la mediocridad y la ignorancia.

Cómo es de lamentable para mí que los estrechos límites de una conferencia, no me permitan fatigar a mis oyentes, con la descripción típica de los productos que pueblan la mayor parte de Colombia. Pero sí no puedo resistir a la tentación de enumerar siquiera los orígenes de un pueblo a quien miramos entre nosotros mismos con el respeto de un pueblo extraño por lo fuerte y atrevido, pueblo al cual damos por antonomasia, el nombre de "raza antioqueña", raza que buscó en el país su zona etnográfica.

La antigua provincia de Antioquia, conquistada por Robledo y Heredia, atrajo la inmigración de los primeros españoles a causa de su prodigiosa riqueza aurífera y de lo pródigo de sus climas montañosos. Perseguidos, más tarde los judíos en España, se organizó una emigración de 200 familias de esa raza, que obtuvieron permiso para establecerse en Antioquia. Aquí desaparecieron los obstáculos para la fusión, y españoles, israelitas y criollos se cruzaron libremente y produjeron la más hermosa raza mestiza-europea que se conoce en América y que fue pasmo de geógrafos e historiadores.

En la descripción del producto típico antioqueño, así en lo físico como en lo moral, no puedo menos de ceder la palabra, al muy ilustre don José María Samper, quien nos ha hecho de él una descripción clásica por la forma y lo precisa. .

"El antioqueño—dice—es blanco, muy poco sonrosado; delgado, membrudo y fuerte y su fisonomía es notablemente angulosa o de rasgos pronunciados; su nariz es recta y de muy fino perfil; el ojo negro, burlón, meditabundo y luminoso; su porte bastante distinguido y su expresión reseservada. Se casa a los 19 o 20 años y es muy fecundo,excelente padre y esposo; se le halla siempre andariego, trabajador, sufrido; viajero infatigable a pie, laborioso, inteligente para todo, frugal, poco sobrio,aficionado al

juego como todos los pueblos mineros, apasionado por el canto, ascético y poco accesible en su país, notablemente ortodoxo, rumboso y gastador como individuo, pero parsimonioso y algo egoísta en comunidad. Además—agrega—en todo tiempo le hallaréis negociante hábil, muy aficionado al porcientaje, capaz de ir al fin del mundo por ganar un "patacón, conocido en toda la Confederación por la energía de su tipo y por el cosmopolitismo de sus negocios, burlón y epigramático en el decir, positivista en todo, poco amigo de innovaciones y reformas y muy apegado a los hábitos de la vida patriarcal."

Eran estos sus rasgos característicos el año de 1861 y quién de nosotros—agrego yo—puede hoy negar en 1920 que todos esos caracteres persisten en su triple alianza de la sangre judaica, la española y la criolla, balanceándose y atemperándose mutuamente,de tal manera que según la faz por la cual se considere al antioqueño, se puede ver al vascongado, al israelita o al colombiano de la zona tórrida.

Es hora pues, de que emprendamos, con la ayuda de la antropometría, la especificación exacta de los caracteres de nuestras razas. Mientras falte una abundante estadística; mientras queramos deducir nuestra degeneración física, basados apenas en lo que indique el análisis subjetivo, no podemos llegar a ninguna conclusión, no se puede, en mi opinión, condenar a una raza al terrible estigma de su degeneración.Es tiempo, pues, de que el Cuerpo médico del País, de que todos los hombres de ciencia, se den a la tarea de nuestra verdadera clasificación como tipos étnicos. De otro modo no hay derecho para decir si degeneramos físicamente en estos momentos, ni si poblamos a Colombia ya provistos de los estigmas de la degeneración.

***

## DEGENERACION FISIOLOGICA

Evidentemente que uno de los puntos que mejor pudieran ser esclarecidos por la estadística comparada, para valerme de las mismas palabras, del Profesor Jiménez López, es este de nuestra degeneración fundamentada en ciertos signos fisiológicos. Pero como lo reconoce el mismo autor, por desgracia en Colombia, los estudios

estadísticos son de creación reciente en lo que a tales materias atañe, y yo me atrevería a agregar, que aún carecen de la veracidad que ellos necesitan. Recuérdese no más la poca fidelidad con que se levantan nuestros censos, defecto que no proviene de las oficinas, sino de que carecemos de esa educación especial estadística que ha hecho de otros pueblos, la base de su prosperidad.

En nuestra poca "nupcialidad", comparada con la de otros países, entre los cuales se citan a aquellos diez o veinte veces superiores a nuestra población, se quiere hallar un índice de nuestra degeneración.

Muy importante hubiera sido para la interpretación de este fenómeno como signo verdadero de degeneración de una raza, estudiarlo comparativamente con estadísticas de otros tiempos o con lo que la historia nos enseña respecto de su frecuencia en nuestras primitivas épocas.

El concepto de matrimonio no es hoy sinónimo de erotismo egoísta ni de apetito sexual, como lo creía Westermak, porque de lo contrario desaparecería al extinguirse el celo. Así puede que sea en especies o razas inferiores.Pero hoy,en mi concepto, el matrimonio considerado biológicamente es un producto de las mismas leyes de selección natural que hicieron que de los mismos apetitos sexuales, es decir, del instinto de reproducción, se derivasen algunos instintos sociales, es decir, altruístas, con el fin de conservar la especie, mediante la protección de los hijos. La familia, es por tanto la raíz misma del matrimonio. Así se explica el hecho de que el matrimonio no sea válido en muchos pueblos hasta después de que nazca un hijo. Recórrase la historia de esta institución y se verá que en ella ha primado siempre la idea de familia. En su mismo origen sagrado. predominó este criterio, y la misma promiscuidad sexual de los pueblos primitivos, ya bajo la forma de la poligamia o de la poliandria no era otra cosa que el esbozo de la institución matrimonial.

La civilización de las naciones y el imperio de ciertas instituciones religiosas han ido complicando lo que en sus orígenes era de una simplicidad atractiva,y poco a poco el simple título que con el matrimonio adquiría el padre, de protector de la familia, ha ido haciéndose cada día más denso y complicado. Todos los sociólogos están

acordes en aceptar, que cuanto más adelantada es una civilización, menor es el número de matrimonios, mayor el de los nacimientos ilegítimos y más común la prostitución. Entre nosotros, si no queremos aceptar para explicar nuestra escasa nupcialidad el factor civilización, hemos de convenir en que el matrimonio va haciéndose cada día un problema económico en el que ya van pesando razones de pobreza, de escasez de salarios; la larga duración de nuestra educación intelectual y profesional; la triste condición de la mujer casada por error de nuestras leyes y mil factores más que van reduciendo al cálculo lo que debiera ser fruto ciego de un instinto. Y véase cómo es cierto esto si entre nosotros mismos comparamos la frecuente nupcialidad entre nuestras clases bajas o aldeanas con la escasa que se observa en las clases elevadas. Es que entre aquéllas la mujer y los hijos, son fuente de riqueza porque ayudan al trabajo.

Quizás en un vicio educativo resida también nuestra poca nupcialidad. Acostumbrados como estamos a hacer de la mujer el blanco y el juguete de nuestros instintos sexuales, cada uno procura su perdición sin medir sus consecuencias. Sin ley ni instituciones de índole moral que la protejan, la mujer no tiene entre nosotros más defensa que su mismo hogar. Faltando éste, el medio ambiente que la rodea constituye un peligro. Hé aquí por qué pueblos civilizados buscan hoy en la educación sexual el remedio heroico contra las enfermedades venéreas y la prostitución.

La natalidad de Colombia, que rivaliza con la de países como Bélgica, Francia, Serbia, la Argentina y otros más, lejos de ser para el insigne maestro, un signo favorable a nuestro vigor, una demostración de nuestra virtualidad biológica, es apenas un factor de una desgraciada potencialidad reproductiva, o un estado intermedio entre la viciación orgánica. De hecho nuestra natalidad, cualquiera que sea su causa, destruye sí desde luego la aceptación de esa frecuencia que se nos increpa, en materia de anormalidades y faltas de desarrollo en la esfera de lo sexual.

Importa mucho que, a propósito de la natalidad, es decir, de nuestro poder fecundante, me detenga un poco en

el crecimiento que ha sufrido nuestra población, a partir del año de 1770, época en la cual parece, según el historiador Plaza, se hizo nuestro primer censo. Era entonces nuestra población de 806,209 habitantes y 33 años más tarde, es decir en 1803, de 2 millones, o sean 1.193,791 habitantes en 33 años. Estos datos, un tanto exagerados, no concuerdan con los que trae el General Mosquera en su Memoria sobre la Geografía de la Nueva Granada, quien afirma que Bogotá tenía en 1851, 20,000 habitantes y que la población de Colombia era respectivamente:

En 1835: 1.685,038
" 1843: 1.932,279
" 1851: 2.243,054

lo cual da un total de 247,241 habitantes para los primeros 8 años que separan a las dos fechas enunciadas y 310,775 para los segundos 8 años. En 70 (!) años después hemos llegado a la fabulosa cifra de 6 millones para la masa total y a 160,000 habitantes para una sola ciudad que contaba apenas 20,000 habitantes en 1851.

Cuáles han sido las causas de este aumento de población que sobrepasa los límites de lo normal y que nos pone al igual de pueblos más civilizados y fecundos? No en manera alguna la inmigración, que aunque permitida por la ley del año de 1832, no ha sido para nosotros un elemento que haya aportado aumento en nuestra población.

No he de detenerme a hacer un estudio sobre las causas que el gran Felipe Pérez, halló como constitutivas de nuestro aumento en población, aunque a decir verdad, el factor alimenticio que él incrimina no puede ser negado, y hoy menos que la ciencia y la experiencia, comprueban la firmeza de las concepciones de aquel gran vidente. Quién, por ejemplo, de nosotros puede negar que a su alimentación rica en principios nutritivos, debe el pueblo antioqueño, la proliferación de su raza? Tal vez de aquí a mañana, en el campo de la hipótesis, la ciencia nos esté diciendo que en el maíz y en el fríjol, bases de su alimentación, reside alguna vitamina, especie de hormona que obra sobre las glándulas sexuales.

Spencer en su libro "Principios de biología", luégo de estudiar las leyes que rigen la multiplicación de todos

los seres animados, afirma que la potencia de propagación aumenta cuando la conservación del individuo se hace excepcionalmente fácil. Esta conservación, agrega—es el resultado de una alimentación abundante que puede aplicarse a la propagación. De una manera más específica puede decirse—agrega él—que cuando las necesidades del crecimiento individual, del desarrollo y del desgaste diario son satisfechas, lo sobrante es la medida de la multiplicación. Este sobrante puede aumentar en cantidad gracias a cambios en el medio que aportan una mayor cantidad de materiales o de fuerzas de donde dependen tanto la vida de los padres como la de los hijos. Que haya o no desgaste, un aumento de la nutrición hace siempre posible un aumento de propagación.

Este hecho, que cada uno de nosotros puede comprobar así en las plantas cultivadas como en los animales domésticos, es perfectamente aplicable al hombre, quien empíricamente sabemos, lo aplica también a él. El huevo de una abeja se desarrolla bajo forma de una hembra estéril o de una hembra muy fecunda, según la cantidad de alimento que reciba la larva que ha salido de él. La fecundidad de la reina de las abejas, no consiste sino en que tiene a su alcance un alimento abundante, que está a una temperatura favorable y a que no ejecuta ningún trabajo considerable.

Con más o menos variaciones las leyes que rigen la multiplicación de los seres inferiores, rigen también la del hombre, que como tipo superior tiene un coeficiente de multiplicación que asegura su tendencia a predominar, y como en virtud de ley biológica la supervivencia de los más aptos reemplaza las razas inferiores por razas superiores, tenemos que concluír con la lógica y la biología, que esta fecundidad nuéstra, lejos de ser factor de degeneración, es elemento de renovación y vida.

Hecho digno de aplicarse a nosotros, es el que anotaba el Profesor Johnston a propósito de los franceses canadenses: "Somos terribles para los hijos", le decía un natural al sabio Profesor, aludiendo a su excesiva fecundidad, fecundidad que explicaba el mismo Profesor por los matrimonios o uniones hechas en buen tiempo, porque los canadenses aman su hogar, porque están dotados de

un espíritu sencillo y porque viven en un país en que se procuran fácilmente la tierra y las subsistencias. No pensó pues, él jamás, que esa fecundidad proviniera de su inferioridad física y cultural.

No quiere decir esto—agrego yo—que la multiplicación del hombre obedezca simplemente a factor alimenticio. Es necesario que haya llegado a su desarrollo y crecimiento completos para que pueda almacenar ese sobrante que invierte en su reproducción. Gastado este sobrante ya sea en actividad física o mental, su poder reproductor se aminora. Este hecho lo comprueban la infecundidad relativa de los atletas, los acróbatas, los matemáticos, los hombres de ciencia en general, y los que tienen continuo desgaste nervioso por exceso de impresiones, como los jugadores y hombres de gran vida.

Pero anota el doctor Jiménez López, en su trabajo, la observación de algunos médicos antioqueños, del deficiente desarrollo de las glándulas mamarias, en la mujer antioqueña de hoy. Yo lamento no estar acorde con este hecho, porque no es solamente por la mayor frecuencia de la esterilidad absoluta, ni por la cesación prematura de las preñeces, por lo que puede manifestarse la disminución de la facultad reproductora, sino también por la incapacidad muy frecuente en que están las mujeres de alimentar a sus hijos; porque en la plenitud de su significación, la facultad reproductora quiere decir la facultad de engendrar y de llevar un niño bien desarrollado y suministrar a él el alimento indicado por la naturaleza.

Dónde está pues, esa presunta atrofia de las glándulas mamarias predominando en la mujer antioqueña, de la que todos sabemos que es prolífica en hijos y en sus funciones maternas?

Es pues, en resumen, nuestra enorme natalidad resultado de estados intermedios de viciación orgánica o resultado precisamente de nuestra inferioridad como raza? Si lo primero, en qué órganos reside esa viciación que lejos de traernos la infecundidad nos constituye en excepciones de la ley biológica que rige la multiplicación de la especie humana y que exige la integridad y normalidad de todas las funciones? Si lo segundo, debemos ale-

grarnos de una inferioridad que nos coloca al lado de pueblos vigorosos y cultivados.

## LA LONGEVIDAD Y NUESTRA DEGENERACION

La estadística, que entre nosotros no sirve como comprobación de ningún hecho, no afirma ni niega la "longevidad" en nuestro país. En cambio sí lo que nosotros vemos a diario, dice que no son exóticas en Colombia las edades avanzadas. En nuestras tierras cálidas y montañosas, qué frecuente es ver el caso de muchos padres de familia que alcanzan a asistir a muchas generaciones. La prensa en su información departamental, trae casi diariamente la noticia de la muerte de un viejo servidor de la Independencia o de alguna dama que gozó de las épocas del Gran Bolívar.

Pero aun aceptando nuestra escasa longevidad, esto no es en manera alguna característica del vigor de una raza. ¿Qué habría de hacer un pueblo en el que sus individuos vivieran todos luengos años? Y véase que la naturaleza, madre sabia como ninguna otra, ha llegado a hacer estériles los intentos mismos de la ciencia para alargar la vida. El viejo Fausto no ha vivido sino en drama. Metchinicoff y Voronoff, magos de la vida, no han logrado detener un proceso que impone la evolución fatal de la materia.

La civilización tiene por objetivos, entre otros, procurar el aumento de la humanidad, y así como ha obtenido un decrecimiento de ciertas fuerzas destructivas de la especie, así también por compensación ha reunido un aumento de algunas otras fuerzas destructoras de ella. A medida que los hombres se hicieron más numerosos, desapareció el peligro de morir a manos de las fieras. A medida que aumentaron sobre la superficie de la tierra, se dividieron en tribus y entre ellos comenzó la destrucción; pero el peligro de desaparición por esta causa disminuyó a medida que las tribus se reunieron para formar naciones. Llegado a esta faz de su organización social, vino entonces la dificultad en la lucha por la vida, lo que dio origen a las guerras.

La evolución y conservación de los pueblos, desde su

doble punto de vista general y especial, es un progreso hacia el equilibrio. El límite teórico hacia el cual progresa la integración y diferenciación de todo agregado, es un estado de equilibrio entre todas las fuerzas a las cuales las partes de este agregado están sometidas y las que sus partes les oponen. En cada especie tiende a establecerse un equilibrio de un género complicado, pero no por ello menos evidente: ese equilibrio se hace entre la totalidad de las fuerzas destructivas y la totalidad de las fuerzas conservadoras; es decir, un equilibrio que implica que cuando la aptitud para conservar la vida es pequeña, la aptitud de propagación debe ser grande y viceversa. De donde se deduce que la evolución de una especie más en equilibrio con el medio, es también la evolución de una especie que se aproxima por un movimiento correlativo, al equilibrio entre el número de los nuevos individuos producidos y el número que sobrevive y se propaga (Spencer). Véase, pues, si obedecemos a las leyes inmanentes de la biología: escasa nuestra aptitud para la vida, pero enorme nuestro poder propagador.

¿Decrecen prematuramente nuestras energías y capacidades útiles? La diaria observación de lo que acontece en nuestros Departamentos, en donde todos somos testigos de la lucha que ahí se libra y de lo mucho que se propaga hasta edades avanzadas, puede decirnos cómo carece de fundamentos esa apreciación. Es bien entendido que hablo de las regiones libres del elemento indígena, condenado desde temprano a la inacción. En nuestros litorales, valles y montañas, nos consta a todos cómo el jefe de familia no se rinde a la impotencia de la edad provecta. Y cuando al atardecer de la vida van cayendo vencidos por aguda dolencia, en el escudo de su ejemplo quedan grabadas estas dos palabras: fortaleza y trabajo.

Nuestra incipiente formación nos excusa de ver ejemplos de esas vigorosas mentalidades, que alentados por el genio constituyen la excepción de un pueblo: León XIII, Joffre y Clemenceau, constituyen el orgullo de una raza de la que nosotros somos dignos descendientes.

Y a qué citar ejemplos de marcada lucidez y de energías en muchos de nuestros hombres de ayer y de hoy? (*)

---

(*) Conocida ya del público esta conferencia, el au-. . .

## NUESTRA MORTALIDAD COMO INDICE DE DEGENERACION

El dato que se da al público, de que nuestra mortalidad global alcanza a 20,9 por 1,000, no ha sido complementado con el de la estadística que nos diga cuál es el tributo que pagamos a las enfermedades infecciosas y parasitarias, de las cuales las razas fuertes se han defendido apenas de algunos años a esta parte, principiando ya nosotros corriente semejante. E importa establecer esa causal, porque nadie sería osado a asegurar que solamente las razas inferiores no resisten a las enfermedades infecciosas y parasitarias. Lo mismo se muere de tifoidea o fiebre amarilla un alemán que un indígena, y precisamente que nadie será tampoco osado a negar que las clases inferiores tienen más defensas orgánicas que las superiores y cultivadas.

Pero nuestra mortalidad tan alta no es tampoco una excepción ni un asombro en comparación con las que ofrecen naciones que no podemos negar civilizadas y fuertes en sus razas. Austria, Rumania, Hungría, España, Rusia

---

tor quiso averiguar en la Oficina de Estadística Nacional, datos relativos a la longevidad en Colombia, y halló conforme al censo de 1918, que en la mayor parte de los Departamentos de la República, aún los situados en regiones insalubres, hay una gran parte de sus habitantes que pasan de la edad de 70 años, es decir del límite que la medicina asigna como longevidad.

El autor llama especialmente la atención hacia el hecho de que en Colombia la longevidad es mayor en la mujer que en el hombre, dato que parecen ignorar, por falta de consulta, muchas Compañías de Seguros de Vida que sin fundamento alguno, niegan el aseguro a la mujer colombiana.

Llama igualmente la atención, el autor, hacia la necesidad de consultar mejor nuestras estadísticas que a este respecto dan mucha luz y en especial, las estadísticas de los Departamentos de Bolívar, Antioquia, Caldas, Nariño, Valle, Santander del Norte, Tolima, Huila, etc.

y otras más, están con nosotros. Allá ha habido siglos de por medio en su existencia, el lugar que geográficamente ocupan, para que no pueda disimularse su espantosa mortalidad.

¿Cómo traducir pues ese factor que se cree como signo de nuestra degeneración? ¿Nuestra alta mortalidad es signo de que la zona de Colombia es adversa a la vida? Si es cierto como lo afirma Augusto Comte, que una armonía entre el sér vivo y el medio, caracteriza evidentemente la condición fundamental de la vida, en ningún otro país más que América, y en especial en Colombia, hay esos elementos de armonía y de vida. ¿Qué otra cosa significan el rápido desarrollo de la América del Sur y su asombrosa y creciente población?

Pero es que adrede se olvida que nuestra alta mortalidad la constituyen las enfermedades infecciosas, entre las cuales paga su mayor tributo la infancia? No se ve que el desarrollo enorme de nuestras ciudades no guarda proporciones con nuestras ganancias en higiene? No hay que fatigar a nadie rememorando la falta de higiene que domina entre nosotros. En nuestra incuria oficial y en nuestra educación, falta de nociones que protejan al individuo contra la agresión de los gérmenes patógenos, reside esa letalidad de este país que lejos de mostrarnos como razas inferiores, deja entrever una vigorosa constitución, ya que en realidad nuestra mortalidad por alta que sea no corresponde a nuestra absoluta e insuperable falta de higiene. Pero hágase labor de saneamiento; de educación general; dígase a las madres cómo deben alimentar a sus hijos, y veráse entonces si la mortalidad puede ser signo de imaginada degeneración.

Este punto de nuestra mortalidad exige de parte de cualquier sociólogo, no poca meditación y no poco análisis. Se relaciona él con nuestro medio físico, y menester es probar si este medio físico es adverso para la planta humana.

No escaso es el concepto del cosmopolitismo del hombre; y aun cuando a primera vista resulte un adefesio, el hombre no es cosmopolita por naturaleza.

Como todas las especies vegetales y animales, las especies o razas humanas aparecen y se desarrollan en medios geográficos particulares, de donde no salen sino im-

pulsadas por influencias exteriores.

Muéstrase cosmopolita el hombre—afirma José Gil Fortoul—cuando ha llegado a una civilización muy avanzada; cuando la ciencia, el arte, la industria, le han hecho capaz de neutralizar fácilmente o modificar las condiciones del medio que amenazan su salud y su vida. De suerte que no es su organización natural la que le permite soportar las variaciones de todos los climas y prosperar en ellos, sino la adaptación, y ésta, cuando se realiza, resulta de un gran número de causas y de circunstancias ocasionales, que constituyen el medio. Y en el medio, que puede distinguirse en orgánico, social y físico, una de las condiciones de vida es el clima, que ya nuestro padre Hipócrates definía: el conjunto de las condiciones físicas de una localidad en sus relaciones con los seres organizados, definición genial que no ha podido ser modificada en el transcurso de los siglos.

El clima de Colombia comprende las tres zonas: cálida, templada y fría. Cada una de ellas está habitada de preferencia por un núcleo de individuos adaptados ya a las condiciones del medio, y estrecha es la zona en que como en los Llanos, las condiciones del medio físico siguen determinando allí el carácter y las cosutmbres del hombre. En cambio, el dominio del hombre sobre la naturaleza se acrecienta en los centros más poblados, puestos ya en contacto con la civilización de otras tierras.

Pero es en verdad nuestro medio físico un medio adverso para la aclimatación del hombre europeo? Lo es todavía la América intertropical? No. La experiencia de tres siglos comprueba que la población europea aumenta y prospera en nuestra zona intertropical, que nunca ha sido adversa, como que no aventuradas hipótesis señalan a esta América como el lugar donde hizo su primera aparición el hombre.

Nuestras generaciones del presente, por el hecho de una evolución biológica inconsciente, que es su adaptación, han ido perdurando en esos climas en que está dividida la zona que correspondió a Colombia. No es, pues, ésta la hora en que nuestras razas estén buscando su adaptación, en la que ya el medio ha operado nuestra innegable selección.

La observación que el sabio geógrafo Eliseo Reclus hacía hace muchos años de que los europeos viven por millares en todos los climas de Colombia es hoy más que nunca demostrable, y este hecho pregona de manera suficiente la bondad de nuestra perenne primavera.

Si biológicamente la adaptación del hombre al medio físico y la modificación que éste les imprime son condiciones esenciales de vida, patológicamente no es menos cierta la adaptación a él. El Dr.Luis Cuervo Márquez, en su obra "La fiebre amarilla en el interior de Colombia", hace la valiosa y evidente observación, que confirman cada día, con el eminente patólogo, la observación y la experiencia nuéstras, de que "la acción lenta y sostenida del clima produce la adaptación del organismo al medio en que vive, y como resultado de ella, una mayor resistencia para la adquisición de las enfermedades que son exclusivas a ese clima".

Me haría inacabable si yo fuera a demostrar con hechos nuéstros la veracidad de esta observación. Véase no más lo que pasa con la fiebre amarilla y aun con el mismo paludismo, que al decir de Roux, no respeta razas.

Si pues es cierto que nosotros libramos una perenne lucha contra el calor, los insectos nocivos y mil factores más que aparentemente hacen el medio adverso, también el europeo del norte vive en lucha perenne con el frío y con la lluvia, con el suelo estéril y la atmósfera caliginosa. Y así como las mismas fuerzas industriales han hecho habitables los países de la nieve, exclama José Gil Fortoul, aplicadas de diverso modo harán deliciosamente habitables estos países de climas múltiples y fecundas tierras.

Y para terminar con este largo capítulo del medio físico, permítaseme reproducir la opinión del sabio naturalista Battes,quien viajó largos años por la América intertropical: "Sólo bajo el Ecuador podrá la raza perfecta del porvenir alcanzar el goce completo de la bella herencia del hombre: la tierra!" (*)

---

(*) Dictada ya su conferencia, el autor quiso buscar en la Oficina de Estadística Nacional, el dato exacto de nuestra mortalidad y halló que el porcientaje publicado por el doctor Jiménez López de 20,9, carece de valor a es-

## NUESTRA DEGENERACION DEDUCIDA DEL METABOLISMO Y DE LA TEMPERATURA FISIOLOGICA

En la obra provechosa de nuestros pocos investigadores que han descendido al fondo mismo de los fenómenos fisiológicos, se ha querido hallar base para afirmar nuestra degeneración física y fisiológica.

Si en el crecimiento y desarrollo del organismo entran factores profundamente decisivos como el clima, altura o nivel del mar, frío o calor, esos mismos factores influencian con mayor razón las funciones del organismo, ya que es ley de fisiología, que la función créa el órgano y que el funcionamiento de éste depende de factores como el del medio ambiente.

---

te respecto, pues además de que se refiere a un solo año, el de 1915, es menester confesar que en este año Colombia tuvo terribles epidemias de disentería, tos ferina y sarampión que diezmaron la población de muchos Departamentos.

Es ley elemental de estadística que el término medio de la mortalidad global de un país, no se deduce sino en el curso de 10 años. Si se consultan de manera imparcial nuestras estadísticas de mortalidad en los años de 1916, 1917 y 1918 es fácil hallar con absoluta fidelidad que nuestra mortalidad global para una población aproximada de 6.000,000 de habitantes, oscila al rededor de un 14.2 por 1,000, lo que nos presenta mejor que Alemania, Austria, España, Francia, Italia, Chile, Argentina ,etc. Véanse para más detalles los cuadros comparativos del anuario Estadístico de Chile, año de 1917, de donde el autor ha tomado los presentes datos.

Si pues con marcada intención tomamos solamente el año de 1915 como exponente de nuestra mortalidad y de lo insalubre de los trópicos, con sobra de lógica y de razón podemos decir que Europa es inhabitable si consideramos su altísima mortalidad de 1918 por causa de la gripa. Cree pues, el autor, muy prematuro publicar un dato que sólo puede servir para atemorizar a quienes no se tomen el trabajo de consultar nuestras estadísticas.

No es pues lógico ni conveniente que nosotros queramos sujetar nuestra fisiología, dependiente del clima, presión atmosférica, etc., a las normas de lo que suceda en el hombre europeo.

Precisamente fue esta noción clara y precisa la que llevó a uno de nuestros más distinguidos colegas, el doctor Calixto Torres, a emprender su científico trabajo sobre "la nutrición en la altiplanicie de Bogotá". Oigamos su opinión en la introducción que lleva su trabajo: "Todo el que haya estudiado ciencias naturales sabe que hay para cada organismo una fisiología normal o patológica que le es peculiar y que esta fisiología reviste modalidades distintas que cambian con la raza, el clima, la alimentación, etc. Como consecuencia de estas modalidades fisiológicas, vienen también variaciones en la higiene, en la patología, en la terapéutica, etc., cuyo conjunto constituye toda una medicina nacional o regional". "Muchos de nuestros estudios de medicina se hacen sobre la base de una fisiología que no nos pertenece, y no pocos estudiantes —agrega—consumen energías que hubieran podido emplear en resolver uno de tántos problemas que tenemos por delante en corroborar estudios y experimentos hechos en el extranjero."

Pero sí es verdad que el mismo autor analizando nuestra relativa hipoglobulia e hipotermia de que hablan otros experimentadores, concluye en que hay una deficiencia orgánica en la elaboración de los fermentos encargados de verificar el metabolismo celular, tampoco es afirmativo en sostener que esos sean signos de nuestra degeneración fisiológica, sino probablemente resultantes de un cansancio de los órganos por exceso de trabajo; de una ración alimenticia escasa en albuminoideos. De ahí que como conclusión de su bello trabajo sobre nuestros cambios fisiológicos en la altiplanicie, llegue a estas conclusiones como medio terapéustico para corregir esta relativa pereza celular: "1.º Dar grande importancia a la educación física de los niños, porque como dice Bedict, el trabajo muscular es un estímulo, no sólo inmediato sino sostenido de la actividad celular; 2.º Luchar contra el uso de la chicha, y 3.º Quitar de la mente del pueblo la idea de que la carne es perjudicial para el hombre sano, a

fin de hacer la alimentación más rica en albuminoideos animales que son un gran estímulo de la nutrición general".

Toda afirmación de que degeneramos, basada en nuestros cambios orgánicos, carece de importancia porque nos faltan datos relativos a nuestra asimilación y desasimiliación en el resto de Colombia, y caso de que un estudio fisiológico concluya en nuestra lenta y escasa manifestación fisiológica, considero prematuro imputar esto a degeneración porque en ocasiones la misma fisiología ha tenido necesidad del transcurso de muchos años y siglos para que se asienten sobre base firme sus teorías e hipótesis.

En cuanto a nuestra degeneración, basada en la observación hecha por el doctor Juan N. Corpas en la sola ciudad de Bogotá, de que nuestra temperatura normal sólo es de 36.o, considero que aunque muy fiel, no debe dársele la importancia que se le imputa, pues menester es confesar que sus observaciones se hicieron para temperatura axilar, muy susceptible de graves causas de error, como lo afirma el fisiólogo Arthus en su "Précis de Physiologie", página 490 de la edición de 1918.

Si pues en el dominio de la clínica es menester rodearse de muchas reglas para investigar la temperatura del hombre enfermo, con cuánto mayor razón, agrego yo, debe ser necesario una absoluta escrupulosidad para deducir los atributos fisiológicos de toda una raza.

Señores: Cuéntase de Clandio Bernard que en mérito a su fama fue un día invitado por Napoleón a un baile de las cortes que se celebró en Compiegne. Andaba el gran fisiólogo un tanto confuso y con más deseos de esconderse que de mostrarse, cuando dio de improviso con el Emperador. Reconocido por éste, le insinuó que le dijera algo de la Fisiología. Y refiere la historia que el baile continuó con el asombro de los invitados, quienes empezaron a notar la ausencia del Emperador, ausencia que duró un par de horas. Al día siguiente, Durmy, Ministro de Instrucción Pública, escribía al sabio: "Ha dominado usted al Emperador. Puede pedirle lo que quiera. El gran fisiólogo sólo pidió un ayudante para su laboratorio.

Yo no recuerdo esta anécdota sino para pedir en mi labor de reivindicación de la raza, vuestra benevolencia, que

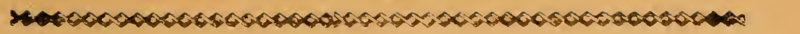
ya con ella es bastante para aspirar a demostrar algún día que como lo dijo el poeta: "Colombia es tierra de leones", y que lisonja no es el credo que Reclus nos dejó grabado en nuestras mentes: "Creo en Colombia, en su porvenir y en la influencia preponderante que tendrá sin duda en los destinos de la humanidad".

He dicho.

# Sexta conferencia

JORGE BEJARANO

Higienista



Señoras:

Perdonadme gentilísimas damas, que por un momento os haya arrancado de la tibieza de vuestro hogar para daros cita en este coliseo, donde se libra la suerte de la raza. Me ha parecido que en estos momentos vosotras, que representáis la vida misma de los pueblos, vosotras, que constituís con vuestro dictado de madres esto que llamamos patria, vosotras, por cuyas sonrisas al pie de la cuna hacéis la vida dulce, debéis tomar parte en estos torneos en que se os condena a la degeneración.

Nada hay en ellos que hiera vuestros oídos, nada que debáis ignorar por un falso pudor. En vuestros órganos reside la vida, y bien debéis saber que la maternidad no es sólo el hijo que sonríe o llora, sino un cúmulo de funciones que vosotras debéis perfeccionar para que mañana no lloréis sobre la imperfección de vuestros hijos.

Una dama aristocrática y observadora, me decía no há muchos días, a propósito de estas conferencias que se han sucedido entre el sexo masculino: "Nuestros sociólogos y médicos hablan de la mejora de nuestra raza por medio de la educación; pero es lo cierto que si ésta se difunde, se hace con exclusión de nosotras."

Triste y dolorosa verdad. Siempre vivimos procla. mando la excelsitud de la educación sexual, siempre decimos que es el principio básico de la civilización de un pueblo, pero a la postre nos encerramos para decir que nuestras razas decaen por falta de glándulas maternas y porque vuestra aptitud para la vida y la maternidad se van haciendo más escasas.

En cambio, vosotras ignoráis que la civilización va siendo factor que os aleja más cada día del sagrado deber de alimentar a vuestro hijo; la maternidad os sorprende en la ignorancia de cómo se cumplen esas funciones: vuestro hijo enferma prestamente y rara vez el consejo o el libro oportuno os sirven para reglamentar su alimen-

tación. La misma civilización, en la forma de compromisos sociales, os aleja del sagrado deber de dar a vuestro hijo lo que por derecho le pertenece; os lleva a buscar un pretexto para llegar al biberón: os conduce inevitablemente a la desaparición de una función, de la que depende—quién puede negarlo?—el porvenir de una raza. Y ¿cuándo se os ha dicho que en la cultura física podéis hallar el correctivo por excelencia de vuestra tendencia hereditaria a la obesidad? Quién os ha dicho que si en el orden intelectual y moral, vuestra educación adolece de muchos y visibles defectos, en el orden físico tiene aún mayores imperfecciones qué corregir y vacíos qué llenar?

Sea porque vuestra naturaleza soñadora haga que dominen en vosotras las manifestaciones del espíritu o porque disimuladas por la costumbre rechacéis prácticas higiénicas, cuyas benéficas consecuencias desconocéis, lo cierto es que ni en los detalles del vestir, del aseo o del comer, ni en el empleo ordenado del tiempo, en cuya distribución se armonicen el trabajo material con el intelectual y con el empeño útil en proporcionaros comodidad y distracciones que establezcan y produzcan un equilibrio saludable entre las diferentes partes que constituyen vuestro sér, muestra vuestra educación presente, tan elemental e imperfecta, el eficaz influjo que ejerce en la mujer de países más civilizados.

Hé aquí que para evitaros ese estigma de degeneración que se ha querido sacar de vuestra tendencia obesa, heredada desde hace muchos siglos de nuestras más remotas madres españolas, para que podáis mejorar las condiciones físicas de vuestros hijos condenados a degeneración y decrepitud prematuras, os interesa comparecer aquí y buscar en la educación física la armonía y belleza de vuestro cuerpo y vuestro espíritu. Si queréis y anheláis el verso saturnino que alguien grabó sobre la tumba de los Escipiones: "Su forma es igual a su virtud," haced algo por arrancaros de la vida sedentaria, haced más por ser buenas madres. Madres! Recordad que no hay mejor inmigración que la de vuestros propios hijos!

---

....'Aún en las ciencias más perfectas nunca deja de encontrarse alguna doctrina exclusivamente mante-

nida por el principio de autoridad. Demostrar la falsedad de esta concepción y, a ser posible, refutarla con nuevas investigaciones, constituirá siempre un excelente modo de inaugurar la propia obra científica. Importa poco que la reforma sea recibida con malévolas censuras, con crueles invectivas, con silencios más crueles aún; como la razón esté de su parte, no tardará el innovador en arrastrar a la juventud, que, por serlo, no tiene pasado qué defender; a su lado estarán también todos aquellos sabios imparciales, quienes, en medio del torrente avasallador de la doctrina reinante, supieron conservar sereno el ánimo e independiente el criterio.

Empero no basta demoler; hay que construír. La crítica científica se justifica solamente entregando, a cambio de un error, una verdad. Por lo común, la nueva doctrina surgirá de las ruinas de la abandonada, y se fundará estrictamente sobre los hechos rectamente interpretados. (*)

Señores estudiantes: Vuestra actitud levantada y airada me hace recordar los no lejanos tiempos en que nuestros Cabildos estudiaban el problema de nuestra libertad. Vosotros, a semejanza de ellos, en un Cabildo abierto dejáis que se debata el problema de la raza. Habéis sido sus centinelas que al grito del alerta os habéis levantado para demostrar con vuestra misma actitud que la raza no degenera, que antes bien tiene nuevos y vigorosos retoños. Habéis comprobado ser como el Caballero de la Triste Figura, enamorado de esta Dulcinea bella que es nuestra Patria. A esa llamada vuéstra hemos respondido todos. Unos para defender la raza, otros para hacer ostensibles sus defectos. Unos para contemplarla como el mar, en el detalle de sus olas, otros para verla en el conjunto de su grandeza.

En esta hora que podemos llamar de la revaluación o de la decadencia de una raza, no era posible que faltara una voz que hiciera la defensa de sus virtudes y la confesión de sus defectos.

---

(*) (Investigación biológica. "Tónicos de la voluntad". S. Ramón y Cajal).

Al bosquejar mis opiniones, muy humildes, pero patrióticas también, opiniones donde grita la sinceridad de un convencido, he creído hacer un bién a la patria en que nací y a la porción de la humanidad con la cual estoy en contacto.

No ignoro que mi manera de razonar y algunas de las afirmaciones que formulo, están lejos de coincidir con las de otros. Ello no importa. Se ha planteado no un problema absoluto, sino relativo. Porque si la tarea del que piensa fuera uncirse al pesado yugo de lo que otros opinen qué estrechas serían las lindes del pensamiento humano; qué minúsculas las proporciones de la ciencia; qué inútiles los sacrificios de los que nos dieron Patria y Libertad; qué estériles los frutos de nuestras perennes luchas en el pensar y en el obrar; qué ilusoria la obligación que tenemos de recogernos un instante para medir nuestros músculos y dialogar con la conciencia. Hé aquí por qué no callo; hé aquí también por qué en mi condición de médico y de ciudadano hago también labor de meliorismo.

Si en las cuestiones sujetas al cálculo basado en el rigor y certeza de los números, es menester más de una opinión para que surja la luz del intricado problema, con cuanto mayor razón es indispensable la discusión para que surja la verdad en tratándose de problemas que no se asientan sobre ninguna base firme. La naturaleza nos brinda a todos con una riqueza inagotable y no tenemos motivo para envidiar a los que nos precedieron, ni para exclamar como Alejandro, ante las victorias de Filipo: "Mi padre no me va a dejar nada qué conquistar". Defecto por defecto, preferible es la arrogancia al apocamiento; la osadía mide sus fuerzas y vence o es vencida, pero la modestia excesiva huye de la batalla y se condena a vergonzosa inacción, exclama el gran Cajal, ese apóstol del meliorismo que en España ha dado lecciones de optimismo y de confianza en el mañana.

Se ha creído y afirmado en esta misma alta tribuna, que hay un derroche inútil de talento en quienes se empeñen en asegurar que nuestra raza no degenera. Bendigamos ese derroche y consagremos un bucle de oro a Rodó, a Gumplowiz, a Cajal, a Blanco Fombona, a Gil

Fortoul, a Ugarte, a Novicov, a Simmerman, a Payot, a Ingegnieros, y a mil sociólogos más que han defendido sus razas; a Mendoza Pérez, a Escobar Larrazábal, a Araújo, a Alfonso Castro, a José María Samper, a Felipe Pérez, a Nieto Caballero, Santos, Solano, Olaya Herrera y cien compatriotas más que en todo tiempo han estado listos paar la defensa de la suya. En la cadena de la vida y de las cuestiones científicas todos los eslabones son igualmente valiosos, porque todos resultan igualmente necesarios. Juzgamos pequeño lo que vemos de lejos o no sabemos ver. Pero aún adoptando el punto del egoísmo humano, qué de cuestiones de alta humanidad laten en el protoplasma del más humilde microbio.

Nada parece más grandioso en Bacteriología que el conocimiento de las bacterias infecciosas y nada más despreciable que la obra de los agentes inofensivos pululantes en las infusiones y materias orgánicas en descomposición, y sin embargo, dice un gran biólogo: si desaparecieran estos humildes hongos, cuya misión es reintegrar a la circulación general de la materia los principios secuestrados por los animales y plantas superiores, bien pronto el planeta se tornaría inhabitable para el hombre.

Ved pues aquí una lección objetiva de que nada hay inútil en la naturaleza y de que no debéis rendiros ante la magnitud de la obra. Ved por qué un compañero vuéstro que tiene siempre por delante la bella y seductora frase de Saint Hylaire: "Delante de nosotros está siempre el infinito", comparece aquí sin más títulos que los que puedan darle su amor a la raza, sus escasos conocimientos médicos, alentados hoy más que nunca por el pensamiento no menos gráfico de Carnoy: "la ciencia se crea, pero nunca está creada".

Jóvenes estudiantes: Se ha dicho que la Francia de nuestros días se salvó de la reciente hecatombe universal merced a la voluntad y al genio de sus grandes hombres.

Para mí Francia vivió y surgió victoriosa en sus soldados invictos; en sus héroes anónimos que exangües y agónicos exclamaban desde el fondo de la trinchera donde caían como racimos barridos por la metralla: "Debout les morts'", "De pie los muertos". Francia se salvó en Verdun, cuando el gallo galo plantó, en los postes de

este vasto cementerio, esta fórmula suprema de valor y voluntad: "On ne passe pas".

Cuando la felina voluntad de Clemenceau mandaba fusilar a los mercaderes de la Patria, ya la sangre de millares de franceses—que se decían degenerados—había abierto paso a la victoria.

Vosotros, a semejanza de esos héroes anónimos, sin temor a que los jefes disfruten de la victoria, gritad también a esta raza no degenerada, sino adormecida: De pie las células!

Señores:

La indulgencia con que la Prensa—fiel exponente de la opinión y pensamiento de un pueblo—acogió mi primera conferencia, dictada por la inclemencia del tiempo ante un escaso pero selectísimo auditorio, en los claustros para mí sagrados y memorables de Santa Inés,—donde bebí a un mismo tiempo ciencia y carácter;—la voz de aliento que he recibido de parte de muy insignes profesores y colegas; el entusiasmo con que ella fue acogida por vosotros, estudiantes que me honrasteis con esta nueva designación; la refutación que a muchos de sus puntos se ha querido dar, me obligan a fatigarós con una breve repetición de algunos de sus temas que considero indispensables para continuar en mi tarea de respuesta a muchos de los argumentos de la tesis del doctor Jiménez López.

Pero antes permitidme hacer una aclaración. No en pocas ocasiones se descubre en mí cierto recelo para aceptar sin restricciones lo que digan las estadísticas. No dudo de la honorabilidad de nadie en particular, hablo en general, y de ahí que desde un principio hubiera insinuado la afirmación de que en nuestro incipiente despertar estadístico, falta un elemento indispensable que todos echamos menos. Es nuestra falta de educación estadística, es decir esa cualidad que ha hecho el orden sorprendente de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Japón, y por ende su prosperidad. Preguntad a un inglés de cualquier puerto, cuántas cajas de sardina se han exportado en un mes y os responderá: no lo sé; pero si lo interrogáis cuántas cajas de sardinas con tomate y cuántas sin él, os dirá en números redondos la cantidad. Bello

y decidor ejemplo de lo que es allá el sentido estadístico: se vacila para responder en bloque; pero se afirma para dar cuenta del detalle. Los que han viajado por Estados Unidos, o los que por lecturas conocemos ese sorprendente país, no podemos menos de admirar la especialización que allá se ha hecho de la estadística. Mientras que aquí cualquier archivero alcanza su puesto y su título merced a la intriga, allá ese mismo individuo es un especialista en la materia, es un práctico que ha ganado su título con diez o más años de continua labor.

Preguntad en Colombia, no más, cuántas Escuelas hay, y ni los Gobiernos departamentales os sabrán responder. Y si no ignoran el dato, ese número es falso porque al darlo cada Municipio ha tenido el interés de aumentarlo para que su auxilio departamental no se merme o se suprima en una próxima legislatura. Pero en dónde más que en los censos se revela nuestra falta de educación y de honradez estadística?

Desde el año de 1825 en que fue levantado el primer censo, hasta nuestros días no ha sido posible levantar uno sólo que haya sido completo y refrendado por la verdad. Apenas si el de 1918, hecho con auspicios de prosperidad y de paz, podrá decir con bastante aproximación nuestra población actual. Por lo demás es muy consolador reconocer que del año de 1915 para acá comienza nuestra definitiva éra de estadísticas. Los Departamentos que van a la vanguardia de la Nación, van dando con ello un lisonjero ejemplo.

Pero es menester reconocer que en esta nuestra carencia de estadísticas hay también otros factores fuéra de la honradez y educación especial. Falta de costumbre; recelo heredado de nuestros indios que se veían empadronados por el conquistador español, no para tomar en cuenta su progreso y prosperidad sino para intensificarles la labor; recelo que se trasmitió hasta nuestros días cuandoquiera que por fatales coincidencias, los censos precedieron a las guerras.

## NUESTRA DEGENERACION Y EL HOSPICIO DE BOGOTA

Aún resuena en mis oídos la pavorosa descripción que aquí se hacía de la mortalidad que asalta año por año al personal de niños del Hospicio. Con cifras suministradas por el doctor Fajardo Vega, guardián insuperable de ese tesoro de niños anónimos, se ha querido decir que degeneramos, porque esa alta mortalidad de 250 niños en un año, entre 1,000 entregados a manos mercenarias, denuncia que hay falta de alimento. Para nadie es un misterio la pésima organización que reina en el Hospicio. De nada han servido las continuas amonestaciones de su excelente médico,y si es verdad que manos santas y maternales suavizan la vida de esos infelices, también lo es que a sus puertas ronda la muerte, bajo la forma de asquerosas y depravadas nodrizas que conquistan el pan a cambio de una vida. La infeliz criatura que no ha llegado al año, es entregada en manos de una mercenaria, que lo lleva a su hogar, un hogar inmundo, ajeno a la higiene, y donde nadie que se interese más por ella vuelve a comparecer. ¿Quién puede dar fe de que esa mujer da el seno a ese niño? ¿Dónde están esos jueces de paz que averigüen los antecedentes de esa ama? ¿Dónde siguen después investigando si esa mujer cuida de su niño?; ¿dónde se buscan las condiciones de salud y de moralidad de esas habilitadas madres?; ¿dónde está la balanza frecuente que diga si el niño gana o pierde?; dónde las condiciones higiénicas de esas oscuras buhardillas que guardan la muerte entre sus sombras? En estas condiciones viven los niños a quienes la suerte no deparó una madre que velara por ellos; en la miseria, en la orfandad mueren a centenares por falta de una persona que cuide su crianza. Y, ¿es esta mortalidad resultado de una degeneración? Imposible afirmarlo. Pongamos en iguales circunstancias a todos los niños del orbe y pronto sobre la tierra habrá desaparecido la planta humana. Francia, Alemania, Estados Unidos y muchas otras naciones, no han buscado el aumento de su población combatiendo el peligroso maltusianismo, sino fundando ins-

tituciones que fomenten la crianza de los niños. Las salas y escuelas de maternidad; los asilos donde las futuras madres descansan de sus labores y se instruyen respecto de las funciones que van a cumplir; las Gotas de leche; las salas-cunas; las escuelas al aire libre; las escuelas para ciegos y anormales; las escuelas a donde van los niños débiles; las conferencias; los premios con que se estimula a las madres que crían y cuidan de sus hijos y mil instituciones más de idéntica índole, están pregonando que cuanto más fuertes y civilizados son los pueblos, más intenso es su culto por los niños, más ven en ellos el porvenir de su país y de sus razas.

Por eso cuando el distinguido Profesor doctor Fajardo Vega, denunció a la Sociedad de Pediatría los horrores que guarda en su silencio ese asilo por el que nadie vela, un grito de terror sobrecogió a sus socios, que en forma de una proposición que será llevada hasta la Prensa, ponga remedio a este espantoso desaparecer de unidades. Mientras esa campaña dura y enérgica se inicia, yo hago público ese grito que me llena de más angustia cuando oigo la revelación de que un niño del Hospicio entregado a manos mercenarias, fue devorado por las ratas; cuando oigo referir que en el comercio sin conciencia de una madre que vendió su leche, su hijo lozano y lleno de vigor perdió la vida a cambio de que el débil y raquítico a quien la fortuna dio un nombre y dinero, se salvara y pudiera ostentar más tarde una salud que no le pertenecía, un vigor que cobró operando un inconsciente infanticidio.

En mi condición de médico de la Gota de leche, institución que es ya un paso hacia la redención de nuestros niños, estoy en más capacidad que nadie para decir si lo que hay en ellos es degeneración o hambre. Yo los he visto llegar en largas procesiones, escuálidos y raquíticos. Ahí la atrepsia de Parrot en sus últimas manifestaciones; ahí las infecciones intestinales y las dispepsias en sus más variadas gamas. Y he visto después de pocos días esos espectros, esos viejos jóvenes, tornarse en bellos ejemplares que nada tienen qué envidiar a los mejores especímenes de raza. Decidme pues si hay degeneración,

dándoos prisa a visitar esa obra silenciosa en la que no sólo formo niños sino también madres.

Madres que me escucháis: Por vuestras cunas donde sonríe un niño; por vuestro hogar que no conoce la miseria y el dolor, por vuestra Patria, que os ostenta con orgullo, tomad parte en esta cruzada contra la mortalidad infantil; bajad por un momento a los antros de la miseria y el dolor y ved cómo se debaten en el hambre y la ignorancia nuestros pobres niños. Madres: en vuestras manos está el porvenir de nuestra raza.

Insignes periodistas que me escucháis: Dejad por un momento vuestras candentes luchas; suspended por breve tregua vuestro diario batallar en la política y volved vuestra pluma y vuestros entusiasmos hacia los niños que agonizan en la miseria. A vosotros que dais el grito de alarma cuando el enemigo vela a nuestras puertas, os toca preparar nuestras defensas.

## NUESTRA DEGENERACION Y NUESTRO EJERCITO

En el éxodo doloroso y triste de un puñado de soldados de la República, que en lo duro y en la inclemencia de una marcha fueron dejando la bandera y las armas de la República como el último celaje de nuestras tardes tropicales, se ha querido hallar el cimiento de nuestra degeneración; en el rechazo frecuente de los jóvenes conscriptos a quienes toca en suerte el servicio militar obligatorio, la piedra fundamental de todo este edificio que se levantó sobre arenas movedizas. Precisa, pues, probar que ese argumento no tiene el alto valor que se ha querido darle. Precisa averiguar entre quienes suministraron esos datos en qué condiciones hacía su marcha esa tropa; qué defensas llevaba para luchar contra las agresiones del clima y de las enfermedades; qué medidas higiénicas y de profilaxis dictaron sus jefes y sus médicos; cuál era el abrigo de esos pobres soldados, porque mientras no se nos digan todos esos factores es prematuro concluír que esos soldados cayeron vencidos por la miseria fisiológica. Ante causas provenientes de las epidemias, del hambre, la desnudez, los rigores del cli-

ma, la falta de higiene militar, no han podido luchar ni los aguerridos y victoriosos ejércitos aliados.

De las trincheras francesas inundadas por el fango y la desolación, comenzaron a salir gritos de dolor y de desesperanza. Leed, no más las páginas del "Fuego" del genial Barbusse.Ante el tifo y la disenteria comenzaban a vacilar los ejércitos intrépidos de la valiente Serbia. Ante la gripa, al decir de Hutchinson—cayeron las águilas del formidable imperio alemán. Qué mucho pues, señores, que un puñado de compatriotas nuéstros caigan en los caminos vencidos por el hambre y la desnudez. De estos hechos todos los días tenemos conocimiento. La Prensa de la ciudad denuncia cada día el fracaso de una expedición que se envió a nuestras fronteras para guardar nuestra soberanía nacional. Y qué doloroso y vergonzoso es confesarlo, ese fracaso es el resultado de una pésima y loca organización. En estos mismos días en que escribía estas líneas, de provincia se comunicaba por telégrafo, que una compañía de caballería llevaba—por falta de uniforme—traje civil, desvirtuando con esto la majestad de la República. Pero poned ese mismo ejército en condiciones de abundancia y de higiene; precavedlo de todos los rigores y yo os diré si ante su desfile puede sentirse el ánimo abatido. Fresco está aún en mí el recuerdo de la admiración que despertó en Caracas el desfile de nuestros Cadetes. Eran ellos un puñado de soldados alegres, alentados por la vida higiénica. ¿Quién en sus días de esplendor no sentía ante la imponencia de sus marchas hervir dentro de su corazón el alma de la Patria?

Después de nuestra última contienda civil, de la que apenas van corridos 20 años, quién puede negar que esos soldados de hoy no son los mismos que ejecutaron proezas sin cuento; ¿no son los mismos que combatiendo por sus ideales y opiniones consumaron actos de desmedido vigor y valentía? En ese bello libro "Recuerdos de Campaña" que publica en la actualidad un distinguido compatriota, están esos hechos denunciadores de nuestra virtualidad biológica y heroica. Leedlos si queréis saber de cuánto es capaz un pueblo cuando busca la realización

de sus ideales. Conversad con los jefes del opuesto bando y me diréis después si ante esas narraciones, que parecen leyendas, este es un pueblo degenerado.

No hago yo como Von Bernhardí—el férreo General germano—la apología de la guerra. Lejos de mí esa intención. Soy un apóstol del civismo y de la conquista de las libertades por medio del pensamiento libre. Pero para apoyar mi tesis, cito casos particulares y demostrativos de que nuestro ejército no decae celularmente sino por obra de sus dirigentes.

En aquel setenta y cinco por ciento de individuos rechazados para el servicio militar, se ha querido también hallar base para deducir nuestra degeneración. Y en realidad que a primera vista asombra ese alto porcientaje; pero yendo al fondo de las cosas, qué distinta resulta su interpretación. Para nadie es un secreto cómo se hace entre nosotros la elección de los conscriptos. Suele acontecer que en ella interviene, como en todo lo nuéstro, la intriga. El señor Cura, el Alcalde, el médico y el maestro, están listos para hacer borrar de las listas al hijo del gamonal. De entre esa lista se va seleccionando en realidad a los verdaderamente aptos y ya a la hora del quinteo, sólo encuentra el médico una morralla que si no deforme, tiene sin embargo ligeras enfermedades que le impiden el servicio. Este alto porcientaje de rechazados, lejos de ser manifestación de nuestra decadencia orgánica es indicio de que en este país, no por falta de patriotismo, sino por tendencia innata, hay un verdadero odio por el militarismo; un acentuado amor por el civismo. Yo que he ejercido en provincia, puedo dar de ello fe. Desde que un hijo de familia aparece en lista, de su hogar desaparecen la tranquilidad y la alegría. Ya comienzan las zozobras de los padres por el porvenir moral y físico de su hijo. Ya comienzan las angustias de esa madre. Es que a más de que se odia ese servicio obligatorio, se ama a la familia, el vínculo más fuerte y sólido de que disponemos en Colombia. Nuestro acendrado amor por el civismo, va también borrando los antiguos atractivos que antes teníamos por la espada y por el kepis. Nuestra adoración por los héroes se va tornando más tranquila y serena. Antes los estudiábamos divinizándolos, y hoy los

humanizamos. Ved aquí nuestra diferencia hasta con pueblos hermanos con quien compartimos glorias. Aquí la figura filósofa y pensadora del Gran Bolívar. Allá la estatua marcial y victoriosa del mismo héroe. Aquí nuestra admiración por el hombre de las Leyes; allá el recelo con que se le mira.

Y decid señores, si no es muy consolador que después de un siglo de continuas agitaciones y luchas fratricidas, vayamos entrando en una éra de paz y de armonía; decidme si no es gran evolución que a las luchas cruentas de pasados días, haya sucedido la lucha de la pluma.

En carta que me dirigía un distinguido estudiante de Medicina, hijo del Departamento del Magdalena, Departamento del cual se hacía saber su alto porcientaje de inhabilidad para el servicio militar obligatorio, hay muy sesudas observaciones respecto de las causas que ofrecen esa frecuencia. Don Rafael Sánchez Macía en carta a un distinguido periodista, abunda también en esas mismas razones, que ellos localizan en acendrado amor por el hogar y la libertad; en facilidades y holgura para la vida, en odio a la sujeción, en temor a perder el hábito para el trabajo y llegar a la ociosidad; en amor intenso por el cultivo de la tierra. Poned a cualquiera de esos tarados para el servicio militar, a abrir un surco en la tierra; ponedlo a talar una montaña; dejadlo en libertad en su heredada embarcación y lo veréis surcar nuestros ríos impetuosos y profundos con la habilidad y la indomable energía con que lo hacen los marinos aguerridos. Así se expresan ellos de los nativos de aquel Departamento. Y quién o quiénes de los que pertenecen a Colombia, no puede hacer idéntica observación respecto de los suyos? Preguntad no más a qué es debido nuestro resurgir agrícola e industrial; por qué inmigran a este país de tarados los más grandes capitales europeos; preguntad si nuestras cosechas se pierden por incapacidad para el trabajo; asomaos por un momento a esos Departamentos donde bulle la vida y donde se ha hecho de ella esta fórmula suprema que enunció nuestro poeta: "vivir no es necesario, ferroviar es vivir". Y cuando precisamente el obrero europeo, por cansancio en la jorna-

ña va acortando el día a las 8 horas, el nuéstro no se rinde a la fatiga del trabajo ni a la inclemencia de los tiempos. El indio de Boyacá, el mestizo y el mulato de nuestros Departamentos, rinden todavía la labor inconcebible de las 12 o 16 horas. Allá en Europa las huelgas reivindican los derechos de los obreros; aquí nosotros con espíritu de singular injusticia, discutimos todavía si nuestro pueblo es capaz para el trabajo por incapacidad física o por hambre. Es que, señores, nada hay absoluto en la vida. Nuestra incapacidad, como en Medicina Legal, es absoluta o relativa. La primera, no la tenemos ni para la vida ni para el trabajo.

Hé aquí pues analizada nuestra degeneración deducida de una incapacidad que todos los hijos de Colombia, por causas que todos conocemos, quisieran poseer.

¿Cómo luchar contra esto que puede ser causa de graves consecuencias?

Dando al Ejército la organización metódica y científica que tiene en países como Chile, contemporáneos del nuéstro; quitándole ese aspecto respulsivo de injusticia e intriga; alejando de él la política; dotándolo de todos los elementos que puedan hacerlo fuerte, elementos en higiene y en armas; iniciando desde temprano en nuestros ciudadanos la preparación y entrenamiento para la defensa de la Patria; vulgarizando la organización militar en nuestras escuelas y fundando instituciones que como la de los Boy Scouts son verdaderas escuelas de ciudadanos y soldados.

***

(De una importante carta dirigida al autor por el General Francisco Palacio Pertuz y que leyó en el Teatro Municipal, el conferencista cree conveniente dar a conocer algunos de sus principales puntos:)

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

"Si el país quisiera y pudiera pagar cuadros más numerosos los tendría. Prueba: durante la administración del señor Caro tuvimos 14,000 hombres sobre las armas, repartidos entre 21 batallones que, si carecían de instrucción moderna, eran admirables por su disciplina, inteligencia, energía, abnegación y espíritu de trabajo. No puede ser más halagador el concepto que mere-

ció el soldado colombiano de esa época al señor Coronel Emile Drohuard, Jefe de la Misión Militar francesa que vino al país en 1898, conforme consta en un informe rendido por dicho eminente oficial y publicado en el "Boletín Militar". Tanto el Coronel Drohuard como sus distinguidos compañeros de misión elogiaron siempre al soldado colombiano en presencia de quienes tuvimos el honor de ser sus discípulos.

Las misiones militares chilenas tuvieron del soldado colombiano el mismo alto concepto que de éste se formó la Misión francesa. Prueba: además de lo que dijeron en sus conferencias didácticas, en sus conversaciones, y de lo que publicaron sobre el particular, estimaron que para nuestros contingentes bastaban seis meses o un año de instrucción, de acuerdo con lo cual se dictó el decreto sobre servicio militar obligatorio.

Si con nuestros soldados se pueden hacer esas intensificaciones de los períodos de instrucción, que en otros países son de 2 y hasta de 3 años, es porque el pueblo colombiano no es un pueblo degenerado. Y ese argumento crece en importancia si se tiene en cuenta que por causas muy conocidas, no son las clases mejor instruídas las que concurren a los cuarteles.

Ese mismo concepto alto de la inteligencia, de la facilidad de asimilación, de la disciplina, espíritu de sacrificio y de trabajo de nuestro soldado lo tenemos todos los jefes y oficiales que hemos comandado tropas durante todas las faces de nuestra evolución militar. Puedo asegurarle que al provocar una encuesta no habría discrepancias apreciables en las contestaciones.

Aproximadamente se inscribe en las listas de individuos sorteables el uno por ciento de nuestra población, para suministrar un contingente del uno por mil.

De los individuos inscritos se desecha por inaptos para el servicio un promedio del cincuenta por ciento en algunos Departamentos y de treinta en otros. Esto no resulta excesivo si se considera que algunos Alcaldes no se han dado cuenta de la importancia de la institución, y fomentan o toleran la inscripción de los individuos notoriamente inhábiles o con causantes inhábiles para ser exi-

midos, a fin de que de su pueblo vaya al cuartel el menor número posible de conterráneos.

Para no mirar ese porcientaje como un factor de degeneración, debe tenerse en cuenta, además, que el servicio militar obligatorio es exigentísimo en cuanto a salud, y que el Reglamento de aptitud física contempla 174 casos de inhabilidad (Pág. 150 a 173 de la Cartilla adjunta). Recuérdese al respecto que hace un siglo era causal de incapacidad la falta de los dientes, porque el soldado tenía que morder el cartucho para cargar el fusil. Y a nadie se le ocurrirá declarar degenerado a un individuo que no tiene dientes. Lea usted esas causales de inaptitud y verá que en su mayor parte son por el estilo.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

Para conseguir que nuestro pueblo no se exima del servicio militar, es necesario transformar o crear nuestra educación cívica, teniendo en cuenta que, como dice el General Montaigne:

'La preparación para la guerra debe fundarse en la raza, y son las madres quienes, por medio del niño, créan la raza y forman su porvenir'.

La madre créa la materia y el espíritu. El maestro de Escuela modela el espíritu'.

'El que es maestro de Escuela es maestro del niño y maestro de la raza.'

La preparación de una raza para la guerra se hace, pues, por medio de la madre y del maestro'."

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

## LA DEGENERACION BASADA EN NUESTRO CRANEO

En mi primera conferencia hablaba de que nos era imposible aceptar nuestra degeneración basada en las teorías de que nuestra talla y el tipo dominante del cráneo difirieran de lo observado en el europeo y en la clasificación de Topinard. Citaba a este respecto la valiosa observación de Ingegnieros, el eminente sociólogo argentino,y decía con fundamentos biológicos que cuando varias razas de la especie humana coexisten en un mismo territorio pueden ocurrir una de dos cosas: si las razas luchan por la vida sin mezclarse sobrevive la más adapta-

ble al medio y se extinguen las otras; si se mezclan, suelen prevalecer en la promiscuación los caracteres de las que son superiores con relación al doble ambiente físico y social.

Afirmaciones posteriores me llevan a demostrar que en el estudio de las razas fundado en caracteres morfológicos y que prescindan de las influencias innegables del medio ambiente, carecen de todo valor y consideración.

Biólogos y sociólogos muy connotados; naturalistas de todos los tiempo, llegan a la acorde conclusión que así como es difícil y casi sobrehumano, dar a la palabra "raza" su verdadera acepción, así también es de imposible y subjetivo llegar a clasificaciones a las cuales no corresponde ninguna demarcación en la Naturaleza. Refugiados sobre la misma tierra, encadenados por intereses comunes, ligados por uniones de sangre y de familia; evolucionando bajo la influencia del mismo medio psíquico y moral; expuestos y condenados a sufrir la misma impresión de tántas condiciones de herencia y de la formación de su tipo fisiológico, intelectual y moral, los componentes de un pueblo, expresión puramente abstracta, acaban por asemejarse, a despecho de la diversidad de sus orígenes. Gracias a la influencia del cruzamiento, practicado casi inconscientemente,han perdido sus distinciones especiales, si es que algún día lás tuvieron; gracias a la influencia de condiciones idénticas de vida, adquirirán algún día, un tipo común resultante de tántos factores como moldean la especie humana. A medida que la humanidad avanza retrocede la teoría de las razas, afirma Juan Finot, justa y humanitaria frase que encerró la más noble aspiración de la fraternidad humana.

Porque es menester saber que este concepto personal de los caracteres que se asignan a una raza, es el que ha hecho que sobre la superficie de la tierra se extienda, como un velo trágico, el odio entre ellas y la división entre los mismos hombres. De ahí el concepto de clases elevadas o superiores e inferiores o despreciables. De ahí las castas aristocráticas o superiores; pueblos que nacen con el imperio del mando o del reinado y pueblos débiles o inferiores a quienes se enseñó a ser humildes y abatidos.

Este ha sido en mi sentir la piedra fundamental de la discordia entre los pueblos, piedra que halló sus orígenes en el "Ensayo de la desigualdad de las razas humanas" del conde Gobineau, en cuya obra se hallan las bases de un himno entusiasta en favor de las razas llamadas superiores, y una despiadada condenación de las llamadas inferiores. Este es el origen del falso e inhumano postulado de Nieztsche, "los débiles no tienen derecho a la vida", y que nuestro gran poeta contrarrestó en su piadoso verso, "La vida es una fuente para todos llena". Esta la causa de que en la vieja Europa se vean perseguidos pueblos a quienes se ha lanzado el estigma de la inferioridad; éste el móvil principal del rechazo de una raza—que como la del lejano Oriente, dio una dura lección de patriotismo y de victoria al viejo pueblo ruso, carcomido y tambaleante; éste el primum movens, de que el rubio americano se sienta humillado y denigrado cuando el hombre negro se codea con él; ésta la reivindicación del derecho de los alemanes y los turcos para asolar a pueblos que consideran como culpables de no querer disolverse en sus principios de constitución y poderío.

Y llegando hasta nosotros quién no ve en esa asignada diferencia étnica, la causa de la osadía del yanqui? Todos los días tenemos en la prensa la alentadora noticia ya de que una dama colombiana tuvo que poner al orden a un atrevido hijo del tío Sam; que un oscuro Capitán gritaba sus derechos ante la usurpación de ellos; que un egregio jefe entregaba su espada mil veces victoriosa para no dejar desmembrar la Patria. Estos ejemplos de raza y de valor, dicen más que las supuestas harmonías morfológicas; pregonan nuestros derechos y las bases de nuestra nacionalidad, y dirán a la posteridad cuando nuestra sangre se extinga en estudiadas mezclas, que sobre este suelo habitó no el hombre anatómico sino el hombre moral. Para mí Méjico vale más en la figura de Carranza—el viejo Patriarca que guardó de la heredad latina—que no en el majestuoso Imperio de sus aztecas ni en el vigor físico de sus descendientes.

---

Pero es menester entrar ya en materia, pidiendo no pocas excusas por tener que hacerme no poco causado con

la enunciación de términos que resultan fatigantes.

El cráneo, la cara, la nariz, el color de la piel, el aspecto de los cabellos, la voz, la estentopignes, la talla, los cambios fisiológicos, etc., la belleza del cuerpo humano, las enfermedades, etc., han sido los linderos que se ha pretendido establecer entre las diferentes razas que pueblan la tierra.

De las diferencias rápidas encontradas en las mesuras craneanas practicadas en un personal cuya edad ha sido muy variable, se ha deducido nuestra sub-braquicefalia. Yo no pido para esas medidas la condición que Manouvrier, el antropólogo circunspecto por excelencia, formula en su libro "Cefalometría antropológica", ni tampoco el rigor que Sergi y Ginfuda Ruggeri, exigen para esos cálculos; quiero simplemente anticipar el hecho de que me adhiero a la opinión de connotados antropólogos que reconocen la imposibilidad de enlazar las numerosas variaciones del cráneo con las variaciones de la inteligencia o del carácter; que reconozco de antemano con el autorizado antropólogo y frenólogo Broca, que es imposible querer hacer de la variación del índice cefálico una especie de frenología de las razas, porque ningún hecho biológico la justifica". Quiero concluír desde ahora con ese sabio—a quien Francia ostenta con orgullo—que la educación no solamente hace mejor al hombre, sino que le hace superior a sí mismo, agranda su cerebro y perfecciona sus formas, y que extender la instrucción es mejorar la raza.

La braquicefalia que es el carácter predominante que se encuentra en razas aborígenes de América, no es, según el parecer de sabios como Virchow, un signo degenerativo. La cabeza, dice él, debe ensancharse con el tiempo, cada vez más para ofrecer el sitio necesario para el aumento de nuestros conocimientos. Presentando la forma redondeada (braquicéfala), ofrece este tipo la ventaja de que puede en menos espacio contener relativamente más masa cerebral. El porvenir—agrega el mismo histólogo a quien la ciencia sí confiere el verdadero título de sabio—es de los cráneos redondos, será de los braquicéfalos. Nystrom, el gran observador sueco, hijo de ese pueblo dolicocéfalo por excelencia, trae estos datos

aplastantes que deduce de lo que él ha visto y no de lo que afirman los vendedores de sombreros: entre 100 braquicéfalos los 58'4 pertenecían a las cabezas instruídas, y 41'6 a las clases populares. De 100 dolicocéfalos 76'5 pertenecían al pueblo y 23'5 a las clases instruídas. Ese ejem plo de Suecia no es excepcional. Cuando se examina la población tomada en conjunto, según los países o las provincias, todas las autoridades en la materia, desde Manouvrier hasta Gobineau, concluyen que todos sus habitantes se ordenen entre sus tres principales tipos craneológicos. Dolaman, que estudió a fondo y con compás la raza perfecta de los eslavos modernos, halló que entre 100, 3 eran dolicocéfalos, 72 braquicéfalos y 25 mesocéfalos; de 607 alemanes, según el mismo autor, el 16 por 100 estaban entre los dolicocéfalos y el 43 por 100 entre los braquicéfalos; de 100 venecianos, según Topinard, el mismo autor que aquí se ha citado para degenerar nuestra raza, 17 eran dolicocéfalos, 45 braquicéfalos y 38 mesocéfalos; y quién habría de imaginarlo que al mismo Topinard, que aquí se cita, le tocó comprobar la dolococefalia entre el negro, esa raza maldita, que mientras más la rechaza el hombre civilizado, más se mezcla a él.

Pero qué pueblo, me diréis, ha querido someterse más al rigor del compás y de los ángulos que el pueblo chino? Pues sabed que el famoso Ranke halló en la valiosa y numerosa colección que hay en Berlín de cráneos chinos, tres categorías de tipos craneanos en la proporción de 12, 34 y 54. Pero sabed también que dentro de la braquicefalia, que para algunos que estudian el fenómeno aislado sin relaciones de ninguna clase, es un signo de degeneración, caben los cerebros portentosos de un Kant, de un Laplace, de un Voltaire, conductores intelectuales de la humanidad.

Es que señores, no es esta la hora en que se puedan deducir los caracteres de una raza por cualidades tan variables como las del cráneo. Es menester como en todo ir al fondo de las cosas y no ser tan superficiales que prescindamos de las causas, Virchow, Von Baer, Ranke y otros varios antropólogos explican la braquicefalia de los bávaros y otros montañeses por las condiciones de vida de las montañas, y esos mismos sabios observan que cuando

se estudia la variedad tan rica de las causas que influyen en la conformación craneana, se ve que éstas no tienen nada de fatal, nada que sea superior ni particularmente noble; se puede —dicen ellos mismos— con Finot y Topinard, formular el axioma de que el hombre puede provocar voluntariamente con ayuda de los factores puestos a su disposición, ciertas modificaciones posibles del cráneo humano. La historia nos cuenta la costumbre de deformar la cabeza a fin de darle una forma estrecha. Hipócrates habla de los macrocéfalos que por medios artificiales se prolongaban la cabeza. Estrabón, Diódoro de Sicilia, Plinio, Sidonio Apolinario, cuentan con lujo de detalles en su apoyo, de qué modo los miembros de un pueblo venido de las llanuras escitas—los hunos—llegaron a dar a sus cabezas una forma cónica. Adrian Spiegel en su libro "De humani corporis fabrica" nos cuenta los curiosos procedimientos empleados por los belgas para obtener cráneos semejantes a las cabezas dolicocéfalas de los conquistadores germanos, y llegando por fin hasta Darwin—el creador de las especies—hallamos que la alimentación desempeña un papel preponderante en la conformación craneana,y él mismo nos demuestra que el cráneo de muchas razas mejoradas y domesticadas varía sensiblemente con el factor alimenticio.

Después la ciencia ha llegado a encontrar diferencias en una misma raza, según el sexo. Sabios alemanes, que han estudiado de un modo especial las diferencias craneológicas entre los dos sexos del pueblo germano,han encontrado ciertos rasgos típicos. Welcker dice que el cráneo de las alemanas es en general más estrecho y más plano que el de los hombres; y Ecker insiste sobre otros rasgos de su estructura. Después de muchos otros factores que influyen sobre la conformación craneana, hay uno que yo no puedo pasar inadvertido,y que con Broca y otros autores he mencionado ya. Ese factor es el de la instrucción. Lacassagne y Eliquet así nos lo enseñan. Después de haber experimentado sobre un personal mixto compuesto de 190 médicos, 133 soldados de instrucción primaria, 72 soldados analfabetos y 91 presos, han visto: 1º, que la cabeza es más desarrollada en las gentes instruí

das que han hecho trabajar su cerebro, que en las iletradas, cuya inteligencia ha quedado inactiva; 2º, que en las gentes instruídas, la región frontal está relativamente más desarrollada que la región occipital. A estas mismas conclusiones llega el criminalista Ferri, en su libro "Homicidio", después de muchos años de paciente labor. Allá en Europa esto de la craneometría es una ciencia no poco complicada; allá donde todavía es un problema discutido esto de las influencias de la forma del cráneo sobre nuestra mentalidad; allá donde nadie discute hoy la alta intelectualidad del pueblo japonés, su evidente valor científico; allá donde nadie discute su microcefalia, es entre nosotros un índice degenerativo deducido del reducido personal de estudiantes, enfermeros, policías, artesanos, militares y pacientes de hospital. Para demostrar pues que degeneramos porque ofrecemos un índice cefálico que oscila entre 82 y 85, es menester aceptar que pueblos como el italiano, los judíos rusos y galos, los bretones, los franceses en general y mil pueblos más que nos acompañan en esta cualidad, son degenerados, lo cual se resisten a aceptar la ciencia y la historia; es menester probar que la sub-braquicefalia está reñida con el talento; es menester probar que sólo ahora, después de un pasado y un presente muy consoladores y luminosos, vamos extinguiéndonos intelectualmente por falta de una urna capaz que asile esta intelectualidad de Colombia reconocida por todos y por todos proclamada. No hay que olvidar que el dominio de la formación de nuestro intelecto no cesa de ser bien misterioso. A pesar de tántos esfuerzos realizados por las vastas ramas de la ciencia del hombre, estamos todavía reducidos a hipótesis más o menos fundadas cuando se trata de definir las fuentes de la evolución o las desviaciones del pensamiento, exclama el gran Pascal. El por qué de una mentalidad del genio se nos escapa. Apenas si podemos—agrega el egregio pensador—hablar de las razones de la paralización mental de un idiota o de un cretino. La ciencia de la localización de nuestras capacidades intelectuales en relación con la capacidad craneana, sigue todavía hoy un camino muy penoso y sus conquistas están muy lejos de ser definitivas.

## LA DEGENERACION BASADA EN NUESTRA TALLA

Fácil ha sido para el autor de "Nuestras razas decaen" comprobar en el personal variado de los cuarteles de la capital y en individuos de 21 años en adelante, que degeneramos,porque apenas ese personal llegó a la escasa cifra de 1 metro 56 centímetros.

Yo lamento positivamente que el escaso tiempo de que he dispuesto para mi conferencia no me permita levantar un patrón de nuestra estatura; lo pedí en mi primera, a todos los médicos del país, juntamente con detalles de nuestras verdaderas características como raza, detalle que según lo afirma la ciencia, durará no pocos siglos para que sea concluyente.

En todos los tiempos la historia nos enseña el concepto empírico de la estatura del hombre y así vemos en el decurso de los siglos modificarse ese concepto, alumbrado por la ciencia hasta llegar a nuestros días en que fisiólogos y naturalistas llegan a asentar las bases firmes de las causas reales que obran sobre ella. De Quetelet para acá se aclara la influencia de la edad, según la cual la estatura va variando con ella hasta llegar a los 30 años. Después viene el concepto de salud, según el cual la estatura se modifica en sentido favorable o desfavorable, hecho que han podido comprobar las observaciones de baja estatura en niños ocupados desde tierna edad en las fábricas y minas. Viene en seguida el concepto fisiológico y de higiene de que el esqueleto se desarrolla al compás de la vida sedentaria o activa y según la alimentación más o menos rica de los pueblos. A Gould debemos la comprobación de que los irlandeses jóvenes, inferiores por su talla a los americanos, acusan más tarde una talla proporcionalmente más elevada que la de todos los otros emigrantes que llegan después de la edad de 30 años, época de la vida que según Quetelet marca la detención del crecimiento. El Profesor Carlier—el paciente investigador de la estatura en Francia—resumía en los Anales de Higiene Pública el año de 1892 sus observaciones recogidas en el largo transcurso de 19 años, observaciones que de manera precisa hacen ver la harmonía que guarda la talla

con las profesiones y otros factores más. Hé aquí sus conclusiones: "Los individuos que a causa de su profesión pueden considerarse en buenas condiciones de higiene y disfrutando de cierto bienestar, estudiantes, institutores, jardineros, viñaderos, carpinteros, empleados, agricultores, comerciantes, leñadores, etc., tienen generalmente una talla superior a la media; mientras que los individuos mal alimentados, mal vestidos, que han crecido en un ambiente poco favorable, obreros metalúrgicos y los desprovistos de higiene y bienestar, ofrecen una talla muy inferior a la de los primeros. Procediendo con la misma paciencia y con la ciencia en la mano, otros observadores como Chopinet, Collignon y Chervin, llegan en los Pirineos, en las Costas del Norte y en el Sena Inferior a idénticas conclusiones.

Aquí entre nosotros, sin estudiar esos factores de los que no puede prescindir ningún observador científico, se nos condena a la degeneración deducida de nuestra talla inferior, de nuestro poco peso, confrontados en el personal de un cuartel y de una sola ciudad. Si las tallas varían no sólo entre razas sino entre los individuos de una misma familia, comprobación que vosotros mismos podéis hacer entre vuestros hermanos, qué de extraordinario hay para que nuestro pueblo sea degenerado tan sólo porque no ofrece la estatura que el Deuteronomio atribuía al Rey de Basan, o porque no alcancemos las que Plutarco atribuía a sus antepasados.

Pero en medio de este signo hay algo muy consolador. Estamos precisamente conforme a las tallas de Topinard que las dividió en cuatro géneros—entre pueblos que como los escoseses, ingleses y franceses nadie puede acusar de degeneración. En cambio nos alejamos de las tallas altas que el mismo autor encontró para los patagones, indios iroqueses, negros, cafres y otras tribus más bárbaras y salvajes.

Pero a este dato consolador hay que agregar la absoluta evidencia de que en nuestros Departamentos no existen el enanismo ni tampoco el gigantismo.Ocupamos un término medio que será denunciador de muchos otros factores,de que no nos separamos de las leyes que rigen la harmonía anatómica ni menos que diferimos de nuestros an-

tepasados cuya talla desconocemos hasta hoy. Pero si acaso ofrecemos esa marcada y supuesta diferencia, cuidémonos, como lo aconseja Buffon,de rendir homenaje a los restos de las cabalgaduras con que se enterraba a los antiguos guerreros; huyamos de los errores que Launois y Roy vieron en 1872 bajo los pórticos del clásico Castillo de Cracovia: una curiosa colección de osamentas santas que no eran otra cosa que el cráneo de un rinoceronte, un hueso de mastodonte y media quijada de cetáceo.

Yo no me detengo seriamente a considerar esto de nuestra degeneración basada en detalles de la oreja, cavidad bucal, polisarcia infantil, labios leporinos, dientes, etc., hallados únicamente en la estadística del personal enfermo y contrahecho que acude a un consultorio. Si de esos datos, como parece, se deduce la degeneración de un pueblo, ya veremos que no hay ninguno que no lo esté, porque una cosa es el personal enfermo que concurre a un consultorio y otro el sano que constituye la verdadera población. Nunca los sociólogos y biólogos, para asentar la virtualidad biológica, física y fisiológica de una raza recurren a las estadísticas de los consultorios de un médico ni al examen de los enfermos. Degeneración implica confrontación, comparación con el pasado y el presente. Deducir nuestra degeneración porque hoy se observe más el ovario escleroquístico, equivale a decir que degeneramos porque hoy,con la ayuda de la ciencia diagnosticamos con más facilidad que hace 30 años la apendicitis; equivale a decir que toda Colombia es leprosa porque de 4,000 habitantes que pueblan el leprosorio de Agua de Dios 2,000 están atacados del terrible mál.

Decir que degeneramos porque de 100 enfermos que acuden a la consulta de un especialista en ojos, un 40 por 100 está atacado de vicios de refracción, vale tanto como decir que hoy son más comunes las enfermedades de los ojos desde que tenemos oculistas. En cambio sí no se nos dice a qué otros factores que no sean degeneración, se debe esa frecuencia; y no sería raro pensar con un gran oftalmologista que en ese vicio influye poderosamente nuestra falta de higiene escolar. Recorred cualquiera de nuestras escuelas y veréis en qué antros de oscuridad, los niños leen y escriben; pasad la vista por el mo-

biliario y encontraréis el mismo banco de la época de la Colonia; reparad en que a esos niños se les lleva desde temprano a la fatiga escolar, fatiga que proviene de un exceso de función,y me diréis después si hay degeneración.

## NUESTRA DEGENERACION Y EL ARTRITISMO

"Las cuestiones más difíciles de tratar en Patología no son propiamente las cuestiones generales, son, sobre todo, las cuestiones vagas, las que, mal planteadas por errores seculares o erróneas interpretaciones, por la naturaleza misma de las cosas y por la insuficiencia de datos bien precisos, parecen ser un eterno tema de controversia." Estas palabras de Maurice Raynaud, son las que él inscribía en 1865 en frente de su bello artículo "Diátesis," contenido en el famoso diccionario de Jaccoud y que todavía hoy Bouchard, el verdadero creador del artritismo, conserva al frente de su libro. A Bouchard, en efecto, se debe la noción de que el artritismo es una enfermedad por retardo de la nutrición; pero no signo de degeneración. Las viejas teorías que desde Hipócrates se construyeron para explicar la diátesis y el artritismo, han sido poco a poco reemplazadas por otras más modernas, y quién sabe si según el pensamiento de Poincaré, de que las teorías no duran sino un día y de que las ruinas se acumulan sobre las ruinas; que un día nacen,al siguiente están en moda,al subsiguiente son clásicas, al cuarto añejas, y al quinto olvidadas,veamos en no lejano día desaparecido de ese concepto, ese grupo de enfermedades que como las jaquecas, las colitis, las diabetes, el asma, etc., el doctor Jiménez López nos atribuye en un 60 por 100, según estadísticas que de enfermos suministran otros médicos.

Y véase que mi presunción no carece de fundamento: quizás ya no haya patólogo que ignore que el reumatismo es una infección, que el asma es un fenómeno anafiláctico, términos que no explico por no ser este su lugar; que en la arterioesclorosis hay factores tóxicos de origen exógeno y otros puntos más que yo no he de citar para no hacerme fatigante.

La antigua teoría de Bouchard, de que el artritismo es un producto del resultado de una nutrición lenta, comienza a perder terreno. Lecorché y Robin, los pacientes in-

vestigadores franceses aportan sinnúmero de pruebas a sus teorías hoy muy en boga—de que el artritismo,lejos de ser retardo de la nutrición, es más bien un signo de un aumento de ella, una exageración de los cambios moleculares. Renaut, el afamado Profesor de la Escuela de Lyon, a quien la medicina debe no pocas conquistas en la terapéutica y la patología, lanza en 1911 el concepto más moderno de diátesis artrítica.

"El 'primum movens,' dice del artritismo, es la ruptura del paralelismo entre el desplegamiento de la fuerza muscular y el desplegamiento de la fuerza neural. No es un retardo de la nutrición lo que constituye el complejo artrítico, es la 'exageración,' la superproducción de fuerza neural, que no utilizándose en suscitar movimientos correlativos, se gasta en actos intersticiales aberrantes."

Y por fin Gilbert y Thoinot construyen hace apenas 5 años su famosa teoría de que el artritismo es una diátesis de auto-infección de origen intestinal.

Sería largo y petulante decir mil teorías más. No lo necesito. Sólo me resta citar a propósito del artritismo esta opinión de Roger, el autor de "La introducción a la Medicina y Patología General," libro que es hoy el texto de Patología General, esogido por el distinguido Profesor doctor Julio Manrique.

Dice así, en la página 262 de la edición de 1918: "En frente de este primer tipo diatésico, es decir, después del escrofuloso, está el artritismo. Bien diferente en sus causas y en sus manifestaciones, el artritismo es la 'apanage,' es decir, la característica de las clases elevadas; se observa sobre todo en los países de civilización avanzada. Se créa progresivamente bajo la influencia de las condiciones nuevas que impone la civilización, y se exagera en las generaciones sucesivas. Poco a poco las facultades cerebrales se hacen predominantes y acaparan toda la actividad del sér."

Según estadísticas, hay un 60 por 100 de artritismo en Colombia. Con el Profesor Roger celebremos nuestra intelectualidad.

De suerte, pues, que lejos de ser degenerados, somos con el pueblo sajón y con el germano—los dos más artrí-

ticos de la humanidad—civilizados, muy intelectuales, muy bien alimentados. Pecamos por sedentarismo, por falta de higiene alimenticia, por vida intelectual excesiva, pero todo esto encuentra su oportuno correctivo en la higiene y en el deporte físico.

La tuberculosis, el cáncer, la sífilis, la lepra, merecen otras interpretaciones que no las de resultado de degeneración. Si estas enfermedades fuesen sólo el atributo de los pueblos que habitamos la América intertropical, bien estaría que nos consideráramos en vía de degeneración; pero sabed que estas enfermedades corresponden en espantosa trilogía a la humanidad de todos los tiempos y de todas las edades. Civilización, igual sifilización, ha dicho gráficamente un connotado autor. Sabed que estas enfermedades son infecciosas y no productos de decadencia celular; aprended que el cáncer nó ha engendrado todavía productos degenerados; y que la sífilis y la tuberculosis encuentran su profilaxia en las higiene, la cultura física, en la abundancia de los pueblos, en su educación sexual y moral, y mirad, señores, los contrastes de la vida; somos degenerados ahora que ostentamos la sífilis, el terrible mál que nos importó el habitante de la vieja Europa; somos degenerados ahora que la civilización nos abre las puertas del placer y del vicio sin que que en nuestra educación y en nuestra higiene hagamos algo por contener el mál que nos legaron nuestros antepasados del siglo XVI.

## LA DEGENERACION DEDUCIDA DE NUESTRA CRIMINALIDAD

Cuando se anunció la conferencia del distinguido Profesor doctor Escallón, sobre "Capacidad psicológica de la raza," hube de esperar con ansia que el competente penalista se ocupara del problema de nuestra criminalidad, ora para infirmarlo, ora para confirmarlo, pero haciendo de él un estudio biológico y sociológico, digno del distinguido discípulo de Ferri. Pero quizás las proporciones de una conferencia le hicieran dejar virgen este terreno que ahora exploro yo, no para refutarlo con estadísticas, sino para resolver si él es resultado de desviaciones celulares transmitidas por herencia o efecto de factores sociológicos

que nada tienen qué ver con el criminal nato de que nos habla Lombroso. El concepto del criminal, como degenerado, ha sufrido no pocas controversias desde que se quiso encerrar en caracteres anatómicos el tipo del criminal. Quedan hoy flotantes muchas de esas teorías, que el gran criminalista Baer, de Berlín, rebatió con argumentos sólidos y fuertes. Bajo la cubierta de un estudio de la organización en sus relaciones con el crimen, consagra después en su obra, elogiada hasta por su más grandes enemigos, una crítica en regla a la teoría degenerativa, cuyos principales argumentos resumo: "No hay—dice—ninguna particularidad en la organización del hombre, que pueda indicarme que ese hombre es un criminal. Millares de criminales son irreprochables en su forma, y millares de individuos deformes no atestiguan ninguna inclinación al crimen. Cuando la organización interviene en la génesis del crimen, es porque entonces ya se trata de un enfermo. Los criminales pueden presentar anomalías corporales, pero éstas no implican ni inferioridad psíquica ni inferioridad moral. Las taras degenerativas no son en los delincuentes sino fenómenos concomitantes. La mayor parte de estas taras y particularmente las de la bóveda craneana de la cara, de la bóveda palatina, no tienen nada qué ver con el atavismo, no son sino consecuencia de alteraciones nutritivas, sobrevenidas en la primera infancia o bajo la influencia del raquitismo." Después el mismo autor se apoya en Malthusius, Nehring y Darwin, para recordar que el régimen alimenticio, las costumbres y los vicios, tienen una poderosa influencia sobre el criminal.

De ahí pues que haya hoy una marcada tendencia a la prescindencia antropológica del criminal y una incontenible corriente hacia su estudio psicológico y social.

Todas estas teorías pueden resumirse hoy en la escuela positivista del gran Enrique Ferri, que lejos de buscar causas anatómicas, analiza el proceso psicológico que engendra el crimen—yendo hasta las causas conscientes y subconscientes. Ferri resumió su opinión en esta definición que dio al Congreso de París: "Cada criminal no es sino la resultante del concurso simultáneo de las condiciones del medio físico y social en que nace, vive y obra."

Pasados algunos días de auge y de moda para la teoría de Ferri, y cuando todavía sus fervientes discípulos se congregaban alrededor de sus ideas, surge en Francia la famosa Escuela de Lyon, a cuya cabeza se encuentra el insigne Lacassagne. En cuatro puntos resume él su famosa teoría de la criminalidad. Yo no puedo menos que citarlos: "El medio social—dice—es el caldo de cultivo de la criminalidad; el microbio, esto es, el criminal, es un elemento que no tiene importancia sino el día en que encuentra el caldo que le hace fermentar. Las sociedades—agrega—no tienen sino los criminales que merecen. El criminal con sus caracteres antropométricos y otros, no nos parece tener sino una importancia muy mediocre. Todos esos caracteres pueden encontrarse en personas muy honradas. Al fatalismo que salta de la teoría antropométrica yo opongo la iniciativa social." Raux, el famoso profesor de Lyon, comprueba la tesis de Lacassagne, con el estudio metódico y profundo de 409 jóvenes delincuentes, detenidos en las cárceles de Lyon, y llega a la comprobación de que 238 pertenecían a familias cosmopolitas privadas del padre y de la madre o de uno de ellos. En 162 adolescentes que tenían todavía padre y madre en el momento de su arresto,la mayor parte de ellos habían sido alejados del hogar por la miseria y los malos tratamientos. Sobre los 409 detenidos, 51 estaban sometidos por sus padres a una vigilancia normal; 158 a una vigilancia insuficiente o brutal, 145 estaban completamente abandonados, y 55 habían sido excitados al delito por sus propios padres.

El profesor Guillot, al cual la experiencia práctica confiere una innegable superioridad, no admite disposición innata hacia el crimen. "Este no aparece progresivamente en la conciencia humana sino bajo la influencia sucesiva de factores sociales de perversión y desorganización. El mál—agrega—no invade de un solo golpe la conciencia humana; encuentra resistencias, procede a la manera de los asaltantes que hacen trabajos de acaparamiento, libran combates sucesivos antes de dar el último asalto. Archansky, el célebre criminalista y sociólogo ruso, que ha vivido entre el verdadero criminal, resume sus investigaciones en las proposiciones siguientes: "Los grandes criminales rusos (asesinos), no presentan tipo específico; no constitu-

yen un grupo patológico. Los cráneos de los criminales rusos no presentan ninguna anomalía ni de forma ni de volumen. Los síntomas degenerativos no se encuentran a menudo en los criminales rusos, sino en el pueblo normal. Desde el punto de vista psíquico, los criminales rusos no se distinguen en nada de los otros individuos.Las enfermedades del sistema nervioso y las enfermedades mentales son muy raras en las prisiones rusas. El alcoholismo, bajo la forma de embriaguez aguda, desempeña el único papel en la criminalidad rusa. La criminalidad rusa es función de la cultura."

Pero quizás voy haciéndome demasiado largo y voy desatendiendo nuestro propio problema.

Ante la enunciación de la criminalidad que invade a Colombia y que se ha localizado en la raza, en la que el país funda su más caro orgullo, su presente y su futuro, una sombra de tragedia, un haz de espinas azotó el corazón de los oyentes patriotas. Era que con cifras pavorosas se nos decía que Colombia será dentro de poco una vasta y desolada colonia penal. Era que se nos decía que el crimen entre nosotros tiene la misma fecundidad y lozanía de nuestras selvas tropicales; que aquí germinaba la ola de sangre y de exterminio, con la misma facilidad con que germinan las espigas de los rubios trigales.

Y nada se hizo por desvanecer ese trágico sudario; nada por ver si en el hijo de Colombia hay en su organismo la maldita célula que engendra el crimen; nada para ver si en nuestra criminalidad hay realmente un factor de degeneración celular o de indiferencia social; nada se dijo de la miseria, del alcohol, de la ignorancia, de nuestras imbéciles leyes que protegen al que mata pero no al que hiere; nada se dijo de ese precepto inmoral y corrompido que domina en la Legislación de muchos Departamentos y que manda que el padre se embriague para que el hijo se eduque. No se dijo, como lo asevera nuestro gran médico legista, el doctor Fajardo Vega, que aquí no hay el pretendido criminal nato, sino el ocasional; que no hay el criminal político; que apenas si se esboza el pasional, y que, como lo asegura el mismo Profesor colombiano, cerradas las tabernas, no hay nada qué hacer en la oficina que conoce de los crímenes. ¿Donde pues está, que no

la veo, nuestra conformación anatómica y moral del crimen? Al caer de las sombras de la noche, los que transitan por nuestras opulentas avenidas, tienen a su vista la macabra procesión de muchos niños que imploran con lágrimas fingidas la caridad del público. Detrás de una esquina esperan los explotadores de ese niño, envueltos en la miseria y en el mál. Esa larga procesión de mendigos; esas niñas sin abrigo y protección, constituyen el personal que con el andar de los días van a llenar las oscuras e inmundas celdas de Paiba y El Buen Pastor. Todos vamos pasando indiferentes y nos sorprende que esos niños anónimos alcancen en breve plazo la celebridad del criminal. Cada año nuestros Congresos se cierran, dejando abiertas mil tabernas, dejando sin protección a la mujer y al niño y permitiendo que los Departamentos se enriquezcan a la sombra del crimen y el vicio. Pero la lucha moral no se empeña. No se hace, como en Francia, donde el crimen no cayó bajo el poder de la fiera guillotina; no se hace como en los Estados Unidos, donde desaparecieron los océanos de whisky, bajo el poder omnipotente de una ley.

Esta es pues nuestra criminalidad. El fruto de nuestra indiferencia; el premio de nuestro vicio corregible, porque como lo dijo Lacassagne, las sociedades no tienen sino los criminales que merecen.

Legisladores, periodistas, médicos, madres de Colombia, jóvenes estudiantes, en vuestras manos está el porvenir moral de la República y la raza!

## NUESTRA DEGENERACION DEDUCIDA DEL SUICIDIO

Todo el mundo ha visto con horror la pasmosa fiebre de suicidio que como un contagio se ha extendido a los diversos puntos de la República. El número de sus víctimas ha sido enorme en los últimos años". ("Nuestras razas decaen"—Miguel Jiménez López—Capítulo de la degeneración psíquica—Pág. 31.)

Veamos primero lo que se entiende por suicidio con el psicólogo Durkeim que ha hecho de él el más completo estudio, y probemos demostrar en seguida si el suicidio ha sido algún día considerado como efecto de la degeneración de un pueblo, apoyándonos en la historia y en

la ciencia. "El suicidio, dice Durkeim, es todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo cumplido por la víctima misma y que sabía que podía producir ese resultado".

En la historia de la humanidad encontramos el suicidio en todas sus edades, y desde el año de 452 el Concilio de Arlés, se ocupa de él, declarando que el suicidio es un crimen y fruto de un furor diabólico. En 563 el Concilio de Braga, declara fuéra de la Iglesia a los suicidas y después Carlo-Magno, San Luis, Rey de Francia, Dante Alighieri, Juan Jacobo Rousseau se ocupan de él para calificarlo de crimen. Después el suicidio aparece ante la moral cristiana y ante la moral racionalista. Aquélla que lo condena y ésta que lo defiende.

Aparece después ante la luz de la ciencia en la que la Deontología proclama este precepto. "Cuando el médico descubre el deseo del suicidio, cuando lo sorprende, tiene el deber de combatirlo. El principio de la inviolabilidad humana es una conquista de la civilización que nadie puede negar; la misma que ha proclamado la igualdad de los hombres entre sí y abolido la esclavitud; principio bien distinto de aquel que condena a la degeneración a los suicidas.

Entre nosotros, por falta de constancia, ignoramos si el suicidio existió entre nuestros antepasados. Es posible que sí. Pero en caso contrario, es menester probar que el suicidio sólo existe entre nosotros y en las proporciones alarmantes que se suponen. Es menester verlo a la luz de la ciencia en sus causas, causas que, aunque psicológicas, no implican degeneración.

Todos los autores reconocen y proclaman que el suicidio es no solamente un hecho humano, sino un hecho tardío en la historia de la civilización humana. Al principio, el hombre menos diferente de los animales que en las épocas ulteriores de civilización más avanzada, obedeció más naturalmente y más habitualmente al instinto de conservación, al sentimiento instintivo de respeto y de amor por su propia vida. Más tarde, a medida que su psiquismo superior y sus facultades de libre examen se desarrollan más, discute más a menudo sus instintos, les obedece menos ciegamente y menos constantemente; pesa y

compara los diversos motivos que tiene para continuar viviendo o para desaparecer. Y ved ahora cómo Durkeim concluye que la felicidad del individuo no crece con el progreso. "El único hecho experimental—dice—que demuestra que la vida es generalmente buena, es que la gran generalidad de los hombres la prefiere a la muerte. Se puede estar cierto de que ahí donde el instinto de conservación pierde su energía, la vida pierde sus atractivos. Si los suicidios aumentan es porque el instinto de conservación pierde terreno. Luego el suicidio no aparece sino con la civilización, es el estado endémico de los pueblos civilizados. La marea creciente de los suicidios prueba que la felicidad general de la sociedad disminuye. No hay pues ninguna relación entre las variaciones de la felicidad y los progresos de la división del trabajo". Este el análisis frío y filosófico que este gran psicólogo hace del suicidio.

El gran biólogo Grasset está de acuerdo con la interpretación de Durkeim y agrega en la etiología del suicidio factores religiosos, como el del adormecimiento de las creencias, la pérdida de la fe, la falta de higiene, la ausencia de la educación física, y por encima de todo esto, como factor psicológico, no como índice de degeneración estados sobreagudos de semilocura que traen el debilitamiento de la razón y de la voluntad. Este estado de desequilibrio psíquico—agrega el mismo autor—desequilibrio suicidógeno como él lo llama, invade todas las sociedades, todos los pueblos de la tierra, todos los rangos de la familia humana, todas las edades, todas las profesiones, sea que el individuo lo haya recibido de su herencia, sea que la vida moderna lo haya hecho nacer, sea por sus condiciones de holgura, sea que el individuo lo haya adquirido por sus vicios o sus malas costumbres como el alcoholismo.

Nuestras epidemias de suicidio tienen alguna causa extraña a lo que se observa en los demás pueblos? No! Las epidemias de suicidio las señalan todas las revistas científicas o no. Encuentran su explicación, no en degeneración, sino en lo que se llama el contagio psíquico o mental y la imitación. La prensa, en mi sentir, es en parte responsable de las epidemias.

Yo no quiero parangonar a nuestra raza al compararla, en sus estadísticas de suicidio, con otras más civilizadas. No busco al citar esas estadístcas un consuelo para nuestras desviaciones morales.No rehuyo el análisis del mál que nos invade—mál del siglo—que dijo nuestro trágico poeta; quiero únicamente decir que aquí en Colombia no hay degeneración, si se pretende derivarla del suicidio. Nuestro suicidio aquí es algo reducido al alcoholismo agudo y al amor. Raros son los que se hacen por esa "'emoción ansiosa", base del delirio emotivo de Morel, y más raros todavía los que Pitres llamaba "parabúlicos". No aspiro a escudarme tras los 10,000 suicidios que se registran anualmente en los Estados Unidos; ni tras el 6 por 10,000 de Bélgica; ni el 10 por 10,000 de Prusia; ni el 40 de Francia; quiero sólo decir que la civilización nos ha invadido sin que hayamos formado nuestra personalidad moral; sin que nuestras generaciones del presente hayan oído nunca enunciar esa "ley de la finalidad biológica individual", que manda que cada hombre lleve en sí una idea directriz o una tendencia activa que oriente todos sus actos hacia la conservación, la defensa, el crecimiento y la trasmisión de su vida propia; nadie habla a estas generaciones de la "afirmación del yo", de eso que Malpert encierra en la conservación de la vida, la salud, el vigor corporal y el equilibrio de las funciones orgánicas; no tenemos a nadie que nos enseñe los deberes "antixénicos", eso que Grasset llamó así para distinguir la lucha contra el extranjero, en forma de individuo, libro o vicio pernicioso; no tenemos formada una juventud que en páginas de esperanza y de victoria, como hay tántas, aprenda que "ser es luchar y vivir es vencer". Somos un pueblo triste, dice con mucha razón Alfonso Castro. Pero no hemos de serlo si nunca se nos dice que seamos alegres, si nunca se nos dice que la vida es una batalla cuyo final no es definitivamente desastroso para el individuo sino el día de su muerte? No hemos de ser tristes y meditabundos si tantos que pudieran ser profesores de idealismo y de confianza en el mañana nos dicen que mezclemos la sangre ibera para no caer vencidos en la vida?

Refutados ya con la ciencia y la estadística los puntos que podían sostenerse en las firmes columnas de la

biología, fisiología y sociología, queda otra parte que es del dominio subjetivo y que intento contestar. Pero antes permitidme que pregunte: qué queda de este vasto, frágil e imaginado edificio sobre el que se levantó nuestra degeneración? El espíritu patriota y filosófico de ese gran profesor de energía que se llama Miguel Jiménez López; su enorme amor por la raza y las disciplinas del espíritu; su viva complacencia de que dio el alerta para dar paso abierto a su continuo pensamiento. Nosotros, sus adversarios en campo opuesto, batimos palmas a este hijo selecto de Colombia, a este Maestro insigne, que es un fiel exponente de que la raza no degenera. Loemos al hijo de Colombia que con orgullo puede decir la América del Sur que es suyo también!

## NUESTRA DEGENERACION INTELECTUAL Y UNIVERSITARIA

Si el cargo que se ha lanzado a la juventud que desde hace 25 años busca en nuestra Universidad la fuente del saber y de la ciencia no comprendiera a muchos que con lujo de cerebración pudieran integrar con eficiencia en las filas de la intelectualidad de los más viejos países del habla castellana, creedme que yo cedería su defensa a los veteranos conductores de nuestra juventud; a los que por luengos años han ejercido el apostolado del magisterio, es decir, a los Carrasquilla, los Araújo, los Lleras, los Casas, los Mallarino, los Guzmán, los Hermanos Cristianos y mil más que en la ignorancia de la vida provinciana dan a los cerebros y al alma de la juventud colombiana el acopio de sus virtudes y conocimientos.

Pero hay tal injusticia en el concepto y la apreciación de nuestro decaer universitario; hay tal superficialidad en su análisis, que no puedo resistir a la tentadora ocasión de rectificarlos.

No se crea que un solo instante dejo de reconocer la honda e innegable deficiencia de que adolece nuestra educación. Ese ha sido el mál latino; pero ahí dentro de su violación caben la perfección y la esperanza. Mala o nó, rudimentaria o embrionaria, lo cierto es que con ella nos damos a la contemplación de nuestros problemas; al

estudio de la naturaleza y de los misterios que la encierran; al cultivo de las ciencias y a la defensa del hombre; al cultivo de las letras y de las hondas filosofías; al amor de la crítica, la dialéctica, la historia, la poesías, que aunque inútiles para la vida práctica de los pueblos, contribuyen a formar el hueso y el sillar de su nacionalidad y de su raza.

El cielo límpido y sereno de nuestras ciudades no lo oscurecen todavía el humo negro de las fábricas; el silencio de nuestras selvas seculares no lo turban los ronquidos de la audaz locomotora; la tristeza vespertina de nuestras carreteras no se alegra todavía con el vertiginoso desfilar de los carruajes; sobre nuestro cielo no aparece todavía el hombre hecho ave; pero en nuestros pasos infantiles vamos hacia un futuro que no hay derecho para presagiar de oscuro y negro. Ahí dentro de esa imperfección y defecto hay muchas cosas consoladoras y prometedoras de nuestra renovación y progreso. Para verlas es menester salir de las oscuras penumbras de los consultorios y las clínicas; hay que asomarse a las ventanas de la vida y de la juventud con el espíritu tranquilo y el ánimo sereno; hay que pasear la vista por toda Colombia; hay que visitar nuestras ciudades, tomar cuenta de su continuo progresar; tomar atenta nota de que el desarrollo de muchos de nuestros Departamentos lo ha iniciado esta misma juventud que se adormece en nuestros claustros universitarios; hay que visitar a Barranquilla, Medellín, Cali, Bucaramanga, Cúcuta, Cartagena, Manizales y comparar su progreso; hay que restar tiempo a nuestro diario trabajar para visitar ese templo del Gimnasio Moderno y la Escuela Montessori, que pregonan la indomable voluntad y constancia irreductible de un Nieto Caballero y de cien ciudadanos más que lo acompañan; hay que ver con nuestros propios ojos de lo que son capaces la ciencia de los Garavito,los Lleras,los Zerdas,los Montoya y Martínez Santamaría; hay que observar el concepto que como pueblo capaz y asimilador tiene de nosotros el extranjero; hay que ver lo que es nuestro obrero; leer nuestros libros y revistas científicas, que como el "Repertorio de Medicina y Cirugía" sostiene el ánimo inquebrantable de José María Montoya; hay que contemplar

los monumentos de piedad y caridad que levantan el espíritu filantrópico de la Sociedad de Cirugía, de José Ignacio Barberi, Angel Cuadros y cien más que yo ignoro; hay que tomar atenta nota de cómo están constituídas nuestra sociedad y la familia colombiana; hay que saber que nuestra juventud la integran López de Mesa, los Casas, Restrepo Millán, Calixto Torres, Corpas, Luque, los Tascón, Saavedra Galindo, García Córdoba, Iglesias, Rico Huertas, Acosta, Domínguez, Escallón, Escobar Larrazábal, Rivas, Cuervos, Rengifos, los Santos, Leiva Pereira, Nieto Caballero y mil más cuyos nombres no por ignorados son menos excelentes y prometedores. Detrás de esa juventud viene esta otra, que con este simple acto de rectificación de que nuestra raza no degenera, que contrasta con el silencio de nuestras academias, está diciendo lo que será en un futuro.

Y si de aquí pasamos a la contemplación de nuestro exponente científico, literario, periodístico, poético, oratorio, al análisis de nuestra propia riqueza y de la que constituya la de los particulares, acumuladas por la propia iniciativa y la constancia indomables; si analizamos nuestra propia vida como Nación, veremos que la República y la Democracia son la base de su constitución; que si hemos tenido un pasado lleno de tormentas, en cambio hay un presente en que la paz se afirma; que si somos inestables en las leyes, somos casi definitivos en la constitución; que si ésta se discute todavía no es para estrecharla sino para inspirarla en las necesidades y en la libertad de un pueblo: que de la Gran Colombia salió, bajo el pensamiento de Bolívar, la fórmula salvadora y humanitaria del arbitraje; que en la última Conferencia de La Haya Colombia proclamó la limitación del empleo de las minas flotantes; que la instrucción, aunque deficiente, se extiende hoy más que hace un siglo; que los extranjeros a quienes hace un siglo España impedía establecerse en las tierras que conquistó, ocupan hoy no sólo a Colombia sino toda la extensión del Nuevo Mundo, y que en los puertos donde antes no surcaban sino los barcos que traían las nuevas remesas de españoles y de negros, ondean hoy en los buques las banderas de todo el mundo que con avidez y confianza nos traen su comercio y el salu-

do de la vieja civilización; que donde no había imprentas se publican hoy diarios y revistas que llevan la idea hecha luz hasta apartadas comarcas; que la agricultura tiende a industrializarse; que los ferrocarriles cruzan la tierra; los vapores, nuestros ríos; que el capital extranjero inmigra y que Europa y Estados Unidos nos hacen depositarios de ingentes sumas y nos ofrecen sus recursos sin hipoteca de la Nación y de sus hijos, y que en fin, que esta es la hora en que, por la iniciativa de un Ministro, que no es médico sino agricultor, surge la redención de nuestros ignorados labradores a quienes hacía un siglo la anemia tropical restaba vida y energías.

Y si de Colombia damos un salto a toda la América del Sur, así en la que se ha creído adversa por su medio a la planta humana, como la que es pródiga a ella, qué inmensos tesoros descubrimos en sus hombres y en sus obras. Ahí Buenos Aires, la cosmopolita y tentacular; Montevideo, la reformadora; Río de Janeiro, la suntuosa; Caracas, la depositaria de nuestras grandezas, la Jerusalén americana; Lima, la gentil y pensadora; Quito, la meditabunda, y Bogotá, la espiritual y madre cariñosa.

"No los juzgamos; se nos juzga", fue la definición que de América y sus grandezas dio el viejo Clemenceau cuando regresó del Nuevo Mundo.

La humanidad largo tiempo ha conservado el recuerdo de una época en que reinaban sobre la tierra la felicidad y la alegría. En el arpa y en la lira los poetas cantaban esa edad de oro en que los placeres, una eterna primavera, y ríos de leche y miel corrían pródigos por sobre la tierra. Oponían a esa edad de oro, de la inocencia y de la paz futuros siglos de hierro en que habían de vivir la grandeza y el vicio, la concupiscencia y sus dos hermanos gemelos, el crimen y la guerra.

Los tiempos han pasado. Estamos en la edad de hierro. El milagro de la edad de oro lo persigue todavía la humanidad; pero ese milagro no está atrás, en el pasado; está adelante, en el porvenir. Pertenece a los viejos vivir del pasado; a nosotros, los jóvenes, del advenimiento de mejores días. Este milagro de los tiempos futuros es el que hace soportar las penas del presente; el hoy siempre es sombrío; el mañana aparece luminoso. Las de-

mocracias antiguas podrán vivir de la tradición; las modernas deben vivir de la innovación. De aquí la inestabilidad que tánto nos asombra. Hay un Dios para todas las naciones; Dios que las asiste bajo la palpable forma del progreso. Ese Dios lo tenemos. Suprimir las esperanzas, por quiméricas que sean, es llevar a los pueblos, dice Desfosses, a la miseria y a su propia desesperanza!

# Séptima conferencia

SIMON ARAUJO

Institutor

Señoras, señores comisionados de la **Asamblea de** Estudiantes, señores:

El sabio y distinguido Profesor doctor Miguel Jiménez López, cuyo solo nombre lleva al espíritu que lo escucha la idea del más acendrado patriotismo, la del laborador inteligente y tenaz en los campos de la investigación científica, y la del gestor en toda acción tendiente al bienestar y progreso de los colombianos, ha sacudido el alma nacional, y ha puesto en inquieta actividad todas las inteligencias, con la iniciación del trascendental problema: "Nuestras razas decaen".

La Asamblea de Estudiantes, feraz almácigo de caracteres, de ciudadanía, y del saber, cerebros que se encaminan al futuro con la vigorosa lozanía de todo lo naciente, con la loable y natural curiosidad del que va a emprender laborioso viaje, se asoma a los ventanales que miran hacia su rumbo, interrogan a los transeúntes que los precedieron en la senda, ya sean ilustres viajeros que marchan con lujoso cortejo intelectual, ya sea humilde caminante que recorre silenciosamente el camino de la vida. Las conferencias que hemos oído y que oiremos después de esta noche, han sido y serán las sabias y elocuentes respuestas de los primeros; las palabras que ahora escucharéis, serán la sencilla y honrada del último.

Por razones obvias en extremo, no habré de trataros, sino de la parte de la exposición del ilustre doctor Jiménez López que se refiere a la falta de entusiasmo de la juventud actual por el estudio y a la falta de capacidad intelectual de la misma, para adquirir sólidamente ideas útiles y conocimientos profundos, síntomas, una y otra manifestación, de la decadencia intelectual de nuestras razas.

Con profundo respeto, por el doctor Jiménez López,

acaso con la osadía de la inconsciencia, me atrevo a consignar estas conclusiones, que trataré de desarrollar lo más claramente posible.

1ª—La inteligencia de la juventud actual, no sólo no ha decrecido, sino que se ha intensificado notablemente, comparada con la que poseía la juventud de medio siglo atrás.

2ª—La capacidad intelectual de los colombianos no es inferior, en igualdad de circunstancias, a la que poseen los pueblos de la mayor parte de las naciones civilizadas del antiguo y del nuevo continente.

3ª—Sí ha disminuído en la mayoría de los jóvenes que se educan, el entusiasmo para el estudio; pero esta disminución no es síntoma de decadencia intelectual de la raza, sino resultado de errónea, vieja y sostenida dirección superior en el ramo de la Instrucción Pública en todos los períodos de ella.

4ª—La causa fundamental de los vicios de que adolecemos, de los defectos que poseemos, y de los vacíos que nos rodean, en nuestra vida colectiva, es que somos un pueblo paupérrimo, que carece del elemento capital para explotar con provecho, sus riquezas naturales, para enriquecerse por medio del trabajo, para abrirse amplísimos horizontes por medio del estudio y de la labor, para extinguir esa aparente apatía considerada como degeneración racial que lo aflige, que no es otra cosa que la impotencia.

***

> "La inteligencia de la juventud actual no sólo no ha decrecido sino que se ha intensificado notablemente comparada con la que poseía la juventud de medio siglo atrás".

Para comprobar esta tesis, aduciré únicamente los resultados de mi observación personal como estudiante cincuenta años atrás, y como institutor hace treinta y cinco.

En los ya muy lejanos días de mi niñez comencé a estudiar en el "Liceo de la Infancia", el más acreditado

plantel de aquella época, regentado por el venerable y venerado patriarca don Ricardo Carrasquilla, padre del insigne actual Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y cuyo recuerdo guardo en mi memoria con religioso y filial cariño. Aquel centro de educación que, como os he dicho, era el más respetable y acreditado de la capital, tuvo siempre en sus claustros una juventud distinguida por las condiciones sociales e intelectuales de las familias de que hacían parte; en él se dictaban por competentes profesores casi todas las enseñanzas que constituían el Bachillerato de aquel entonces, las cuales eran en menor número y en menor extensión a las que hoy forman el pénsum en casi todos los colegios de la República.

Si hiciéramos un estudio comparativo del número de alumnos que entonces estudiaban, con el de los que hoy lo hacen, hallaríamos cuantiosa diferencia a favor de los últimos tiempos, no solamente por el aumento natural debido al crecimiento de la población, sino muy especialmente por las capas sociales de donde salen hoy los educandos. Ya no son sólo los hijos de familias acomodadas y uno y que otro de las capas inferiores de la sociedad los que acuden a las fuentes del saber, sino que también centenares y aún millares de jóvenes de humilde origen y de escasísimos haberes, los que golpean año por año, y aun día por día, en progresión creciente, a las puertas de los Colegios de Segunda enseñanza, en solicitud de un puesto en los bancos para oír las lecciones, y de un viático intelectual para emprender el viaje de la vida.

Si hecho ese análisis, acometiéramos el de valorar y medir la extensión y profundidad de los estudios que en aquel tiempo se hacían, con la extensión y profundidad de los que hoy se hacen, veríamos con ofuscadora claridad que aquéllos eran muy reducidos, no sólo porque las ciencias no habían hecho los grandes progresos verificados en los últimos tiempos, sino reducidos también en relación con el estado de ellos en aquella época.

Si pasamos revista con la memoria a la lista de jóvenes que entonces se educaban en el Liceo, y buscamos quiénes y cuántos continuaron sus estudios hasta coronar

una carrera profesional, hallaremos que no alcanzaron a un dos por ciento de su total.

Si pasamos del Liceo de la Infancia a la Escuela de Literatura y Filosofía de la Universidad Nacional, al antiguo Colegio de San Bartolomé, hallaríamos, con muy escasa diferencia los mismos resultados en lo que se refiere a número de alumnos y a su origen; con la circunstancia de que a este plantel acudían alumnos de toda la República, considerablemente aumentados con las becas que sostenían los Gobiernos de los Estados Soberanos.

Las enseñanzas en San Bartolomé eran dictadas por muy distinguidos Profesores, en extensión y profundidad mucho mayores que las que tenían las que se dictaban en el Liceo; pero siempre eran inferiores esas condiciones a las que tienen las que hoy se dictan; encontraríamos que el porcientaje de los jóvenes que perseveraban en sus estudios hasta conquistar un título profesional, era también reducido, y podríamos asegurar que no alcanzaba a un diez por ciento.

No aduciré en apoyo de mi tesis el porcientaje absoluto de los jóvenes que figuran en la actualidad en las Facultades Superiores, con intención de coronar sus estudios, porque por las razones que adelante apuntaré, hay que deducir una parte importante que figura entre los que han de coronar una carrera y que no son exponente de un continuado y sistematizado esfuerzo intelectual; pero deducidos los que tal deficiencia tienen, queda todavía un saldo de porcientaje que alcanza a un 22 o 25 por 100.

La Facultad Nacional de Derecho que existía 50 años antes en el mismo edificio de San Bartolomé, contaba sólo con ocho o diez alumnos entre los cuales figuraban, que yo recuerde, J. E. Trujillo, Felipe Angulo, Eloy Pareja, Carlos Martínez Silva, Ricardo Vargas, Clemente Salazar M., Carlos Sáenz Echeverría, Abraham Pulido. De todos ellos sólo sobrevive el distinguido jurisconsulto doctor J. E. Trujillo. Luégo fue aumentando año por año el personal de aquella Escuela, hasta llegar hoy a cerca de 300.

En número inferior existen cursantes de Derecho en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, pero el aumen-

to de su personal se ha verificado en proporción semejante.

En la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales, que antes se hallaban separadas, el aumento ha sido aproximadamente igual y talvez mayor; en la de Matemáticas es todavía más considerable.

Si a estos datos agregamos el número de alumnos que cursan Facultad Superior en el Externado de Bogotá, en las Universidades de Antioquia, Bolívar, Cauca, Nariño, y en los Seminarios que existen en toda la República, obtendremos un número que alcanza a varios millares y que no guardan relación con el aumento de nuestra población, número del cual, deducido el que se puede estimar como mal preparados, indolentes y descalificados, deja un saldo que nos obliga a considerar que la capacidad intelectual de nuestra juventud no ha decrecido ni tampoco ha disminuído la virtud de la perseverancia en los estudios.

Circunstancias especiales, y la necesidad, me obligaron en la ciudad de Panamá, en 1886, a fundar un Colegio de enseñanza secundaría. Comencé tareas con un personal de cinco alumnos.

Tres meses después hice sabatinas con el doble de aquel personal.

A aquel Colegio llegaron a concurrir más de 140 alumnos, colombianos la mayor parte de ellos, y chinos, sirios, franceses, alemanes, griegos, peruanos y centroamericanos. Siempre sobresalieron notablemente en sus estudios los colombianos.

Cuatro años después intensas desgracias de familia, hicieron que siéndome ya permitido regresar a esta ciudad, viniera y reemplazara a los señores Mac-Douall & Codazzi en la dirección del Colegio que ellos regentaban. Desde entonces regento el plantel que lleva mi nombre.

Conservo las actas de exámenes, los registros de calificaciones diarias de cerca de 10,500 alumnos y puedo asegurar que la diferencia entre la capacidad intelectual y la cultura de los que hubo en los primeros años, de 1890 a 1900 y las mismas condiciones de los de hoy, es sencillamente sorprendente.

En los primeros años hubo siempre alumnos de to-

dos los Departamentos de la República; en los últimos cinco los ha habido de todos menos del de Antioquia Moderno.

El resultado de calificaciones diarias y de exámenes daba en los primeros años un porcientaje de 20 a 25 por 100 de calificados como malos estudiantes en el aprovechamiento diario, y de 10 a 15 por 100 de mal calificados en los exámenes anuales.

Este porcientaje ha venido disminuyendo gradualmente año por año, hasta el punto que en el año último, sobre una base de 240 alumnos, no alcanzaron a 10 por 100 los que fueron mal calificados en las tareas diarias, y no llegaron al 2 por 100 los que merecieron bajas calificaciones en los exámenes; sólo un alumno dejó de presentar examen por enfermedad; y de las 28 clases que se dictaron diariamente en el Colegio, hubo 20 en las cuales el 95 por 100 de los alumnos de ellas obtuvieron las más altas calificaciones, y en algunas, con más de 60 alumnos, la totalidad o casi la totalidad de ellos, merecieron la más alta calificación.

En cuanto a cultura social, la diferencia es todavía más resaltante.

A la verdad, después de haber oído las brillantes y elocuentes conferencias dictadas en este mismo sitio por los ilustres profesores Jiménez López, Escallón y Bejarano, paréceme por demás cuanto yo pueda decir en abono de la tesis que sostengo; el primero pertenece a la generación que precede a la que hoy está llegando a la cima de sus estudios; todos ellos revelan una capacidad intelectual superior, que muy pocos compatriotas de 30 años atrás pudieron alcanzar. Todos ellos y los demás jóvenes que ocuparán este puesto, hoy opacado, son prueba evidente de que nuestra raza no sólo no decae intelectualmente sino que se vigoriza y asciende.

Pero abusaré de vuestra benevolencia citando unos pocos y recientes casos que comprueban igualmente la efectividad de mi creencia:

Hace unos pocos años hube de consultar personalmente en París al sabio oculista Galezowsky, quien acababa de regresar de Teherán de operar y curar al Shah de Persia, (mediante el pago de sus gastos de viaje y 500.000

francos), una grave dolencia que amenazaba con la eterna oscuridad a una distinguida señorita perteneciente a muy honorable sociedad de esta capital.

La señora madre de la enferma me suministró los antecedentes de la enfermedad y los diagnósticos de tres distinguidos facultativos. Con aquellos elementos que puse en manos del sabio polaco, solicité su opinión; 72 horas después me la entregó escrita. Era indispensable una delicadísima intervención quirúrgica, y para poder ejecutarla se requería un instrumentico especial que el sabio ideó, dibujó, e hizo fabricar expresamente. Al entregarme aquel estudio y las instrucciones correspondientes para el operador, me agregó estas palabras que hicieron vibrar de regocijo mi corazón de colombiano: "Ustedes tienen allá en Colombia quién haga esa operación como yo la haría, o mejor que yo, al doctor Indalecio Camacho Barreto".

Hace poco más de cuatro años se reunió en Washington el Congreso Científico Panamericano. Colombia designó, por concurso, tres jóvenes para que representaran la Nación, en aquel solemne certamen. Cada delegado debía hacer en 20 minutos un resumen del trabajo que hubiera presentado. Tocó el turno al Profesor colombiano. Este hizo su exposición-resumen con una solidez y una elocuencia tales, que electrizó a todos los delegados hispanoamericanos, quienes le tributaron los más ruidosos aplausos que se oyeron en aquel recinto. El Presidente del Congreso en la Sección de medicina aquel día, quiso que los Delegados norteamericanos, que sin duda no poseían con perfección el idioma español, apreciaran en su valor aquel luminoso trabajo; se puso de pie y después de expresar su noble deseo de compañerismo ilustrado, expresó en correctísimo inglés el resumen exposición del Profesor colombiano; la ovación que siguió a ella de parte de los Delegados americanos dejó imperecedero recuerdo en todos los que lo presenciaron. Aquel Profesor colombiano fue el doctor Calixto Torres, quien había terminado sus estudios en esta ciudad pocos meses antes.

En el mismo Congreso el Delegado colombiano a la Sección de minas hizo también su exposición-resumen, la que fue aplaudida con entusiasmo. Cuando terminó la

ovación, el Presidente de la Sección se levantó y exigió que el Delegado colombiano continuara presidiendo las sesiones, porque ninguno mejor que él podía dirigir los trabajos, puesto que a sus profundos conocimientos, unía la circunstancia de que hablaba el inglés como un Scholar de Oxford". Ese Delegado colombiano era el doctor Tulio Ospina.

Honores como los tributados a los doctores Torres y Ospina no se tributaron a ningún otro Delegado.

Hace diez o doce días la prensa de la capital dio cuenta de que el joven Angel, colombiano, hijo del señor Alejandro Angel, obtuvo en el Colegio en que estudia en Nueva York, la más alta calificación en los exámenes que acaban de pasar.

En varias universidades de los Estados Unidos. es tudian en la actualidad varios jóvenes colombianos que hicieron sus estudios de Literatura en esta capital. Todos ellos sostuvieron con notable lucimiento los exámenes de revisión a que fueron sometidos y todos pasaron a hacer sus estudios profesionales sin dilación alguna.

(Pocos días después de leída esta conferencia,la pren sa periódica informó que el distinguido joven Manuel Casas Manrique, hijo del eminente ciudadano señor doc. tor José Joaquín Casas, había coronado en España con grandísimo lucimiento los estudios lingüísticos que principió en esta ciudad, y que había recibido la altísima dis. tinción de ser nombrado Profesor de lenguas Orientales en el Colegio Real de Madrid).

Lo que dejo dicho respecto a los jóvenes colombianos de hoy y de ayer, es extensivo a la mujer colombiana.

Cincuenta años antes se hubiera calificado de impo. sible que la mujer colombiana, pudiera, en materia intelectual, hacer algo más que rezar sus oraciones.

Cuarenta y siete años atrás, en 1873, fueron nombradas las dos primeras señoras Telegrafistas para las Oficinas de Nemocón y La Mesa, y sus esposos Administradores de Correos de los mismos lugares. Este fue el primer paso que se dio en el camino de abrir otros horizontes de estudio y de trabajo a la mujer.

Imposible pensar entonces que las señoritas pudieran desempeñar tareas excepto las de maestra de escuela,

que requirieran un esfuerzo intelectual. Hoy hay varias centenas de distinguidas señoritas que trabajan inteligentemente en Oficinas públicas y privadas, y ganan su sustento y el de sus familias con honorabilidad y corrección.

Y en cuanto a valor en ellas para hacer sus estudios, me permitiréis que cite un hecho que revela que no ceden un punto a los hombres en materia de energía.

Hace algunos años, aunque ya había unas pocas señoritas empleadas en fábricas y en almacenes, no había ninguna que trabajara como contabilista. Un grupo de cuatro señoritas a quienes indiqué aquel campo de trabajo como propio para ellas, me pidió las admitiera en la clase de Teneduría de Libros que se dictaba en mi Colegio. Accedí gustoso a su plausible deseo. Aquellas cuatro señoritas llegaban reunidas, a las 6 de la mañana para asistir a la clase, en la que había 63 alumnos, muchos de ellos mayores de edad. Las nuevas alumnas no faltaron un día a la clase, ni se retardaron un minuto.

Terminado el estudio y verificado el examen teórico, práctico de toda la clase, durante varios días, en presencia de respetables comerciantes, hubo 67 sobresalientes! Pocos días después todas aquellas valerosas niñas fueron colocadas en casas bancarias de primera clase, donde todavía prestan sus servicios con inteligencia y probidad.

Ahora, si de los millares de estudiantes que más o menos ávidos de ciencia buscan el saber en las Universidades y Colegios, pasamos a la numerosa y brillante juventud que actúa hoy en los diversos campos de la actividad humana, reconoceremos que ella desempeña con lucimiento la parte de labor que le corresponde en la vida colectiva; en la prensa, en la tribuna parlamentaria, en el foro, en la medicina, en ingeniería, en las Academias Científicas, en los puestos administrativos y en los diplomáticos, en la poesía y en las artes, multitud de inteligencias de que debemos enorgullecernos; al talento y al estudio unen en lo general acrisolada honradez y acendrado patriotismo; en el comercio, en la banca, en la agricultura, en la naciente industria fabril, en donde se requiere el trabajo intenso e inteligente, se encuentra hoy más numerosa y mejor preparada que nunca una pléyade de jó-

venes que laboran sin tregua en pro de los grandes intereses de la Patria.

En muchas ocasiones, en la soledad y el silencio de humilde albergue, rodeado de escaseces y privaciones, se encuentra el joven, sabio en potencia, que busca la verdad científica, escudriña la luz en la noche de los tiempos, y busca con sereno y persistente afán la fórmula para aliviar los dolores de la humanidad.

Si para espíritus pesimistas, o enamorados del pasado, aparecen aquellos como carentes de algunas condiciones; es sólo porque el mismo anhelo por el engrandecimiento de la Patria les hace creer que falta a aquella juventud la prudencia y la experiencia que dan los años, como a los vinos frescos les falta el "bouquet" que les da el tiempo. Error intenso, crasísimo. La prudencia es una virtud, pero hay ocasiones en que es mayor virtud no tenerla; y el calor, la sinceridad, y la energía de la aurora de la vida que son avasalladora y necesaria fuerza, se albergan por excepción en los individuos que están ya en la tarde de la existencia!

Podría citaros centenas y millares de aquellos caracteres; pero vosotros y nuestros compatriotas, conocéis, a muchos de ellos; y el temor de cometer criminal olvido, hace que me abstenga de nombrarlos. Pero ojead la prensa y la bibliografía nacionales de seis o más lustros atrás, contemplad las obras de arte ejecutadas hace treinta años, y comparad la una y las otras con la hoja periódica y con el libro de hoy, con la poesía, la pintura, la arquitectura, actuales, leed con cuidadoso interés las decisiones judiciales y los trabajos parlamentarios de cuarenta años atrás, y la sorprendente diferencia, favorable a estos tiempos tan duramente juzgados, os harán reconocer la verdad de la tesis que defiendo.

***

> "La capacidad intelectual de los colombianos, no es inferior en igualdad de circunstancias, a la de los pueblos de la mayor parte de las naciones más adelantadas del antiguo y del nuevo continente".

Es posible que para muchos de los que me honran

oyéndome en estos momentos, sea esta tesis fruto de palmaria degeneración o de efectiva inconsciencia. Bien puede ser que ellos tengan razón. Pero para mí es una convicción formada por detenido estudio en el terreno, como diría un técnico. No es ahora cuando emito por primera vez esta idea. Hace diez años la enuncié en las fiestas del centenario en algunas palabras que hube de pronunciar en uno de los actos públicos con que celebrámos aquella efeméride.

Escuchadme unos instantes y juzgad después la sin razón o el fundamento de mi juicio.

En mi larga, trabajada y trabajosa existencia, he tenido ocasiones, hijas de la necesidad, las más veces, de conocer y tratar bien de cerca a muchos individuos de diversas nacionalidades y de varias profesiones y condiciones.

Los colombianos que han estudiado y estudian en colegios extranjeros, saben por propia experiencia, que en las agrupaciones de alumnos de un grado semejante de conocimientos, los estudiantes colombianos, cuando ya poseen el idioma del país, sobresalen entre sus compañeros en todos sus estudios y los adelantan. Pueden éstos, sobre todo si son sajones, tener más perseverancia para estudiar, pero no poseen jamás aquella rapidez de percepción que hace que el colombiano comprenda instantáneamente un cúmulo de ideas, las analice, se las asimile y se le presenten a la mente como viejo patrimonio intelectual, y comience a hacer deducciones que lo llevan tan lejos o más lejos que los que se las trasmitían.

Esto que sucede a diario en los Colegios de Europa, y Norteamérica y de que tengo multitud de comprobantes probatorios sucede aún en la edad madura.

Hace más de 25 años comenzaron a llegar a esta capital los primeros jóvenes médicos que estudiaron y aprendieron la ciencia de la vida de los infinitamente pequeños.

Los descubrimientos del sabio Pasteur, que habían sido vislumbrados mucho tiempo antes por el colombiano doctor Sanmiguel, comenzaron a invadir los cerebros de los jóvenes colombianos que estudiaban en Europa.

Un distinguido e inteligente Profesor de edad bastante avanzada, ignoraba por completo aquellas trascen-

dentales investigaciones. Tenía a su cargo un interesante enfermo; provocó una consulta de facultativos, entre ellos designó el sabio y nunca bien lamentado doctor Juan E. Manrique. Reunidos los Profesores, el anciano médico indicó que hablaran primero los jóvenes. El doctor Manrique expresó su opinión, hizo referencia a las investigaciones y descubrimientos modernos. Cuando los otros Profesores hubieron terminado sus exposiciones, el anciano hizo la suya en extremo luminosa, hasta el punto de que hacía creer que hubiera estudiado tan profundamente como los médicos jóvenes. Le bastó la exposición de parte de las doctrinas modernas, para comprenderlas, aplicarlas y aún ampliarlas!

Hace cuarenta y cinco años no se hacía entre nosotros, trabajos en piedra, de importancia y de gusto; vino un mediano escultor y en breve tiempo formó canteros de primera clase. Muchachos de cortad edad hacen hermosas labores de piedra, que admiran todos los extranjeros que nos visitan.

El trabajo en mármol era poco menos que desconocido entre nosotros hasta hace poco; un inteligente italiano ha formado en muy corto tiempo, numerosos y aceptables artistas.

Nuestros carpinteros no podían hacer los trabajos de enchapados de madera antes de que se introdujeran, como acaba de hacerse, máquinas para aserrar en muy delgadas láminas, las maderas finas, pero ejecutaban y ejecutan con perfección cualquiera obra con sólo que les presente un dibujo. Los trabajos de ebanistería llaman la atención de cuantos los conocen.

El calzado y las obras de talabartería que se hacen entre nosotros, de las calidades que conocen nuestros artesanos, rivalizan con las obras de calidades semejantes de origen europeo. Recientes pequeños obsequios de calzado enviados a Bremen, han impresionado muy favorablemente a los obsequiados.

Los trabajos en plata son admirados por todos los conocedores en asunto de arte. Un distinguido Agente Diplomático hizo esfuerzos por llevar un obrero a una República de Sur América.

Nuestros albañiles, sin más instrucción que la defi-

ciente de nuestras escuelas públicas, se hacen fácilmente maestros constructores. Esta capital posee bellísimos edificios planeados y dirigidos por artesanos arquitectos que no tuvieron casi estudio alguno.

Las obras en hierro del Palacio de la Carrera y del Capitolio Nacional llaman la atención de los extranjeros conocedores en esta clase de trabajos, que han venido al país, y muchos de ellos dudaron de que nuestros herreros tuvieran capacidad para ejecutarlos.

Los jóvenes y los obreros empleados por la Compañía de Energía Eléctrica y por la de Teléfonos, sin conocimientos científicos casi la totalidad de ellos, aprendieron con increíble rapidez el modo de hacer los trabajos y el manejo de los aparatos que en ellos se emplean.

La inventiva en la mecánica llama la atención de cuantos dirigen trabajos de esta clase.

Los obreros ayudantes de los ingenieros constructores de tranvías y ferrocarriles ejecutaban con admirable precisión y prontitud, los trabajos de enrielado, cambiavías, etc., etc.

Los choferes y motoristas adquieren en muy pocos días la habilidad necesaria en el manejo de los aparatos. Para todos los oficios es preciso emplear en otros países obreros de instrucción igual o superior a los nuéstros.

Los fogoneros de locomotoras y máquinas de vapor se hacen aquí maquinistas en breve espacio, con sólo verlas manejar durante algún tiempo.

Se puede asegurar que nuestros obreros no necesitan sino ver los modelos para imitarlos, y ver trabajos nuevos para aprenderlos con bastante perfección.

El General Montero, Jefe de la última Misión Militar chilena, me dijo en varias ocasiones que los conscriptos colombianos aprendían su servicio militar en un tiempo mucho menor que el que requerían los soldados chilenos.

Y en fin, el peón inferior, el peón de barra y azada, es entre nosotros por lo menos igual al peón de su clase en Europa.

Los braceros de los muelles de Hamburgo, El Havre y St. Nazaire, de Liverpool y Grimsby; los peones trabajadores inferiores de las fincas agrícolas de Europa, no pue-

den compararse con los nuéstros de las mismas condiciones.

Si todo es así como yo creo que lo es; si nuestros hombres de estudio y de trabajo de todas las capas sociales tienen inteligencia clara y despierta; si en muchas ocupaciones trabajan como los europeos; si sin los múltiples elementos que poseen éstos producen frutos de inteligencia y de obras materiales que satisfacen la necesidad más exigente, tenemos que concluír que la capacidad intelectual de los colombianos, si no es superior, es igual a la de los pueblos de otras razas, de otras zonas de una civilización más adelantada.

Pronto hablaré de los vicios que tenemos, de los defectos que nos acompañan, de los males que nos amenazan y también de los medios de prevenirlos y corregirlos.

---

Sí ha disminuído en la mayoría de los jóvenes que se educan el entusiasmo por el estudio; pero esta disminución no es síntoma de decadencia intelectual de la raza, sino resultado de la errónea y vieja y sostenida dirección superior del ramo de Instrucción Pública por todos los períodos de ella y en deficiencias que no son irremediables.

Este sí es un gravísimo mál que está invadiendo a toda la juventud, haciendo que en lo general se prepare pésimamente para efectuar estudios superior, primero, y para librar la lucha por la vida más tarde.

La falta de entusiasmo por el estudio en las Facultades Superiores es efecto y causa de desmoralización, y ésta ocasiona también el decaimiento del entusiasmo; la una y la otra son como dos espejos ustorios enfrentados que se transmiten recíprocamente los rayos destructores de la sana energía.

Este descenso del entusiasmo que en otros tiempos sobresalía en las escuelas, colegios y universidades, que era un saludable y noble estímulo cuyos benéficos resultados aprovechaban a los individuos, a la sociedad, y a la patria, comenzó hace algo más de treinta años, y crece en inquietantes proporciones.

No es, a mi juicio, efecto de la degeneración de la raza, sino resultado de múltiples factores que obran de con-

suno y que matan toda noble iniciativa, alientan la indiferencia y fomentan la corrupción social.

Esos múltiples factores son, en mi opinión, los gobiernos, los dirigentes de la instrucción pública, y la pobreza. Todas estas causas son eliminables si gobernantes y gobernados concurriéramos con calor y buena voluntad a su extinción.

Veamos lo que sucede hace muchos años en la instrucción pública en sus diversas fases.

Los directores de escuelas primarias, que eran hasta hace seis lustros numerosos, competentes y amantes de su profesión, han desaparecido casi por completo del escenario de la instrucción; primero los gobiernos los alejaron porque los intereses partidaristas exigían la supresión de unos y la aparición de otros. Estos, sin preparación adecuada para desempeñar cumplidamente las funciones de su magisterio, enseñaron mal, educaron peor, y los niños de entonces, hombres hoy, crecieron y viven dominados por la indiferencia por la educación y saturados de hostilidad a los laborados de otros tiempos. Los seminarios de maestros se resintieron del mismo mál; los institutores que de ellos salieron fueron al teatro de sus labores con idéntica deficiente preparación, con la misma apatía por la instrucción y con los mismos antipatrióticos prejuicios.

Inútilmente se ha clamado en la prensa y en las legislaturas que se corrija este nocivo germen, fundando Escuelas Normales merecedoras de este nombre, dirigidas por profesores competentes, que vengan como en 1872 a implantar los métodos y sistemas modernos, a modelar los institutores de las nuevas generaciones.

Los gobiernos han atendido el clamor público dictando leyes para satisfacer aquellos anhelos, pero han permanecido totalmente sordos para ponerlos en ejecución.

Así la mayor parte de las escuelas primarias carecen de directores competentes, muchas se hallan peor que acéfalas por la incompetencia e incomprensión de sus directores.

Agréguese a este conjunto de males el hecho de que aquellos servidores se les paga siempre mal y tarde, lo cual hace que los que se consideran aptos para otros trabajos abandonan la escuela en busca de una ocupación que

les dé una remuneración que, aunque modesta, sea de oportuno pago.

Imaginad la situación de un institutor que consagra ocho horas diarias al desempeño de sus obligaciones, con una remuneración que alcanza apenas a ser una ración de hambre, en lugar extraño; que pasa el mes de trabajo y no recibe su sueldo; que pasan días, semanas, meses durante los cuales tiene que vivir, pero durante los cuales no recibe un centavo. La necesidad lo obliga a vender sus acreencias con un diez o un veinte por ciento de descuento; su remuneración, que inicialmente era escasa, queda más reducida. Desgraciadamente quienes, pobres o ricos, han vivido siempre convenientemente alimentados, no comprenden, por muchos esfuerzos mentales que hagan, lo que se sufre por el hambre; lo que humilla alternar con el usurero para venderle una orden; lo que incapacita ese estado moral y físico para el trabajo. De modo que el institutor va cada día triste y preocupado a dictar sus lecciones; en vez de contemplar, para resolverlos, los problemas pedagógicos que se le presentan, tiene su pensamiento embargado por la consideración de la mísera suerte que le ha tocado en este valle de lágrimas, y no puede, es imposible que pueda, llenar su misión con el noble entusiasmo que la sociedad espera de él. Cuando ya cree que ha llegado el día de pago de una o dos de las mensualidades atrasadas, lo que lo capacitará para vender otras al usurero, oye de labios del pagador o de su jefe un nuevo aplazamiento fría y severamente comunicado, porque ignoran los que lo prefieren que en muchas ocasiones una hora de nueva tardanza implica el aumento del descuento con que se venda, o la negativa del usurero a comprar y dolores sin cuento qué sufrir.

Esto, que pasa en las capitales de Departamento y de Provincia, es sin embargo color de rosa comparado con lo que sucede en los pueblos pequeños y en las aldeas.

La población campesina, que es la más numerosa del país, se encuentra todavía en peores condiciones. A los maestros de escuelas rurales se les asignan en muchas ocasiones un sueldo igual al de una mala sirvienta de la ciudad vecina, generalmente tiene a su cargo una escuela alternada para niños y niñas; el número de alumnos es siempre crecido. Aquellas maestras viven una vida más

que miserable; a grandes distancias de centros poblados, en locales algo más que antihigiénicos, y en esas condiciones, transmiten necesaria e involuntariamente su tristeza y aflicción a sus discípulos.

Los habitantes en aquellas humildes poblaciones carecen de todo lo necesario para la existencia. Viven, sobre todo en Boyacá y Cundinamarca, en chozas inmundas por cuyas cubiertas pajizas pasa la lluvia y el sereno; con pavimentos de tierra pisada, cercanas a una zanja de agua estancada, de la cual hacen uso las más veces para alimentarse, con los hijos desnudos; los pobres jefes de aquellos hogares no tienen otro oasis en su desierto que la taberna cercana, donde el licor y el juego agotan sus escasas energías físicas y consumen su mísero salario. Los hijos van a la lejana escuela, hambreados casi siempre, a formar con su suciedad e ignorancia la única sociedad de la infeliz maestra de escuela.

Qué instrucción útil y provechosa podrá darse en aquellas condiciones? Qué aliciente podrá tener aquella pobre maestra para enseñar con entusiasmo y para transmitir alegría? Y aquellos pobladores se levantan así, con el alma saturada de ignorada amargura, hasta que la fuerza de sus brazos les permite tomar la azada, el arado y repetir el celo que recorrieron sus progenitores.

Será posible que de aquellos antros salgan hombres vigorosos, alegres y entusiastas?

Muchos hombres notables hoy, hicieron sus estudios años atrás en las secciones superiores de las escuelas primarias.

Hoy, inteligencias que pudieran ser útiles a la patria, perecen en las escuelas urbanas y rurales porque no hay en ellas quienes las adivinen y comprendan, ni quienes las apoyen ni estimulen.

Por otra parte, hojead la estadística de la instrucción primaria, y al primer golpe de vista os herirá el hecho cruel de que en aquella más numerosa población se dedican menos esfuerzos, menos recursos y menos atención que los que se aplican a las comarcas de población densa y urbana.

Las condiciones de la vida de los obreros del campo son algo más que lastimosas.

El Gobierno de 1913 promovió por medio de uno de los Ministros del Despacho la mitigación de aquella situación. En efecto, hubo una Junta de algunos propietarios de la Sabana a quienes se les pidió que mejoraran las habitaciones de sus arrendatarios; que las hicieran algo higiénicas; que les concedieran una parcela de un cuarto de fanegada a cada familia de sus trabajadores para que la cultivaran y aumentaran el fruto de su trabajo con los frutos que les diera aquella pequeñísima porción de terreno. El Gobierno se proponía no sólo el mejoramiento inmediato de la vida de aquellos infelices siervos, sino que también perseguía por ese medio alejarlos de la taberna los domingos, halagados por cultivar el pedacito de tierra aquellos días, con la esposa y los hijitos.

Estudiad el nivel moral e intelectual de aquellas capas sociales, comparadlo con el de las clases superiores, y veréis que un abismo separa a unas de otras. Levantar un poco el nivel en que aquéllos vegetan, para acortar aquella dolorosa diferencia, sería labor humanitaria y patriótica que prepararía hábilmente nuestra población para cumplir sus futuros destinos.

Necesítase pues, con premiosa urgencia, que se organicen las Escuelas Normales, con institutores extranjeros que apliquen los métodos modernos, que levanten el espíritu de los maestros del mañana y les infundan la nobleza de la alta misión que van a cumplir.

Apremia ampliar, extender la instrucción primaria, aunque sea la más elemental, al mayor número de pobladores, por medio de maestros más idóneos y bien remunerados, por medio de escuelas más numerosas, y de limitado número de alumnos, por medio de higienización que comprenda siquiera la de los locales y la de salud actual de los niños.

Sumas más o menos importantes se invierten por los gobiernos anualmente en la enseñanza secundaria, pero sin que ellos tomen parte alguna en su mejoramiento; le dan solamente el rumbo inicial que conduce a sostener intereses distintos de los grandes intereses de la patria, sin preocuparse de modificar los métodos de enseñanza, ni de proveer a los establecimientos de los elementos necesarios para que el aprendizaje sea fácil y eficaz.

No es solamente que textos y métodos, abandonados

ya por la pedagogía moderna, se conserven en aquellos establecimientos; es que en muchos de ellos se conceden con nociva y trascendental facilidad, certificados de aprovechamiento que habilitan a los jóvenes para seguir estudios superiores sin haber adquirido la indispensable preparación.

Y al propio tiempo que proceden de esa manera en los establecimientos que costea el Estado, se subvenciona y apoya otros muchos de carácter privado, les otorgan la facultad de conceder certificados de idoneidad y diplomas de bachiller. Muchos de éstos han convertido esta privilegiada facultad, que debiera ser poderoso estímulo para mejorar la instrucción que en ellos se da, en fuente inmoral de recursos para sus Directores y en mortal veneno para toda la juventud.

Veamos los defectos de este proceder: jóvenes que poseen intensas facultades intelectuales, que se sienten animados y dispuestos a escalar grada a grada la cima de sus estudios profesionales, se ven acompañados por camaradas ininteligentes y perezosos, que mediante el pago de unas cuantas monedas, o la intriga, o la lisonja, obtienen en pocos días certificados de aptitud que han costado a los primeros serios y detenidos esfuerzos, cuantiosos gastos y, precioso tiempo; se ven en horrible dilema: o perseveran en sus primitivos propósitos y continúan poniendo fundamentos sólidos a sus estudios, quedándose atrás de audaces indolentes, o deciden tomar el mismo corruptor camino, para conquistar pronto el ansiado cartón, principal, si no único objetivo, de numerosos jóvenes.

Dado aquel paso, que ha hecho decir a nuestro genial institutor y poeta Roberto Mac-Douall, que la instrucción se ha vuelto entre nosotros asunto de encuadernación, van a las Escuelas Profesionales, grupos de alumnos no mal preparados, sino impreparados, a ser el tormento de los profesores, el descrédito de los estudios superiores, la rémora perturbadora de los condiscípulos dignos y honrados y el virus corrosivo de la moral de la juventud.

El mál no se detiene allí en sus funestos efectos; los jóvenes que por aquellos medios llegan a recibir el doctorado, pretenden continuar, y continúan si pueden hacerlo, por la senda de criminal engaño y llevan a la parte

más noble de la sociedad por la farsa y la mentira, ya no para conseguir un título académico, sino para conseguir riquezas. No hay entonces valla que les detenga, ni escrúpulos que acorten su paso, todo medio les parece aceptable desde el engaño hasta el peculado; dan lugar de esta manera a que se forme esa atmósfera de desconfianzas y suspicacias que paralizan la acción de los hombres sanos y envenenan la existencia de los que escudados en su conciencia trabajan honradamente por el bién común. Aquella atmósfera y aquella audacia envuelven el mundo social y la vida se hace invivible, de ahí ese justísimo clamor que hoy atribuye, talvez por compasivo decoro, a degeneración de raza, lo que es corrupción de una parte de la sociedad.

Cuán diferente es el modo de proceder de otros muchos. No exagero al asegurar que no hay semana que no acudan a las puertas de las direcciones de Colegios, jóvenes de extremada pobreza y de nobles aspiraciones, a solicitar un puesto en las aulas, una rendija por donde penetrar al templo de la enseñanza, ofreciendo en cambio labor permanente, consagración al estudio, prestación de humildes servicios domésticos, y cuando se les concede débil apoyo, se les encuentra el germen de grandes virtudes, la inspiración de nobles ideales, la embriaguez de quiméricos ensueños. Estos luchan, luchan a brazo partido, avanzan en el camino que eligieron hasta que llegan a saber de los caminos de la intriga y del dinero, y agobiados por las dificultades ceden algunos de ellos a la fatal seducción y acrecientan el número de los contaminados.

Ya en las Escuelas Superiores los impreparados forman legión al lado de los dignos. Los primeros al ver que en aquel campo es mucho más difícil realizar su intento, se desalientan, abaten y decepcionan y los dignos y meritorios al verse barajados con aquellos compañeros cuyos antecedentes conocen, experimentan el desencanto de sus esfuerzos por que ven que aquéllos consiguen talvez por compasiva atención, lo que a ellos cuesta insomnios y fatigas.

Cómo no ha de crecer el desaliento? Cómo no ha de decaer el entusiasmo por el estudio?

Más tarde, cuando ya van a retirarse de los sagrados

claustros, renace la penosa comparación; el intrigante del Colegio de segunda enseñanza, prosigue el camino por él conocido y solicita y muchas veces halla el empleo remunerado que servirá de primer peldaño para la ascensión con que sueña!

Cuál es la causa originaria de esta vía que lleva al desencanto a la juventud laboriosa y a la patirótica inquietud a los hombres que se preocupan como el insigne profesor doctor Jiménez López por el porvenir de Colombia?

La pasión sectaria comenzó la obra de descrédito de los ideales, y luego paso a paso vino la ausencia o mejor el eclipse de la conciencia profesional. Los dirigentes en muchos casos, y los dirigidos también en otros, han descuidado la honradez en el cumplimiento de sus deberes, se ha olvidado aquel celo con que nuestros hombres desempeñaban las funciones que les estaban encomendadas, fueran públicas o privadas, remuneradas o gratuitas.

Muchos considerando aquellas funciones como inferiores a sus méritos y capacidades las miran con glacial indiferencia; otros, sabiendo que la Sociedad estima en poco, o poco reconoce los esfuerzos persistentes para cumplir los deberes, llegan a dedicar a su cometido el mínimum de esfuerzo en cambio del máximum de provecho, y este ejemplo obra sobre el cuerpo social a semejanza de una gran esponja empapada de un líquido ponzoñoso que se exprimiera en la parte superior de un cuerpo poroso.

Pero este mál puede corregirse con sólo una dosis de buena voluntad que llevarán los de arriba y los de abajo al correcto y fiel desempeño de sus obligaciones.

Al efecto debe considerarse que el mayor número de los jóvenes que llegan a los colegios de enseñanza secundaria, públicos y privados, no ingresan en ellos con propósitos de coronar una carrera profesional. La escasez de recursos de sus padres, la necesidad de ayudar a estos en sus labores, hacen que muchos jóvenes estudien sólo por uno, dos o tres años.

El número de estos jóvenes se aumenta con el de aquellos que en el curso de sus estudios se ven obligados a suspenderlos por desgracias domésticas, por contratiempos en los negocios de la familia, por la suspensión accidental del apoyo moral o material que los sostenía.

Otros aspiran solamente a adquirir una instrucción general que no abarca el pensum de ninguno de los bachilleratos que se hacen en aquellos colegios.

Como todas estas aspiraciones son legítimas y laudables, y como la realización de todas ellas contribuirá poderosamente a levantar el nivel moral de la sociedad, el Gobierno podría establecer una clasificación en los estudios de literatura que las comprendiera en la forma siguiente:

Los estudios de literatura de los que constituyen los dos primeros años, que comprenden las materias más necesarias para el hombre de trabajo.

Establecer el pénsum de un Bachillerato que pudiéramos llamar de educación nacional, en el cual estuvieran comprendidas todas las enseñanzas de Literatura, excepto aquellas que son sólo indispensables para determinados estudios profesionales.

Fijar las materias de Literatura que deben estudiarse para cursar en la Facultad de Medicina y para cada una de las que han de curarse en las demás Facultades Universitarias.

Conceder al Consejo Directivo de cada Facultad el derecho de exigir dentro de los tres primeros meses de cada año escolar, a los alumnos que un Profesor juzgare mal preparados, un examen de revisión en el cual figurará como calificador el Profesor que diera el aviso al Rector. Si del severo examen de revisión que se practicara, resultare confirmado el juicio del Profesor, retirar al alumno tachado hasta que compruebe haber hecho satisfactoriamente los estudios previos que le faltaren.

Exigir de los Colegios de segunda enseñanza a los cuales se les haya concedido facultad de expedir certificados de Bachilleratos, requisitos que comprueben suficientemente que los estudios se hacen en aquellos planteles con la seriedad en la extensión que se requieren para cada Bachillerato.

Si en el curso de cada año escolar fueren revisados y aplazados un número no menor de seis en un mismo plantel, debe retirársele la facultad de expedir certificados de cursos ganados y diplomas de Bachilleres.

Los gastos que demandan todas estas diligencias deben ser costeados la mitad por el Gobierno y la mitad por

el alumno interesado.

Pasada así una rápida revista a los vicios que existen en muchos casos en la educación secundaria, veamos algo de lo que pasa en lo profesional.

El mismo marasmo de que acabo de hablar, originados las más veces por las mismas causas, invade a muchos de los dirigentes y colaboradores de las Escuelas profesionales.

De algunos años a esta parte se ve que las Facultades Superiores comienzan demasiado tarde sus tareas escolares; a fines de febrero, en marzo y aún en abril. Esto ocasiona muchos perjuicios a la enseñanza en general y a los educandos en particular. Si se deducen de los diez meses que forman el año escolar uno o dos meses al principio del año, el mes de exámenes al finalizarlo y las vacaciones de Semana Santa, de mediados de año, etc., y las faltas accidentales de los Profesores, queda reducido el tiempo a un número de días útiles insuficientes para hacer el estudio de algunas materias, si no el de todas, con el detenimiento y profundidad que se requieren para obtener un provechoso resultado; de ese error nace la necesidad del estudio fatigante a mediados del año, con tareas demasiado extensas, al propio tiempo que las conferencias y explicaciones de los profesores, tienen que ser condensadas y, probablemente, deficientes.

Para la mayoría de los alumnos, aparte del mál apuntado, que se traduce en exceso de fatiga, y falta de tiempo para asimilar bien los conocimientos, hay el perjuicio muy notable de permanecer tres o cuatro meses consecutivos en inacción intelectual.

Los dos meses de descanso son necesarísimos y suficientes para Profesores y alumnos. Pocos son los jóvenes que durante el mayor tiempo de reposo se dedican a repasar los estudios hechos, a practicarlos, o a iniciar por su propia cuenta los estudios que les siguen en turno. No pueden tampoco conseguir finalmente una ocupación lucrativa por tan poco tiempo, y lo que sucede las más de las veces es que se distraen demasiado, se disipan, se dejan invadir por la indolencia, o adquieren vicios o relaciones funestas, que intranquilizarán su espíritu cuando principien las nuevas tareas.

Para corregir los males que apunto, no se necesita

sino buena voluntad de parte del Ministerio de Instrucción Pública, de los Rectores de las Facultades y de los Profesores. Sólo se requiere que la conciencia profesional no se eclipse y que el cumplimiento del deber sea una verdadera religión.

Para coronar una carrera profesional se necesita a más de un perseverante esfuerzo, sostenido durante muchos años, recursos pecuniarios para vivir durante aquel largo tiempo, recursos de que la gran mayoría carece, porque siendo como somos un pueblo paupérrimo, el estudio durante diez o doce años es una capitalización de tiempo y dinero que no a todos es fácil realizar. Los sacrificios que hacen la mayor parte de las familias para sostener sus hijos en la Universidad son valiosísimos; por eso los vemos frecuentemente buscando un empleo que les produzca la pensión alimenticia, haciendo trabajos en oficinas públicas o privadas con cuya remuneración pueden aliviar a sus padres, quienes muchas veces se ven obligados a cortarles sus estudios por la imposibilidad para sostenerlos; y otras también se ven jóvenes virtuosos y valientes que sufren grandes escaseces e intensas privaciones que no sospecha siquiera la sociedad. Este mál que es una verdadera desgracia, que yo conozco de cerca y veo todos los días, no se corregirá sino cuando el país se enriquezca por medio de las vías de comunicación rápidas y baratas de que tanto carecemos. Pero puede aliviarse un tanto con algunas medidas provechosas para la enseñanza y para la Sociedad.

A principios del último cuarto del siglo pasado, un Representante por el E. S. de Cundinamarca, presentó a la Cámara con aplauso del Consejo Académico que entonces existía, un proyecto de ley en virtud del cual se subdividían los estudios profesionales de manera que en tiempo relativamente corto pudieran los jóvenes proveerse de algunas armas para la lucha por la vida, y pudieran conseguir elementos para nuevas jornadas del estudio de la profesión final. En aquel proyecto, que llegó a ser la Ley 23 de 1884, pero que no se ha aplicado, se dispuso que la Universidad Nacional pudiera conceder los siguientes títulos: Bachiller, Doctor en Ciencias Políticas, en Jurisprudencia, Naturalista, Agricultor, Veterina-

rio, Médico, Cirujano, Farmaceuta, Partero, Dentista, Ingeniero, Agrimensor, Arquitecto, Ingeniero Industrial, Ingeniero de Minas.

Llevada a la práctica esta disposición, que hoy debiera ampliarse, jóvenes que carecen de recursos podrían coronar una carrera lucrativa en corto tiempo, o podrían coronar la carrera general de sus aficiones, dividiéndola en varias etapas cada una de las cuales ayudaría a la precedente.

Para llenar todas estas necesidades y otras muchas, que generalmente son desconocidas, y para dar a la Universidad Nacional la respetabilidad unitaria que requiere, precisa de un modo apremiante que ella sea un Centro autónomo, en el cual sus Rectores y Profesores y alumnos, naturales conocedores de las deficiencias de que adolece, y que están en contacto más inmediato con los progresos científicos, sean los que fijen y determinen los rumbos de sus enseñanzas, la extensión de éstas, las divisiones de ellas, los deberes y derechos de Profesores y alumnos.

Se ha dicho y repetido con mucha frecuencia que las generaciones que precedieron y la que ya pronto desaparece, descuidaron la educación profesional, se limitaron a formar médicos y abogados y no educaron técnicos de ninguna clase, de los cuales carece hoy el país y que le serían de prodigiosa utilidad.

Los pueblos amoldan la instrucción que dan a la juventud, a los ideales que persiguen, y sobre todo a las necesidades que los asedian. En el siglo que llevamos de existencia independiente, nuestros padres aplicaron sus energías a la conquista de las libertades públicas; ese era el ideal perseguido, y para realizarlos se formaban paladines para el estadio de la prensa, para el parlamento y para la lucha armada. Las necesidades de la vida requerían médicos para aliviar las dolencias físicas, sacerdotes para calmar las inquietudes del espíritu, abogados para dilucidar los derechos individuales, civiles y políticos, y uno que otro ingeniero para atender al lento progreso material que podía desarrollarse en aquellas circunstancias. La educación de la juventud obedeció a aquellos ideales y a aquellas necesidades.

Fundada la paz estable hace apenas 11 años por el consentimiento tácito y expreso de todos los partidos, han surguido para nuestra Patria otros ideales y otras necesidades y la educación ha principiado a encaminarse por otros rumbos.

Es preciso recordar cuál era nuestra situación industrial hace 25 años. Entonces el que se hubiera dedicado a estudiar comercio, por ejemplo, se habría hallado al terminar sus estudios, incapacitado para ganarse con su profesión el pan de un día. Los comerciantes que existían en el país, con rarísimas excepciones, no tenían jamás empleados de ninguna clase. Cada comerciante era su propio tenedor de libros, su corresponsal, y su empleado de mostrador; cuando tenía un hijo de catorce a diez y seis años, lo llevaba al almacén; de modo que conseguir trabajo remunerado o nó, en el comercio habría sido un imposible.

En la misma época apenas si se conocían en las casas de unos pocos ricos los timbres eléctricos, el aldabón de la puerta y los gritos eran los únicos medios de llamar de fuéra de las habitaciones o dentro de ellas.

El joven que hubiera sido electricista tampoco habría ganado con su profesión con qué sostenerse un día.

El hacendado limitaba sus labores agrícolas a muy reducida porción de su propiedad y temía más obtener una buena cosecha que una mala. Cuando la cosecha era buena, le ocasionaba grandes pérdidas porque no había mercado para sus productos, el costo de recolección y el de trasporte eran mayores. El ingeniero agrónomo que hubiera salido entonces de una Escuela de Agronomía, no habría tenido ocupación alguna.

La causa fundamental de los vicios y defectos de que adolecemos y de los vacíos que nos rodean en nuestra vida colectiva, es que somos un pueblo paupérrimo que carece del elemento capital para explotar sus ingentes riquezas naturales.

Nuestra juventud y nuestro pueblo, ya lo hemos dicho, son inteligentes y enérgicos para el trabajo. Con el mismo denuedo con que durante la guerra magna y en nuestras contiendas civiles se lanzaron a ofrendar su sangre y su vida en holocausto a sus ideales, fueron a las pla-

yas del Magdalena a sembrar, cosechar y exportar la valiosa hoja del tabaco; más tarde penetraron en las vírgenes selvas del territorio nacional a arrancar la preciosa corteza del árbol de la quina; a los climas deletéreos a sembrar y preparar el añil, y últimamente a descuajar montañas para sembrar el rico grano que constituye hoy la principal riqueza del país.

Pero el tabaco, la quina y el añil, por causas que no es la ocasión de estudiar, perdieron su valor comercial, y quedó sólo el cultivo del café como fuente de riqueza. Mas el precioso grano requiere, a más de valerosa energía que existe en grado superior, y de dinero que muy pocos poseen, y a muy pocos es dado obtener para trabajar, vivir y esperar la producción del codiciado fruto. De estos últimos vemos con placer que muchos conquistaron ya el anhelado fin, y que otros tántos están ya en camino de conquistarlo. No sucedía lo mismo con la quina; no requiriéndose largos años para llegar a los sitios poblados por el árbol deseado, era más hacedero conseguir la pequeña cantidad necesaria para atender a la vida material por el corto tiempo que se requería para recoger la corteza y enviarla al puerto más cercano a los negociantes en el artículo, que habían hecho el anticipo al audaz quinero.

Se dice, y es verdad, que tenemos inmensas extensiones de terrenos baldíos, propios para diversos cultivos, con cuyo producto podrían enriquecerse los que lo emprendieran. Pero con ellos sucede lo que dejo dicho respecto del café; el joven laborioso, frugal, enérgico y denodado no puede ir a arar con las manos el fecundo suelo, ni puede conseguir con qué alimentarse, vestirse y medicinarse mientras limpia los terrenos y la madre tierra le devuelve multiplicado el esperado fruto, y aun conseguido éste, su trasporte costoso e inseguro, levanta un obstáculo ante el cual se estrellan todos los sacrificios.

¿Qué hacer? Es preciso construír vías de comunicación rápidas, seguras y baratas, que permitan a los capitalistas adquirir tierras que hayan de entregar a los brazos inteligentes y robustos que carecen del elemento capital. Pero esos capitalistas no aventuran dineros en aquellas empresas, sino cuando los baratos y cómodos medios de comunicación les permitan visitar frecuentemente sus

fundaciones, trasladar en las mismas condiciones los agentes y trabajadores que requieren, y, a éstos, retirarse de vez en cuando a regiones sanas donde preparar las fuerzas debilitadas por la acción del clima.

El día en que la locomotora penetre a las selvas del Caquetá, del Putumayo, del Meta, del Carare y del Magdalena, y pueda trasportar los elementos de trabajo y producción, a un precio no mayor de tres a cuatro centavos por tonelada kilométrica, y a los pasajeros por uno y medio centavo por kilómetro, veremos poblarse como por encanto las que hoy son mansiones de las fiebres, de las fieras y de la soledad.

En ese día no veremos como se veía hasta hace poco, que el joven médico tenía que principiar a ejercer su noble y costosa profesión, ayudándola con la de boticario, semi-odontólogo, y catedrático de materias de primera enseñanza; ni como se ve hoy, que retarda la coronación de sus prolongados, costosos y profundos estudios, mientras por medio de la practicantía y de recetas a gentes de escasos recursos, le permita poner marco de vida modesta y decorosa al diploma conquistado a través de un camino lleno de privaciones, y fatigas, de luchas y caídas, de esfuerzos y vacilaciones.

Ese día veremos que el abogado no tiene que ocultar su honrosa patente de idoneidad para aceptar un modestísimo y secundario empleo privado, ni tiene que intrigar desde los claustros universitarios para ver de conseguir un empleo oficial, ni tiene que hacerse cargo de pleitos poco honestos que repugnan a su conciencia y carácter; ni tiene qué descuidar sus aficiones especiales en su profesión para hacerse cargo de asuntos extraños a aquella especialización, porque las necesidades del cuerpo y de la decencia le obligan tiránicamente a conquistar el sustento dònde y como pueda obtenerlo. Ese día los jóvenes valerosos que no pudieron seguir sus estudios superiores por una u otra causa, y que son los más numerosos, pero que tienen alguna luz en el cerebro y algo noble en el corazón, no sufrirán el horrible, el incomprendido dolor de solicitar inútilmente de puerta en puerta, de Ministerio en Ministerio, trabajo para su cuerpo, empleo para su tiempo, aliento para su moralidad, que se ve asediada por la

propia necesidad, por las seducciones de los perversos, y por las tentaciones de los necios, y colocado en desesperantes situaciones, de las cuales no puede salvar su integridad moral o parte de ella, sino ejercitando virtudes heroicas de que sólo son capaces ciertos espíritus que hacen el saccrificio de todas las ilusiones de la vida para conservar la facultad de respirar, porque aquellas inmolaciones que permanecen ignoradas, son batallas silenciosas libradas en el corazón y en el cerebro, en las cuales los proyectiles no hieren sino el alma que las soporta.

Ese día el hábil artesano multiplicará su clientela y no verá con pavoroso horror la falta de colocación de sus manufacturas, ni la enfermedad que lo inutiliza temporalmente, ni la suerte de su esposa y de sus hijos amenazada constantemente por la miseria, ni pasará la existencia contemplando con resignación abrumadora, y con sorda envidia cómo tiene encantos para algunos de sus semejantes y sólo privaciones para ellos y los más.

Ese día los trabajadores de las regiones populosas, podrán abandonar transitoriamente el terruño avaro que no le da sino deficiente alimentación y disimulada esclavitud, para trasladarse con facilidad a otras regiones donde el trabajo valga y la virtud se conserve.

Ese día, en fin, cesarán nuestras incruentas pero crueles luchas políticas, que tienen como razón primordial el anhelo de la casilla del presupuesto que permita contar con la seguridad del sustento, y que, para conseguirla o conservarla, apela a todo medio, por inhonesto que sea, porque la necesidad no es cara de hereje lo que tiene, sino rabiosa desesperación que aniquila los gérmenes morales.

Ese día vendrá la anhelada verdad del sufragio y con ella la alternabilidad de los partidos en el Poder, la emulación de ellos para hacer el bién de la Patria y su engrandecimiento. Entonces dejará de tener razón de ser el apóstrofe lanzado por un notable hombre público, desde estrecha prisión, a un jefe adversario, en una de nuestras luchas fratricidas: "Habéis perfeccionado la ley del diente, garganta por ojo y ruina por contribución". Apóstrofe que será sustituído por el reconocimiento de que se Talión exigiendo de vuestros enemigos dentadura por

ha convertido la miseria en abundancia, la tristeza en alegría, la humillación de la Patria en dignidad y respeto.

Para realizar tan hermosa transformación precisa ineludiblemente que tengamos el valor de acometerla. Nuestros padres nos legaron independencia política con el sacrificio de sus vidas, con homéricas hazañas y legándonos con justicia una deuda de dinero que reconocemos gustosos y pagamos regocijados; conquistemos nosotros la independencia económica, la alegría del vivir, el risueño futuro de nuestros descendientes y el merecido y brillante porvenir de nuestra Patria, con nuestra valerosa decisión de alcanzar aquellos bienes, con el inquebrantable propósito de realizarlo dejando a las generaciones del mañana una Patria digna para los extraños, amable para todos los hijos, con una deuda empleada en su engrandecimiento y en la creación de una vida gratamente vivible, deuda económicamente productiva, que será fácil de extinguir.

Endeudémonos en cien o más millones de pesos, atravesemos el territorio nacional con ferrocarriles, saneemos nuestros puertos todos y todas nuestras poblaciones, levantemos el nivel moral, el intelectual y el económico de nuestras masas, acortemos por medio de la instrucción y del trabajo fecundo, esa inmensa distancia que existe entre los seres de fortuna terrenal y la carne de la desnudez, del hambre, de las enfermedades y de la ignorancia.

A los sucesores de la generación que va desapareciendo toca planear e iniciar esa hermosa lucha, a vosotros, jóvenes estudiantes, desarrollarla y conquistar la victoria. Mas para ello tenéis que unir a vuestra clara inteligencia, a vuestra reconocida energía y a vuestras legítimas aspiraciones la inquebrantable decisión de extirpar la cobarde apatía por una parte, desinfectar vuestras almas de la fatal propensión de atribuír siempre y sin estudio sereno y completo, a ilícitos fines, la laudable labor de los que se esfuerzan por salvar al país del estancamiento en que yace. Al lado de esos propósitos ha de preocuparos reacreditar la probidad que poco circula, reconocer la nobleza de la austeridad que muchas veces se menosprecia y

sancionar sin contemplaciones la deslealtad a la Patria y el peculado criminal.

***

Como os dije al principiar estas mal coordinadas ideas, me limitaría, por razones que saltan a la vista, a hablaros de lo que me ha enseñado la experiencia de institutor.

Mal podría por tanto contradecir ni atenuar las graves afirmaciones científicas del ilustre patriota y sabio, iniciador del trascendental certamen a que asistimos. Los hombres de ciencia continuarán el estudio de aquéllas, que ya iniciaron los insignes profesores Bejarano y Escallón, y al terminar tan interesantes estudios, se llegará a conclusiones que todos debemos conocer para ayudar, a medida de nuestras fuerzas, a conjurar el mál que ya nos amenaza. Pero cualquiera que haya de ser ese final resultado,la Patria y el futuro de ella son grandes deudores al sabio doctor Jiménez López, de los grandes bienes que se desprenderán de haber alertado a la sociedad y haber revelado dolencias que pueden y deben curarse oportunamente.

Yo, desde el ocaso de mi vida, divisé con nitidez el orto de un grandioso porvenir de esta tierra que todos amamos.

Yo vislumbro, con irradiante luz que se acerca, la realización de los sueños de los padres de la Patria, y la vislumbro, porque en el mundo de los grandes sentimientos, hay también ondas-magnético-morales que, a semejanza de las hertzianas en el mundo físico, el tiempo y la distancia son sólo la concentración intensa de los grandes y sublimes amores!

# Octava conferencia

LUCAS CABALLERO

Sociólogo

Señor Presidente de la Asamblea, señores:

En la iniciativa que ha tomado la Asamblea de Estudiantes, como vocero de las nuevas generaciones que se aperciben para dirigir a su tiempo el porvenir de la Patria y que comprende las nuevas milicias profesionales que se adiestran para encauzar el movimiento nacional en todo género de actividades, hay algo que propende a dar continuidad a la labor por el bién público de las generaciones sucesivas, y que es como el interrogante de las que vienen a las que pronto habrán de ser reemplazadas sobre las novedades en la perenne guardia de la República, imperativo para todo ciudadano que tenga conciencia de su deber cívico, por humildes que hayan sido sus actuaciones y por deficiente que sea su preparación para dar concepto sobre los grandes problemas nacionales.

El que se ha planteado sobre si la raza degenera o nó, según las soluciones que procuren los estudios que han venido formulándose, implica el ser o no ser de nuestra vida como nación soberana.

En la discusión pública de la cuestión debatida, han sido puestas de relieve, con lujo de talento y de ciencia, pruebas y contrapruebas de orden biológico sobre la extensión de los males que nos aquejan, por los eminentes profesores Jiménez López, Bejarano y Torres; estudios de orden psíquico han sido el tema de las doctas conferencias de los ilustres doctores Araújo y Escallón; un análisis de esas mismas faces del problema, así como uno muy comprensivo del medio físico, de la psicología individual de nuestros distintos componentes y preciosas anotaciones de orden sociológico, fue la materia del goce intelectual que nos procuró él doctor López de Mesa con sus bellas disertaciones sobre los elementos humanos y no humanos con que se cumple la evolución social en Colombia.

Sería una ingenuidad de mi parte el dar juicio sobre

cuestiones médicas extrañas en absoluto al género de estudios que me ha preocupado en la vida. Deben ser, como han sido, técnicos de la más alta competencia los que discutan y decidan si la devastación producida por las enfermedades que atacan a nuestro pueblo conducen a una degeneración colectiva, o sólo son síntoma de una debilidad que puede fortificarse, o tan sólo acusan una patología parcial, transitoria y remediable.

En ese campo tan sólo me cumple anotar la conformidad del concepto de los profesionales sobre la urgencia de una campaña profiláctica, que sea inmediata, que sea completa y que sea enérgica. Pero talvez no sea una intrusión de profano expresar mi confianza en los grandes progresos de la ciencia que van dominando por parejo el elemento humano y el medio físico a donde le toque cumplir sus actividades: lo primero, con los avances de la higiene y de la medicina microbiana que destierran enfermedades como el paludismo, la anemia tropical, enantes conquistadores incontrastables, y lo segundo, o sea la modificación del medio físico, con obras de saneamiento en las ciudades, y en los campos con el drenaje o desecación de pantanos, con regadíos bien encauzados, con el cambio de la dirección de los vientos por desmontes o producción de bosques artificiales, etc.

Merced a ese doble proceso, que es obra tan sólo de dinero, subsisten, crecen y prosperan ciudades tropicales como Río Janeiro, Méjico, la Habana, etc., todas las cuales son urbes que en la zona tropical exhiben la sanidad, el refinamiento y la belleza de los grandes centros del globo. Y no puedo menos de anotar a este respecto dos observaciones del doctor López de Mesa que deben ser materia de una consideración muy meditada: es la primera el crecimiento de la población antioqueña en el siglo corrido desde nuestra independencia que registra desde ochenta mil habitantes en un comienzo hasta millón y medio en el momento actual, prueba de prolificidad y de energía que talvez no tiene par en ninguna otra comarca del globo, y es la segunda, la revaluación que hizo en el examen de conscriptos para el servicio militar de que tipos de talla inferior al patrón consagrado dieron las más altas comprobaciones de vigor y de inteligencia. Hay

por lo tanto lugar a reflexionar si sobre la teoría darwiniana de los más fuertes, preponderan en la lucha por la vida, según la doctrina de Spencer, los más aptos, a menos que se tome, como debe tomarse, la inteligencia por la más poderosa de las fuerzas en el desarrollo social.

La superioridad de una raza, por encima de todo se comprueba, por la aptitud que ella tenga de ir realizando progresivamente el ideal de dar voluntades más enérgicas e inteligencias más luminosas. Los pueblos son en su esencia principios espirituales, y la historia no es otra cosa que el registro de las ideas y de los sentimientos que mueven a esos pueblos.

Para saber si la población total de Colombia muestra signos de progreso o síntomas de decadencia, no basta el estudio biológico, no obstante su importancia indiscutible. Todo problema social, y este es el problema magno y definitivo de nuestra suerte, el que según su solución puede dilatar las aspiraciones nacionales o dar muerte a nuestras esperanzas, comprende además de la faz biológica, una faz psicológica, una faz institucional, una faz económica, una faz ética, etc,. etc.

La verdadera realidad objetiva comprende una variedad de aspectos tan compleja que no es tarea de un solo hombre ni para un solo ramo de ciencia el acopiar los datos y el hacer el análisis de todos los factores del problema. La sociología es la ciencia que sí puede aprovechar todos esos distintos análisis para dar la síntesis general de los diferentes aspectos estudiados en cada una de las respectivas especialidades.

Se necesita conocer una sociedad para transformarla; distinguir la naturaleza de las causas que pueden influir en su desarrollo, su modo de acción y la manera como producen sus efectos para que un plan de reforma social comporte el mecanismo que haya de producir resultados que influyan en su desenvolvimiento y su progreso.

Y el descubrimiento de las causas, que en todo orden de fenómenos presenta serias dificultades, en el campo social es mucho más laborioso y complicado. No basta en él anotar la simple sucesión de hechos que se reproduzcan siempre como antecedentes y consecuentes, y que en el orden físico basta a establecer la ley de causalidad: las

causas en el orden social hacen muchas veces de acciones concomitantes o coexistentes, y en él se observan millares de factores que contribuyen a producir un mismo hecho de modo que no se puede atribuír a uno solo de ellos el que dependa de su acción exclusivamente el avance o el retroceso social.Por otra parte los fenómenos físicos se repiten sin cesar, mientras que los sociales, mucho más complejos, se repiten con menos frecuencia y se prestan a variaciones más completas. De otro lado el progreso no es uno sino múltiple y complejo: el avance intelectual, el mejoramiento del carácter, el de las comodidades materiales, pueden no ir a la par. Un gran avance industrial se ha conseguido en muchos pueblos sin un gran desarrollo intelectual ni artístico, como hasta hace pocas décadas fue el caso en los Estados Unidos; hay muchas veces un gran progreso científico sin que se haya logrado dar estabilidad a las instituciones, de lo cual Francia fue ejemplo en las tres primeras cuartas partes del siglo XIX.

Los estudios que aquí se han hecho de fases distintas de la cuestión que nos preocupa, son de mérito innegable y altísimo. Pero todavía hay campos inexplorados en que la insinuación de ellos por parte de un simple aficionado a los estudios sociales, única aspiración que me compete, puede dar lugar a que los profundicen los maestros que al respecto no son escasos en nuestro ambiente científico.

Me parece que en lo general las fases estudiadas se deben utilizar para comprobar nuestra sociología estática, por cuanto muestran la sociedad colombiana en su estructura; pero en el asunto que se discute, es quizá lo mismo de interesante y de decisivo el examen de las actividades nacionales, los productos alcanzados con el funcionamiento de nuestro organismo colectivo, todo lo cual da el índice de nuestra sociología dinámica para saber si ella acusa avance o decadencia. Mis observaciones van a referirse a la obra del pueblo colombiano en su conjunto, en su desarrollo institucional, en su crecimiento económico, y es sobre los grandes números o sea sobre la masa social que voy a estabecer algunas conclusiones.

Ha observado el doctor López de Mesa, con mucha razón, que en Colombia son varios los troncos étnicos de que procede la población que se halla establecida sobre

su territorio, y que por tanto no se puede asegurar que haya unidad de raza. Tengo para mí que el doctor Jiménez López asiente a ello y que toma convencionalmente la denominación de raza por la población asimilada con una cierta unidad de vida que la historia ha modelado dentro de nuestra unidad geográfica y que ha venido a organizarse como Nación y como Estado.

Propiamente en ningún Estado de los tiempos modernos se encuentra la unidad étnica pura, la cual sólo se observa en pequeñas tribus salvajes. Todas las Naciones de la edad contemporánea son producto de variedades étnicas que el tiempo ha venido cruzando. Los mismos españoles que conquistaron nuestro territorio han sido una amalgama de iberos, celtas, romanos, vascos, godos, alanos, suevos, vándalos, moros, árabes y judíos. La sangre francesa contiene elementos iberos, célticos, francos, borgoñones, normandos, romanos, germanos, como elementos simples, y dentro de esa mixtura, y remontando las edades, se pueden descubrir nuevos componentes.

La obra de una fusión perfecta, o sea de la nacionalización en los Estados, todavía no ha llegado a la unidad en ninguno de la tierra, y ella consiste al presente en la homogeneidad de creencias, de sentimientos y de intereses comunes que la historia viene produciendo merced a las dos grandes fuerzas biológicas de la adaptación y del cruzamiento.

En Colombia la mezcla de sus distintos componentes no ha sido impedida por vallas infranqueables; el crecimiento autógeno ha sido superior en el siglo al que han tenido la mayor parte de las Naciones europeas, y vamos a ver que su compenetración afectiva y espiritual marca grados superiores en su evolución política.

Son las ideas y los sentimientos nacionales los que generan las guerras o las instituciones y bajo las ondulaciones infinitas de los acontecimientos históricos, son las leyes de los sentimientos y de las ideas las causas ocultas, el arma indefectible de los fracasos o de los éxitos.

Las ideas directivas, los sentimientos dominantes, constituyen el carácter. Y el carácter, tanto en individuos como en pueblos, representa la herencia de generaciones sucesivas que se hace todopoderosa en los dominios de lo

inconsciente. Los hijos no sólo proceden de los padres sino de su estirpe,y en los pueblos las generaciones muertas, incomparablemente más numerosas que las vivas, son siempre las que deciden de la conducta de ellos en el presente. El alma de los pueblos, como el alma de los individuos, es la síntesis de todo su pasado, la herencia de todos sus antecesores y el móvil de sus procederes. Por todo ello la constitución mental de un pueblo es tan firme como su estructura anatómica, y así de difícil, si no más, para modificarla prontamente.

Por lo tanto es la psicología colectiva, distinta de la individual, aunque ella sea un producto de las acciones y reacciones que en la mente y en los sentimientos de la comunidad producen las diferencias personales de sus miembros, la piedra de toque en la ciencia social moderna sobre el valor de las razas históricas. Ella suministra el criterio para decidir si una sociedad dada reúne las características de una organización superior o si presenta síntomas de degeneración transitoria o definitiva.

La psicología de los pueblos reconoce y consagra las grandes diferencias en la manera de pensar y de sentir de los individuos que los forman; descubre el que la marcha de la civilización permite que con individuos cada vez más diferentes en cultura intelectual se forman pueblos cada vez más homogéneos, pero extrae y anota las semejanzas fundamentales, los sentimientos comunes que los distinguen unos de otros y que son los que determinan su evolución histórica.

Un pueblo inconsciente de su unidad, inorgánico, sin concierto de acción, no puede sostener un Gobierno constitucional ni menos puede practicar el Gobierno del pueblo por sí mismo, ya sea en forma directa o en forma representativa. Las instituciones no se introducen ni se escogen, y sobre todo no pueden conservarse sino cuando la mente nacional y los sentimientos comunes permiten su adaptación y su viabilidad. Aplicad el régimen de la República a Persia y con nombre de Presidente tendréis al poco tiempo un tirano. En la misma historia de Francia encontramos que hace un siglo surgió la República y que días después las dinastías de la sangre fueron reemplazadas por las de un conquistador. En Inglaterra, bajo el

nombre de monarquía se practican instituciones las más democráticas del mundo.

Las instituciones, el Gobierno, la literatura, el arte, la religión, arraigan en condiciones del espíritu dominante en las masas populares y son por lo tanto un producto o la expresión de la psicología colectiva.

En el espacio y en el tiempo, el simple Gobierno constitucional y la forma aún más avanzada del Gobierno democrático, no lo ha alcanzado ningún pueblo en el globo por súbito impulso, sino en la escuela de la experiencia y bajo la ordalia de muchos sacrificios y fracasos. La misma Inglaterra, cuna y ejemplo de la libertad; Suiza, el país modelo del Gobierno democrático, no han llegado a la altura en que hoy las vemos sino después de siglos de luchas cívicas, y la comparación con esos Estados da la medida del avance alcanzado por los pueblos nuevos.

Estas someras observaciones dejan comprender por qué la libertad no es cosa que pueda decretarse,sino obra constructiva muy lenta, producto de cultura de sentimientos, fruto del carácter nacional, pues la conducta en hombres y en pueblos se determina más bien por los sentimientos que por las ideas. Digan lo que quieran las cartas políticas más liberales y las leyes más generosas, en la práctica y a poco andar, las formas de gobierno son necesariamente coercitivas cuando hay inconciliable hostilidad entre los partidos adversarios, y son libres cuando hay entre ellos en algún grado fraternidad de sentimientos.

Constituciones y leyes son mecanismos inertes cuyo buen o mal funcionamiento depende del espíritu público que las mueve.

Pues bien, la situación que en estructura social y política ha alcanzado Colombia y las formas de su funcionamiento, representan un progreso nacional psicológico de incalculable valía.

Un crítico concienzudo de nuestras instituciones, un técnico en sondajes de geología jurídica, al reconocer las etapas de nuestra evolución social, encontraría en el carácter del pueblo colombiano la base granítica sobre que reposan y arraigan las condiciones de la vida libre en que vivimos.

Nosotros hemos adquirido ya un grado de estabilidad que representa herencias y esfuerzos seculares y que ha sido alcanzado después de muchos fracasos; por eso mismo, como fruto de experiencia propia, es un producto autógeno, no el resultado de trasplantes y de inmigraciones. El pueblo colombiano ha llegado a la cultura cívica que hoy demuestra por sus propios esfuerzos, y con la educación que dolorosas experiencias han modelado en sus sentimientos. Obvio es que en las clases cultas han influído las inspiraciones de ideas de los centros civilizados del extranjero y que esas ideas al fin han cristalizado en sentimientos en los elementos dirigentes; el movimiento intelectual nos vino y tenía que venirnos de fuéra, y son las clases dirigentes, la élite de las sociedades, las que dan el impulso y marcan el derrotero de los pueblos. Ello debe ser así. Cuando las masas populares, en vez de ser dirigidas, son las directoras, el retroceso ha sido ley histórica indefectible. Pero es la semilla indígena cultivada en la propia alma nacional la que ha traído como fruto, en la sucesión de los tiempos, la naturaleza dulce y dócil del pueblo colombiano, en que hoy arraigan nuestras instituciones políticas.

Es posible y es fácil hacer de un día para otro las erecciones materiales magníficas que llamamos progreso. En selvas no holladas se levantan palacios, se adornan con cuanto el arte ha imaginado, se les comunica por telégrafos y teléfonos y por los más dilatados ferrocarriles; en los tiempos modernos eso es simple cuestión de dinero, pero no hay combinación financiera ni artificio químico que logre transformar de un día para otro, y ni siquiera en décadas, el carácter de un pueblo.

Ha habido países afortunados, como los Estados Unidos y la Argentina, como el Transvaal y Australia, adonde se han trasplantado inmensos cespedones de civilización, representados en comunidades humanas y en capitales que han llevado consigo el germen y el acopio de la cultura conseguida en la Metrópoli en siglos sin cuento.

Allí el avance ha sido rapidísimo y el progreso fácil, porque la ayuda fue todopoderosa. Alguna idea podemos formarnos de esa clase de injertos con el aire que asumen nuestros villorios aledaños a la capital en la estación veraniega, con el trasplante de numeroso tren de familias

que llevan consigo todo el refinamiento de nuestra espiritual y elegante Bogotá. Inmigraciones en esa forma, así en lo grande como en lo pequeño, no son casos de una producción natural de civilización, son algo como la traslación de invernaderos con sus flores y frutos, su follaje y su ambiente.

Pero aquí en Colombia la cultura cívica que hoy exhibimos es indígena. Los últimos veinte años de paz que hemos disfrutado, las instituciones que hemos conseguido por el acuerdo final de partidos opuestos, la libertad civil de que gozamos, tan amplia y tan firme como en los Estados más libres del Orbe, todo es de cultura nacional en el medio en que vivimos. Ningún hecho social se produce exabrupto; todos tienen sus raíces en estados o situaciones anteriores. Como el poeta francés, ya podemos ufanarnos de que bebemos en nuestro propio vaso, y parece fácil demostrar que ese vaso no es pequeño. En medio de viacrucis hemos logrado la libertad de nuestros destinos y la libertad de nuestras decisiones. Y tenemos la idea de la obra social que debemos cumplir, la voluntad de aspiración en todos los nacionales y la voluntad de realizaciones que son las características, en concepto de la ciencia, de la más elevada organización social en la edad contemporánea.

En la obra constructiva de la vida libre, signo y prueba de alta cultura psicológica, nosotros hemos logrado establecer y practicar instituciones que resuelven problemas algunos de los cuales apenas están planteados en naciones de las más cultas de la tierra. El derecho individual tiene en nuestra patria garantías que se reputan por las fórmulas más avanzadas de las ciencias conforme a las cuales deben organizarse las naciones. En Inglaterra, por ejemplo, país de la libertad por excelencia, es incontrastable y soberana la autoridad del Parlamento; él puede hacerlo todo, y no tendría obstáculo institucional de ningún género para abrogar el derecho propio de los súbditos, ni éstos tendrían ante quién recurrir para reclamar de una extralimitación legislativa: única garantía contra cualquier dictadura es el admirable espíritu público de que esa nación es luminoso ejemplo. Los expositores angloamericanos de ciencias sociales y políticas se ufanan con razón de que entre los grandes pueblos directores del

mundo los Estados Unidos es el único en que las leyes constitucionales son suspendidas por la Corte Suprema. En Francia no se ha alcanzado ese desiderátum, pero sus más altos y actuales expositores de derecho público se enorgullecen como de un trascendental progreso con el funcionamiento de los Tribunales de lo Contencioso Administrativo que supenden las incursiones en el derecho individual por parte de funcionarios del Poder Ejecutivo que representan para los franceses el peligro histórico de todo conato de tiranía.

Pues bien, en Colombia la Corte Suprema puede suspender las leyes inconstitucionales, lo que premune de extralimitaciones por parte del Congreso, y la institución de los Tribunales de lo Contencioso Administrativo puede suspender y anular las extralimitaciones del Poder Ejecutivo, de modo que disfrutamos conjuntamente de las dos garantías que la ciencia actual tiene al respecto como altas expresiones de una organización social completa.

Y no es que tengamos simplemente escritas tan trascendentales adquisiciones de un régimen libre. Es que en Colombia se practican a plena conciencia y con todo respeto, sin colisiones ni choques de las distintas ramas del Poder público. Son numerosos los ejemplos de sentencias judiciales en que la Corte Suprema ha dejado sin efecto leyes del Cuerpo Soberano del Congreso; no menos efectivo ha sido el poder de los Tribunales de lo Contencioso para invalidar actos de la administración nacional o de las departamentales.

Hoy entre nosotros son libres todas las actividades de la vida, con libertad verdaderamente sentida, y la opinión va adquiriendo cada vez más peso y más influencia. Verdad que ella no tiene la representación que le corresponde en los cuerpos parlamentarios, pero los diversos voceros de los partidos en que ella se divide se hacen oír desde los Concejos municipales hasta el Congreso; desde los Tribunales administrativos y judiciales hasta el Consejo de Estado y la Corte Suprema de Justicia, y tienen también representación en la administración pública y en la gestión diplomática. Tan sólo Suiza y el Uruguay tienen un Ejecutivo plural que realiza la coexistencia de los partidos en el Poder público; en otros Estados, con la prácti-

ca del Gobierno parlamentario se tiene la alternabilidad efectiva de partidos y de mayorías en la dirección de los negocios públicos por plenamente satisfactoria, pero no porque ello represente mayor suma de verdad en el Gobierno democrático, deja de ser cierto que en Colombia está cumplido el cardinal objetivo de la organización política, que es la perfecta garantía de las libertades civiles y su expansión cada vez mayor, la eficaz protección jurídica de todas ellas, para que las iniciativas individuales de la producción material, intelectual y moral, que son las que determinan la prosperidad de las colectividades, sean lo más amplias y lo más fecundas.

Se ha querido hacer valer como síntoma de decadencia nuestras revoluciones y el cambio frecuente en la Constitución escrita de la República. Ello entre nosotros ha significado siempre el empeño por la efcetividad en el derecho, en formas de impaciencia, que ha sido siempre el mál de los pueblos latinos. Francia, con sus decenas de siglos de existencia, apenas si ha logrado una formula estable de Gobierno haciendo las veces de Constitución las leyes de 1875 y 1884. Suiza, de 1814 a 1848, tuvo una revolución anual y una Constitución al propio tiempo para llegar por fin a conformar la instituciones con el querer del pueblo, primero con el veto popular, luégo con la iniciativa y actualmente con el referendum, procedimientos con los cuales ha logrado por fin en los tiempos presentes que las instituciones vayan respondiendo a los cambios de la vida y a los soplos de la época.

Pues bien; si ello ha ocurrido en pueblos en que la civilización ha llegado a las cúspides más altas, con siglos de esfuerzos y de sacrificios, no es para desalentarnos, sino para complacernos el que nosotros hayamos logrado establecer en forma viable el Gobierno democrático, el más avanzado pero el más complejo, haciéndolo al fin estable y dándole flexibilidad con la disposición de que en dos legislaturas sucesivas puede cumplirse una reforma constitucional.

El régimen del Estado democrático es un producto tardío de la civilización que tan sólo ha tenido nacimiento casi en la edad contemporánea, de modo que hecho el balance del siglo de vida que lleva la República o desde el comienzo de los cuatro siglos en que ocurrió la con-

quista por un puñado de miembros no muy selectos de un mundo superior en un mundo salvaje, la crítica científica tiene que reconocer en la Colombia actual los elementos fundamentales de la civilización en su expresión más característica, o sea, en la existencia de instituciones libres, en su forma y en su práctica, que son las que en definitiva dan el valor de los hombres, el valor de los partidos y el valor de los pueblos.

Quiere esto significar que nuestras instituciones no dejan qué desear? No, ni mucho menos. Nos falta establecer grandes y trascendentales reformas en la administración de justicia, en la organización administrativa, en la legislación civil, mercantil y penal, y como base de todo, en el funcionamiento regular del sistema de sufragio, que es el mecanismo esencial en el régimen de la República. Quiero decir tan sólo que ya no hay lugar a hacer tabla rasa de la Constitución el día de un cambio de partidos en el manejo de los asuntos nacionales; que ya tenemos algo fundamental y muy importante en la estructura de la patria, que arraiga no en códigos escritos sino en el alma colombiana; que influencias hereditarias, condiciones de existencia, sentimientos, ideas, opiniones, nos han dado ya una organización de sociedad civilizada que radica en la mente y en las costumbres nacionales, única base de las instituciones que perduran.

Pero si la resultante de la acción colectiva en Colombia en materia de avance institucional, de un lado es credencial de un progreso innegable, y por otro de que dentro de la sociedad han predominado agencias morales superiores en el promedio a algunos defectos individuales de que aquí se ha hecho exhibición en conferencias anteriores, lo que indica que para cada vicio revelado hay en nuestro medio social su virtud correspondiente; si es en definitiva el carácter nacional el que ha dado frutos que denotan avances bastante satisfactorios, no es impertinente anotar defectos en la psicología colectiva, que corregidos, consolidarán las conquistas alcanzadas, y facilitarán el que en nuestra vida nacional se consiga, con el andar de los tiempos, y cada vez con más firmeza, mayor suma de libertad y sobre todo de justicia.

Algunos de esos defectos fueron expuestos por el que

tiene ahora el honor de dirigiros la palabra, y como su exposición fue de carácter científico y se refiere a verdades de aplicación en el momento presente de la historia de Colombia, me permitiré hacer sumario de lo que al respecto he dicho en alguna otra ocasión.

Es hoy una verdad histórica la de que la gran mayoría de las más generosas tentativas en todos los países y en todos los tiempos, por transformar las respectivas sociedades nacionales, han ido al fracaso por no tomar en cuenta las leyes que rigen el modo de sentir y de proceder la naturaleza humana, así en los individuos como en los pueblos, cuyo descubrimiento ha sido el origen y el objetivo de las modernísimas ciencias sociales.

Uno de los pensadores que con poder de análisis más profundo ha construído luégo síntesis inatacables, se expresa así respecto de algo que voy a encarecer ante este auditorio:

"El pájaro que al volar por el espacio entra súbitamente en un cuarto de cristal, quiere salir por la vía más corta, batiendo inútilmente las alas contra las vidrieras. Sólo por accidente descubre que por el método indirecto de volar por debajo de la cortina puede ganar la deseada libertad. Esta lección de que la mayor parte de los éxitos más importantes en la vida depende del uso de medios indirectos, es la más importante lección de la experiencia humana. El descubrimiento de los medios indirectos sólo es posible por medio de la razón y de la deliberación. Poco a poco, cuando tales descubrimientos han sido hechos y añadidos a la experiencia humana y cuando se ha adquirido el hábito de obtener resultados por medios indirectos, hay una reacción estimulante del desarrollo de la razón y un lento crecimiento del hábito de la deliberación, y este hábito es el único medio para contener tendencias sociales impulsivas. De ahí esta ley sociológica: La acción social impulsiva varía con el hábito de buscar los fines por medios indirectos y complejos". (Giddings. Inductive Sociology).

Ha habido en nuestra historia política, por obra conjunta del temperamento nacional y de las influencias que habían sido dominantes en la cultura del pensamiento de la mayor parte de nuestras clases dirigentes, la tenden-

cia a resolver los problemas políticos en forma rectilínea. Y si tal cosa ocurre entre personas de alta cultura mental, no es de admirar el que las masas sólo propendan por soluciones simplistas.

Las observaciones que los expositores de ciencias sociales hacen respecto de Francia sobre las causas determinantes de la inestabilidad de sus estructuras políticas y sobre los medios más eficaces para poner fin a ese mál tan costoso y a veces tan sangriento, tienen respecto de Colombia una aplicación que habrá de ser fecunda y que ocasionalmente hemos empleado sin cuidarnos de su génesis filosófica, adaptabilidad racional por haber sido tradicionalmente aquel país utopista genitor de nuestro pensamiento político.

Aquí como allá, en la formulación de varias de las distintas constituciones políticas que nos han regido, nos hemos cuidado poco del estudio bien completo del medio social, con olvido de que la sociedad es un organismo sometido a leyes de biología en que son factores de la vida y de la historia las costumbres, la cultura mental y moral del pueblo, las tradiciones, la herencia psicológica que no cambian súbitamente y que son determinantes de líneas de conducta en las colectividades.

Aquí como allá hemos creído poder cambiar súbitamente la condición nacional a golpes de leyes o de decretos con olvido de que las instituciones para ser verdaderamente orgánicas deben reflejar el temperamento nacional y ser movibles como la vida, y adaptables a los cambios de los tiempos.

Aquí como allá todo bién lo esperamos del mecanismo de la constitución, de la forma política ideal, sin prestar atención a que es el espíritu público el verdadero motor de las instituciones, que tiene por alma la dignidad en el resguardo del derecho propio, el respeto al derecho ajeno y el amor a la justicia.

A estilo latino nos damos por satisfechos con que el ideal de las aspiraciones quede formulado en los más sanos principios de la legislación, al revés de los sajones para quienes las instituciones valen por la capacidad y el carácter de los hombres que las practican. Los Gobiernos son lo que sean los hombres que los dirigen: de ahí que

sea imprescindible buscar a quienes por la firmazea de su voluntad, por la amplitud de su espíritu, por su competencia y honradez, den garantías de satisfacer los anhelos nacionales.

Tenemos el ideal personal o el colectivo de las agrupaciones como santuario de verdades absolutas que debe entrar a la manera de un bloque, rígido y sin pliegues, en la organización política del Estado, y no nos resignamos a que ese ideal sea tan sólo una idea-fuerza, un guía de acción que incansablemente propenda por el avance perpetuo pero atemperado a las posibilidades del medio, o sea al asentimiento de una mayoría que lo imponga en la opinión nacional.

Tenemos la libertad por un dón natural, que ha de ser completo y perfecto como producto espontáneo de la constitución escrita, no como una obra constructiva de fraternidad de sentimientos en evolución progresiva permanente o en peligro de regresión, según el avance o retroceso de la cultura mental y moral de los nacionales.

No tomamos en cuenta que para asegurar la acción colectiva en el sentido del progreso es más interesante buscar las semejanzas que las diferencias en partidos o grupos que propendan por unas mismas reformas.

No nos satisfacemos sino con obtener la consagración plena de nuestras aspiraciones progresistas de un solo golpe, en vez de seguir el procedimiento sajón que hace de la conquista de una primera libertad o de una primera reforma, un apoyo y un estímulo para luchar y conseguir sucesivamente las que faltan.

En muchas de nuestras más solemnes ocasiones históricas el todo o nada fue la divisa de los elementos políticos contrapuestos, y ello fue causa de frecuentes regresiones que varias veces nos han traído la triste experiencia de que después de sangrientas luchas y de ofrendar las riquezas nacionales hemos perdido por lapsos considerables la libertad política y la efectiva libertad civil.

A las veces hemos envenenado las discusiones, tomando, por falta de carácter el interés por moderarlas y circunscribirlas, y en no pocas ocasiones hemos juzgado que la tolerancia de ajenos conceptos es una debilidad, que la transacción y el compromiso sobre asuntos de in-

terés nacional es inconsistencia o abandono de convicciones, sin preocuparnos de que la hostilidad permanente hace imposible la convivencia y el bienestar en el hogar común que es la Patria, y sin percibir el cumplimiento fatal de la ley sociológica que hace irremisiblemente coercitivas las formas y actos de Gobierno cuando se extrema la intransigencia entre los grupos políticos y las torna liberales en la medida en que avanza la tolerancia, el respeto al derecho ajeno y la fraternidad de sentimientos.

Uno de los obstáculos para un concierto de voluntades en la obra de mejorar la suerte colectiva, es el considerar los partidos políticos como fines en sí mismos y no como medios para alcanzar objetivos de libertad, de justicia y de progreso, y el tomar como abdicación de principios las alianzas para determinados fines inmediatos: lo efectivo y lo práctico es que la concordia de los espíritus en movimiento uniforme hacia un fin de interés común, lo realiza y lo consolida porque lleva a la obra el máximum de fuerza viva y le da por cimiento el consensus de voliciones preponderantes en la colectividad.

Otro obstáculo no menos poderoso es el de querer incorporar como programa de partido uniformidad de pensamientos en doctrinas filosóficas y el de someter a los adeptos a rígidas disciplinas que abarquen todas las manifestaciones de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad: limitados sus objetivos al acuerdo de opiniones y de acciones para asegurar la mayor libertad y el mayor bienestar dentro del hogar común, se facilita la acción colectiva y se deja a los individuos en libertad de pensar y de obrar como a bien tengan.

Otro inconveniente para el avance social es el de pretender ir en línea recta al objetivo, sin atender las enseñanzas de la ciencia y de la historia, respecto de que los medios indirectos, la transacción, el compromiso son el mejor vehículo para conquistas verdaderamente liberales. Luégo, en la evolución incesante del pensamiento humano, en la continuidad de la vida social y del progreso de la razón en busca siempre de lo mejor, toda iniciativa o idea liberal de un día, aceptada por una sociedad, es al siguiente un principio conservador y así se cambia subsistiendo y se progresa de modo firme y seguro.

En fin, el tema es ilimitado, si se hace una observación filosófica, con serenidad superior, sobre cuanto impide una evolución más fecunda en la civilización cultural, con el criterio que suministran las ciencias sociales y políticas del día. Quiero únicamente insistir por ahora en que por falta de meditación relativa a que la sociedad es un organismo vivo en que por ley de fisiología se cumple con la espontaneidad y el vigor que surge de la misma naturaleza la acción de fuerzas progresistas y de fuerzas de resistencia y de ponderación que dan génesis a partidos liberales y a partidos conservadores, aquéllos en su afán de conseguir rápidamente reformas sociales y políticas no han hecho en ocasiones la debida consideración de que para resistir, sin perecer, cambios profundos en un cuerpo animado, es necesario que ellos respondan a tendencias de la mayoría consciente, por lo cual reformas que no representan un consensus de fuerzas sociales superiores pueden ser prematuras y dar lugar a reacciones regresivas, y los partidos conservadores, al desconocer el carácter vivo del organismo social y al pretender someterlo y conducirlo por coerción, como procuraron hacerlo en Colombia hasta hace menos de veinte años, no se penetran de que el orden así impuesto es para cosas inertes, no para seres inteligentes; de que bajo la sumisión aparente germina y palpita la discordia y de que al obrar sobre la sociedad como si fuera un sér inanimado, la vida estalla en revoluciones sangrientas.

Las ciencias sociales preconizan líneas de conducta que dejan al ideal todas sus virtualidades; presienten que el porvenir tiene en reserva perfeccionamientos en la forma de vida social que hoy no imaginan siquiera los más atrevidos reformadores; procuran asegurar a las fuerzas progresistas una acción más eficiente, pero para el logro de todo ello hacen manifiesto el que se debe contar con la psicología del pueblo, que es obra del pasado y que vive en el presente, para no modificar sino por grados el organismo político; que no se progresa a saltos; que la evolución es más fructuosa y firme que la revolución y por lo tanto sugieren como lo más fecundo, como lo más civilizado, como lo más liberal, las alianzas de fuerzas políticas afines para la conservación o para la conquista de liber-

tades efectivas y de garantías eficaces; para el logro de mayor justicia en las relaciones civiles y políticas; para obtener mejora en la suerte de los humildes; para procurar mayor bienestar y prosperidad en todas las clases sociales.

Pues bien, en Colombia tenemos ya la experiencia y la historia de que ni el mismo bién es estable cuando se impone por la fuerza y que en caso tal es un bién muerto o genitor de desastres: que el único bién fecundo es el aceptado por los pueblos o que surge de su entraña. Expedimos la Constitución del sesenta y tres alabada por el primero de los poetas del siglo diez y nueve como la más alta expresión de instituciones libres y progresistas, y con ella o por ella tuvimos tres grandes guerras de toda la Nación y cerca de cuarenta en las secciones. Y tenemos ya la experiencia de dos guerras sucesivas, una de ellas de tres años, sangrienta y devastadora como todas las anteriores sumadas, generada por un régimen coercitivo como un martillo apocalíptico, lucha de exterminio que puso de manifiesto una vez más aquello que no habíamos aprendido con palpitantes demostraciones de cinco años: que los partidos son incapaces de destruírse porque resurgen por ley natural de lo más hondo de las entrañas sociales, y por suerte tenemos también el ejemplo en los últimos tres lustros de que tales partidos, forzados a vivir dentro de un hogar común, poseyendo medios de acción recíproca, al hacerse concesiones mutuas, al seguir una política de respeto por el adversario y de moderación en los procederes, tienen la única pero la más poderosa garantía de la paz y de las reformas durables.

Si hay alguna nación en que los frutos de la política preconizada en la ciencia social contemporánea hayan sido más rápidos y más trascendentales, Colombia es un ejemplar clásico. La historia es muy reciente y debiera estar viva en la conciencia nacional, si no fuera tan corta, como lo observa el gran psicólogo Le Bon, la memoria afectiva de los pueblos.

Si resucitaran algunos de nuestros prohombres, Parra, los Pérez, Camacho Roldán, Conto, Zapata, Camargo, etc., que cerraron los ojos bajo un sistema de Gobierno que fue de conquistadores respecto de la mitad de

los nacionales, quedarían atónitos con la transformación política alcanzada: el principio del siglo veinte nos sorprendió en la más sangrienta de nuestras guerras civiles que estalló después de una inexorable represión de toda idea liberal; en que la prensa estuvo amordazada y en que fueron la prisión o el destierro la respuesta a los clamores de nuestros más grandes publicistas; en que la seguridad personal estaba a merced de grandes o de pequeños sultanes; en que apenas hubo un solo representante de la oposición en las Cámaras legislativas; en que por dondequiera dominaba en el país el sentimiento de la inseguridad y el de la persecución respecto de los llamados vencidos. El encarnizamiento de esa guerra de tres años correspondió a la violencia e injusticia de la presión ejercida sobre los elementos que luchaban por librarse de una coyunda tan asfixiante. Aquella épica lucha iba desangrando todas las venas que sostenían la vida de la nación, y al fin terminó por el tratado del Wisconsin, en que el liberalismo, para salvar la integridad del país dio un sublime ejemplo de abnegación y de amor por la patria.

Hubieran seguido los conductores del partido conservador un régimen de represión absoluta, la revuelta perpetua, talvez el anarquismo, hubiera sido el camino de liberación o de suicidio de los oprimidos. Hubiera seguido el partido liberal en el empeño irreductible de conseguir un régimen que realizara de una vez y por siempre sus ideales, se habría empeñado en guerras desesperadas, y después de innumerables casos de supresión individual de victimarios y de víctimas, la dictadura habría sido la resultante de esa pugna de violencias. La ruina, la barbarie de sentimientos, el despedazamiento del país, la tiranía hubiera sido el producto natural de la hostilidad enconada e inconciliable de los partidos contendores, y fuéra de la satisfacción de pasiones las menos humanas, el mál habría sido sanción para todos.

Reyes rompió el molde de la armadura de hierro que dentro de la misma familia aplicaban los vencedores a los llamados vencidos, pero la unión republicana de los elementos dirigentes de partidos antagonistas fue la que dio origen al resurgimiento de un Gobierno Civil.

Ahora, si se compara el régimen interno de Colombia

en la última década con el de hace veinte años, el avance en libertades y garantías es en verdad sorprendente. Hoy parecen encauzadas y en libre funcionamiento todas las fuerzas latentes nacionales que han tenido el ideal cívico por la estrella polar en la marcha de nuestra democracia. Si ese régimen se compara con el de los grandes países civilizados de la tierra, tenemos que convenir en que a pesar de muchas deficiencias, que ya son más de mecanismo en la expedición de sistemas administrativos y de otorgamiento de la justicia, y de dar campo a un descontento muy justo y cada vez más extenso que es en sí mismo el resorte de las mejoras sociales, en punto a cultura cívica y a libertad efectiva disfrutamos de una situación que debe ser para muchos países envidiable. Y limitada la comparación a la América española entre las diez y siete Repúblicas que a la vez comenzaron vida independiente, el funcionamiento de instituciones libres en Colombia apenas si cede el puesto al de tres de las hermanas australes.

Por medio de una política transaccional hemos logrado ese relativo bienestar en nuestro movimiento hacia la vida plena y libre. Pero los partidos progresistas corren riesgo de debilitarse y aun de morir por una política de transacción y de constantes coaliciones?

No, ni mucho menos. La plena justicia, la libertad ideal, la perfección política y social no se han logrado ni se lograrán nunca por súbito impulso en ninguna parte de la tierra. El progreso es indefinido: ni él ni la civilización han dicho ni dirán nunca la última palabra. La ciencia y la historia no ponen la edad de oro en el pasado sino en el porvenir. Las ideas progresistas surgen siempre del deseo de mejorar, de la investigación de la verdad en todo orden de campos intelectuales, en virtud de lo cual se ha llegado al apotegma filosófico de que, por extraño que parezca, así como la duda es el estado más saludable del intelecto, el descontento es el estado más saludable de los sentimientos. Hombres satisfechos de sus opiniones nunca se toman la pena de repensar y de revaluar los fundamentos de ellas ni de soportar la fatiga de la investigación. Las ideas progresistas se renuevan; los partidos que las impulsan no pueden cristalizarse; la quietud va

contra la naturaleza humana; el ideal es inmarcesible; alienta los hombres sin distingos de edades, mueve los pueblos en todas las épocas.

Si observamos serenamente y reflexivamente nuestra organización social, llegamos al convencimiento de que no son las masas populares, abnegadas y de poca iniciativa, las progenitoras de las grandes conmociones. De ellas han sido autores en lo general los elementos cultivados, la parte dirigente en la marcha de la sociedad.

Y sin embargo en esa parte culta de los distintos partidos coinciden muchos elementos patriotas en el pensamiento y el propósito de que el objetivo del Gobierno sea el asegurar imparcialmente todas las libertades civiles y políticas de que tenemos consagración constitucional; de propender por mayor ampliación y mayor eficacia en algunas de ellas; de impulsar el desarrollo nacional con la ejecución de obras de interés colectivo indiscutible. Esas disposiciones de espíritu, aprovechadas en la ocasión oportuna, habrán de permitir acuerdos que es lo justo y lo científico promover y aceptar para el avance de nuestra marcha social.

Pero antes que todo hay que vencer cierta indolencia respecto de los asuntos públicos que es el mál y la síntesis de los defectos de psicología colectiva de que he dado algunas muestras.

Es necesario hacer cada vez más palmario a las gentes sensatas que los intereses públicos son los intereses de cada ciudadano, y que el fomento del empeño popular por una buena política, porque el manejo de los asuntos nacionales no caiga en manos ineptas o corrompidas, es tan urgente y tan retribuidor para cada ciudadano, y más aún, que todo el que consagra a aumentar su fortuna y a progresar personalmente.

Gentes que tienen conciencia de ser patriotas, excelentes padres de familia a quienes preocupa el porvenir de sus hijos, consideran como ajeno a sus deberes el interesarse en los debates eleccionarios: en nuestras altas clases sociales, entre acaudalados comerciantes, banqueros, propietarios, ha calado el desconsolador concepto de que esa es labor para ambiciosos, y de que cuando no de mal tono, es inútil el esfuerzo. Si se detuvieran a pensar que

como producto natural de su displicencia, en vez de Representantes que satisfagan sus aspiraciones, van al Congreso gentes ineptas o corrompidas; en que por iniciativas mal encaminadas o por falta de resistencias oportunas, el Congreso legislativo no resuelve crisis que abren el camino a la emisión de papeles que de la noche a la mañana pueden acabar con su fortuna y con el porvenir de sus hijos; si tomaran en cuenta que contribuciones mal distribuídas o trabas al comercio por absurdas disposiciones les encarece la vida, les disminuyen la renta y les comprometen el porvenir; si meditaran que por una desviación de los recursos nacionales en obras de interés parroquial o de dudosa conveniencia se aplaza indefinidamente la construcción de grandes obras, aplazamiento que mantiene sus propiedades en quietud, si no en deprecio; si reflexionaran en que la prosperidad o decadencia colectiva por obra de una buena o mala legislación es viento que levanta o que abate sus haberes personales; si se penetraran de que el mejor aseguro y la mejor palanca para sus intereses es la de sistemas que propendan por la instrucción popular; si recordaran que por obra de leyes bien inspiradas o retrógradas, avanzan o retroceden en libertades y garantías; si pensaran en todo ello, verían que comprometen su suerte con su indiferencia.

El día en que el alto comercio, los hacendados, los banqueros, las grandes y las pequeñas empresas industriales, las corporaciones científicas, en fin, todo lo que constituye el nervio y el cerebro de la Nación, se penetren de que el óbolo que sufraguen y el empeño que tomen por una bien dirigida campaña en los comicios, les son retribuídas en mil formas indirectas, todas lícitas y fecundas, la política se ennoblece y será una verdad la República. Los medios indirectos, el interés y el esfuerzo por una buena política, son el factor y el resorte principal de los éxitos en las empresas personales directas de cada ciudadano, pero todo ello implica el desarrollo y el cultivo del espíritu público, sin el cual es casi imposible o meramente casual, el que el régimen de Gobierno se ajuste a las necesidades e intereses de los gobernados; pueden surgir gobernantes que sean superiores al pueblo y colmen sus defectos, pero no es en unidades de excepción sino en la

conciencia y en la volición nacionales en donde arraiga el gobierno propio de los pueblos libres.

Es por medio del espíritu público como las instituciones vienen a ser criaturas de la opinión. En él se funda la dignidad ciudadana, el más alto timbre de orgullo de gente independiente, pues su ausencia genera la más bochornosa de las ruinas y la más degradante de las servidumbres, las que se aceptan o se provocan voluntariamente.

Por lo tanto no es un simple derecho, es el primero de los deberes cívicos para todo ciudadano, y especialmente para las clases altas y cultas de la sociedad, el hacer caso de honor el cumplimiento consciente y esforzado del sufragio. No es una simple frase sino una verdad consagrada por la experiencia y el tiempo que "la eterna vigilancia es el precio de la libertad". Pueblos que o no tienen conciencia de sus intereses y de la solidaridad en los derechos de las unidades que los forman, o no conciertan su voluntad para defenderlos e impulsarlos, son incapaces del Gobierno libre.

El Gobierno republicano o sea el Gobierno efectivo de una sociedad por ella misma, no es en su esencia una forma de leyes escritas sino una forma, una expresión del carácter nacional. Puede la evolución social cumplirse independientemente de los Gobiernos y a pesar de ellos, pero cuando tal sucede no tardan éstos en conformarse al querer de la Nación, austera y dignamente impuesto.

Si en tratándose de la restauración de la salud en cada ciudadano todo el mundo entiende que debe llamar al médico y no al pintor, que ha empleado muchos años en el estudio del organismo humano para obrar con algún acierto o para causar menor perjuicio, en tratándose de medidas sobre el organismo social, que es mucho más vasto y complejo, es necesario, como dice Taine, ocurrir a los que tengan una preparación también técnica para la cual, aparte de una instrucción especial en los más variados ramos de lo social, de lo político y de lo jurídico, no hay conocimiento científico que sea inútil ni hay dato o hecho que parezca extraño. Las soluciones simplistas traen consigo las más funestas consecuencias. Si no hay condiciones legales de elegibilidad que aseguren la com-

petencia de los candidatos y que cierren el paso a los audaces, la prensa, los Directorios, las clases cultas deben contribuír a seleccionar las pretensiones que surjan. Por el uso libre de sus derechos civiles toda persona apenas compromete su propia suerte y sus bienes individuales o cuando más los de su familia y un círculo de amigos; por el ejercicio de los derechos políticos se compromete la suerte de la comunidad, por lo cual es de prudencia y de justicia el exigir para ellos condiciones de capacidad en electores y elegidos.

Pues bien y como síntesis, en las circunstancias actuales de Colombia disponemos de todos los elementos y las posibilidades para dar como producto social un régimen efectivamente libre que nos permita en los demás campos avances no soñados, y tan sólo necesitamos un cambio primero psicológico que político, un despertar del espíritu público, una política de transacción, de tolerancia, de lealtad y de justicia entre los partidos políticos, de fácil realización, porque se refiere principalmente a líneas de conducta en la parte culta de un pueblo reputado con justicia por muy inteligente.

La política que aprovecha el acuerdo de objetivos comunes entre las fuerzas sociales es la más científica, porque procura, para el movimiento de la sociedad, el sistema de impulso que rige el movimiento del universo, que es el de la línea de menor resistencia, y como en todo género de actividades, en lo social también es igual la reacción a la acción, de modo que aunque se cumpla la ley del ritmo fatalmente, las conquistas políticas por concierto de voluntades de grandes agrupaciones son las más firmes y curadas inicialmente del peligro de toda regresión.

***

Entro ahora en el examen del aspecto financiero y económico del problema social que nos ocupa. Aunque precisamente en estos momentos hay algunos motivos de alarma que exagera nuestro temperamento nervioso, hasta hace pocas semanas por todos lados se veía que asomaba y se infiltraba un espíritu un tanto realista en la evolución social y política de Colombia.

Individuos, grupos, entidades parecían tocados del

fuego ardoroso del espíritu de empresa que haya de beneficiar las maravillosas potencialidades de nuestro país, cuya riqueza justifica las más ambiciosas esperanzas. La exaltación del esfuerzo, de la acción, de la voluntad, ya parecía una de las modalidades del temperamento nacional.

El espíritu de empresa para grandes o pequeños negocios con el éxito que ha traído consigo, en que prácticamente se han visto levantar fortunas merced al soplo de corrientes progresistas de que en lo general los beneficiados han desconocido o han sido extraños a la génesis de sus causas; en que sin esfuerzo ni capital incorporado, en muchas de nuestras comarcas en menos de un cuatrienio se han visto duplicar, triplicar, y en casos ya muy frecuentes multiplicar por diez, veinte y treinta veces el valor de las propiedades, todo ello había venido infundiendo en lo individual la confianza en sí mismo y en lo colectivo la aspiración y el entusiasmo por los grandes intentos.

Ya por todas partes se advertía la derrota del pesimismo, que era antes la característica nacional, y era trascendente la energía gozosa para el trabajo y la confianza en el advenimiento de grandes y prósperos destinos.

En todo ese período la Nación se ha sentido en plena juventud, en libre crecimiento y ha palpado el que va vigorizándose y engrandeciéndose. En lo individual y en lo colectivo ya se ha sentido el goce de una vida que consigue rápidamente mejoras y progresos por que había soñado en balde por tiempo desesperante.

Todo ello venía determinando nuevas orientaciones en el mejor aprovechamiento de la energía colectiva, que debían responder a un cambio tan manifiesto en el espíritu público.

Ya en el Congreso las cuestiones económicas en que van de por medio intereses comunes sin acepción de partidos, toman precedencia sobre debates políticos. Ya el Gobierno hace de sus labores administrativas parte principal de su programa de acción. Ya ha venido tomando forma práctica el empeño por defender y dar eficiencia al cuantioso capital humano de que disponemos, librando la populosa clase trabajadora de la anemia tropical, el pa-

ludismo, etc., con lo cual se habrá de multiplicar en breve plazo la potencia productiva de tan valioso factor en la creación de la riqueza nacional.

Ya el interés popular por obras prácticas concretas aúna voluntades que enantes parecían contrapuestas e inconciliables, cuando el empeño por el bién público se hacía depender, principalmente por los partidos políticos, de la imposición de determinados principios abstractos.

Ya todos sentíamos que habíamos entrado en una nueva éra. Por toda clase de medios que facilitan nuestro contacto con el mundo, así como por el cambio, que ya no se hará esperar por mucho tiempo, en la naturaleza de la enseñanza pública que mejor habilite para las exigencias e imposiciones de la vida moderna, especialmente en las clases populares, parecíamos en camino de una cultura nacional cada día más alta y más completa.

Es de esperar que la ligera nube que en el momento actual parece velar horizontes tan dilatados, se desvanezca prontamente y vuelva a la conciencia nacional el sentimiento de que comenzamos la ascensión de muy altos destinos.

Voy a hacer manifiesto que las condiciones nacionales de paz inconmovible, de desarrollo fiscal y económico, de crédito público, son de las más halagadoras para formular un plan de reorganización administrativa, por suerte muy sencillo, que nos permita acometer e impulsar enérgicamente las grandes obras que han de trasformar de modo maravilloso la faz de nuestra Patria.

Son hechos que por sí mismos hablan solos y cuya proclamación nunca es impertinente, los que paso a enumerar:

I—Que la deuda pública de Colombia no alcanza a un valor efectivo de veinte millones de pesos en la cual está comprendida la responsabilidad por las deudas hipotecarias del Ferrocarril de Bogotá-Girardot, empresa que prácticamente pertenece a la República y que es por sí sola respaldo de ese débito;

II—Que esa deuda es muchísimo menor que el monto de las rentas del Gobierno Nacional en solo un año y menos de la mitad del total de las rentas públicas del país en ese mismo lapso;

III—Que la cotización comercial en la bolsa de Londres de nuestra deuda consolidada del tres por ciento es del 70 por 100, lo que equivale a que el capital efectivo devenga un interés del 4.20 por 100, que equivale para esta deuda con los más firmes valores del mundo financiero;

IV—Que en quince años nuestros papeles de crédito en la Bolsa de Londres han quintuplicado de precio, lo que representa una afirmación de ese crédito verdaderamente inmejorable;

V—Que la tal deuda pública, representada en valores efectivos, no alcanza al medio por ciento de la riqueza colectiva de Colombia, fenómeno talvez único en el mundo, o sea que en verdad nuestro país no tiene deuda;

VI—Que en los últimos quince años ha quintuplicado el valor de las exportaciones y de las rentas nacionales, a más de que en ese mismo tiempo han surgido y se han desarrollado las industrias manufactureras en tal grado, que hoy producimos gran parte de los artículos que en los pasados tiempos constituyeron lo principal de nuestras importaciones;

VII—Que desde el presente año comienzan a dar proventos fiscales, enantes inexplotadas fuentes, como las esmeraldas el impuesto sobre el petróleo, la contribución sobre la renta, etc., cuyas perspectivas permiten esperar fundadamente ingresos de grandísima entidad;

VIII—Que en el mismo lapso de quince años resolvimos el problema del papel moneda en forma tan sólida que hoy, con fluctuaciones ligeras, se cotiza a la par con la moneda metálica de los Estados Unidos y apenas constituye la quinta parte del volumen de la circulación monetaria, volumen que crece en forma muy notable, al igual del vigoroso desarrollo económico de la República.

IX—Que bien arreglados los presupuestos nacionales con voluntad firme del Gobierno y de las Cámaras, y cubiertos los servicios administrativos que sí sean indispensables, puede conseguirse un sobrante de rentas muy cuantioso, firme y de crecimiento progresivo muy grande, para atender con holgura un empréstito inicial bien cuantioso y así unificar en un plan general financiero y

de obras públicas la rápida trasformación de Colombia;

X—Que si se compara la situación financiera de nuestro país, resultante del anterior conjunto de factores, no con la de las antes muy prósperas y hoy agobiadas potencias europeas, cuyas deudas para hacer frente a la guerra les comprometen cuotas-partes del conjunto de su riqueza nacional que van para cada cual desde la tercera parte de sus haberes hasta las cuatro quintas partes de todo lo que tienen, y en que el solo servicio de intereses de esas deudas de magnitud colosal, así como el de sostenimiento de pensiones para inválidos, huérfanos y viudas, etc., las obliga a levantar presupuestos de contribuciones hasta triples de los que tenían antes de los destrozos del conflicto mundial, gravámenes ya muy ponderosos en ese tiempo y asfixiantes al presente; que si se toma en cuenta el que en virtud de esa situación indeclinable el capital necesariamente soporta allá tributos que por simple instinto de conservación lo llevará a fugarse, cualesquiera que sean las trabas que se le opongan, hacia horizontes más despejados; que si se compara, digo, la situación que ofrece la República para la inversión segura y lucrativa de capitales, no con la de los países que sufren y sufrirán por mucho tiempo las mortales consecuencias del turbión apocalíptico de cinco años de conflagración, sino con las de los demás países del globo que parezcan mejor librados, guardadas proporciones,Colombia es uno de los pocos oasis en campos de desolación universal.

Las perspectivas del presente y del futuro no pueden ser mejores. Colombia ofrece a los capitalistas extranjeros patio el más propicio y el más sólido para inversiones reproductivas, con la circunstancia atrayente en sumo grado de que tal capital no sufre aquí el peso de gravámenes fiscales apreciables.

Si en el curso de quince años, sin otro apoyo que el benévolo pero muy exiguo de los Bancos Nacionales que en conjunto no alcanzaban a un capital efectivo de diez millones de pesos; siendo los principales medios de trasporte malísimos caminos de herradura que han impuesto fletes de gravamen absurdo; con una población que no podía dar toda la medida de su eficiencia industrial por falta de enseñanza técnica, por carencia de maquinaria y

por el abandono de todo combate contra las epidemias que merman la energía y disminuyen el acervo de nuestra clase trabajadora; habiendo estado inertes, y más aún, desconocidas las maravillosas riquezas del subsuelo que ahora se han descubierto; sufriendo las consecuencias de cinco años de guerra mundial que imposibilitó el comercio con Europa, si, pues, con elementos tan reducidos y en circunstancias tan adversas se cumplieron los prodigios de que he hecho mérito, que naturalmente han repercutido en una valorización asombrosa de la propiedad territorial y en su cada día más fácil movilización de valores, ahora que ya no tenemos que ir a cazar en el exterior un capital esquivo y enantes draconiano, sino que él nos busca en nuestros propios dominios por medio de instituciones poderosísimas que habrán de fomentar todas nuestras empresas; con el desarrollo y modernización de trasportes que no muy tarde habrán de ser rápidos, seguros y económicos; con la sanificación de la raza y con su educación técnica; con paz mundial que permite al comercio el más amplio desarrollo; con paz interna y en ambiente vigorizador de instituciones libres de cuyo resguardo se preocupan los nacionales con más celo y energía que del resto de sus haberes por codiciables que sean, con todo ello, Colombia está llamada a gozar en un futuro muy próximo de una magnífica y maravillosa transformación de la ubérrima heredad que le tocó en suerte en el mundo.

El crecimiento económico y fiscal y la situación financiera de la República que acabo de bosquejar, con el objeto de poner de manifiesto las posibilidades de que disponemos para emprender las obras de saneamiento, de educación y de comunicaciones que mejor exalten las virtualidades nacionales, son exponente y producto del cúmulo de provilegios de todo orden que se concentran en Colombia y cuya explotación conveniente va a hacer de nuestra Patria una de las grandes sorpresas del mundo contemporáneo.

Para apreciar el porvenir que tienen en perspectiva las industrias del país, foco de atracción del capital que haya de impulsarlas, es pertinente hacer una revista del vasto campo de desarrollo que todas ellas tienen por delante.

En primer lugar, como es sabido, el territorio de Colombia comprende una extensión de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados al pie del eje mismo del movimiento comercial del mundo, o sea del Canal de Panamá. La posición geográfica es de suyo un valiosísimo privilegio que nos otorgó la naturaleza y que todavía no hemos aprovechado. El país tiene costas dilatadas en los dos Océanos y sus puertos del Atlántico y del Pacífico distan desde 900 hasta 1,500 millas de la costa meridional de los Estados Unidos, que es el primer mercado del mundo en los tiempos actuales.

Luego, el país tiene en sus grandiosos sistemas de montañas y en sus dilatadísimos valles, la gama entera de los climas, los territorios más feraces y los más bellos escenarios físicos que así permiten la producción de frutos de todas las zonas como facilitan a los habitantes a temperatura y el lugar que mejor cuadre a su naturaleza o a sus gustos. Hoy la población se halla establecida principalmente en las altiplanicies y valles de las montañas, muchos de ellos de belleza y fecundidad paradisíacas, donde demoran ciudades llamadas a ser por la dulzura del clima y por la concentración de toda clase de cultura, centros de los más atractivos para el turismo mundial.

Con la realización de algunas de las líneas ferroviarias que la Nación viene construyendo, todo el país disfrutará del privilegio de que ya gozan hoy las sabanas de Bogotá, el valle de Medellín y el del Cauca, o sea el de que en tiempo no mayor de seis horas y con gasto de transporte desde uno hasta cinco pesos, encuentra cada cual, en toda época del año, el clima que más le agrade o que mejor le aproveche.

El siglo diez y nueve, con el desarrollo de los ferrocarriles, produjo el fenómeno social de la concentración urbana de todas las naciones, en los centros más agradables y cultos: así se ve, por ejemplo, que en Francia, cuya población ha sido estacionaria en los últimos cincuenta años, presenta ciudades como París, Lyon y Burdeos, que han triplicado en ese lapso el número de sus habitantes. El desarrollo del automovilismo y la navegación aérea acentuará en todo el mundo ese fenómeno social, que ya se está cumpliendo en Colombia, si se observa el cre-

cimiento de Bogotá, Medellín, Barranquilla, Cartagena, Manizales, etc. Por lo tanto, con la facilidad del cambio de clima, y con los medios que la ciencia contemporánea ofrece para la sanificación de las comarcas, todo el territorio de Colombia puede ser colonizable y de sencilla y agradable explotación.

Las industrias agrícolas que producen todos los artículos de alimentación de los habitantes en la variedad que suministran las zonas frías, templadas y cálidas, abastecen las necesidades de nuestra población, que es al presente de seis millones de habitantes. No existe una estadística formal de esa producción, pero sobre el cómputo moderado de veinte centavos diarios para sostener cada habitante, el valor de ella anualmente no es menor de cuatrocientos treinta y ocho millones de dólares. Este dato comprueba que el movimiento de exportación e importación es apenas una pequeña parte de la riqueza nacional del país, lo cual coincide con la estadística de los ferrocarriles en que el tráfico local es varias veces superior al del comercio con el extranjero.

Ahora voy a hacer una somera revista de las principales industrias nacionales, de su localización y de su posible desarrollo.

Colombia es el primer país en el mundo en la cuantía de exportación del café de clase fina y el segundo en el volumen de la producción de ese valioso grano. Con capital barato y a largos plazos y con los ferrocarriles que conecten las mesetas andinas con las costas del mar, quedan en posibilidad de ser cultivadas enormes extensiones de tierras vírgenes de calidad inmejorable y mucho mejor situadas para la exportación que las que se explotan actualmente, con lo cual esa industria habrá de beneficiarse en condiciones más económicas y puede llegar a ser de una importancia múltiple de la que actualmente tiene.

En el cultivo de bananos para la exportación, Colombia ocupa uno de los primeros lugares entre los centros productores y es de los países tropicales el mejor situado y el de territorio más extenso y propicio para el impulso de industria tan exigente en cuanto a su calidad.

Se cultiva maíz, trigo, papa, fríjoles, arroz, cacao,

etc., etc., para el consumo interno y en cuantía considerable, pues con esos artículos se atiende al sostenimiento de seis millones de habitantes.

Se cultivan cuantas frutas son conocidas en el conjunto de las zonas, y las sierras y valles de las costas marítimas incitan a las gentes empresarias para acometer grandes establecimientos de exportación, para lo cual debe saberse que por el solo puerto de Nueva York se introducen en el año más de cuarenta millones de dólares en naranjas, y que el comercio de piñas representa ya un cuantioso volumen de millones.

La República dispone en todo el país de una existencia mayor de cinco millones de cabezas de ganado: con ella se abastece el consumo nacional y hay base para iniciar, como se ha iniciado, el establecimiento de packing houses, que habrán de llevar sus productos al extranjero. Tales empresas se están fundando en los Departamentos de Bolívar y Magdalena, a donde hay campo para el ensanche muy considerable de la producción de ganado. Pero todavía hay una amplitud asombrosa para nuevas y poderosas empresas en el futuro, de una explotación muy en grande, con el desarrollo de la industria pecuaria en las inmensas pampas de San Martín y Casanare: allí existe una base de operaciones en hatos, que en conjunto suman más de quinientas mil cabezas y hay allí pastos naturales en más de veinte millones de hectáreas, que podrían sostener alrededor de diez millones de semovientes. La cordillera que enmarca ese mundo nuevo abunda en riquísimas salinas,cuyo beneficio es base inapreciable para la multiplicación de los hatos,y las pampas están cruzadas por una maravillosa red de ríos navegables, que confluyen al Orinoco y al Río Negro, de modo que son privilegiados los dones para hacer de esa industria un emporio de riqueza. Con las bases que existen en los Departamentos de la Costa, en los llanos orientales, en el Huila y en el Cauca, la industria pecuaria en Colombia, por su posición, por la calidad de los ganados y por el inmenso desarrollo que admite, en no remota época habrá de ser rival de la que en la Argentina constituye una de sus más valiosas fuentes de riqueza.

Hay ya varios ingenios de azúcar en la Costa del

Atlántico y en el Valle del Cauca, en magnitud y provistos de maquinaria de primer orden, pero apenas se sienta pie en el horizonte de que dispone el país para dar a esa industria en el futuro una capacidad que rivalice, si es que no supere, la de Cuba, a donde se producen anualmente alrededor de cinco millones de toneladas por un valor que excede de setecientos millones de pesos. Abiertas las Bocas de Ceniza para que entren trasatlánticos al río Magdalena, que es obra en vía de ejecución, en el enorme valle que cruza ese río, de una área tres veces mayor que la Isla de Cuba, y de una feracidad que admite rivales pero no superiores, y sin contar con el prodigioso valle del Cauca y con el casi ilimitado Caquetá, todo convida a un enorme desarrollo de esa industria para ser Colombia en el porvenir uno de los primeros centros proveedores del consumo mundial.

Existen ya varias fábricas importantes de tejidos de algodón en los Departamentos del Atlántico, Bolívar, Antioquia, Caldas, Boyacá y Santander, y de telas de lana en Cundinamarca. El cultivo del algodón es cosa sencilla y de evolución rápida, a que puede darse en el momento que se quiera la extensión que a bien se tenga, y para él nuestros climas tropicales ofrecen áreas inmensas, así como para el incremento de hatos de ovejas hay enormes territorios aparentes: ese campo industrial, admite, por lo tanto, un coeficiente de expansión de primer orden, al cual puede agregarse la manufactura de telas indígenas de lino y de seda, por la facilidad de proveer dentro del país la materia prima adecuada.

La producción de tabaco y la manufactura de cigarros y de cigarrillos, la de sombreros de paja y el cultivo de la materia prima, la producción de fique y la confección de sacos de empaque, son todas industrias florecientes, especialmente en Santander y en el Tolima, que claman por la multiplicación de sus proporciones. Hay molinos de harina y fábricas de chocolates en varios Departamentos, todo lo cual constituye empresas lucrativas importantes. Con dinero barato esas industrias pueden ser materia de ensanche y de exportación de gran valía, al hacer nuevos establecimientos en comarcas hoy incultas y mejor situadas para el comercio con el extranjero, una

vez que se realice el plan ferroviario que puede desarrollarse rápidamente con un impulso enérgico.

En los grandiosos bosques nacionales se encuentran silvestres el caucho y la quina, negocio que ha venido a menos por la concurrencia de plantaciones artificiales en la India, que aquí también pueden desarrollarse con mejores facilidades. La tagua, que es un monopolio natural en el mundo de la costa del Pacífico en Colombia y el Ecuador, el dividivi en la Península de la Goajira, la sarrapia en los bosques que se hallan en los llanos orientales, todo ello puede ser objeto de un comercio valioso y no hay resina ni madera fina de labor que deje de encontrarse en grandes cantidades a orillas de nuestros ríos navegables.

En punto a minas, Colombia ofrece una variedad y una riqueza no menos opulentas. Sus veneros de sal son industrialmente inagotables; y minas de esmeraldas, son un monopolio natural del país para abastecer el consumo universal. En yacimientos de petróleo existe al presente, en cuanto a negociaciones para su explotación, un movimiento febril, pues es fama, al parecer justificada por los estudios de geólogos, que el subsuelo de Colombia rivaliza en la hora actual con el de Méjico en la mayor existencia en el mundo de tan codiciado elemento, que ha venido a ser fuente y medida de grandeza industrial y de poderío de las naciones.

En carbón hay también portentosas riquezas, unas en las montañas del interior, que habrán de abastecer el consumo nacional, por grande que sea el desarrollo del país y otras en comarcas en que tienen puesta la mira poderosos empresarios para suministro del consumo extranjero. Y aunque no sea de este lugar, agréguese al poder y porvenir de estas minas de combustible en petróleo y carbón, la incalculable y casi inviolada potencia del país en hulla blanca, o sea la potencia hidráulica de sus incontables y caudalosos torrentes y se denota el empeño de la naturaleza por dotar a Colombia de los elementos que habrán de procurarle un envidiable porvenir industrial.

En metales preciosos existe y se exporta el platino del Chocó, que comparte con Rusia el monopolio de la producción en la tierra; el oro y la plata, que desde la

Conquista han constituído un valioso ramo de comercio, aumentable en múltiples proporciones desde que las vías ferroviarias o los vehículos aéreos hagan accesibles comarcas que encierran tesoros todavía intactos.

Hay minas de hierro de una calidad que compite con las mejores del mundo, en comarcas a donde se reúnen cuantos elementos son precisos para esa industria, que con la del petróleo y el carbón son justamente tenidas por la soñada palanca de Arquimedes para levantar a las nubes las naciones, ya que no el mundo.

Y para que nada falte en este emporio colombiano que ha sido calificado como la bella durmiente, hay también minas de cobre, de estaño, de plomo, etc.

Por esta sucinta revista se comprende que el progreso de la Nación en los quince años pasados, apenas ha levantado el velo de las posibilidades de Colombia, que son simplemente maravillosas. El mundo financiero ya se está dando cuenta de ello y en el curso de los dos últimos años, ha traído al país más capital que en los noventa y ocho años anteriores del siglo de independencia que terminó el año pasado. La perspicacia del capital es lo natural que vea en obras públicas de la Nación, de los Departamentos y de nuestros principales Municipios y en el fomento de empresas industriales, campo de acción excepcionalmente atractivo para la inversión de centenas de millones. Hoy en lustros y hasta en años en punto a progreso material, se dan saltos que en éras antiguas requerían siglos. En sólo veinte años las salvajes comarcas del Africa y de la Oceanía, las revueltas pampas de Sur América fueron transformadas en las prósperas naciones del Transvaal, Australia, la Argentina, etc.

Colombia cuenta al presente, en toda clase de factores, un acervo inicial más importante para un progreso más rápido y que la hace una de las naciones más expectantes entre las Repúblicas hispano-americanas. Toda la escala de valores en cuanto a posición geográfica, elementos naturales, cuantía de la población y calidad de su cultura cívica, libertad financiera del Estado, creciente incremento de riqueza nacional y de rentas públicas, hacen visible que no hay temeridad sino cordura en acometer ya un plan general de mejoras nacionales, muy en gran-

de, que no compromete el porvenir sino que lo aproxima y lo magnifica.

***

De la tesis sentada por el doctor Jiménez López, de la antítesis que opusieron no menos ilustres profesores, ya vamos llegando a una síntesis que toma lo positivo y fecundo del debate: el empeño unánime por conjurar las taras que debilitan alguna parte de nuestra población y que le impiden dar al conjunto de la nación colombiana toda la medida de su capacidad y de su eficiencia.

Me parece que en ninguno de los conferencistas ha dominado el pesimiosmo que, al decir de un pensador, es un producto malsano de la razón que mata toda esperanza en su germen; ni el optimismo, que es una disposición del ánimo meramente emotiva y que en la mayoría de los casos conduce a la inacción, sino que en todos alienta el meliorismo, o sea el sentimiento en que concurren la razón y la voluntad y que ve todo lo que falta por hacer, pero que sabe y siente que todo puede ser hecho.

La impresión general de las distintas conferencias sobre el lado débil y sensible del problema, es la de que son irremediables los males que nos aquejan y de que si con juego libre de elementos de destrucción ha habido crecimiento y progreso, con una campaña en que se empleen los medios que procuran la higiene y la medicina y con los nuevos factores de defensa que hay lugar a esperar del progreso de la ciencia, es justificada la confianza de que en el futuro nuestra ascensión habrá de ser mucho más rápida y fecunda que en los tiempos pasados.

Y sobre las otras faces de que esta noche os he hablado al exhibir una evolución progresiva, ojalá que mis palabras contribuyan a darnos confianza en nosotros mismos para impulsar el progreso nacional, que tiene en el país y en la población las más poderosas virtualidades. No precisamente de la calidad del lote en que viene edificándose la patria, sino de la expansión de la población que lo habita, mejorada pero no suprimida, es de lo que debemos procurar que provenga la grandeza y el orgullo de Colombia. La independencia, la soberanía, el progreso, la civilización, debemos sostenerlos y buscarlos para nosotros y nuestros descendientes, para nuestra propia san-

gre, para nuestra histórica nacionalidad. Bien venida la inmigración, pero sin que jamás perdamos nuestra identidad y que la bandera de soberanos que conquistamos en Boyacá cubra siempre la estirpe y la acción libre de quienes fundaron la patria.

Nosotros hemos sido ignorados del mundo científico extranjero, y algo peor que eso, hemos sido mal conceptuados. La falta de un estudio directo ha permitido generalizaciones como las de Le Bon, Kidd, Fouillié y otros autores que han llevado el cetro de las opiniones dogmáticas y que nos consideran como eternamente bélicos y como incapaces de construír Estados libres. Tales absolutas y tales generalizaciones sobre cimientos cuya inconsistencia he demostrado ante vosotros, están contradichas por la historia, y no es bien el que después que se nos califica como pueblo incapaz de salir de la anarquía demos ocasión a que se nos catalogue entre los de suelo inhabitable. No debemos resignarnos, como el baturro del cuento, a dejarnos enterrar estando vivos, porque a nosotros también el físico nos ha declarado muertos.

Por lo que hace a nuestra evolución interna, no tenemos para qué ocultarnos, y antes bién es de conveniencia conocer toda la extensión de nuestros males y deficiencias, porque eso habrá de contribuír a esfuerzos que las suplan y remedien.

Puesto que el carácter nacional es lo que determina el avance o el retroceso de los Estados en su evolución histórica, y puesto que son las "élites" las que dirigen los pueblos, se requiere mejorar los sistemas de educación desde las escuelas primarias hasta las profesionales para hacernos más aptos en la lucha por la vida. Ante todo y por sobre todo, necesitamos reaccionar contra sistemas y métodos de enseñanza que tan sólo se cuidan del cultivo de la memoria, muy poco de la investigación personal y casi nada del robustecimiento del carácter.

Lo eficiente y lo fecundo es la educación física y la educación psicológica que dé en los individuos energía a la voluntad. Y naturalmente por tál debe entenderse, no la violencia de ella, sino el esfuerzo tenaz, mucho mejor si es moderado y la continuidad en la labor; ni tomar por activos simplemente a los que se agitan, pues ya se ha

observado que lo que hay de grande en el mundo lo han hecho los meditativos, que son los que cambian las veleidades en resoluciones fecundas. La actividad inmoderada, especialmente la que está desprovista del saber que da la previsión para obrar, es más peligrosa que la inercia.

Los héroes de la historia que el porvenir habrá de glorificar no son los conquistadores. En el decurso de los siglos brilla con mayor fulgor la aureola de un Newton, de un Laplace, que las de los César y los Napoleones, y más bién le han hecho a sus respectivas patrias y a la humanidad un Watt con su máquina de vapor, un Pasteur con su teoría microbiana, que millones de los hombres que tenemos por activos. Y en nuestras relatividades no to de la patria.

En la reforma de los sistemas de educación debemos tomar en cuenta que es menos interesante aprender que investigar. No es la acumulación inerte de conocimientos lo que da aptitudes. Es el espíritu flexible, enérgico para la observación propia, para pensar por sí mismo, para revaluar y repensar las ideas ya hechas y ajenas, sea cual fuere la autoridad de donde emanen, lo que contribuye a perfeccionar las propias capacidades. Nunca vale la erudición lo que un sincero esfuerzo personal en la apreciación de las ideas. No han sido las mayores inteligencias, sino las voluntades superiores, las que han producido las obras de mayor trascendencia en el avance espiritual del mundo. Y ello es así porque los descubrimientos de todo orden se deben a la atención concentrada, y el dominio de la atención es obra de la voluntad en su grado más intenso y eminente.

Y si todo esto es verdad en todos los campos de la actividad humana, así de la inteligencia como de la conducta, no debemos perder de vista que en política son las gentes de iniciativa neta y atrevida las que arrastran a los indecisos, y por tanto son quienes tienen voluntad incontrastable los que dominan las situaciones.

Del autorizado, valeroso y patriótico clamor del doctor Jiménez López, iniciador de esta agitación de los espíritus y del torneo promovido por la Asamblea de Estudiantes para conmover el sentimiento nacional, debemos deducir como fruto un concierto de voluntades y de es.

fuerzos para acometer una campaña avasalladora contra la anemia tropical, el paludismo, el alcohol y otros tantos enemigos mortales de la especie.

Y de esta misma iniciativa de la Asamblea de Estudiantes, que habrá de ser acogida por los hombres de influencia y de realizaciones, ojalá resulte la modernización espiritual de nuestros institutos de enseñanza, las reformas de justicia y de eficiencia, porque en todos los campos de la vida pública clama la opinión, y un plan acertado de obras nacionales que fomenten el desarrollo de la riqueza nacional, no tan sólo para dar bienestar a las masas sino para que, por transformación y equivalencia de fuerzas, se transfunda el dinero en el acometimiento de acciones altruístas y en la difusión de pensamientos elevados.

Y en todas las labores para mejorar la suerte nacional, tened en cuenta que es precioso y prestantísimo el concurso que haya de aportar la mujer colombiana. De todos los factores de progreso cuya importancia y magnificencia os he exhibido, no hay ninguno comparable en su influencia decisiva para adquirir la cultura y el bienestar a que nuestra patria está llamada con la benéfica influencia de esa parte, la más noble de nuestra organización social.

Según Tácito, los bárbaros germanos de hace quince siglos distinguían algo de santo y de previsivo que es innato en la mujer, y por eso no desdeñaban sus consejos ni rechazaban sus respuestas. Entre nosotros ese culto a la mujer ha sido y deber ser tradicional, y en cambio ella ha hecho del hogar y de la familia la célula social, con tal cohesión y firmeza, que podemos ver sin peligro, porque no llegan hasta nuestros lares, las carcomas que amenazan la sociedad en pueblos de civilización ya envejecida.

Y para satisfacción y orgullo nuéstro, la innegable superioridad moral de las mujeres colombianas, que se expande en ternuras y abnegaciones, y su inteligencia, más intuitiva que la nuéstra, son abrillantadas por la belleza y por la gracia de nuestras damas, y tened en cuenta que ellas no pueden ser bellas ni graciosas sin ser buenas, porque la expresión del rostro es reflejo inequívoco de dulces y buenos sentimientos.

# Novena conferencia

## SEGUNDA DEL DR. JIMENEZ LOPEZ

## Y ULTIMA DE LA SERIE

Señores miembros de la Asamblea de Estudiantes, señoras, señores:

Si me veis aparecer por segunda vez en este lugar; si al fin de estas veladas que serán memorables y en que hemos querido sondear el presente e interrogar el porvenir de nuestra colectividad, vuelvo a aparecer ante vosotros, es para preguntarme, como muchos lo hacéis en este instante:

Después de todo, ¿qué nos queda?

Dónde está la verdad?

¿Este torneo de opiniones a que hemos asistido, rudo pero generoso, como cumple en caballeros de la idea, nos ha hecho avanzar algunos pasos o nos há dejado en nuestro preciso punto de partida?

Es preciso absolver estas preguntas. Es necesario saber si, tras esta brega, hemos logrado proyectar alguna vislumbre sobre lo desconocido; es justo analizar si alguna idea directriz para nuestra vida, si algún fruto de verdad han podido surgir al fin de entre esta pomposa floración de teorías, de palabras y de pensamientos.

---

No hay para qué contaros el proceso de este debate sobre la vitalidad de nuestras razas; todos lo sabéis: la Nación entera en sus variados gremios intelectuales y populares se ha penetrado hondamente del problema, se lo ha apropiado y ha trabajado con nosotros.

Hubo, en un principio, a partir de la primera publicación que planteó el problema, un corto período de sorpresa; se hicieron algunos comentarios de carácter más bien interrogativo en presencia de una cuestión tan trascendental y que fue propuesta con toda sinceridad. Vino después un movimiento de resistencia, que no ha sido sino una reacción defensiva muy explicable y de índole netamente sentimental y, en seguida, el ademán ingenuo y no-

ble de la juventud, qué quiso saber lo que hubiese en el fondo de la cuestión, de labios de varios hombres de estudio a quienes ella ha juzgado provistos de honradez y versación.

O mucho me engaño, o la serie de conferencias organizadas por la Asamblea de Estudiantes ha servido en su conjunto, para acentuar la resistencia de la opinión hacia la tesis primitiva de la decadencia de nuestro agregado social. Así me lo hacen pensar, al menos, las diversas expresiones de lo que pudiéramos llamar opinión visible del país. No sé de órgano alguno de la Prensa,—desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda—que no se haya declarado adverso a las ideas cardinales de los que conmigo sostienen la disminución biológica de nuestra población; comentadores laboriosos de distintos gremios profesionales escriben aún en el mismo són de refutación; dignidades civiles y eclesiásticas, pretéritas y actuales, impugnan nuestras ideas, ya en la cátedra, ya en las revistas docentes y políticas, ya de viva voz o por carta y aun por telégrafo. El asunto ha pasado a ser tema social y casi no hay quien no tenga para los promotores de este asunto o una condenación o una palabra cáustica; en el Ejército, entre agricultores y comerciantes, en la capital y en los Departamentos, esta opinión visible y ostentosa se ha pronunciado sin reservas en contra de las ideas que tuve la audacia de comunicar a uno de nuestros congresos científicos.

¿No es bastante esto resultado sensible y resonante del debate para decir de cuál lado está la victoria? Sí lo es, y, sin ambajes la reclamo para los que me han hecho el honor de refutarme. Si lo que hemos buscado en la controversia es el llevar nuestras respectivas convicciones al ánimo y a las simpatías de la gran opinión, hay que proclamar muy alto que quienes lo han logrado han sido los que han defendido aquí que el vigor nacional está intacto.

Esta tesis atrayente y agradable ha reunido la mayor parte de los sufragios y a ella y a sus paladines, en toda justicia, corresponden los lauros triunfales, que un adversario leal es el primero en ofrendarles.

Permitidme, sí, deciros muy quedamente que, al emprender el ingrato estudio que os he hecho conocer, tuve

en cuenta—y nobles amigos lo previeron también—que la mayoría de los colombianos no habrían de acompañarme en mis ideas; de modo que al ver situarse en el opuesto campo a casi todo el intelectualismo del país, he podido sentir un vencimiento, mas no una desilusión.

Confieso sin reservas mi derrota ante ese conjunto muy respetable de ideas, afectos y sentimientos que se llaman la opinión nacional; pero no me declaro derrotado ante mi propia conciencia; no estoy vencido ante mi conciencia de colombiano ni ante la conciencia de unos pocos hombres que piensan y sienten, ellos también, como verdaderos colombianos.

Ante mis aseveraciones, que han denunciado un decrecimiento del vigor de nuestras razas, el gran público y algunos hombres de ciencia han dicho: no! y razonamientos en contra de esa tesis se han amontonado con profusión y con talento; y sin embargo, la inquietud no se calma; los ánimos no se han dado por satisfechos con las declaraciones terminantes de que nuestra vitalidad no declina; y algunos espíritus cavilosos se preguntan aún: ¿no habrá acaso un fondo de verdad en los males apuntados? ¿será tan solo la visión sombría de un temperamento pesimista la que ha acertado a hallar perspectivas de negrura donde todo es propicio y luminoso?

Pues bien: a esos espíritus meditativos me dirijo esta vez y a los que guarden todavía una cierta dosis de duda sobre estas vitales cuestiones, y a ellos les digo con alguno de mis impugnadores: "aquí hay un problema".

Hay un problema, sí; todos lo hemos reconocido; todos hemos sentido la incógnita y hemos girado en torno de ella, pero sin querer atacarla de frente, los más de entre nosotros.

Hé aquí, hasta donde yo alcanzo a apreciarlo, el problema concreto y que el vigoroso esfuerzo de algunos de mis compañeros ha contribuído a plantear:

En la zona intertropical de un continente nuevo se han yuxtapuesto tres troncos raciales: uno aborigen y dos importados en época reciente (cuatro siglos en la evolución humana son un tiempo muy corto). De estos tres núcleos étnicos, el aborigen es con toda probabilidad una

dependencia de la gran familia mongólica; los otros dos son, uno, de extracción aria o europea y el otro de proveniencia africana. Se han dado cita, pues, en nuestro suelo, las tres grandes variedades humanas: la amarilla, la blanca y la negra. Somos una experiencia nueva. curiosa; y por demás interesante, en la historia natural del género "homo". Lo somos por la forma en que estas tres variedades humanas hayan reaccionado entre sí y por el modo como el conjunto se haya comportado en presencia del medio que habita.

Fácilmente se ve cuán intensos y numerosos son los puntos de estudio que de aquí se desprenden y cuánto son exclusivamente nuéstros estos problemas. Aquí, no puede haber sino trabajo original. Lo que la ciencia haya obtenido hasta hoy, en materia de nociones de adaptación, cruzamientos y aclimataciones muy poco nos puede servir. Toda adquisición en este terreno tiene que ser obra enteramente nuéstra. Estamos, pues, sin pensarlo, echando los fundamentos—naturalmente vagos hasta hoy—de una ciencia o de una rama de las ciencias biológicas, de significación trascendental y única para nuestro hemisferio. Procuremos, entonces, sin rivalidades infantiles y sin contradicciones inconducentes, dejar establecidos algunos datos precisos, que servirán grandemente al investigador futuro.

Surgen, ante todo, estos dos interrogantes capitales:

1º En qué forma se ha hecho sentir la influencia de esta zona sobre las razas que hoy la pueblan?

2º Cuál de las tres variedades en presencia puede prevalecer en el futuro?

## I

Vamos a estudiar rápidamente la primera cuestión a la luz de la biología comparada, concretándonos, hasta donde sea posible, a nuestro medio, que es lo que nos interesa, y mostrándonos, en lo que a nuestras modalidades regionales atañe, muy prudentes en materia de generalizaciones. Este procedimiento de la comparación es para el biologista muy útil y fecundo; voy, pues, a exponeros algunos hechos sencillos y triviales, áridos quizá, valién-

dome, como de costumbre, de un lenguaje exento, hasta donde se pueda, de tecnicismos fatigantes.

Es un postulado de Historia Natural que los diversos climas producen sobre los seres vivientes, variaciones muy apreciables que se manifiestan en la forma y en las funciones de todo orden.

El hecho, observado de tiempo inmemorial para los vegetales, ha sido el objeto de un interesante estudio de Gaston Bonnier, quien acaba de exponer a la Academia de Ciencias de París,sus experimentos de cuarenta años sobre este punto. Bonnier ha sembrado plantas vivaces de los alrededores de París en diversas alturas de los Alpes y de los Pirineos y las ha cultivado en porciones de tierra, llevadas del lugar de origen, a fin de igualar las condiciones de suelo; la sola variación de altura, con las condiciones climatéricas correspondientes, ha producido casi siempre variaciones tan profundas en la forma del vegetal, que a primera vista se creería tener una especie distinta; a esta variación morfológica corresponden profundas modificaciones de estructura y de funcionalismo celular. El mismo observador ha obtenido cambios sorprendentes en las plantas de la zona templada, al rodearlas artificialmente las modalidades de temperatura y de luz de las regiones boreales. Los vegetales, en estos experimentos, se retraen, se vuelvan densos y leñosos, se proveen de tejidos, como el corcho, que son puramente protectores y aún se cubren de un pigmento especial en sus tejidos superficiales: particularidades éstas, que son propias de la vegetación polar.

En lo que concierne a nuestros climas, el muy versado Profesor Carlos Denemoustier me ha manifestado que la mayor parte de los vegetales importados de las zonas templadas muestran aquí una tendencia muy marcada al desarrollo puramente vegetativo, con detrimento de la capacidad específica; en los árboles frutales, por ejemplo, como en los ciruelos, manzanos y perales, se ve que la madera, las hojas y las diversas partes improductivas crecen demasiado, a expensas de los órganos de reproducción: flores, frutas y granos.

La poda en forma de pirámide, que nuestros horticul-

tores han tenido que preferir, es nada más que una con. cesión del cultivo a esta viciación puramente vegetativa de las especies frutales. En la vid, se ha tenido que adop tar la poda larga, a fin de conservar la mayor cantidad posible de madera, cosa que se evita con cuidado en otras zonas. Algunas variedades de fresas, que a fuerza de cultivo habían adquirido en Europa la costumbre de reproducirse por medio del grano, entre nosotros han perdido ese hábito y se reproducen ya por medio de "estolones", esto es, de apéndices que nacen de los ramos largos y se introducen en el suelo para formar una nueva raíz. Todo esto demuestra que el vegetal en nuestra zona ofrece, como primero y principal efecto del clima, la propensión a "irse en vicio" como dicen con mucha propiedad nuestros agricultores, y en esto no hacen sino imitar a muchas de las especies nativas que, como los "agave americana" o fique y como todos los helechos y otras muchas variedades de plantas aborígenes, desarrollan casi exclusivamente sus órganos vegetativos y muy pocos los sexuales. Hé aquí la influencia de la zona.

Veamos qué ha pasado con las especies animales.

Sin ser naturalistas ni fisiólogos, todos sabemos cómo varían en esta zona, cómo se modifican y desmejoran las más preciosas de nuestras especies domésticas. No pondré sino unos pocos ejemplos:

El caballo que se introdujo a Colombia por los conqnuistadores fue el caballo árabe, variedad española; raza fuerte, resistente a los climas y a la fatiga, de una gran belleza y de condiciones admirables que aún persisten en las crías navarrinas y andaluzas de la Península. Esta especie ha venido muy a menos en nuestros países; las condiciones del Trópico la han arruinado biológicamente y cualquier mediano conocedor, y aun dentro de un término de 20 a 30 años, podrá darnos fe de que la regresión del animal se echa a ver en la talla, que ha disminuído, en la fuerza, en la nobleza, que han ido perdiéndose, y en la menor resistencia a la fatiga y a las enfermedades. Es verdad que de manera espontánea y casi sin cuidados de selección, han aparecido de tiempo en tiempo, especialmente en los valles de la altiplanicie, como Ubaté y Sogamoso y algunos lugares de la Sabana de Bogotá, algunas

crías caballares de cualidades muy apreciables de brío y de belleza; pero estas cualidades se agotan fácilmente en unas pocas generaciones y el proceso de decadencia de esta especie tan útil se habría consumado ya, si no se hubiesen importado, de tiempo en tiempo, ejemplares selectos por hacendados que han apreciado y comprendido el mál.

El ganado vacuno,que, al decir de los historiadores fue importado de la Isla de Santo Domingo, a donde fue traído por Colón en su segundo viaje, sufrió en estos países un largo período de desadaptación; al cabo de pocos años se había multiplicado mucho; en seguida empezó a declinar, hasta un momento en que dejó de ser fecundo y requirió, naturalmente, importación de nuevos ejemplares y aplicación de grandes cuidados de selección. Debemos admitir, sin embargo, que algunos núcleos de población bovina resistieron victoriosamente al clima y se adaptaron al fin. Este es el caso del ganado de los Llanos orientales y de algunas de las hoyas de nuestros grandes ríos. Estas variedades se aclimataron, pues, pero sufrieron en su organismo una modificación profunda, y son un ejemplo claro de lo que sucede con las más de las especies vivientes que se transplantan a una nueva zona: adquieren condiciones nuevas, requeridas por el nuevo medio, pero pierden otras, en virtud de una compensación vital inevitable: el ganado de los Llanos, por ejemplo, es una raza hecha para el ardor de la pampa, para defenderse de los enemigos naturales que allí abundan, pero profundamente deformado y aminorado en diversos sentidos: el estado salvaje le ha aguzado los instintos; tiene habilidad suficiente para destripar un jaguar o para burlar la acechanza de un boa, pero es poco musculado, irritable y, en lo general, sin aptitud para el engorde: el clima lo ha convertido en una armazón de huesos, de cuernos y de nervios.

El perro es una de las especies animales que en nuestros climas ha tenido más curiosas y notables transformaciones, las que se pueden resumir en dos tipos extremos: el perro de las tierras frías y de los páramos, o sea el "gozque", que todos conocemos, descendiente netamente degenerado alguna buena raza española; pequeño,

de poca inteligencia y sumamente cobarde. De otra parte, se tiene el perro de las pampas y de las regiones cálidas y montañosas que ha conservado su talla y sus aptitudes de presa,pero que ha retornado,por su ferocidad y por sus caracteres morfológicos, al tipo cuasi salvaje y que ha recobrado por entero los caracteres del chacal. En esta especie sobrevino, en los primeros tiempos de su importación, un fenómeno bien curioso: perdió su lenguaje, se le olvidó ladrar. Esto fue observado por Colón mismo en su segundo viaje a la Isla de Santo Domingo y por otros viajeros en las islas de Juan Fernández y en algunas otras del Pacífico, donde se hallaron grandes manadas de perros salvajes, silenciosos y feroces.

Modificaciones semejantes se han producido en las demás especies domésticas traídas a la América Tropical, así en los mamíferos como en las aves. Estas, especialmente los gansos y las gallinas, se mostraron completamente inadaptados, débiles para la vida individual y para la vida específica durante los primeros treinta años y en seguida fueron adquiriendo estas diversas capacidades, pero sin haber llegado aún al grado en que la tienen en las zonas templadas.

Es pues indudable la acción modificadora que la zona del Trópico ejerce sobre las principales especies que a ella llegan y que en ella viven de tiempo inmemorial o en época reciente. Esta modificación consiste siempre en una regresión (*)

Pero no faltará quien me observe: pretende usted compararnos,a ese y a otros respectos,con especies animales? En lo que hace a nuestras damas, con quienes ha sido usted ya bien descomedido, osa equipararlas quizá a las aves de corral? No es por ventura el hombre la especie más cosmopolita y, en todas las latitudes, no es él el Rey de la Creación?

---

(*) Sobre este asunto el naturalista francés Dr. Roulin hizo un importante estudio el que fue comunicado a la Academia de Ciencias de París, la que lo halló de tánta trascendencia, que ordenó se publicase en el mismo volumen con las memorias de Boussingault.

Perdón, señores míos; olvidé por un instante que estamos en el país donde hay las gentes más sensibles del mundo y aventuré un paralelo que puede acarrearme muy graves y fundados cargos. Sírvanse tan sólo de excusa que se me ha pedido una exposición de fisiología, y esta ciencia siempre ha procedido por comparación. Claude Bernard tuvo el atrevimiento de aplicar a la especie humana los resultados de ciertos experimentos hechos sobre el hígado de los perros, y Pasteur fue bien osado a considerar que en el hombre no estaría exento de algunos fenómenos de herencia morbosa recogidos por él en míseras larvas de insectos. Aún más: Mendel, el monje austriaco que ha establecido las leyes de la herencia, escogió como objeto de sus experimentos algunas humildes especies vegetales, y quien haya visitado en Londres los museos de South Kensington, habrá visto los guisantes y los granos de maíz, de diferentes tintes, que sirvieron para esos descubrimientos que se juzgan como la más transcendental adquisición humana, después de la ley de la gravitación universal.

Hay razón, sin duda, en considerar al hombre como la especie natural mejor dotada para habitar los diferentes climas; en todas partes él ha logrado vivir, desde el Senegal hasta Spitzberg, cuyas temperaturas extremas distan entre sí como el agua en ebullición y el hielo. "Una barra de hierro, dice el sabio Caldas, llevada de uno á otro de estos lugares sufriría una contracción muy apreciable en todas sus dimensiones. Cuánto debe haber sufrido el hombre, este sér delicado y flexible en temperaturas tan diferentes?"

Es, pues, legítimo y ajustado a los datos de la Historia Natural el pensar que la especie humana establecida en nuestra zona ha sufrido la influencia del clima y ha adquirido, por esta causa, caracteres que la diferencian un tanto de los habitantes de las zonas templadas.

Esto tiene que observarse tanto en las razas que llevan ya una residencia milenaria en el Trópico, como en aquellas que lo ocupan desde hace pocos siglos. En las primeras, naturalmente, estarán más acentuados los caracteres reaccionales y, en las otras, se mostrarán con menor intensidad.

Observadores y viajeros que han visto las cosas de modo un tanto superficial, como les pasa con tánta frecuencia a los europeos en relación con nuestros problemas, han pensado, sin embargo, que pueden señalarse hoy tres casos de aclimatación casi normal de razas europeas en los trópicos: el caso de los holandeses en Sud Africa y en el Archipiélago de las Molucas; el de los judíos en el Norte de Africa, en Arabia y en Indochina y el de los españoles en Sur América. Esta es la opinión del botánico inglés Ricardo Spruce, que parece haber sido adoptada y profesada en la Universidad de Cambridge por el sociólogo Russel Wallace. En cambio, naturalistas y viajeros que nos han estudiado más a fondo, piensan lo contrario, como lo veremos en breve. Dejo el estudio de los dos casos relativos a los judíos y a los holandeses a quienes corresponda, no sin hacer notar que, con respecto a los judíos de Argelia, de Túnez y de Egipto, de Arabia y de Tonkin, bien pueden haberse multiplicado hasta el prodigio, como les fue lo prometido a los patriarcas de la Antigua Ley; bien pueden, en esas latitudes, que confinan con el Desierto, haberse tornado sobrios y ágiles como el árabe y ser, como él, capaces de domar un potro berberisco y de aventurarse con un puñado de dátiles por los arenales sin fin; estas son las condiciones requeridas por la zona y por el clima y ellas representan la adaptación; pero jamás se ha oído que la raza judía en esas cálidas regiones, haya producido,cual lo ha hecho en la zona templada, un poeta como Heine,o un filósofo como Spinoza o un financista, como Vanderbilt. Con respecto a los holandeses, es verdad según afirman, que han conservado su vigor en el Transvaal y en las islas cercanas a la península Malaya; en cambio, la raza y su labor colonizadora no se han mostrado igualmente florecientes en la tierra americana; la Guayana holandesa no es considerada un ensayo tan próspero como son las posesiones holandesas de Africa y de Oceanía.

Tocados incidentalmente estos casos, vamos a ver a qué precio se ha obtenido o se está obteniendo la aclimatación a nuestra zona intertropical de las diferentes razas que la pueblan

Aquí es donde podemos ya señalar hechos nuéstros, inquiridos por nuestros investigadores y que podemos considerar como adquisiciones definitivas para la historia de la vida en nuestra zona. Y, a fin de ser breve y de no fatigaros con repeticiones de lo que ya he expuesto, no haré sino enumerar unos pocos hechos y comprobaciones.

Torres Umaña, una de nuestras más auténticas autoridades en este ramo, ha hecho una síntesis magistral del asunto. Dice él: "El criterio que mejor nos puede guiar en el balance biológico de la raza es el de la nutrición, porque la fortaleza de un órgano depende de la manera como se nutre, de donde el principio de Aristóteles, confirmado en los tiempos presentes, de que "la nutrición es la vida misma".

Ahora bien, cómo es la nutrición entre nosotros? ya lo hemos oído varias veces, pero vamos a resumirlo una vez más, para dejar bien claras nuestras conclusiones:

1º Nuestro organismo asimila y trasforma los alimentos azoados con una actividad inferior en un tercio al promedio de la especie. Hechos es este que se ha comprobado químicamente, por medio de la evaluación de la urea y del ázoe total que eliminan nuestros órganos.

2º Se echa de ver también la lentitud e imperfección de nuestras combustiones en que eliminamos una mayor cantidad de productos que, como el amoníaco, implican una elaboración inconclusa.

3º La cifra de fosfatos, otro producto final de las trasformaciones nutritivas, es también, entre nosotros, inferior a la normal en la especie humana, en la proporción de 3 a 5, comprobación hecha por el Profesor Federico Lleras y por el joven químico señor Joaquín Lombana Pérez.

Todo esto implica, según Torres Umaña, que nuestro metabolismo (es decir, la trasformación última de los alimentos en el seno de los tejidos o, lo que es lo mismo, la capacidad nutritiva de nuestros organismos) es lento y deficiente.

Qué efectos tiene esta nutrición retardada e imperfecta sobre otras manifestaciones vitales puramente vegetativas? Tiene, entre otros, estos, dos efectos claros y apreciables para cualquier observador:

1º La temperatura entre nosotros es inferior casi en un grado centígrado (36.3) a la temperatura humana en otras zonas (37.2)

2º El número de glóbulos rojos en la sangre de nuestra población es de 4 y medio millones en vez de cinco millones, cifra normal.

3º El poder oxidante de la sangre, cual si dijésemos su fuerza vital, lo que se ha llamado "indice hemoglobínico" es inferior en un 30 por 100 al de otras zonas, según comprobación reciente de la Misión Rockefeller, en varias localidades de nuestros países.

Pero ya oigo que se dice: todas esas son comprobaciones que se han hecho en los habitantes de esta altiplanicie; son modificaciones producidas por la altura; nada de ello tiene que ver con los habitantes de los otros climas de Colombia y de la zona.

No vayamos tan de prisa; el hecho es quizá más general de lo que se cree y esta "braditrofia" o nutrición lenta, es,con gran probabilidad,un fenómeno general en la zona; hay hechos aislados que van llevando poco a poco a esta conclusión. La menor temperatura que hemos visto ser un efecto claro de la lentitud de nuestras combustiones, se observa, no sólo en los climas de altura, sino también en localidades bajas. El doctor Luis Zea Uribe, quien ejerció por dos años en Manizales lugar 1,000 metros más bajo que Bogotá, dice ser allá la temperatura humana normal sensiblemente igual a la de esta ciudad. El doctor Tascón, de Buga y otros médicos que observan en lugares mucho más bajos que Bogotá y en lugares situados casi a nivel del mar, han manifestado al doctor Torres Umaña que dondequiera se marca una menor temperatura y una nutrición más lenta que los promedios señalados en Europa. Varios miembros del Cuerpo Médico de Bogotá que han trabajado en Barranquilla, en Cali, en Cúcuta me han informado que, aun sin haber tenido el cuidado de anotar la temperatura corriente en personas sanas, cosa que un médico por lo general no necesita hacer, en esos centros, como aquí, el clínico no se tiene por tranquilo, en el tratamiento de las afecciones febriles, mientras el termómetro no haya bajado a 36º o a sus inmediaciones. Treinta y siete grados, allá como entre nos-

otros, es aún temperatura febril. (Es verdad que en tales casos queda siempre la depresión orgánica propia de las convalecencias, pero, naturalmente, otro tanto pasa en la zona templada y, en ella, no se registra, al final de las fiebres, un descenso térmico tan considerable como el que aquí apuntamos).

Se puede pues admitir hasta nuevas investigaciones —que pronto se iniciarán, a no dudarlo—que nuestra nutrición es ordinariamente lenta, no sólo en los habitantes de las altiplanicies sino también en los de las tierras bajas y cálidas; es un carácter general de la zona, que implica, en sus moradores una desviación biológica. Y para corroborarlo, recuérdese, según lo he expuesto aquí mismo, que en Cartagena, a nivel del mar, y donde la alimentación popular tiene como base el pescado, el coeficiente de úrea es igualmente bajo, según comprobación del químico italiano doctor Trincheyro; y finalmente, y, como comprobación correlativa de gran valor, que en Caracas, con una altura sobre el nivel del mar apenas de 893 metros, 1,700 metros menos que Bogotá, el promedio de glóbulos rojos en el hombre, según el doctor José G. Hernández, es tan sólo de cuatro millones, en vez de cinco, en la unidad cúbica de la sangre.

Quiere esto decir—sí o no—que hay en todas las localidades de la zona, altas o bajas, una variación sensible del producto humano que se marca, ante todo, por una depresión innegable de las funciones nutritivas?

Esta proposición está demostrada con hechos. Para desvirtuar el alcance de las comprobaciones precedentes, es preciso levantar otras comprobaciones que las destruyan, Las palabras, por hermosas que sean, los deseos y las teorías, por bien inspirados que parezcan, no valen mayor cosa en un terreno donde deben hablar las realidades. Dadme hechos—os diré con Carlyle—dadme hechos y me postraré ante ellos!

Estas no son comprobaciones aisladas. Los fisiologistas ingleses se han preocupado recientemente del mismo asunto y han querido averiguar hasta dónde se modifica el metabolismo de las razas blancas transportadas a los trópicos. Un estudio hecho en Queensland (Australia) en

el año de 1914 por W. J. Young sobre unos pocos individuos de raza blanca que apenas llevaban cuatro años de vivír en aquella región, muestra ya—hecho bien acorde con lo hallado aquí—una disminución sensible del ázoe total, un descenso correlativo de la urea y una menor cantidad de fosfatos eliminados. El autor de estas observaciones no asigna aún valor decisivo a los resultados obtenidos, por consistir ellos en variaciones numéricas muy limitadas; pero nosotros, que representamos un grado más avanzado de este fenómeno de variación climatérica —llamémoslo así—podemos ya presumir a dónde conducen estas variaciones, al principio ligeras, del proceso nutritivo en las zonas tropicales.

---

Estos hechos nos dicen, pues, a qué precio se adquirió para las razas aborígenes y se está adquiriendo para las otras razas la posibilidad de habitar la zona equinoccial del globo: al precio de una disminución en el coeficiente vital. Todo lo demás que nos preocupa y sobre lo cual hemos escrito y hablado tántas cosas, se explica por sí mismo. Ahí está la clave de lo orgánico y de lo patológico, de lo intelectual y de lo moral, de lo político y de lo económico, de lo doméstico y de lo internacional.

El fenómeno ha sido enunciado por todos los que nos han estudiado a fondo. Aquí es donde, con mayor propiedad, puede decirse que en el mundo no hay nuevo sino lo que se ha olvidado. Boussingault reconoció un estado degenerativo en las diversas razas nativas de la América y atribuyó el hecho a influencias climatéricas diversas y en especial a intoxicaciones alimenticias; Humboldt escribe en la introducción a su "Viaje a las regiones equinocciales": "Durante mi expedición preparé varias memorias sobre las castas de hombres de la América Meridional, sobre los obstáculos que el clima y la fuerza de la vegetación oponen a los progresos de la civilización en la zona tórrida, etc."; y más adelante en el tomo III de su gran obra, agrega: "A la sombra de los bananeros y del árbol del pan, las facultades intelectuales se desarrollan menos rápidamente. . . ." Escribió Humboldt esas obras? No me ha sido posible hallarlas, entre el enorme acervo científico que dejó el insigne viajero. Mas, en todo

caso, él vio y palpó estas mismas verdades que hoy nos preocupan y tuvo la intención de comunicarlas al mundo de los sabios.

Hoy, con datos suministrados por la química biológica y por la fisiología, podemos ya decir en que sentido está desviado nuestro organismo, y, al poder precisar de esta manera la modalidad de un hecho natural, avanzan también nuestras posibilidades para remediarlo.

De ahí va resultando, en lógico desarrollo, lo que en nuestro oficio se llama la "patogenia", esto es el mecanismo de las diversas particularidades colectivas señaladas aquí por diferentes conferencistas.

Torres Umaña nos ha hablado de un cuarenta por ciento de niños, observados por él, que presentan un estado de insuficiencia digestiva, indudablemente congénito, y que acusa un déficit funcional del hígado y del páncreas. Esto origina una entidad patológica de la infancia, la "acidosis,", excepcional en otras zonas, y entre nosotros habitual.

López de Mesa, por medio de sus escalas psicométricas, ha hallado una depresión de la inteligencia que ataca sistemáticamente, hacia los diez años, a un gran número de niños; este experimentador no cree que en ello haya una manifestación degenerativa homocrónica de la segunda infancia. Yo me inclino a asignarle tal carácter, por coincidir singularmente esta comprobación con otra del laborioso y meritísimo investigador José María Montoya, quien ha hallado, hacia la misma edad de 10 a 11 años, una idéntica detención del desarrollo físico, denunciada por la balanza. Las observaciones de Montoya han sido hechas sobre más de dos mil niños de las escuelas de Bogotá. Hay, pues, aquí un completo acuerdo entre el explorador de la inteligencia y el explorador de la nutrición y que marca un descenso vital en nuestros niños hacia la misma época de la vida.

No daré de mano a las comprobaciones de López de Mesa sin subrayar los resultados obtenidos por él en las medidas de la inteligencia de algunos de nuestros gremios, especialmente en las clases obreras, que aparecen allí con un poder intelectual de 35 sobre 100, apenas comparable al de los niños de escuela en los Estados Unidos, y de al-

gunas otras secciones importantes de nuestra sociedad, que muestran un nivel mental manifiestamente bajo. Consecuente con la manera como he venido explicándome el proceso de nuestras razas, no me extrañan estos bajos coeficientes intelectuales desde luego que ellos no son sino el índice cerebral de una nutrición lenta y deficiente.

Verdad es, por otra parte, que las medidas hechas por el doctor López de Mesa en nuestros gremios intelectuales le han proporcionado cifras muy elevadas y aun excepcionales, algunas de ellas, para cualquier país. Las ha habido hasta de 90 por 100, que es un coeficiente que podría considerarse como revelador de capacidades cuasi geniales. Resalta, pues, la diferencia enorme entre los cultivados y los no cultivados, lo que llevaría a pensar que en esto hay una simple cuestión de educación. No olvidemos, sin embargo, que los métodos aplicados por nuestro eminente psiquiatra nunca han sido tenidos—ni él los tiene seguramente—como un medio riguroso de conocer la verdadera eficiencia mental de una persona; expresan tan solo los más sencillos poderes de intuición y de adquisición. Hay algo que siempre queda por fuera de estos "mental tests" de Binet y de las escalas de Yerkes-Bridges para la medida de las inteligencias, y es el poder voluntario, que, como sabemos, es factor principal en la capacidad mental y en la aptitud para la vida de todo hombre. En el Laboratorio Pedagógico de la Sorbona, donde me fue dado ver trabajar al lamentado profesor Alfredo Benet, uno de los creadores del método, se daba siempre a las comprobaciones psicométricas este valor enteramente relativo. El psicólogo James insistía también en la importancia infinita del factor voluntad,que escapa a toda esta clase de evaluaciones y que es, sin embargo, el que decide de las capacidades útiles y creadoras, y de la eficacia práctica de todo individuo, y citaba el ejemplo conmovedor del naturalista Huber, que ciego como era, lo suplió todo con su poderosa voluntad, vio con ojos ajenos lo que muchos no podemos ver con nuestros ojos normales, y nos dejó la mejor obra conocida sobre la vida de las hormigas.

Estas consideraciones no quitan nada de su enorme importancia a los arduos trabajos del doctor López de Mesa, como exponentes del grado de ciertas facultades ele-

mentales y puramente especulativas en nuestra población; sólo tienden a recordar que los altos índices de inteligencia hallados por él en nuestras clases intelectualizadas no nos pueden edificar suficientemente sobre la verdadera eficiencia de nuestros hombres directivos, porque esos índices no dan noción alguna sobre la voluntad, sobre esta voluntad que en opinión del mismo López de Mesa y de otros pensadores, es la facultad más afectada y disminuída en nuestras razas.

---

Para volver a nuestro punto de partida, todos estos desarrollos nuevos e interesantes que ha traído la discusión, reunidos a los hechos innumerables que he señalado en mis primeros trabajos, así como también a las importantes comprobaciones de orden intelectual y moral traídas en sus conferencias por los doctores Escallón y Lleras, confirman la concepción primitiva de una desviación biológica de las razas que pueblan nuestra zona; desviación intensa y claramente regresiva en los pueblos que la habitan desde hace quizá millares de años y que empieza a marcarse con caracteres netos en las razas importadas en épocas posteriores.

Esta simple diferencia de antigüedad en un mismo proceso es lo que origina las diferencias, que se han juzgado sustanciales, entre la condición biológica del indígena extremo y la del habitante de las regiones bajas; es una simple cuestión de grado y nada más: el primero ha recorrido ya muchas etapas y el segundo se halla en el período inicial de un mismo proceso involutivo.

Pueden suscitarse, sin duda, objeciones y aun rectificaciones de detalle. Las estadísticas demográficas de mortalidad y nupcialidad pueden oscilar de uno a otro año, mas no en proporción que destruya su significación primera. Las cifras craneométricas no darán talvez índices extremos como en las razas más degradadas, aunque sí suficientes para sugerir la idea de un principio de desviación morfológica. Podemos razonar con talento sobre las causas del cáncer, de la tuberculosis, de los estados poliglandulares, de la mortalidad infantil, hechos que son tan frecuentes aquí como en región alguna; en fin, nos será dable señalar pueblos muy prósperos y vigorosos

como Inglaterra donde hay artritismo y alcoholismo en profusión extrema.... nada de esto le quita su valor a las reacciones colectivas señaladas hasta aquí, y ellas representan la manera como el conjunto de nuestras razas ha reaccionado al clima que habitamos; ellas son el precio de la vida humana en el Trópico.

---

Pero antes de pasar adelante, esforcémonos por precisar un tanto esto de "la acción del clima y de la zona".

¿Cuáles, entre los muchos factores peculiares al Trópico son los que ejercen una acción especial y modificadora sobre las razas humanas? Hemos inculpado sucesivamente al calor, a la diferente presión atmosférica—débil en las alturas, excesiva en los litorales—a la falta de estaciones, a la diversa carga eléctrica del aire, a los vientos, a la vegetación, a la humedad de la atmósfera, a la alimentación. Todas estas condiciones ambientes son, sin duda, diferentes aquí de lo que son en las zonas templadas y han de originar, por fuerza, en los organismos, un diverso modo de reacción y, a la larga, ciertas modificaciones bien apreciables en la estructura y en el funcionalismo de los séres.

Hay, entre ellas, una influencia de acción preponderante, que no ha comenzado a ser bien considerada sino en época reciente: la luz solar. Hace apenas unos pocos lustros que el fisiologista alemán José Von Smachel dio a conocer a la Sociedad de Antropología de Munich su teoría acerca de la acción de ciertos rayos solares—los rayos cortos, llamados "actínicos"—sobre el protoplasma celular y acerca del papel fisiológico del pigmento, en especial de la pigmentación oscura de las razas humanas originarias de la Zona Tórrida. Dichos rayos actínicos atacan rudamente el protoplasma de los tejidos más nobles y delicados del organismo humano, especialmente de las células nerviosas y ejercen sobre ellas, a la larga, una acción debilitante y aun destructiva. La producción de un pigmento denso y oscuro en la especie humana, y en varias otras especies animales de las que pueblan la zona de nuestro planeta más directamente bañada por la irradiación solar; es tan sólo una reacción defensiva de los organismos que se ha ido produciendo quizá en muchas

generaciones sucesivas, expuestas a la misma influencia.

Ya, de mucho antes, se ha visto que la diversa coloración de los seres vivos es función de la luz del sol: "la vida en la oscuridad—dice otro biologista—hace desaparecer los pigmentos ornamentales de todos los seres, las manchas coloreadas de la piel de los animales, de la corola de las flores y de los tallos subterráneos." * Siendo esto así, y, dado que la intensa pigmentación cutánea de las razas del Trópico es una defensa natural para el sistema nervioso, ¿qué puede ocurrir con aquellas razas que llegan a estas latitudes con su piel inviolada y sensible y, por ende, indefensas contra los abundantes rayos actínicos de nuestra zona? Una fatiga orgánica los invade prontamente, que denuncia la acción solar sobre el protoplasma nervioso y que se traduce por las diferentes modalidades de depresión vital señaladas en todos nuestros estudios. Acción es ésta, que consume y debilita prontamente el organismo humano. El investigador norte-americano, Mayor Charles Woodruff, que ha estudiado el mismo asunto, cree que en los más de los casos, la influencia nociva de la luz tropical es tan marcada, que las razas blancas llegadas a esta zona pueden, en ciertos casos, llegar a extinguirse en tres generaciones (The effects of Tropical Light on White Men.—New York.—1905),

Es el momento, ya, de ocuparnos en el segundo de los puntos iniciados antes:

Cuál, entre las tres razas que pueblan a Colombia, irá a predominar en el futuro?.

A mi modo de pensar, con respecto a las altiplanicies y a las primeras gradientes de la región andina, nada favorable se puede prever, si una inmigración numerosa no viniere a introducir un elemento de reacción. La raza aborigen pura marcha hacia su extinción, absorbida en parte por la sangre blanca, y consumida, en el resto, por los diferentes factores de destrucción, especialmente por la fatiga corporal, la miseria y las enfermedades. La raza blan-

* L. Blaringhem. Les problémes de l'Heredité.—París.—1918.

ca pura ha sufrido serios ultrajes de la altura y de las endemias e intoxicaciones de la zona; es la que mayores quebrantos presenta en su sistema nervioso y en sus glándulas de secreción interna. El mestizo es quizá el mejor organizado para los climas de montaña y para resistir a las diversas causas debilitantes provenientes del suelo, del aire, de los alimentos, de las aguas y de los diversos gérmenes parasitarios. Es un producto que, con higiene y con educación apropiada, podría llegar a ser capaz de alguna eficiencia colectiva, aunque, hasta hoy, su debilidad volicional, traducida por la inconsistencia de los afectos, por la movilidad de ideas y por la falta de dominio propio, lo ha mostrado bien poco organizado para la vida democrática y autónoma. Los países donde este elemento racial predomina, como el Paraguay, Bolivia, Méjico, Centro América y el Perú son, por esta razón y no por otra, los que han ofrecido y siguen ofreciendo una historia política más agitada.

En su conjunto, este agregado social de las altiplanicies: blancos, mestizos y aborígenes, requieren una ingente dosis de mejoramiento, y no es posible, en el estado actual de nuestros conocimientos, saber hasta qué punto podría él desandar el proceso de involución biológica que hasta hoy ha recorrido.

Por lo que hace a los climas bajos: regiones del litoral, hoyas de nuestros grandes ríos y vertientes más bajas de la cordillera, ya lo habéis oído: una ola de sangre de color oscurece de día en día nuestra población, imprimiéndole a la vez sus rasgos morfológicos y sus reacciones morales. Y es natural que así suceda. La raza negra, producto genuino del Trópico, está llamada a prosperar en él con sus caracteres peculiares; las razas diferentes de la negra, refractarias a los rigores tórridos, irán cediendo cada día: el resultado final no es dudoso. Y para que se vea que este fenómeno social tan importante no es un producto de la imaginación, por lo demás muy fecunda, de mi ilustre compañero López de Mesa, el primero en anotarlo aquí, véanse algunos datos que demuestran la prodigiosa proliferación de la raza negra en las regiones cálidas de nuestra zona: hacia 1810, según Humbolt, el número de negros en todo el contorno del mar Caribe,

comprendiendo a los Estados Unidos, Méjico, América Central, todas las Antillas, Colombia y Venezuela, era de un millón quinientos mil; en el día de hoy en la misma extensión de territorio, ese número ha llegado a más de veinte millones: un aumento de 1,300 por 100. Es pues la raza negra la que se ha mostrado más fecunda y próspera en estas latitudes, y no es aventurado admitir que en época no muy lejana ella predomine,al menos en la forma del producto mulato. Benjamín Kidd, el renombrado sociólogo, inglés, cuya alta autoridad ha sido ya citada aquí, dice a este respecto, hablando de los países suramericanos:

"La población blanca no puede sostenerse por sí propia en esas zonas por más de unas pocas generaciones sin reforzarse con contingentes de fuéra. Es un elemento que disminuye gradualmente y que tiende a mezclarse en proporción creciente con sangre de color. Tanto por razón del clima como por leyes de población muy conocidas, las altas clases sociales, que allí son personal blanco, no pueden conservarse puras por mayor tiempo; así es que no muy tarde esos territorios serán casi exclusivamente poblados por razas negras y cobrizas". (1)

El fenómeno de la africanización progresiva de nuestras razas en las regiones bajas ha sido, pues, notado por varios observadores, y, entre nosotros, con cifras a la vista, no puede haber la menor duda de que así está sucediendo.

Apenas tengo para qué agregar que los países donde el elemento de color va siendo preponderante han marchado lenta pero seguramente hacia el estado de tutela y de protectorado por otras razas mejor dotadas. Liberia adoptó desde su fundación ese régimen, merced al cual ha subsistido, y, en nuestro continente, Santo Domingo y Haití están siendo una ilustración dolorosa de ese fenómeno social.

Esta es otra de las formas de adaptación de la especie a nuestro suelo: el predominio de los más aptos y resistentes, de las razas hechas para la zona, que pueden hacer frente a las inclemencias pero que, en cambio, y

(1) Benjamín Kid. Social Evolution. Londres. 1895.

por un equilibrio vital inexorable, a tiempo que acrecen sus defensas orgánicas, retraen sus capacidades para la vida altamente civilizada.

Quedan, así, absueltos los dos interrogantes formulados al principio y resumidas, a mi entender, las conclusiones fisiológicas de este debate.

1º La reacción de nuestras diversas razas a la zona especial que habitan se traduce por una desviación sensible del tipo nutritivo de la especie.

2º De las tres variedades étnicas principales que forman nuestro fondo social, es la etiópica, con sus variedades, la que da mayores muestras de adaptación y de vitalidad.

A ellas podemos agregar una nueva conclusión, que legítimamente se desprende de todas las conferencias anteriores.

3º Hay, con todo, reservas innegables de vigor en nuestra población que serán un factor de avance, siempre que no se les deje abandonadas a sí mismas, sino que se les exalte por los medios que aconsejan la ciencia y la experiencia.

---

Aquí debiera terminar.

Creo sin embargo, de mi derecho, y aún de un deber, aclarar algunos puntos que se han suscitado en el curso del debate y que han podido desviarlo de su verdadero camino.

## UNA FACIL TACTICA OFENSIVA

Muchas de las personas que han impugnado mis ideas lo han hecho partiendo del punto de que yo he sostenido un estado de degeneración absoluta de nuestro país: aún en los últimos días se ha escrito que mis estudios señalan a Colombia "como un hospital y como un gran manicomio". Este es uno de nuestros rasgos peculiares: la hipérbole de que habló el profesor Escallón, el de "monumentalizar" las cosas, como dice un ingenio español. El título oficial de la memoria que ha merecido tan acres comentarios es, como puede verse en su primera página, "Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares". ¿Implicará acaso ese encabezamiento y

todo el contenido de mi Memoria que se sostenga allí un estado de degeneración extrema y universal de nuestros países?; ¿indicar "algunos signos" de inferioridad biológica en una sociedad quiere decir que todos y cada uno de sus miembros hayan llegado al último grado de la regresión? Los que han combatido mi tesis en ese terreno han perdido un tiempo precioso; los ataques que de ellos vengan no pueden hacer blanco, porque señalan un punto extremo, donde yo no me he colocado. Así se explica que en todo lugar y en todo suceso se esté queriendo hallar un argumento contra mis conclusiones: Que ha aparecido en alguno de nuestros colegios un niño prodigio? al momento se exclama: no estamos degenerados! Se sabe de algún octogenario que se sostiene aún a caballo en cualquier punto del país? Se comenta al punto: ahí está la decantada degeneración! que se oye recitar con gran aplauso a uno de nuestros grandes vates; que vino al mundo felizmente un par de gemelos en un apartado villorrio; que uno de nuestros mandatarios excursiona por varios días a lomo de mula sin inconveniente para su salud ni para las personas de su Gobierno; todo, todo en nuestro país ha sido últimamente invocado como razón en contra de estos estudios. Con el mismo errado criterio se han hecho enumeraciones nuestras notabilidades—auténticas desde luego—enumeraciones que yo podría elevar a cifra mucho mayor, sin que ello obste para que al lado de estos hombres de excepción haya un fondo racial viciado y deficiente.

Se ha perdido de vista que si tan sólo un diez por ciento de nuestra población estuviese minado por algún defecto constitucional, ya tendrían razón los que hablan de algunos signos colectivos de decadencia. ¿Qué podemos pensar, entonces—y para no citar sino un hecho—cuando según el informe oficial de la Misión Rockefeller, por la sola anemia tropical están tocados más de 2 millones y medio de nuestros compatriotas, y están, por ello, reducidos a irremediable invalidez trescientos mil colombianos? Seamos menos impresionistas, menos efervescentes; miremos el mál de frente; no lo disimulemos ni por defecto ni por exceso, que el confesarlo es ya un primer paso para remediarlo.

## NUESTRA INSTITUCION ARMADA

Hay otro punto que no puedo menos de tocar de nuevo: la condición biológica de nuestro Ejército. Si en las otras materias que nos han ocupado el optimismo es una actitud estéril, en tratándose de la institución militar, el optimismo es suicida.

Y no hay para qué hacer de ese asunto el objeto de una controversia inconducente: todos perseguimos el mismo fin, que es levantar el vigor de nuestro soldado. El Ministerio de Guerra me ha permitido bondadosamente recoger en sus oficinas algunos datos sobre la materia; yo, de mi parte, presumo prestar un servicio a ese importante Despacho y a la Nación entera, al señalar ciertas particularidades que deben conocerse.

He dicho que, al seleccionar en las poblaciones el personal para el Ejército, los médicos y oficiales de reclutamiento desechan un 60 por 100 en algunas regiones y un 30 por 100 en otras. Pues bien: para sacar avante, cueste lo que cueste, la aserción de que nuestras masas populares son absolutamente fuertes y sanas, se ha echado mano a las más variadas explicaciones de este enorme porcientaje de inhábiles para el servicio: el número excesivo de causas reglamentarias de exención, las intrigas lugareñas, el fraude, el soborno de los funcionarios de reclutamiento, etc., etc. Veamos la verdad; no nos engañemos a nosotros mismos con la mayor buena fe.

El doctor Jorge Esguerra López, que durante seis años de servicio, como oficial de sanidad en el Regimiento "Cartagena", recorría periódicamente más de sesenta municipios, de Cundinamarca en su mayor parte, se ratifica en el porcientaje señalado y apunta como causas ordinarias de exclusión el coto, el cretinismo, la imbecilidad, las úlceras, los defectos oculares, la sordomudez y otros estados análogos.

El General José J. Rojas Tejada, Oficial de Reclutamiento de la Guardia Nacional, acaba de recorrer, en los deberes de su cargo, dos cantones de reclutamiento, con un total de 43 municipios. Aquí tenéis un cuadro que haría honor a cualquier trabajador científico, y en que

—sin fraude ni sustitución posibles—había 1,211 individuos de 20 a 21 años; éstos resultaron dividos así: hábiles para el servicio militar, 640; inhábiles, 571; proporción de inhábiles: 48,51 por 100. Entre estas causas de exclusión no está la talla menor de un metro, 55 centímetros que según el doctor López de Mesa, no sería, en el fondo, un defecto para el servicio de las armas. Las causas señaladas por el General Rojas Tejada y por los varios médicos que lo acompañaban son, en su mayor parte, cardiopatías, afecciones renales, bocio, paludismo, cretinismo y tuberculosis. La zona recorrida comprende muchas poblaciones de clima benigno,en la Sabana de Bogotá,y otras de la vertiente oriental de la Cordillera. En el número de examinados no entraron los casos extremos de anemia, de úlceras, de idiotez y de deformidades, pues, computándolos, resultaría, según este laborioso oficial, una proporción de inhábiles superior al 70 por 100. Me prometo publicar el informe correspondiente, porque él es una revelación, al par que del estado lamentable de nuestra población rural, del acierto y seriedad con que está observado por el General Rojas Tejada.

Según datos obtenidos de varios Jefes de unidades, una vez seleccionados y traídos los contingentes, se tiene que ir eliminando del servicio, por incapacidad física, durante la primera época de instrucción, próximamente un 15 por 100 de individuos de tropa, y esto cualquiera que sea el Departamento de su procedencia.

Estos hechos hablan de la calidad del conjunto donde se hace la escogencia del soldado. Vamos a verlo más adelante, en el oficio de las armas. En precedente ocasión hablé, no de una, como se ha dicho, sino de cuatro expediciones militares en que la resistencia física de nuestras tropas se ha mostrado deficiente: la movilización del Regimiento "Tolima" a Tame y poblaciones comarcanas; la del Regimiento "Nariño" de Barranquilla a Ocaña; la del Regimiento "Ricaurte" de Bucaramanga a Puerto Santos y la del mismo a San Gil y el Socorro. Hoy puedo agregar a esos casos algunos otros: la marcha del Regimiento "Cartagena" de Bogotá al Tolima, vía de Honda, en noviembre de 1916. 220 hombres al mando del Coronel Aristides Heredia, uno de nuestros mejores oficiales;

tropa bien alimentada y equipada; región rica en recursos; seis días de Bogotá a Honda, con dos días de reposo, uno en Villeta y otro en Guaduas. Resultados en Honda: más del 50 rezagados por fatigas, sin hablar de 14 deserciones, entre las cuales, dos de suboficiales. En marchas posteriores a Mariquita y regiones vecinas, 170 enfermos, entre los 220 expedicionarios.

El Coronel Otero, otro oficial experto y considerado, trajo cien hombres del Regimiento "Ricaurte" de Bucaramanga a Tunja para las fiestas centenarias; climas benignos, marchas suaves. Regresaron a Santander con un 85 por 100 de inútiles y hospitalizables.

No me alargo más para no fatigar vuestra atención. Pero ¿no son suficientes estos hechos para que pensemos que la resistencia física de nuestro Ejército no debe tenernos tranquilos? Creo, como el que más, en las buenas condiciones morales de nuestro soldado; mas, qué hacer allí donde el espíritu está pronto pero la carne enferma?

No analizaré aquí ciertas deficiencias en la disciplina, en el espíritu corporativo, en la eficacia profesional de nuestro Ejército de que algunos que lo estudian a fondo apenas se quejan sin atreverse a decirlo. Deber altísimo y trascendental de la Ciencia y de los Gobiernos es remediar este estado de cosas, ya en lo puramente fisiológico, ya en lo moral.

El más claro exponente de la potencialidad y de la organización de un país es—hoy por hoy—su fuerza armada, así en tierra como en mar. Colombia, fue, sin duda, en la porción latina del Continente, la nación que estuvo a la vanguardia en las primeras décadas de vida libre, en cuanto su posición militar, tanto terrestre como marítima. Hacia 1824, según un estudio del muy distinguido oficial L. Flórez Alvarez, Colombia tenía una verdadera Marina de Guerra, con 14 unidades mayores; había en nuestros puertos escuelas de oficiales y de grumetes y astilleros donde se llegó a armar varios buques y el Ministro de Guerra y Marina del Libertador, General Pedro Briceño Méndez, informaba al Congreso que nuestras naves, tras haber vencido al enemigo en el lago de Maracaibo y en el mar Caribe, habían llevado las hostilidades hasta las cos-

tas de la misma Península española en el Atlántico y en el Mediterráneo. (1)

El Ejército granadino fue tenido como el mejor; fue respetado y temido en todo el Continente; después de haber vencido en la Magna Lucha, supo triunfar del peruano en Tarqui y dos veces del ecuatoriano en Tulcán y Cuaspud; sentaban plaza en él—con igualdad de rango—brillantes Oficiales de los grandes ejércitos europeos; una Misión Militar colombiana era llamada en esa época para instruír el Ejército de Chile y nuestra institución armada era mirada como modelo de ejércitos gallardos y aguerridos.

Querréis convenir que hay alguna diferencia de entonces a hoy? Querréis asegurarme, en presencia de estos hechos y comparadas estas dos etapas, que nuestra marcha ha sido normal y progresiva?

Una vez más, sepamos ver el mál, aprendamos las lecciones severas de la Historia, para poder ver los artífices de nuestro porvenir.

## LA CRIMINALIDAD Y LA DECADENCIA

Se ha desplegado aquí gran acopio de erudición para probarnos que la doctrina degenerativa de la criminalidad, instituída por Lombroso, es hoy rechazada por criminalistas notables de diferentes países. Trabajo inútil. Nadie, en este debate, se ha acogido a las ideas lombrosianas; nadie ha invocado esa autoridad para establecer que todos nuestros delincuentes sean enfermos. En las ideas de Lombroso, como en toda corriente ideológica nueva, habrá gran exageración; sus conclusiones habrán ido demasiado lejos, y una crítica serena irá estableciendo el verdadero alcance psico-patológico de los hechos anotados por el profesor de Turín: quizá una parte, la más tendenciosa de estas doctrinas, va siendo eliminada del acervo

---

(1) Véase: Acción de la Marina Colombiana en la guerra de la Independencia, por el Capitán L. Flórez Alvarez. Memorias del Estado Mayor del Ejército de Colombia.—1919.

definitivo de de la ciencia penal; pero, en cambio, otra parte no pequeña de comprobaciones, que llevan el sello del rigor científico, quedarán, o mejor dicho, han quedado ya como adquisiciones perentorias y, aún más, han producido ya sus resultados en los sistemas penale y en los regímenes penitenciarios de los principales países.

Por lo que hace a Colombia, si algunos hemos anotado con dolor la curva ascendente de la delincuencia, no es para afirmar que todos éstos criminales sean degenerados o anormales del cuerpo o del espíritu: muchos de ellos pueden serlo, sin duda, pero el hecho, en su conjunto, habla especialmente de la desorganización social que engendra este fenómeno del incremento de la criminalidad: él habla, al par que de estados enfermizos hereditarios, de educación deficiente o nula, de legislaciones absurdas, de intoxicaciones colectivas y de una cierta disposición al contagio moral evidente en nuestro medio que hemos comprendido en el término "sugestibilidad." No diré yo, con respecto a Colombia, como dice Lacasagne, citado aquí por un brillante conferencista, que cada sociedad tiene los criminales que merece. Colombia tiene, decididamente, más de los que merece, porque en ella obra con especial intensidad este factor de la sugestibilidad y del contagio. Una prueba palpable de esto es suministrada por sucesos de los últimso días, que han venido a confirmar de manera punzadora las apreciaciones de quienes tememos que nuestro país se está contaminando muy aprisa de una especie de fiebre trágica y destructora. De mi primera conferencia a hoy, en el curso de ocho semanas, si hemos de creer a los órganos de la Prensa, se han registrado trece suicidios; tres de ellos en mujeres, y uno en un niño de catorce años, y han hecho su aparición en nuestro medio dos nuevas formas de crimen, que no son para sociedades como la nuéstra: la dinamita y el vitriolo.

Todo esto, más que desviación anatómica, es función de esa voluntad débil, influenciable, fácil para la sugestión, que he anotado desde el principio como rasgo característico de nuestra población.

## A UNA OBJECION PERSONAL

Se ha dicho para invalidar mis conclusiones, que yo he anotado solamente los hechos que desfilan ante los ojos de un profesional; que no he tomado en cuenta sino lo que se ve en un consultorio médico o en el recinto de los hospitales, y que, de ahí, erróneamente, he hecho deducciones sobre el estado del país entero.

Pues bien, no es así. Si alguien quiere, con ánimo desprevenido, echar una ojeada a las múltiples anotaciones que apenas esbozo en mis estudios, habrá de ver que las más de ellas son de las que saltan a la vista de cualquier observador en la totalidad de un medio social heterogéneo y complicado como el nuéstro. Yo he recogido mis observaciones de lo alto a lo bajo de la escala social y, si muchos datos, interesantes y demostrativos, me han sido brindados por la contemplación de nuestras altas clases, otros se me han ofrecido por sí mismos en el estudio de las gentes que vegetan en el hampa de las ciudades y en el fondo inexplorado de las masas campesinas. Para observar y conocer su verdadera situación, yo he estado por tiempo suficiente en contacto con nuestros gremios jornaleros. Yo he vivido entre ellos y con ellos, he comido el duro pan de la gleba; yo he compartido sus fatigas y he contemplado sus dolores; yo he auscultado el latir de la vida en nuestro pueblo, aplicando mi oído sobre su mismo corazón!

Yo he visto millares de adolescentes enganchados en nusetras poblaciones, partir hacia regiones bravías en busca, enantes de la quina, hoy de la tagua, del caucho o del petróleo, y, allá, en el fondo hostil de las montañas, quedar consumidos por las fiebres o roídos por las llagas, sin que, muchas veces, uno sólo de ellos haya retornado bajo el alero nativo.

Yo sé de muchedumbres trágicas que, tras la sola pérdida de una cosecha, van, en éxodo siniestro, por campos y veredas, dejando huellas de extenuación y de muerte.

Yo he visto también, y aquí os lo he relatado, cómo caseríos y poblaciones florecientes han desaparecido en

bloque, heridos por esas mil causas de ruina, de regresión y de muerte, que siguen flagelando a nuestras razas!

Es muy fácil decir que nuestra Patria marcha con paso firme hacia el progreso, cuando se la observa solamente aquí o en aquellos centros donde hay un cierto florecimiento industrial y capitalista, que casi se nos ha impuesto por la fuerza expansiva de otros pueblos; donde viven las clases más favorecidas y donde, mal que bien, se hace sentir la acción depuradora de la ciencia y la lejana intervención de los poderes públicos. Otra cosa diríais si miraseis de cerca a más de dos millones de nuestros compatriotas, que viven en los páramos desolados o en las regiones ardientes y mortíferas de nuestro territorio, abandonados a sí propios. Cuando pregonáis las excelencias de nuestro régimen democrático y libérrimo, tened siquiera un recuerdo para toda esa "misera plebs contribuens," de que hablaba el romano; para esa desgraciada plebe que contribuye.... que ha contribuído, sí, con el trabajo de sus músculos y con la sangre de sus venas a plasmar nuestra nacionalidad, y de quien ésta se ha olvidado en más de un siglo de su inquieto vivir. Ahí está toda esa ingente masa de hombres negros, pálidos y cobrizos, tan colombianos como nosotros mismos, y que necesitan saber siquiera qué es la libertad y qué es la Patria; que reclaman en silencio de una nación que los ha mirado con desvío y que ha dejado que su cerebro se atrofie y que su vigor se extinga. Si una sola iniciativa de redención para esas castas desheredadas pudiese surgir de esta agitación que nos invade, habríamos llenado el más hermoso deber de una generación!

Y este es, para decirlo de una vez, el verdadero problema sociológico de nuestras nacionalidades: que en ellas hay dos castas muy distintas y muy distantes. Es la una la que merced a su posición económica y cultural, ha beneficiado de todos los favores de la civilización; hay en ella elementos de avance, y los progresos que laboriosamenee se han alcanzado en nuestros países—y que no quiero negar—a ella se deben en gran parte. Mas ese es un número muy reducido de nuestra población; un tres por ciento o menos aún. Y hay, en cambio, una infinita mayo-

ría que no puede hoy seguir este movimiento progresivo y que, antes bien, lo impide y entorpece por inferioridad orgánica y por inferioridad mental: ¿Qué ganamos con tener algunos altos valores intelectuales y morales, si la inmnesa muchedumbre no puede secundarlos?

Es el momento histórico en que debemos afrontar ese problema. El pueblo ha sido entre nosotros, en el pasado, el sostén y el escudo de la República; mas hoy, por sus precarias condiciones, ha venido a ser la impedimenta en nuestra marcha hacia el progreso. ¿Querrán seguir con él, como peso muerto, las clases dirigentes de nuestros países? ¿Querrán marchar con el lento progresar del molusco, que lleva a cuestas el pesado caracol que lo envolvió? Seguramente nó! Es preciso que lo levanten, lo transformen y se lo asimilen para no verse obligados, como el polluelo del ave, a destruír y desechar el huevo protector, cuando el momento llega de ensayar sus alas y lanzarse al infinito!

Países hay, en la América Latina, como Méjico y el Perú, donde existen iniciativas sociales, con el fin de levantar y mejorar la suerte de las castas vencidas y de los gremios jornaleros; de ellas se difunden socorros, instrucción y una especie de acción tutelar que les inculca la economía y aún logra constituirles un fondo de reserva, individual o familiar. En esas corporaciones, que han empezado á dar excelentes frutos, tiene parte esencial la acción de la mujer. Ella, en estos graves problemas que nos ocupan hoy, puede ser el alma de todo impulso salvador. Bien sabéis, nobles damas colombianas, que sin la intervención de la mujer, nada grande se ha logrado en la historia de la humanidad. El interés que habéis mostrado en estas cuestiones trascendentales no es una vana curiosidad. Es que os han inquietado también los graves interrogantes que a nosotros nos asedian, y a vuestro espíritu delicado ha subido el eco ingente de una gran masa de colombianos que sufre y que sucumbe.

Vosotras,que todo lo alcanzáis con el divino poder de la ternura y la belleza; vosotras, para quienes serían sin reserva nuestros triunfos, puesto que tenéis nuestro albedrío a vuestras plantas.... vosotras.... en esta hora

de inquietud en que buscamos el camino redentor, sed el impulso que nos mueva y la estrella radiosa que nos guíe!

## LAS LIBERTADES CONQUISTADAS

Todos los conferencistas que me han precedido consideran, sin excepción, como conquista sólidamente alcanzada entre nosotros, la de las libertades públicas. Todos se muestran seguros y tranquilos en este punto por el hecho de haberse sucedido últimamente en Colombia cuatro regímenes normales.

Estas conferencias han sido promovidas, si no me engaño, para dar a la juventud una lección de vida, y a la juventud quiero hacerle algunas prevenciones sobre el particular.

Mi estudio sobre el estado actual de nuestras razas ha sido hecho no solamente para Colombia, sino para todos los otros países situados sobre la misma zona. Las consideraciones que aquí se hagan deben, hasta donde sea posible, abarcar también a las naciones vecinas. Todos sabemos, sin que yo tenga necesidad de nombrarlos, que hay pueblos, entre los de la América tropical, que no pueden ufanarse de disfrutar de todas las libertades de la vida ciudadana: este hecho bastaría para justificar los temores de los que recelamos aún por la estabilidad de la vida civil y netamente republicana en nuestras democracias. Fresca está aún la tinta con que se ha escrito, por uno de los más connotados intelectuales de Sur América, un libro titulado "Cesarismo democrático", en que se quiere demostrar a las generaciones nuevas que el régimen del caudillaje y de los gobiernos personalistas es el único posible para nuestras nacionalidades. Esto sucede aquí no más, a nuestras puertas,y muro de por medio con nuestra heredad.

Esos vientos de regresión, jóvenes colombianos, fácilmente pueden trasponer una frontera y hacerse sentir aquende los linderos patrios; y, si me permitís decirlo, ya se han hecho sentir entre nosotros. Raro es el día en que no veamos en ciertos órganos de la prensa algún escrito, serio o festivo, en que se cantan añoranzas a Go-

biernos que entre nosotros han sido la negación de toda libertad. Con el mentido pretexto de la concordia y convivencia de los partidos—que no fue en realidad sino la claudicación de los más de sus prohombres—y del fomento de obras materiales, cuyo incalculbale costo pesará por muchos años sobre nuestro fisco, se preconizan las excelencias de un régimen bajo el cual las virtudes cívicas sufrieron el más doloroso eclipse. Y muchos colombianos, muchos más de los que en vuestra ingenua nobleza pudiérais imaginar, volverían gustosos a esos sistemas de regresión.

Hoy tenemos libertades suficientes, es la verdad; mas la conquista de ellas no es efectiva mientras no sea una obra continua de vigilancia y de previsión. Se ha dicho de los Países Bajos que, después de haber arrebatado, con titánico esfuerzo de siglos su territorio al Océano, lo perderían en horas, si por un momento abandonasen la obra incesante de consolidación de sus diques protectores. Ellos vigilan día y noche; nosotros debemos hacer otro tanto con nuestras garantías cívicas. Si una brecha cualquiera llegase a abrirse en los diques que la voluntad nacional ha puesto al absolutismo, esa ola cenagosa se precipitaría en un momento sobre el país, y, entonces sería de verse cuántos heraldos, semejantes al autor del "Cesarismo republicano", tendría el caudillaje en muchos de nuestros más finos intelectuales, que pedirían para el gobernante conculcador el mando vitalicio y aun hereditario.

No descuidéis las defensas, jóvenes luchadores; los pueblos son tornadizos y la libertad es una diosa esquiva, que nos da la espalda cuando no la cortejamos con celo, con constancia y con amor!

## UN ASPECTO VERBALISTA DEL DEBATE

No os sorprenderéis, si os declaro para terminar, que esta brillante discusión—si discusión ha habido—y en que tántas ideas e investigaciones valiosas se han expuesto, ha girado, en su parte doctrinal, en torno de una simple palabra. En los hechos observados y vividos, con diferencias secundarias, todos hemos estado acordes.

Todos hemos visto que una manifiesta depresión moral

gravita sobre nuestro organismo colectivo; todos sentimos que nuestro país podría ser ahora mejor de lo que es; todos—patriotas sinceros como somos—nos dolemos de que nuestras energías no nos hayan llevado muy más allá del punto donde estamos en materia de desarrollo económico social y de eficiencia intelectual en sus diversos ramos. Escallón y Lleras lo han proclamado con palabras viriles y lapidarias; Bejarano, Araújo y Caballero, en medio de su entusiasmo patriótico, lo han reconocido con noble sinceridad; López de Mesa ha disecado con mano maestra esta dolencia espiritual, y Torres Umaña le ha señalado su génesis en las condiciones biológicas de nuestro organismo.

El mál nadie lo niega: es profundo, es innegable, es evidente. Todos, asimismo, hemos pedido clamorosamente remedios para él. ¿Que no queréis llamarlo como yo lo he llamado? Poco me importa; esto estaba previsto; y a la Nación le importan menos aún las palabras. Ya durante mucho tiempo ha vivido ella de vocablos hermosos y vacíos, para que hoy pueda preocuparse por un rótulo que vosotros os empeñáis en repudiar.

La literatura y el culto excesivo de la forma, que son uno de nuestros aspectos interesantes, se han mezclado en el asunto, con gran descontento de algunos espíritus enamorados del rigor científico; y, a mi ver, nos han hecho un gran beneficio; han sabido envolver una realidad desagradable en ropajes hermosos y atractivos. El ingenio ha encontrado atenuaciones, eufemismos y recursos léxicos suficientes para permitirnos ingerir gustosamente una noción que tal como se presentó al principio, os ha producido un reflejo de repulsión y aun en ciertos casos de agresión. La literatura es ágil, lisonjera y elástica; ha bautizado el mál que nos aflige con las más suaves y anodinas expresiones; ha dicho de él que es una depresión, un desvío transitorio, una ligera decadencia, un deterioro, un peligro, un vicio apenas apreciable de psicología colectiva, una "enfermedad de retardo". Pero la ciencia, que es sencilla y es austera; la ciencia, que es precisa en el lenguaje y sincera en la intención, no tiene sino una sola palabra para cada idea y una expresión única para cada hecho natural; y esta ciencia leal y enemiga del eufemismo, ha creado, tiempos há, la palabra específica e

irreemmplazable para las desviaciones enfermizas y hereditarias de que adolecen los organismos. Esa palabra ya la sabéis y la habéis oído de labios rudos y ajenos al primor literario; no os la repetiré, si es que lastima vuestro oído; pero, en cambio, tras haberla meditado bien, la he estampado sin vacilar en un escrito que el país conoce, y, "lo escrito, escrito está!"

***

Y concluyamos ya.

Habéis querido, jóvenes colombianos, que se os diga la verdad sobre un mál—real o imaginario—que alguien ha denunciado ante el país. Pues bien; estáis servidos. Y, como en el apólogo de La Fontaine, el doctor "Tant-pis" ha dicho: estamos mal!; y el doctor "Tant-mieux" ha contestado: estamos bien! Pero, hecho curioso y que La Fontaine no previó: en nuestro caso, uno y otro han concluído uniformes: pongámonos en curación.

Esta es la palabra final: busquemos el remedio. Busquémoslo sin vacilaciones ni debilidades. Profiramos el "Surgam". Seamos capaces de levantarnos con una iniciativa valerosa y suprema para romper el círculo de hierro que ata nuestra voluntad!

Llamemos a la ciencia, que es hoy omnipotente contra todas las causas de ruina y que de parajes adversos a la vida, como Sur Africa y Tasmania, ha hecho enjambres rumorosos del progreso humano.

Llamemos a la Educación que en cuatro décadas ha hecho de una masa humana sumida, en abatimiento milenario, el gran Imperio del Japón, árbitro y señor de todos los mares y tierras del Levante.

Abramos nuestras fronteras a todos los vientos de renovación y a todas las razas fuertes y hermosas del Universo, que, así han llegado a la cumbre Estados Unidos y Argentina.

El día que seamos capaces de esta magna realización y que podamos, por nosotros mismos hallar los medios para consumarla.... entonces y sólo entonces, en ese día preciso y no en otro, será cuando podremos exclamar con orgullo y con verdad: Colombia no declina!

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN BOGOTA

A 12 DE OCTUBRE DE 1920,

EN LOS LINOTIPOS DE "EL ESPECTADOR"

---

La Conferencia del señor doctor Rafael Escallón, anunciada en la introducción, y la del Pbr . doctor Lleras Acosta no pudieron salir por inconvenientes personales de última hora.






University of
Connecticut
Libraries


BOUND BY
HNM